

PEARL S. BUCK

EL PATRIOTA



Lectulandia

Es la historia de la vida en China y Japón durante los penúltimos años, tan colmados allí de peripecias y cambios. Comienza con una revolución estudiantil y termina en las montañas interiores de China, en lo más arduo de la lucha contra el invasor japonés. Pero *El Patriota* no comprende sólo un cuadro de los acontecimientos últimos: es al mismo tiempo, una gran novela de amor, escrita con un arte y una delicada excepcionales.

Lectulandia

Pearl S. Buck

El patriota

ePub r1.0

Titivillus 02.02.16

Título original: *The patriot*
Pearl S. Buck, 1939
Traducción: Carmen Gallardo de Mesa
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

El año quince de la República China, el 1926 de Occidente, vivía en la ciudad de Shanghai un acaudalado banquero, de apellido Wu, que tenía dos hijos. Desde varias generaciones atrás la familia Wu estaba en posesión de una fortuna inmensa, y hacía lo menos tres que sus miembros se habían distinguido en distintas ramas de la vida de la ciudad. El señor Wu era Director del Gran Banco de China, el cual tenía sucursales en todas las provincias de la República, lo mismo en las del Centro que en las del Sur. Siendo muy joven lo mandaron al Japón y a Europa para que estudiase la vida bancaria, y a su retorno se dedicó a organizar el Banco que más adelante había de adquirir tanta importancia en la nueva República.

Su padre, el viejo General Wu, no se ocupó nunca en cosas bancarias, como no fuera en relación con los asuntos de guerra, en la cual, a pesar de ser militar, nunca tomó parte activa. Gobernando la extinguida dinastía Manchú, el General fue enviado al extranjero por el Emperador, en la época en que éste trató de reformar su ejército, anticuado y defectuoso.

No se realizó este viaje sin protesta por parte de los padres del señor Wu; la madre pasó días enteros llorando y negándose a tomar alimento hasta que consiguió que, por decreto imperial, se aplazase el viaje de su hijo hasta que le diera un nieto. Sólo cuando vio en sus brazos un robusto infante, coloradote y llorón, consintió la señora en que el General, a la sazón impetuoso y guapo mozo, marchase al extranjero.

Emprendió la expedición en compañía de otros jóvenes de su clase, lleno de entusiasmo por el estudio de las reformas del ejército que no se llegaron a realizar nunca. Como todo el mundo sabe, la Emperatriz viuda ejercía gran dominio sobre su hijo y como no estaba conforme con ella hizo fracasar las reformas, resultando que al cabo de dos años el General Wu se encontró en Berlín, sin dinero. Su padre le mandó lo suficiente para que regresara a China y en aquella época fue cuando el joven oficial comenzó a darse cuenta de la importancia de los Bancos. Comprendió que eran los banqueros, y no los emperadores ni los reyes, quienes gobernaban las naciones y decidió que su hijo, que en aquel momento contaba dos años, fuese banquero.

La suerte le puso en condiciones de llevar a cabo su decisión. Antes de llegar el barco que lo conducía al puerto de Shanghai, murió su anciano padre, y su madre, no pudiendo resistir el dolor, se suicidó tragándose sus anillos de oro y jade. En consecuencia, el General Wu se encontró jefe de la familia por ser el único hijo, heredando una cuantiosa fortuna en numerario y casas solariegas y enormes extensiones de terreno que no estaban en Shanghai, sino en la provincia de Huan, muy al interior del país.

Guardaba el dinero en sitios extraños. El difunto señor Wu nunca comprendió lo referente a los Bancos y no se fió de ellos. Los consideraba un moderno sistema de apoderarse del dinero ajeno. Todo el numerario que poseía estaba en forma de zapatos de plata que encerraba en cajas, en su propia morada. Lo primero que hizo el General Wu fue llevar todos aquellos zapatos a los sótanos de varios Bancos. En

seguida empleó el valor de algunos de ellos en construir un gran edificio rectangular, el ladrillo, en el barrio francés de Shanghai, que era el elegante a la sazón. Encargó de la edificación y de amueblar la casa a un arquitecto francés. Apenas terminada se instaló con su familia en la casa, que no tenía nada de china sino que parecía arrancada del propio París. Cuando su esposa se lamentaba de su poca comodidad, como por ejemplo de las gruesas alfombras que impedían tirar cosas al suelo, le contestaba que millares de mujeres extranjeras vivían conformes con tales incomodidades. Y no le hacía caso alguno. Vivió tranquilamente en aquel palacio durante cuarenta años, mientras su hijo mayor crecía y llegaba a ser banquero y los otros se desenvolvían en otras actividades. Nunca contó a las hembras en el número de sus hijos, aunque cumplió su deber casándolas con hombres adinerados, pero sin preocuparse de ellas para nada después. El hijo mayor continuó viviendo con él y con su anciana esposa en la casa francesa, se casó con una muchacha de Shanghai muy bien educada y tuvo dos hijos: I-ko e I-wan.

El viejo General Wu tuvo una gran satisfacción cuando nacieron sus dos nietos. Había llevado una vida tranquila, sin haber tomado nunca parte en ninguna batalla. Le llamaban General porque el viejo Emperador le había enviado a una escuela militar y además, por su gran fortuna. Poseía muchos uniformes que encargó a un sastre de Shanghai copiándolos de los de un general inglés, los de un almirante americano y de los de un mariscal francés que en distintas ocasiones habían estado en Shanghai para revistar las tropas de sus respectivos países que residían allí. El anciano General Wu estaba muy bien con sus uniformes, pero el que usaba con frecuencia era uno que se dibujó él mismo poniéndole algunos toques del de los cosacos rusos. En casa no usaba los uniformes. Veíasele siempre con trajes antiguos de seda brochada y zapatos de terciopelo. Los uniformes los guardaba en un ropero y un criado los limpiaba a cada cambio de estación. También en estas ocasiones el mismo criado limpiaba y pulía las cruces y medallas, unas compradas y otras que le habían regalado personas que necesitaban dinero.

En aquella casa crecieron I-ko e I-wan felices y contentos, sin otras contrariedades que las naturales del carácter de los dos. I-wan fue siempre el favorito de todos, lo mismo de los abuelos y de los padres que de los criados; I-ko, el mayor, era un chico irritable, mimado y de mal carácter. I-wan, por el contrario, era cariñoso, y la misma indulgencia que tanto había perjudicado a I-ko, a él no le produjo ningún daño. Cumplió los dieciocho años sin haber tenido más que un contratiempo, que no se vio obligado a explicar a sus abuelos ni a sus padres porque nunca llegó a sus oídos el episodio. Lo detuvieron y le metieron en la cárcel. Cierta que sólo estuvo en ella una noche, porque en cuanto se supo el nombre de su padre el director de la prisión en persona se presentó en la celda y corriéndole gruesas gotas de sudor por la frente dijo:

—Perdone, señor, mi torpeza. Yo no podía saber que era hijo del banquero señor Wu y nieto del viejo General.

Estaba I-wan en la celda, sucia y abarrotada de gente, sentado sobre una pila de tres ladrillos uno encima de otro. Con gran dignidad contestó:

—Merezco estar en la cárcel.

Era el único de los detenidos que llevaba traje de seda. Al entrar, un tipo de aspecto rudo, vestido con el traje azul de los estudiantes de las escuelas del gobierno le preguntó irónico, al ver que se le ensuciaban los bordes de la vestidura:

—¿Por qué no te arremangas el traje?

A lo cual había contestado I-wan:

—Porque tengo otros mejores.

Hay que explicar que I-wan no asistía a las escuelas públicas sino a una particular regida por misioneros, que frecuentaban únicamente los hijos de la gente rica. Por esto no llevaba uniforme y sí traje de seda.

En el momento de responder a la insidia del estudiante entró el carcelero, el cual se alarmó mucho y suplicó humilde:

—No se indigne, señor. Su padre podría echarme de aquí si quisiera. Soy un desgraciado. Salga pronto y le proporcionaré un coche que le lleve a su casa. Y cuando esté en ella, interceda por mí.

De buena gana se hubiera negado I-wan a aceptar el favor. Pero tenía dieciocho años, estaba cansado y hambriento y en la celda había demasiada gente... Además, sus compañeros de encierro eran tipos sucios y mal encarados, de diferente edad y condición, únicamente el estudiante del uniforme azul parecía distinto. Levantose con dignidad y salió.

Pero cuando el tembloroso carcelero estaba a punto de echar la llave a la puerta de hierro, se detuvo y dijo en tono autoritario:

—Deje salir también a este estudiante.

—Imposible —repuso el carcelero—. Es un revolucionario.

—Y yo también —declaró I-wan.

Era verdad. Lo habían detenido en la escuela extranjera por revolucionario. Entraron los soldados y registraron a todos los estudiantes, como tenían por costumbre dondequiera que los encontraban. I-wan estaba solo paseando y leyendo un libro muy popular entre los escolares, escrito por un alemán llamado Carlos Marx. Como tenía la costumbre de hacer su voluntad siempre, no ocultó lo que leía cuando se lo preguntaron los soldados.

—Leo a Carlos Marx —dijo burlón pensando que los soldados no sabrían de quién se trataba.

Pero con gran asombro lo detuvieron sin más miramientos y lo llevaron a la cárcel, metiéndole en la celda donde pasó toda la noche protestando, primero en voz alta, hasta que los demás detenidos le obligaron a callarse y permanecer tranquilo.

—El hijo del gran banquero Wu no puede ser un revolucionario —declaró el carcelero.

I-wan comenzó a dar patadas en el suelo impaciente, gritando al fin:

—Haré que pierda el destino.

El pobre hombre palideció y comenzó a balbucir:

—¿Qué explicación podría dar?

—Dice usted que lo he mandado yo, que yo solo soy el responsable —repuso I-wan.

Mientras I-wan y el carcelero cruzaban estas palabras, el joven se acercó a la puerta, con el cuadrado rostro impasible, pero con los ojos brillantes y observadores.

—¡Dios mío! ¡Misericordia! —exclamó el carcelero.

I-wan le arrancó de las manos el llavero y abrió la puerta mientras el pobre hombre gritaba y se mesaba los cabellos.

—Puede usted decir que no sabe nada —continuó I-wan sosteniendo la puerta con el cuerpo para dejar paso al estudiante, que salió muy de prisa y se quedó esperando. Luego I-wan volvió a cerrar entregando las llaves al carcelero, y cogiendo del brazo al joven echaron a andar dejando atónitos a los demás detenidos, que los miraban asombrados con las caras pegadas a los barrotes de hierro.

Ninguno de los dos muchachos dijo una palabra hasta que estuvieron instalados en el coche que llamó el carcelero.

Éste suplicó tristemente a I-wan:

—Supongo, señor, que si me castigan me defenderá usted...

—Si le ocurre algo, dígamelo —contestó I-wan lacónico y dando al cochero la dirección de la casa de su padre.

Apenas estuvieron solos, el estudiante dijo:

—Yo no puedo ir.

—¿Por qué? —preguntó I-wan.

—Soy realmente un revolucionario —respondió el joven sonriendo de un modo extraño.

—¿De veras? —inquirió I-wan—. Siempre he deseado conocer a alguno.

—En la Universidad hay muchos —repuso el joven, y antes de que I-wan pudiera detenerle saltó a tierra desde el coche, diciendo—: me llamo Liu En-lan y le doy las gracias por mi libertad.

Y echó a correr por entre la multitud sin que I-wan pudiera impedirlo, volviendo la cabeza y sonriéndole abierta y amablemente. A I-wan no le quedaba más recurso que irse a su casa.

Cuando llegó pudo observar que no habían notado su ausencia. Retirábase tarde con frecuencia cuando iba al teatro, su diversión favorita, porque era muy aficionado a las obras en que se representaba a los héroes de la antigüedad y a las de bandidos que robaban a los ricos para favorecer a los pobres. Dos o tres veces por semana acudía a esta clase de representaciones, volviendo a su casa al amanecer y abriendo la puerta con la llave que llevaba siempre.

En su casa todos se levantaban tarde. A diario I-wan tomaba el desayuno solo y se marchaba a sus clases sin haber visto más que a algún criado. Aquel día subió

derecho a su cuarto, deshizo la cama para que apareciera como si hubiera dormido en ella, se quitó la ropa, se bañó y encima de las prendas interiores se puso un traje de seda azul. Apenas terminó, oyose una tosecilla, se abrió la puerta y apareció en ella la doncella de su madre, Peonía, que le llevaba el té como de ordinario.

—Me he retrasado hoy —dijo muy apurada cuando lo vio vestido—. Me he dormido.

—No importa —replicó I-wan—. No pienso volver a la escuela.

—¿No? —repuso Peonía sorprendida, dejando la bandeja.

—Pienso ir a la Universidad pública.

—Pero ahí puede ir todo el mundo.

—Por eso puedo ir yo.

—No se lo permitirán sus padres ni su abuelo.

—Me negaré a comer —repuso I-wan enérgico.

—Eso es —replicó la muchacha con malicia—. Y yo tendré que servirle la comida a escondidas como otras veces. Es vergonzoso, I-wan. Es un truco de I-ko.

Los dos se echaron a reír.

Pero éste fue el medio de que se valió I-wan para asistir a la Universidad Nacional, donde trabó conocimiento con revolucionarios y entró a formar parte de su grupo. Porque en cuanto dejó de comer, su madre acudió al padre y la abuela al abuelo, y apenas transcurridos cuatro días llevaba el mismo uniforme que Liu Enlan con la única diferencia que, por insistencia de su madre, se lo hicieron de paño fino y se lo cortó un buen sastre. En esto cedió I-wan porque no le comprometía a nada y procuraba una satisfacción, a sus padres y a sus abuelos, los cuales, al verle con el uniforme exclamaron muy ufanos:

—La verdad es que le sienta bien.

Su abuela exclamó:

—Ven aquí que te acaricie las mejillas.

Por compromiso, se inclinó dejándose acariciar por las sarmentosas manos de la anciana.

—¡Qué blanditas! —murmuró la buena señora.

I-wan se sometió gustoso por haberse salido con su capricho.

Dos años después, en el referido año quince de la república, sin que nadie de su familia pudiera ni soñarlo, I-wan pertenecía a uno de los secretos grupos de revolucionarios que pululaban por las escuelas de China. Llevaba dos vidas completamente separadas y distintas: la antigua vida de hijo menor de una familia rica y la otra de muchacho apasionado como otros muchos, que soñaba con derrotar la nueva república y sustituirla por otra más nueva, pues se rebelaba contra aquélla, igual que sus padres se rebelaron contra el trono. Sus dos vidas no se parecían en nada. Ninguno de sus condiscípulos había visto la gran casa donde vivía hasta que

una tarde, el comenzar el otoño, se detuvo en una confitería que estaba cerca del palacio. Al salir oyó que le llamaban. Era Peng Liu, uno de los revolucionarios de su grupo y el único a quien tenía antipatía, aunque no le daba ninguna importancia. Era hijo de un modesto tendero de la ciudad, un tipo pequeño y desmedrado, con ojos muy oblicuos y cerrados, y respirando siempre fatigoso. Nadie le quería, aunque en realidad él no tenía la culpa de sus defectos.

—I-wan —dijo Peng Liu—, ¿adónde vas?

—A mi casa —respondió I-wan pensando en seguida que debía haber mentido, porque Peng Liu se puso a su lado y no tuvo más remedio que seguir hasta el palacio. Decidió que no invitaría a entrar a Peng Liu.

Éste no comprendería nunca por qué, a pesar de ser revolucionario, vivía en aquella casa, y seguramente le tomaría antipatía al ver sus lujos. Además, ¿qué hacía allí Peng Liu? Vivía en el barrio más apartado de China. ¿Le habría seguido de propósito?

Detúvose en la verja y cambió de mano los libros. Echó una mirada fugitiva a las ventanas para ver si estaba I-ko observándole. No le agradaría que I-ko viese a Peng Liu. Su miserable aspecto despertaría sus sospechas. Por fortuna no había nadie en las ventanas y tampoco por la calle. En Shanghai no le gusta a la gente andar paseando con el calor de septiembre. Con voz clara le dijo a Peng Liu:

—Hasta mañana, camarada.

—Hasta mañana —respondió Peng Liu presuroso.

«¡Cobarde! —pensó I-wan—. No se atreve a decir "camarada" aunque no le oiga nadie».

Peng Liu no se movió.

—¿Vives aquí? —inquirió asombrado, mirando al suntuoso edificio de ladrillos con pórtico de columnas.

—No lo puedo remediar —dijo I-wan—. Mi abuelo construyó esta casa y mi padre vive con él y, como es natural, hasta ahora yo vivo con mi padre.

—Es una casa extranjera muy hermosa —comentó Peng Liu.

A I-wan le molestó el tono humilde de su amigo y pensó: «Peng Liu quisiera entrar, pero no le invitaré. Además, I-ko le despreciaría».

—Adiós —repitió en alta voz.

—Adiós —replicó Peng Liu.

I-wan se volvió rápido, subiendo muy de prisa la escalera de mármol y entrando en la casa sin hacer ruido. Pero su abuela le sentía siempre como no fuera que estuviese bajo el efecto del opio. Y como quería mucho a I-wan, procuraba no tomar la droga hasta que el chico volvía de sus estudios.

Aquel día se había retrasado porque tuvo que asistir a una reunión secreta, y después, como tenía hambre, se metió en la confitería. Por eso la voz de la abuela le gritó impaciente:

—I-wan, ven aquí. ¿Dónde has estado?

En aquel momento salió Peonía del cuarto de la abuela y recogió los libros y el abrigo de I-wan. Muy bajito le dijo:

—Está enfadadísima.

I-wan se encogió de hombros y frunció las cejas.

—Ya voy, abuela —respondió, y le preguntó a Peonía—: ¿Ha vuelto I-ko? — Esperó hasta verla mover la cabeza negativamente y luego entró en el cuarto su abuela.

Desde que a los seis años comenzó a ir a la escuela; al volver a casa tenía que ir derecho al cuarto de la abuela, y cada día odiaba más esta obligación. Donde quiera que lo recordaba se ponía de mal humor ante la idea de que la anciana le estaba esperando. En las reuniones secretas, en que se había hablado de desligarse de los brazos de la familia, se había levantado exclamando: «Hasta que no nos veamos libres de la familia, no realizaremos nada importante». Y pensaba, al decirlo, en su familia y especialmente en su abuela.

—Ya estoy aquí, abuela —dijo de mala gana.

La anciana no notó su mal humor. Estaba sentada al borde de un ancho diván con la lamparilla y la pipa al lado. Le esperaba.

—Ven aquí —dijo. Y el chico se acercó un poco—. Ven aquí, que te pueda yo tocar.

No tuvo más remedio que acercarse, aunque esto era lo que más le molestaba. Alargó la señora las manos, de uñas largas, y le estrechó las suyas.

—Tienes las manos húmedas —exclamó.

—Es que hace mucho calor.

—Has venido muy de prisa —le amonestó—. Y ya te he dicho muchas veces que no debes correr. Es malo para la salud.

—Me gusta andar de prisa.

—No se trata de hacer tu gusto. Debes pensar en la familia. Eres mi nieto.

Una de las cosas que le molestaba más era aquella idea de que por el hecho de ser su nieto tenía que soportar el peso de la familia.

—Yo creo que alguna vez tengo que hacer lo que me guste —dijo, mohíno.

La abuela le apretó la muñeca con fuerza, y en voz, bastante alta le dijo:

—Siempre lo haces. No piensas nada más que en ti... ¡Qué generación! I-ko es lo mismo. No ha venido a verme en todo el día.

Temiendo haberle enojado, tomó con una mano la caja de dulces sin soltarle el puño con la otra, y le dio un dátil.

De buena gana lo habría rechazado, pero al ver el dulce sintió hambre en contra de su voluntad. Siempre tenía hambre. Lo aceptó, pues, y se lo comió. La anciana, sonriendo, le dijo:

—Estos dátiles no se los doy a nadie más que a ti. —Y acariciándole el brazo añadió—: Son muy buenos para la sangre... Sólo los comemos tú y yo. Aunque... — continuó levantando la voz para que pudiese oírla Peonía, que estaba esperando en la

antesala— esa miserable esclava me roba alguno cuando estoy dormida.

—¿Yo, señora? —exclamó Peonía con su vocecilla argentina, haciéndose oír por la puerta entreabierta—. Nunca, señora.

—Sí, sí —insistió la vieja dirigiéndose a su nieto—. Esa chica roba todo lo que puede. Está en casa hace once años y es muy desagradecida. Cuando la compramos tenía siete años y ya era ladrona.

I-wan no respondió. No quería defender a Peonía y que su abuela le acusase de perverso. Estaba escarmentado. Retiró la mano de entre la de su abuela y le dijo:

—Abuela, todavía tengo que hacer un trabajo de inglés para mañana.

—Es verdad, y no debes acostarte demasiado tarde.

—Buenas noches, abuela.

—No, nada de buenas noches. Entra antes de acostarte.

—¿Para qué, si estarás dormida y bajo los efectos de esa maldita droga?

—No, no; dime a qué hora vas a venir y me encontrarás despierta.

—No puedo. ¿Cómo voy a saber cuándo voy a terminar el trabajo?

Suspiró la anciana y sus ojos se fijaron en la pipa.

—Es verdad —murmuró. Y al cabo de unos minutos llamó—: ¡Peonía!...

—¿Señora?... —respondió la muchacha.

Entró en la estancia con pasos silenciosos y ayudo a la anciana a echarse, encendiendo la lamparilla. I-wan se quedó parado.

—Le he dejado los libros encima de la mesa —dijo Peonía.

—Debería darte vergüenza el prestarte a ciertos alcahuetos —murmuró el chico.

Peonía se quedó mirando con los almendrados ojos muy abiertos y repuso:

—Tengo que hacer lo que me mandan.

Dirigióse I-wan a la puerta con el entrecejo fruncido. La doncella comenzó a hurgar en el polvo venenoso con una cucharilla de plata, pero sin prestar atención a lo que hacía. Esperaba que I-wan le dijera algo. Cuando su mirada se cruzó con la del muchacho, malicio y burlona le sacó la lengua. I-wan dio un portazo ver aquel gesto.

No era posible librarse del dulzón perfume del opio. Al llegar a su habitación, abrió las ventanas de par en par para que se ventilase. Inútil. No hacía viento toda la casa estaba impregnada del penetrante aroma. Tenía que olerlo toda su vida y cada vez lo aborrecía más. En una casa china, con patio abierto, probablemente se habría disipado, pero en aquellos vestíbulos cerrados, en las amplias escaleras, el olor de opio persistía como una miasma. Era la esencia de todo lo que I-wan odiaba: una fragancia letárgica que en su dulzonería encerraba algo del hedor de la muerte. Los cortinones del vestíbulo, las paredes, los almohadones de las butacas y los divanes: todo estaba saturado de ella. Al envolverse en la cama con el edredón de seda, I-wan continuaba oliendo, o por lo menos así le parecía, aquel perfume insidioso.

Por este motivo había decidido que su cuarto estuviese tan desnudo como el

rectangular dormitorio de En-lan en la Universidad. Obligó a Peonía a que quitase las cortinas que tenían todas las ventanas de la casa, excepto las de su habitación. Sin ellas parecían más altas y la luz entraba por ellas a raudales, cegadora. Peonía protestaba continuamente contra la fealdad de la habitación y procuraba amortiguar la luz. Al entrar aquel día, I-wan advirtió que para conseguirlo había colocado en la ventana un jarrón azul con una gran rama de adelfas rosas. Un momento pensó: «¿Para qué quiero yo esas flores? Voy a tirarlas».

Pero luego reflexionó. No quería molestar a Peonía, pues era la única persona de la casa con la que podía hablar. Y estaba dudando si decírselo todo... esto es, que formaba parte del grupo revolucionario y que tal vez un día no muy lejano tuviera que renunciar a lo demás. Ante la idea de renunciar a aquella casa y a aquella vida su corazón desfalleció. Pero era la única forma de salvar al país..., había que acabar con las viejas costumbres, con la vida del capitalismo.

Su hermano I-ko también estaba muerto, tan muerto como su abuela, a pesar de ser muy joven. Estaba muerto porque sólo se cuidaba de sí mismo y de sus diversiones. Por ser hijo del director de un gran Banco moderno, tenía un puesto al lado de su padre. I-wan apenas sabía lo que hacía su hermano. Pero de cualquier modo, si estaba en sus manos, nunca sería como I-ko.

Quitose el uniforme azul de los estudiantes y se puso una amplia bata de seda verdosa. A su abuelo no le gustaba verle dentro de casa con el uniforme, y le advirtió: «Cuando estés en mi presencia quiero verte con el traje que te corresponde».

Mientras se abrochaba los botoncitos de torzal de seda, I-wan pensaba: «El día que renuncie a todo no usaré más que el uniforme». En la vida de revolución en que quería penetrar otro indumento hubiera sido absurdo. Trepas por entre rocas, hacer largas marchas atravesando pueblos miserables, pronunciar discursos en las calles para convencer a la gente de que debía rebelarse contra los ricos y los que la oprimían, no podía hacerse con una vestimenta de seda. Pensaba hasta cambiarse el nombre. Nadie creería que el hijo del poderoso banquero de Shanghai...

Oyose una tosecilla y en la puerta apareció la cabeza de Peonía diciendo ceremoniosa:

—Su abuelo pregunta que por qué se retrasa, sus padres dicen que vaya en seguida.

—Ya voy —repuso el chico secamente.

Entró Peonía en la habitación, se fue derecha a la ventana y con la voz completamente cambiada le preguntó:

—¿Has visto las adelfas?

—Sí —contestó I-wan.

Se estaba quitando las botas de cuero y poniendo unas zapatillas de terciopelo negro. Si su abuelo le oyese golpear el suelo con las botas de la escuela tendría que volver a quitárselas.

—¿Verdad que están muy bonitas a contraluz? —inquirió Peonía.

I-wan levantó la vista. Por primera vez en su vida veía a la muchacha, no como Peonía, la criada con quien jugaba y se peleaba desde que era niño pequeño. Estaba muy guapa junto a las flores. Si no hubiese estado seguro de que era la esclava, habría creído que era una señorita.

—No me he fijado en ellas —dijo. Y salió de la habitación. ¿Cómo no se había fijado hasta entonces en Peonía? Le recordaba cuando era una chicuela amarilla que daba la impresión de que nunca crecería.

Su madre solía decir siempre: «Verdaderamente; nos cuesta bien poco alimentarla...». Nadie diría ya que era amarilla. Nunca sería muy alta, pero no era amarilla.

Cruzó el gran rellano de la escalera, se detuvo; ante una pesada puerta de nogal frente a la de su cuarto y tosió.

—Adelante —dijo el abuelo.

Entró I-wan.

Era imposible despreciar al abuelo como despreciaba a la abuela. Su abuelo sabía mucho, aunque con la vejez olvidase bastantes cosas. Pero nunca consentiría que nadie supiese más que él. A pesar de parecerle esto un absurdo en un viejo, no podía menos de sentirse acobardado ante su abuelo. Si alguien decía que los extranjeros hacían esto o aquello, su abuelo siempre sabía si era cierto o no. Cuando se le pedía que contase algo de otros países, contestaba invariablemente: «Yo he visitado todos los países extranjeros y todos son distintos entre sí y completamente diferentes de nosotros... esto es lo más importante».

Si le insistían, entonces contaba cosas extrañas que había visto. Hace cincuenta años estas cosas resultaban mucho más extrañas que ahora. Por ejemplo, un tren hace cincuenta años se parecía a un dragón. A los que le escuchaban solía decirles: «Imagínense un dragón a través de los campos, echando humo por las fauces...». Ahora hay trenes por todas partes y todo el mundo los ha visto en Shanghai. El anciano ya no podía decir nada, pero se mantenía muy digno.

Al entrar I-wan le dijo su abuelo:

—Siéntate. ¿Qué has estudiado hoy?

I-wan se sentó en el borde de la silla y comenzó:

—Hoy, señor, he estudiado historia, geografía, inglés y matemáticas.

—¿Nada de ciencia militar? —inquirió el abuelo secamente.

—Mañana me toca, señor.

—La ciencia militar es lo más importante —continuó el abuelo—. Cuando yo estuve en Alemania vi muchas revistas de tropas y adquirí ideas definitivas. Por eso te puse el verano pasado un profesor alemán.

I-wan estaba delante de su abuelo sin verle ni oírle. Habíase habituado a ello a fuerza de experiencia. ¿Qué le importaba a él la Alemania de cincuenta años atrás? Permanecía absorto, sumido en ideas vagas, contemplando la mano amarilla de su abuelo, que se acariciaba la barba, blanca y rala. ¿Le diría Peonía aquella noche al

volver a su cuarto que era revolucionario?... Pero si le comunicaba que algún día renunciaría a todos, que no volvería más a su casa, que, naturalmente, ella tampoco le volvería a ver, seguramente lloraría. Quizá lo más sensato fuera no decir nada a nadie... sencillamente no aparecer más por su casa en el momento en que estallase la revolución. En la reunión secreta de aquel día había dicho Liu En-lan: «La primavera que viene...».

—Puedes retirarte —díjole su abuelo, cariñoso—. Sabes escuchar. Tengo grandes proyectos para ti, I-wan.

Levantose I-wan, dirigiéndose a la puerta, desde donde volvió a saludar con una reverencia. Nunca hablaba delante de su abuelo como no fuese para contestar a alguna pregunta. Y siempre experimentaba una gran satisfacción cuando se marchaba. La habitación estaba llena de muebles y de libros. Era triste, poco ventilada y olía a viejo. Su abuelo apenas permitía que se abriesen las ventanas: de día porque consideraba que estaba más fresco, y de noche porque temía la humedad. I-wan cerró la puerta tras sí pensando:

«Esta casa está llena de olores desagradables: la misma Peonía usa un insoportable perfume dulzón jazmín. Se lo he dicho varias veces y ella me contesta con su linda voz: "No es el perfume. Es que usted tiene el olfato demasiado fino y lo que a los demás les gusta a usted le desagrada"». Y no dejaba de usarlo. Y a pesar de que sus palabras eran duras, sonaban bien. Ahora tenía que ver a sus padres y luego quedaría en libertad. Llamó con los nudillos a otra puerta y abrió sin esperar a que le respondiesen. Componían el departamento de sus padres dos grandes piezas, que conocía muy bien por haber aprendido a andar en aquel brillante entarimado cubierto con una estera china. Se sabía de memoria todos los adornos, desde los jarrones azules colocados en la estantería tallada y a los cuales nunca le habían permitido tocar, hasta los elefantes y las bolas de marfil con que podía jugar siempre que quisiera. Le gustaba mucho tomar la gran bola de filigrana y darle vueltas, tratando de separar con los ojos las diecisiete bolitas que daban vueltas separadamente.

Su madre estaba sentada junto a la ventana, bordando, y su padre, ante un gran escritorio de madera negra, al extremo del cuarto. Todavía llevaba el traje extranjero que usaba para ir al Banco. Levantó la cabeza al entrar I-wan.

—¿Has visto ya a los abuelos? —inquirió—. Yo acabo de llegar. Voy a cambiarme de traje. —No se movió, sin embargo, y continuó—: ¿Ha venido tu hermano?

—No, padre —respondió I-wan.

La señora de Wu levantó la vista de su labor y suavemente alargó la mano a su hijo, diciéndole en inglés:

—Ven aquí. —Hablabas muy bien el inglés y se enorgullecía de ello. En su juventud tuvo, durante varios años, aya inglesa—. Tienes aspecto de cansado, I-wan.

—Sí, estoy cansado —respondió el chico en inglés. Idioma que le agradaba mucho hablar, porque podía prescindir de las ceremoniosas frases casuales en chino.

En inglés no sonaría bien eso de «Honorable padre»... «Yo, vuestro humilde hijo...». A pesar de todo, su madre era bastante china a veces. Tenía supersticiones que no iban bien con su acento inglés. Durante toda su niñez tuvo que llevar I-wan colgada al cuello una llavecita de plata pendiente de una cadena para encerrar con ella su vida. Muchas veces tiró con fuerza de la cadena para romperla, pero no lo consiguió: el platero la había soldado cuando ya la llevaba puesta.

—Vienes muy tarde —díjole su madre.

—Hemos tenido una reunión después de clase —respondió el chico.

—¿Qué clase de reuniones son ésas? —preguntóle el padre en chino.

—Reuniones políticas —contestó I-wan en inglés.

—No vayas a meterte en un enredo —siguió su padre también en inglés, idioma que sólo utilizaba cuando quería que los criados no le entendieran. Hablaba bien, pero con mal acento, confundiendo las eles, las erres y las enes. Y lo mismo le ocurría con el francés y el alemán—. Los estudiantes jóvenes no pueden hacer nada para cambiar las cosas del gobierno. Pero los que mandan pueden cortar la cabeza a los estudiantes.

La madre exclamó con angustia:

—I-wan, prométeme...

El padre continuó sin hacer caso de su mujer:

—El gobierno no va a escuchar las tonterías de muchachos y las muchachas. Aparte de que ninguno de vosotros sabe lo que significa gobernar un país. Sólo comprendéis las críticas y las rebeldías. ¿Qué idea tenéis de lo que es el dinero, la banca, los empréstitos del extranjero? Esto para poner un ejemplo.

—¿Por qué hemos de necesitar empréstitos del extranjero? —exclamó I-wan. Precisamente aquella tarde habían tratado de aquel asunto en la reunión. En-lan se levantó para ofrecer su vida por la causa en señal de protesta. Hasta aquel momento no se había percatado de la importancia y del peligro del nuevo empréstito de un millón de dólares contratado con Japón, dándole como garantía una importante mina de hierro situada en el norte.

—Este último empréstito —había dicho En-lan—, como todos los demás, no se hace porque sí. A la nación que nos presta dinero hay que concederle ciertos privilegios. Los estudiantes hemos protestado ante el gobierno, pero no nos han hecho caso. Si me dais autorización para ello, pienso esconder una pistola y matar al ministro de Hacienda cuando vaya a comer con su nueva concubina.

Nadie dijo nada. Todos se le habían quedado mirando fijamente. Y En-lan, con un gesto de desdén, había continuado:

—La nueva concubina le cuesta diez mil dólares. Únicamente los ministros de Hacienda pueden permitirse el lujo de procurarse concubinas nuevas.

Era la primera vez que uno del grupo ofrecía su vida por matar a un enemigo. En otras partes ya se había hecho, y por eso los prohombres duplicaron su guardia personal, especialmente desde que un estudiante se presentó en el Ministerio de Negocios Extranjeros. Esto fue a raíz de las veintiuna peticiones que hizo el Japón...

Todos habían discutido acaloradamente, diciendo al fin que En-lan no podía exponerse por el momento...; ya llegaría la ocasión.

De todos modos, el ofrecimiento les hizo pensar a todos.

—¿Por qué hemos de necesitar empréstitos del extranjero? —repitió el padre—. Porque los necesitan todos los países en período de reconstrucción.

Era el banquero Wu un tipo fornido y de cara simpática, que se preciaba de muy moderno. Tenía numerosos amigos extranjeros y sobre todo japoneses. «Asia para los asiáticos», solía repetir, desde que el ministro japonés de Negocios Extranjeros dijo estas palabras en la Liga de las Naciones.

En tono cordial continuó diciéndole a su hijo:

—Tú no puedes comprenderlo porque estás en la edad de las ilusiones. Yo también a los veinte años tuve mis ideales. Era partidario del joven Emperador y de sus reformas. Y la mayor parte de los jóvenes compartían mis ideas. Seguramente tú y tus compañeros profesáis ahora algún culto parecido.

—I-ko no es así —murmuró la madre.

—I-wan se parece más a mí —repuso el padre con viveza.

Sentose I-wan. No dijo nada, pues hacía tiempo que había tomado la costumbre de no replicar a lo que decían sus padres. Con este sistema, mostrábase más respetuoso y no se traicionaba. Su madre reanudó su labor y su padre la escritura. Presumía de no importarle lo que su padre dijera, pero sus palabras tenían la virtud de hacer que se sintiera joven e inexperto. ¿Podían compararse los revolucionarios actuales con aquellos jóvenes que se agrupaban en torno del Emperador? Ahora su padre era rico a pesar de haber sido un niño mimado, lo mismo que lo había sido I-ko, mientras no nació su hermano. Los criados viejos de la casa repetían sin cesar sus gracias. Sin embargo, él mismo no echó a perder a su padre ni debilitó su carácter, contrario, siempre procuraba dominar y que se hiciera su voluntad, I-wan sabía que algunas veces sus padres disputaban seriamente, pero no conocía los motivos. Su madre fue la única hija de un hombre muy rico, había pocas mujeres tan bien educadas como ella lo había sido en su juventud. A pesar de todo y de las disputas, siempre obedecía a su marido. Todo el mundo le obedecía, aunque a veces hicieran ademán de ceder, por considerarlo conveniente.

—¿Puedo retirarme, padre? —preguntó I-wan.

—En seguida —repuso su padre.

Continuó sentado, pero protestando en su fuero interno y pensando:

«Mi padre no tiene nada que decirme. Sólo desea demostrar que es el amo. Nunca consigo que me de permiso para retirarme a la primera. Tiene empeño en poner de manifiesto su fuerza».

Hizo un gesto en el que hubiera podido leerse su pensamiento, que era el propósito de renunciar a todo.

—¿Tienes algún plan? —preguntóle su padre e chino.

I-wan levantó la cabeza. Su padre había dejado la pluma.

—Hace tiempo que le estoy dando vueltas a la idea de que debemos pensar en tu porvenir. Y tu madre lo mismo.

—Ya tienes veinte años, eres un hombre —dijo la madre.

I-wan sintió que se ponía rojo. Observándole, continuó su padre:

—No te alarmes. No pensamos obligaros a nada ni a ti ni a tu hermano. No tratamos de casaros. Ya hemos hablado de ello, y hemos decidido dejaros elegir libremente vuestras esposas.

Ya lo sabía I-wan. Algunas noches, su hermano le había hablado de muchachas con las cuales podía casarse libremente si quería. Pero no llegaba nunca a decidirse por ninguna y solía terminar riéndose de sí mismo y diciendo:

«Todavía no hay una ley que prohíba tener más de una mujer. Y éstas se van haciendo tan independientes que exigen la promesa de que no se tendrá más que una. ¿Crees que se puede prometer eso?».

Sin embargo, a pesar de saber que era libre, por primera vez aquel día sintió agradecimiento hacia sus padres. Muchos de sus compañeros estaban ya comprometidos porque sus padres los habían obligado a ello. Precisamente una de las cosas que figuraban en el programa revolucionario era la libertad para contraer matrimonio. Las muchachas eran las más interesadas en ello y sin cesar repetían en las reuniones: «Tienen que concedernos el derecho a casarnos con quien queramos, o a no casarnos si no queremos».

Y todos estaban de acuerdo.

Algunas veces, cuando se reunían dos o tres muchachos solos, discutían esta pretensión de las muchachas. Y, perplejos, se preguntaban lo que sucedería si las mujeres se negaban a casarse. Porque sería muy desagradable para un hombre pedir en matrimonio a una mujer y que ésta le rechazara.

Una vez En-lan le dijo a I-wan, sonriendo irónico:

—Tranquilízate. ¿Te acuerdas de la muchacha que gritaba más fuerte por la libertad?

La recordaba perfectamente. Era una chica muy bonita de la provincia meridional de Fukien. En-lan se metió la mano en el bolsillo y sacó una carta, entregándosela a I-wan. Era una carta amorosa, apasionadísima, firmada por ella. I-wan se quedó asombrado, sintiendo en el fondo de su alma cierta envidia.

—¿Te piensas casar con ella? —le preguntó a En-lan. Éste hizo un movimiento de cabeza y dijo:

—¿Cómo voy yo a casarme si soy revolucionario y pueden matarme cualquier día? Además, ella no me habla de matrimonio.

Era cierto. La muchacha le escribía: «Llámame y acudiré a tu lado... Somos libres».

I-wan le devolvió la carta y En-lan se la guardó.

—Mis padres tienen una esposa destinada para mí. Por eso no voy nunca a mi casa —le dijo En-lan.

—¿Una esposa? —exclamó I-wan. Constantemente descubría algo nuevo en aquel En-lan a quien había sacado de la cárcel...

—Es ya tiempo de que decidamos la dirección que debes seguir —continuó su padre—. Como es natural, quisiera colocarte en el Banco conmigo, como a tu hermano.

I-wan no contestó. Nunca se colocaría en el Banco. ¡Cómo le odiarían sus camaradas si contribuía a hacer los empréstitos con el extranjero! No podía soportar la idea de ser odiado por ellos. De sobra sabía que la lista negra de los revolucionarios figuraba el nombre de su padre al lado de otros personajes influyentes y ricos. Por un instante pensó con envidia en En-lan. En-lan era hijo de un campesino y enorgullecía de su origen. Alguna vez, decía muy satisfecho:

—Mi padre es un hombre vulgar. Mi madre no sabe leer ni escribir.

En-lan era muy duro respecto de los ricos. Nunca sería capaz de comprender cómo, a pesar de que I-wan odiaba a los capitalistas, quería a su padre aunque se rebelase contra él. En-lan hubiera dicho con su modo absolutista: «En tu lugar diría que puesto que es un capitalista y un enemigo, no puede ser mi padre...».

—Te repito que no te forzaré a nada ni te meteré prisa para que decidas —siguió diciéndole su padre muy cariñoso—. Eres mi hijo. Cuando estés seguro de lo que deseas, dímelo.

Le hizo una seña e I-wan se levantó. Como otras veces, había desaparecido su irritación. El autoritarismo del padre terminó con un derroche de amabilidad.

—Muchas gracias, padre —murmuró I-wan.

—¿Adónde vas? —inquirió la madre.

—A mi cuarto a estudiar —repuso él.

Sonrió la madre satisfecha al saber que se quedaba en casa y el chico salió de la estancia cerrando la puerta tras sí. Un poco más tarde se reuniría con todo en el comedor para comer los manjares que habrían sido un festín para En-lan. A él se los servían a diario.

Pensando en ellos sintió hambre. Y decidió mirar lo que había en la caja de dulces que Peonía tenía siempre llena encima de su mesa. También encontraría el té caliente. Apresurose a llegar a su habitación para disfrutar de libertad un rato. Quería aprovechar la hora que le quedaba antes de comer y en la cual disfrutaba mucho. Había dicho que iba a estudiar, pero nunca estudiaba hasta después de la comida. Se solía levantar de la mesa apresurado diciendo que tenía mucho que hacer. Algunas veces estudiaba, en efecto, pero otras se iba al teatro.

Aquella noche pensaba estudiar. Tenía que escribir una composición en inglés. Secretamente, deseaba superar a En-lan en los ejercicios escritos, pero no lo conseguía. En-lan tenía especiales aptitudes para escribir. Por muchos esfuerzos que hiciera, nunca conseguía I-wan que la anciana inglesa que les daba clase le elogiara como a En-lan. Aquella noche se proponía superarse a sí mismo. Y lo que le importaba todavía más que los elogios de la profesora, era que En-lan formase buen

concepto de él. Por eso, en vez de salir a dar una vuelta, se sentó ante la mesa y sacó un cuaderno. Trabajaría con toda su alma.

Comenzaba a invadirle el sueño. Miró el reloj. Era casi medianoche y apenas había terminado la composición de inglés. La relejó y quedó satisfecho, aunque esperaba, naturalmente, que se la devolvieran con rayitas encarnadas. *Miss Maitland* encontraría faltas que corregir en donde menos lo suponía él. De todos modos, estaba bien. Había escogido como tema la historia de Sun Yat-Sen, desarrollándola acertadamente. Había decidido releerla cuando sintió que alguien se movía junto a su cama. No levantó la cabeza. Era Peonía, que desdoblaba el edredón y colocaba en la mesita la bandeja con el té. Después sintió que se quedaba parada a su lado y que le ponía la mano sobre el hombro y le rozaba los cabellos con la mejilla. De repente recordó a la muchacha junto a las adelfas, como la había visto por la tarde. Se apartó de ella diciéndole con malos modos:

—¿Hasta cuándo vas a usar ese perfume asqueroso?

—Hasta siempre —respondió la chica, descarada—. Lo usaré siempre porque me gusta. No estudie más. Ya debía haber terminado. Es hora de acostarse.

—No te importa lo que yo haga.

—Pues si no ha acabado ya de estudiar, será porque es tonto —añadió Peonía pasándole suavemente, la mano por la cara—. Y no lo es.

I-wan sintió acelerarse el ritmo de su corazón. Eran compañeros de juego hacía muchos años. Ambos sabían de sobra que ella era una criada, y si en la casa se le daba cierta categoría superior era porque todos la querían, especialmente desde que murió la hermaná de I-wan. Entre los dos existía algo semejante al cariño de hermanos. Nunca hacían alusión a su situación de criada. I-wan, porque la costumbre de tratarla le hizo olvidarlo, y ella porque no se le ocurría. Hacía pocos meses, sin embargo, que había comenzado a haber entre ellos algo que I-wan deseaba y quería rechazar. El modo especial que tenía Peonía de ponerle la mano sobre el hombro y la mejilla en sus cabellos. Cualquier noche I-wan alargaría los brazos y la estrecharía entre ellos, a pesar de no querer hacerlo. No lo había hecho nunca, pero sí lo había pensado, y se avergonzaba de su pensamiento. Tal vez si no hubiese pertenecido al grupo revolucionario lo hubiera hecho.

Además, no quería parecerse a su hermano I-ko. Éste siempre estaba dándole bromas a Peonía, acariciándole la cara, cogiéndole la mano, abrazándola. Y siempre Peonía se escapaba huyendo de él. Una vez le hizo unos arañazos muy profundos en la mejilla. No pudo salir a la calle en varios días porque a la legua se notaba que aquellos arañazos los hicieron las uñas de una mujer. Con este motivo hubo revuelo en la casa. La señora de Wu habló a solas con Peonía y el señor Wu con I-ko. Y Peonía fue al cuarto de I-wan y, llorando amargamente, le dijo:

—Aborrezco a tu hermano I-ko. Siempre ha sido un miserable.

I-wan no quiso averiguar por qué era I-ko un miserable. Con un estremecimiento involuntario, le dijo a Peonía muy solemnemente:

—Yo nunca seré un miserable para ti.

La chica había llorado un rato, y una vez que suspiró y sollozó cuanto quiso, levantó la cabeza y le dijo sonriendo:

—Nunca podrá usted ser miserable.

Por eso se avergonzaba él al sentir agrado con su contacto y se separó de ella.

—Ya no me quiere como antes —murmuró la chica.

—Sí, lo mismo, como siempre.

—¡Estoy tan sola! —sollozó Peonía.

I-wan se puso de pie cerrando el cuaderno de un golpe, y exclamó violento:

—Márchate, Peonía, no te quiero aquí. Voy a acostarme.

Procuró dar cierto tono de seguridad a su voz porque tenía miedo de qué la chica se echase a llorar o se enfadase. Siempre le ayudaba a meterse en la cama y luego corría las cortinas y apagaba la luz. Y siempre también, solía I-wan decirle:

—Abre las ventanas.

En verano le obedecía, pero en invierno muchas veces replicaba:

—No, esta noche, no: hace mucho frío.

Y la respuesta era la misma todos los días:

—Si no la abres me levantaré yo a hacerlo en cuanto te marches. —Y tenía que abrirlas en verano y en invierno.

Aquella noche le volvió la espalda para no ver la cara de la muchacha si se ponía triste. Pero la oyó reír y la miró. No estaba enfadada. Sonreía burlona y alegre.

—Es usted muy mayor y ya no me necesita. Es un hombretón.

Dirigióse I-wan a ella empujándola hacia la puerta. Peonía le cogió las manos riendo. Logró por fin echarla, a pesar de que continuaba agarrada a sus manos. Estaba libre. Dio un portazo y cerró con llave.

Luego se puso a escuchar. No se oía nada. Alargó la mano a la cerradura para abrir y ver si la chica continuaba allí. Se arrepintió en seguida. Seguramente, estaba allí burlándose de él y esperando. No abriría. Cruzó la habitación y comenzó a desnudarse. Una vez que se hubo lavado y estaba dispuesto a meterse en la cama, acercóse a la ventana y la abrió sin ruido. Si estaba allí lo oiría. Sintió deseos vehementes de abrir la puerta. Pero si estaba entraría, y le tenía miedo. Habíase ofrecido a su país. Además no quería ser como I-ko.

Metiose en la cama, corrió las cortinas y percibió el dulzón aroma del opio. Prodújole un asco invencible y se olvidó de Peonía. Medio dormido ya, pensaba que no estaba dispuesto a soportarlo toda su vida.

El grupo de estudiantes revolucionarios se reunía en la clase de inglés. Era el lugar más seguro, porque la Universidad reservaba siempre para los profesores

extranjeros las aulas mejor situadas en un edificio viejo al extremo del recinto. Era un edificio de dos pisos con una sola escalera. Peng Liu era el encargado de pasearse en el rellano, como si estuviese esperando a alguien. En realidad, lo que hacía era vigilar la escalera. Tenía las mejores condiciones para espía. Sus oblicuos ojillos lo escudriñaban todo y fingía ignorancia y estupidez con tal arte, que engañaba a cualquiera. Si subía alguien, le saludaba en alta voz y sus compañeros le oían por el montante, disolviendo la reunión y metiéndose en otras clases, como si estuvieran allí estudiando. Ciertamente hasta aquel momento nunca los había interrumpido nadie y eso que llevaban reuniéndose cerca de dos años, y, con otros grupos semejantes, habían entrado a formar parte de la Hermandad Nacional de Patriotas. Adoptaron este nombre porque el gobierno anunció que fusilaría a todos los comunistas. Por lo tanto, no eran comunistas sino patriotas.

Y como decía En-lan: «No es posible que fusilen a los patriotas. Cuando estalle la revolución variarán las cosas y entonces se fusilará a quien se deba fusilar».

En aquella clase I-wan conoció a todos, aunque en el fondo sólo conocía a En-lan. De los demás sabía los nombres de los veintitrés que solían reunirse; pero no hubiera podido decir si eran ricos o pobres ni de dónde salieron. Nunca se habían visto hasta que se encontraron reunidos en el salón de la clase. Cuando I-wan fue por primera vez, sólo había once, de ellos dos mujeres. Pero el número había aumentado y el elemento femenino sumaba hasta nueve miembros. I-wan ignoraba todo de los recientemente incorporados, salvo que cuando ingresaba alguno era costumbre que se presentase él mismo y luego uno de los antiguos se adelantaba, salía fiador suyo y declaraba solemnemente que no era un espía.

Él fue presentado por En-lan. Cuando comenzó a asistir a la Universidad encontróse con En-lan; éste le habló de la Hermandad y salió fiador suyo. I-wan se lo agradeció mucho y un día le dijo:

—¿Cómo te has atrevido a salir fiador mío si sólo conoces de mí el nombre de mi padre?

En-lan le respondió:

—Te conozco y sé lo que hiciste por mí.

—¿Y no te importa quién sea mi padre?

—Los padres no tienen nada que ver con nosotros en esto. Sé que eres un hombre que merece estar entre los nuestros, y esto me basta.

Aun cuando ninguna de aquellas veintitrés personas figurasen entre los antiguos amigos de I-wan, ni tuviesen nada de común con los hijos de los ricos que hasta entonces fueron sus condiscípulos, al verse con ellos en aquel salón tuvo la impresión de que estaba entre los suyos. Poco le importaba que supiesen o ignorasen quién era. Prefería, sin embargo, que lo ignorasen. Ante ellos sentía cierta vergüenza de ser hijo del banquero Wu, uno de los hombres más ricos de Shanghai. Cuando I-wan advertía un rotito o la falta de un botón en el uniforme, no decía nada porque de este modo podía igualarse con los demás, y solía despeinarse a propósito para que su aspecto

tuviese alguna semejanza con el de En-lan, que siempre llevaba el pelo encrespado y tenía la tez tostada por el sol y el viento de los desiertos del norte.

Tenía la impresión de que aquello era la verdadera vida. En su casa nadie pensaba nunca más que los problemas interiores. Cada uno procuraba hacer su voluntad y sólo les interesaba la familia. Ningún se preocupaba por lo que sucedía en el mundo. El mismo I-wan fue lo mismo hasta que cayó en sus manos el libro de Carlos Marx, el que le condujo a la cárcel. No lamentaba el haber estado en la cárcel puesto que allí conoció a En-lan...

Cuando tuvieron alguna intimidad, I-wan le preguntó un día a En-lan: «¿Por qué te metieron en la cárcel?». Y entonces descubrió algo muy curioso de su amigo: cuando tenía interés en que algo suyo se supiera lo escribía en vez de contarlo. Era bastante premioso para hablar y, en cambio, escribía con facilidad y riqueza de expresión. Al dirigirle I-wan la pregunta anterior, le dijo: «Ya te lo escribiré».

Algunos días después entregó a I-wan unas hojas de papel arrancadas del cuaderno de inglés.

—Las lees en tu casa —le dijo— y luego las quemas.

Aquella misma noche I-wan leyó aquellas páginas en las que En-lan había escrito:

I-wan:

Cuando tú llegaste a la cárcel, llevaba yo ya setenta y tres días y me parecía haber pasado diez años en aquella celda. Acercándome mucho a los barrotes del ventanillo lograba ver un triángulo de cielo... nada más. Ciertamente no era mucho. Me parecía el triángulo de tela negra que mi madre se ponía a la cabeza, para resguardar su pelo del polvo del desierto. Ya te he dicho que soy de un pueblo del norte azotado por los vientos llenos de arena, amarilla del Gobi. Dicen los viejos que cualquier día el pueblo quedará cubierto de arena y sus habitantes enterrados, y su carne se secará con la arena y el viento.

En esta postura, con la cara pegada a los barrotes del ventanillo, perdía las esperanzas. Pocos días antes de tu llegada pensaba yo con insistencia que ya no se secaría mi cuerpo entre la arena de mi pueblo, sino que me matarían a balazos en el cementerio de la cárcel y me enterrarían en la tierra blanda de esta ciudad medio extranjera. Y en mi pueblo no sabrían nunca qué había sido de mí ni el motivo de que no hubiese vuelto por allá.

El pueblo está demasiado lejos para poder ir en vacaciones de Navidad ni en otras más cortas. Únicamente en verano podía ir a visitar a mis padres y aun entonces tenía que hacer gran parte del camino a pie, porque el tren, incluso en los trenes de los indios, en los cuales no hay asientos, resulta demasiado caro para mi bolsillo. Pero en la época en que mis padres todavía no me habían casado con la mujer que nunca será mi esposa efectiva, tenía afán de ir a mi casa para contar mis impresiones. Todas las familias del

pueblo, veintiséis en total, son muy cariñosas para mí y todas han contribuido en la medida de sus fuerzas a costearme los estudios. Si no tenían dinero, las mujeres me hacían zapatos, calcetines, y hasta algún abrigo.

Por nada del mundo les hubiera confesado que, a los pocos meses de estar en la Universidad, tuve que dejar de usar aquellas prendas porque los estudiantes elegantes de la ciudad moderna se reían de mí. Y no es que me importase demasiado, porque yo también me reía. Tenía un aspecto verdaderamente ridículo con el traje de algodón azul que me estaba demasiado ancho y con los toscos zapatones del norte. Estaba seguro de que al confeccionarlos las mujeres se dijeron: «Va a crecer y con los buenos alimentos del sur también engordará: conviene hacérselo todo grande». Y me lo hicieron todo enorme. Y no he crecido ni he engordado. Me molestaban las risas por ellos mismos.

Encontré una casa de empeño a la que acuden las gentes pobres para comprar ropa usada, y como la mía estaba tejida en casa, con buena lana y muy bien cosida, la vendí con facilidad a buen precio. Con lo que me dio el prestamista compré el uniforme que usan todos los estudiantes que presumen de patriotas. En la cárcel lo llevaba puesto.

Me has preguntado, I-wan, por qué fui a la cárcel. Muy sencillo: un día entraron unos soldados en la clase de inglés y preguntaron por mí. Estaba yo leyendo un poema inglés. No lo entendía del todo, pero por la música de las palabras comprendía que era muy bueno y muy bello. Comenzaba: «Paseábame solitario como una nube...».

Llevaba tres años estudiando inglés. Cuando iba mi pueblo en el verano todos los vecinos me rodeaban diciéndome: «Háblanos en inglés para que te oigamos». Les decía yo algunas frases corrientes y ellos se echaban a reír pidiéndome que se las tradujese y comentando: «Parece el cacareo de las gallinas». Y continuaban escuchándome y admirándome por mi ilustración.

Mi tío Liu In, el más viejo del pueblo, solía mover la cabeza con aire de suficiencia y echando bocanadas de humo decía: «Ya sabía yo que no era un error enviarle a estudiar. Nadie de este pueblo había ido a estudiar, pero los tiempos cambian. Este chico os dará honra y provecho: obtendrá un buen puesto del gobierno y nos pagará... con interés». Y yo les prometí hacerlo. Me producía una gran satisfacción verles atentos a mis menores movimientos, contemplándome con inocencia y sencillez. Los chiquillos, colgados de las faldas de sus madres, me miraban como a un héroe. Cuando terminase la carrera conseguiría un buen empleo y los ayudaría a todos. Llevaría un buen maestro y de este modo los chicos podrían ir a la escuela.

Como te digo, aquella mañana leía yo el poema que comenzaba: «Paseábase solitario como una nube...». Miss Maitland nos dijo muy grave: «Es un poema un gran poeta inglés: Wordsworth».

En aquel momento dieron un golpe en la puerta. Era una puerta muy ligera que, como sabes, se abre con un poco de viento; ¿cómo iba a resistir un culatazo? Aparecieron los soldados y uno de ellos gritó: «¿Dónde está En-lan?».

Al oír mi nombre me levanté. Nadie dijo nada.

—¿Es usted En-lan? —inquirió el sargento.

—Sí —respondí tranquilo, aunque muy asombrado.

—Queda usted detenido —continuó el sargento—. Venga con nosotros.

—¿Por qué?... ¿Por qué? —balbucí con esfuerzo. No podía imaginarme el motivo de mi arresto, ni siquiera que nadie supiera mi nombre, aparte de los profesores y algunos de mis compañeros.

—Debe de ser una equivocación —le dije al sargento.

—No hay equivocación que valga. En-lan, nacido en Liu, pueblo de la provincia de Shensi.

—Ciertamente soy yo, y éste es el nombre de mi pueblo —repuse—. Pero ¿por qué me detiene?

El sargento, muy indignado, se puso rojo:

—¿Se atreve a dirigirme preguntas? —gritó como un energúmeno, y se lanzó sobre mí cogiéndome por el cuello y levantándome en alto. Con espanto vi que me había roto el cuello y pensé que me tendría que comprar otro. Pero apenas pude hacer otra cosa que pensarlo. El sargento era muy fornido y estaba furiosísimo. Me zarandeó gritando:

—¿Se atreve... se atreve?

Tuve intención de desasirme, pero hubiera sido una temeridad ante los fusiles de los soldados que me apuntaban.

Miss Maitland se irritó sobremanera. Ya conoces su carita dulce, con el pelo blanco partido por la raya... siempre afable y comedida. Nunca la habíamos visto de otro modo. Lanzose furiosa sobre el sargento, y cogiéndole por la manga le sacudió con violencia, gritando más que diciendo:

—En mi clase no le permito esos modales. Suelte a este joven... ¿me oye?

Como hablaba en inglés, el sargento no entendió una palabra. La miró como un gato a un ratoncillo.

—¿Qué dice esa extranjera? —me preguntó.

—Le ruega que me suelte —le traduje.

—Dígale que está detenido —me ordenó.

—Estoy detenido —le dije a miss Maitland en inglés.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

—Es una estupidez —exclamó miss Maitland—. Pregúntele a ese animal. Y dígame de mi parte que es un animal.

Yo no me atreví a decirle más que:

—Esta digna dama, que es nuestra profesora, desea saber el motivo de mi detención.

—Dígale que no le importa —replicó el sargento altanero.

—Dice que no le está permitido decirlo —le traduje a miss Maitland.

—Es una verdadera estupidez —insistió miss Maitland—. Dígale que no se meta en mi clase... que aquí no se viene a detener a los estudiantes... Se lo comunicaré al cónsul inglés.

Yo vacilé un poco.

—Dígalo así —me ordenó miss Maitland.

—Dice esta señora que se quejará al cónsul inglés para que haga una averiguación.

El sargento dirigió una mirada a la inglesa, pero ella volvió la cabeza a otro lado y él se volvió muy digno.

—Me han ordenado que le detenga —dijo con altanería aún.

—Pero ¿por qué? —pregunté yo, esta vez por cuenta.

—¿Qué significa todo esto? —gritó miss Maitland.

Pero antes de que yo pudiera responder una palabra, el sargento ordenó a sus soldados: «En marcha adelante». Y en el mismo instante, los soldados me agarraron del brazo, y me sacaron de la clase sin que nadie pudiera evitarlo. Los estudiantes se habían quedado petrificados, y miss Maitland no pudo hacer o cosa que gritar.

Me condujeron por la calle abajo y luego me llevaron ante una gran puerta de hierro: la de la cárcel.

«También en nuestro país tenemos una cárcel modelo —había yo escrito—. Dicen que esta cárcel es una de las mejores del mundo y los americanos y los ingleses suelen visitarla para ver cómo se trata en China a los presos en esta cárcel modelo».

Me metieron en una celda de esta prisión y cerraron la puerta con llave. En realidad no era demasiado incómoda. Yo creo que fui el primero que la ocupó. La celda era mejor que la mayoría de las chozas de tierra en que viven los campesinos de mi pueblo, y casi tan buena como el cuartucho que yo pude procurarme cuando vine por primera vez a Shanghai, antes de tener habitación en la Universidad. Tenía la celda una cama de madera con edredón de algodón azul, bastante limpio todo; unos cuantos ladrillos amontonados en forma de asiento y el ventanillo. La choza en que pasé los primeros años de mi niñez no tenía ventana. Pero la puerta estaba siempre abierta y se veía el cielo. Siendo muy chico solía sentarme en el umbral viendo cómo mi padre y mi madre trillaban o desgranaban judías. La comida era mucho mejor en la cárcel que la de mi casa durante mi niñez.

Era tan buena que, al terminar el almuerzo, compuesto de arroz y pescado con un panecillo, la segunda mañana de mi estancia en la cárcel no

podía creer que en una prisión tan maravillosa no se hiciese la más estricta justicia. Además, estaba convencido de que el gobierno era justo. Me permitiría explicarme en el juicio. Todas las mañanas pensaba: «Hoy me citarán». Tenía preparado en mente lo que había de decir. Echado en la cama por la noche, y contemplando el trocito de cielo durante el día, pensé hasta en la palabra más insignificante, y compuse una defensa que diría poco más o menos:

«Señores, ¿de qué se me acusa? No pertenezco a ningún partido revolucionario». En aquella época, I-wan, no pertenecía a ninguno, en efecto. Después me afilié al partido comunista. «Trabajo asiduamente durante todo el día y no salgo del recinto de la Universidad. Sólo tengo una ambición: graduarme con buenas notas, conseguir un buen empleo y pagar deudas. Una vez lo consiga, quisiera fundar una escuela en mi pueblo. Las gentes de allí son muy pobres. Los vientos muy secos y las cosechas escasas. La tierra apenas da más que para morir de hambre, y eso no siempre. Por eso se pasa mucha necesidad. Los impuestos son muy crecidos: impuesto militar, impuesto sobre opio, toda clase de impuestos. A pesar de la libertad para vender opio al gobierno, éste nos grava de tal manera con los impuestos que no nos compensa sembrar opio en lugar de cereales. Por toda estas dificultades mi pueblo es pobre y no tiene dinero para escuelas. Yo he tenido siempre afán de aprender. Desde muy niño quería aprender todo lo que puede saberse. Por lo tanto, mis padres ahorraron con mil trabajos lo suficiente para enviarme a estudiar a esta hermosa ciudad. Aquí lo he pasado muy bien. ¿Cuál es mi delito, señores?».

Hacia práctica repitiendo esto y mucho más e imaginándome estar ante los jueces, hombres serios, amables, inteligentes, que pronto advertirían su error. Y me dejarían en libertad. Cuando fuese a mi casa, en el verano, tendría mucho que contar acerca de mi detención por error; les contaría también lo bien que estaba en la cárcel, el edredón tan bueno con que abrigaba en la cama y lo bien que me daban de comer. Como estábamos en invierno y los días son cortos, dormía mucho. Pero yo apenas lograba conciliar el sueño esperando que me llamaran para el juicio. Continuaba preparando la defensa.

No me citaron. Transcurrieron días y días sin otra cara que la del vigilante que me servía la comida. Por fin le pregunté una mañana:

—¿Es que no me van a juzgar?

—Yo no sé nada de eso —respondiome el vigilante—. Ahí tiene el arroz.
—Y se marchó.

Estaba loco de impaciencia e insistí con el guardia.

—Por favor, averigüe lo que haya de mi juicio.

El tipo me dijo meneando la cabeza:

—Me está prohibido hablar con los presos.

Llevaba yo en el cinturón el dinero para pagar la casa. Lo conservaba porque, a pesar de ser obligatorio, al entrar en la cárcel, que los presos se bañasen y se cambiasen de ropa antes de ir a la celda, a mí me dejaron en paz so pretexto de que el que guardaba los baños estaba en la boda de su hermano. Y por esta razón me llevaron derecho a la celda. Un día saqué el dinero, lo dividí en dos partes y, enseñando una de ellas al vigilante, le dije:

—Si averigua cuándo se celebrará mi juicio, le daré estas monedas.

El vigilante abrió mucho los ojos y cogió el dinero. Al día siguiente me dijo crudamente: «No se celebrará juicio de ninguna clase. Es usted un preso político y su crimen está probado».

—Pero ¿de qué crimen se me acusa? —exclamé.

—No lo sé —repuso el vigilante.

Me desabroché el cinturón y entregué al vigilante todo lo que poseía.

—Averigüe de qué se me acusa —le dije—. Le doy todo lo que tengo.

Cuando salió el vigilante me senté en la cama descorazonado. No debía haberle dicho que no me quedaba un céntimo. A lo mejor se guardaba el dinero y no daba paso alguno sabiendo que no podía esperar más.

Aquel hombre era honrado. Al día siguiente me dijo:

—Le he preguntado a un guardián, que tiene un hermano escribiente en los tribunales, y me ha dicho que usted ha escrito en un periódico extranjero un artículo sobre el hambre y la miseria que existen en nuestro país, diciendo que el gobierno abrumba con impuestos a los pobres y que compra el opio que cultivan los labradores. Esto lo leen los extranjeros y se ríen de nosotros. Éste es su crimen.

—Yo no he escrito tal cosa —exclamé horrorizado.

—Eso dice el informe —repuso el vigilante cerrando la puerta de mi celda.

No pude pegar los ojos en toda la noche. Traté de recordar, al detalle, la composición a que podía referirse aquel fatal informe. Fue una composición de la clase de inglés, de la cuál me sentía muy orgulloso porque miss Maitland la elogió extraordinariamente delante de todos, y me dijo: «Es un trozo tan bello que me gustaría que lo leyese los ingleses para que vieran cómo aman los chinos a su país. ¿Por qué no lo envía al periódico para el Concurso?».

Lleno de alegría me pasé las horas que tuve libres durante varias semanas, copiando la composición corregida. Y se la envié con una carta al director del periódico inglés. Me concedieron el premio del Concurso, y cuando se publicó, el director añadió una nota que decía así: «No es frecuente que recibamos un análisis tan concienzudo y tan honrado acerca de un país como éste que publicamos del joven patriota chino». Al leer; aquella

nota mi orgullo no tuvo límites.

I-wan interrumpió la lectura. Recordaba perfectamente el Concurso. También en su escuela enviaron: muchos trabajos para él. Y recordaba también que se llevó el primer premio uno firmado por Liu En-lan. Pero como nadie le conocía, pronto se olvidaron de su nombre. Él mismo no había vuelto a pensar en el ensayo ni en su autor hasta aquel momento.

Continuó leyendo:

Por este motivo me metieron en la cárcel. Transcurrieron días y días sin que las mañanas y las tardes se diferenciaron más que en la luz y en la oscuridad. Perdí la noción del tiempo. No sabía cuánto llevaba encerrado. Como no tenía amigos, nadie iba a verme. *Miss Maitland* intentó visitarme pero le dijeron que me habían enviado a mi pueblo y supuso que estaba en libertad. Me lo contó más tarde. Y como no me quedaba dinero, no intenté volver a hablar con el vigilante.

Pasaba las horas sentado o de pie, con la cara pegada a los barrotes del ventanillo mirando al trocito de cielo y pensando y repensando en lo que escribí en la composición famosa... La escribí un día de primavera en que el viento era templado y los mercados estaban llenos de flores. Las calles estaban alegres y los automóviles marchaba rápidos, obligando a los cochecitos de mano a apartarse de su camino. Muchas veces me había yo parado, admirado de la belleza de los autos, que corrían veloces. Por las tardes, después de las clases, solía salir de la ciudad y quedábame absorto ante los verdes campos que me producían una extraña nostalgia que no acertaba a definir. Era algo así como un gran afán de amor... pero no amor por una mujer, pues no estaba en relación con ninguna, sino amor por mi país, que se extendía ante mi vista hacia el norte, donde quedaba mi casa, por esta ciudad moderna, y hacia los mares del Sur que nunca había visto. Y este gran amor empezó a destilar en palabras. Deseaba escribir todo lo que sentía por mi país. Y las palabras fluyeron condensándose como las gotas se condensan de la niebla. Volví apresurado a mi habitación y me puse a escribir detalladamente todo lo que pensé.

No resultaba fácil la tarea. Recuerdo que la frente se me inundó de sudor por el esfuerzo de querer expresar fielmente lo que vi y lo que sentí. Se hizo de noche y no fui a comer. Encendí una vela, y a su débil luz continué escribiendo. Por toda la ciudad veíanse brillantes focos eléctricos que rompían la oscuridad, pero yo era demasiado pobre para poder vivir en una casa con luz eléctrica. No me importaba nada. Me enorgullecía, a pesar de todo, de que hubiera aquellas luces. De no tener que trabajar, hubiera estado paseando por la ciudad, contemplándolas como otras veces.

Hablé de la iluminación eléctrica, hablé de la ciudad, de la nueva ciudad que surgía desde el mar. Hablé de los automóviles, de los camiones que transportaban las pesadas cargas que en otros tiempos transportaban los hombres. Hablé de las escuelas, de los hermosos mercados, de las lujuriantes frutas importadas, de las flores

de invernadero. Sonriendo para mis adentros, hablé también de las casas elegantes donde las mujeres se rizan el pelo. Hablé de los edificios modernos, más bellos que los palacios de los emperadores. Hablé del campo, de los caminos, del cielo que había visto aquella tarde... Luego dejé la pluma.

Cuando releí el trabajo vi que no había dicho todo lo relativo a mi país. Tenía que hablar de mi pueblo, de mi padre y de mi madre, de los estériles campos del norte, de los vientos del desierto, del hambre que habíamos pasado dos años antes, de las chozas de tierra, del opio que se cultiva en vez de cultivar cereales con el afán de ganar más dinero. Y también de los impuestos que han de sostener al gobierno. Y hablé de todo ello. Reflexionando bien no pensé que el dinero de estos impuestos hubiera sido mal empleado. Pero hubiera deseado que mis padres y los demás vecinos de mi pueblo no tuvieran las caras tan marchitas a consecuencia de los vientos, que sus cuerpos no estuvieran tan flacos por el escaso alimento, que sus manos no se encallecieran tanto escarbando la tierra en busca de raíces para comer y para calentarse... En mi trabajo figuraba todo eso.

Y no pude menos de estampar también en el papel mi deseo de que el nuevo gobierno de Sun Yat-Sen encontrase la posibilidad de hacer participar a mi pueblo de las ventajas que ofrecía. Esto es, que le rebajara los impuestos, que se construyeran algunos caminos —no carreteras para automóviles como las que sé construían en los alrededores de la capital, sino caminos sencillos por donde se pudiera pasar montado en burro o en carreta— y que no hubiera necesidad de acudir al cultivo del opio para pagar las contribuciones.

En la cárcel reflexioné que aquello había sido la causa de su irritación. Por eso me llamaban traidor. No se me ocurrió. Escribí sencillamente lo que pensaba de mi país. Y lo escribí en nuestro idioma. Pero como estaba orgulloso del trabajo, lo traduje después al inglés.

Las autoridades lo leyeron en este idioma y se indignaron contra mí. Tras mucho reflexionar, comprendí que éste era el crimen de que se me acusaba. Escribí el ensayo en inglés... Se avergonzaron de las cosas que dije de mi pueblo y de mi familia, y les molestó que los extranjeros se enterasen de lo del impuesto del opio, del hambre y de las chozas de tierra. Si lo hubiera escrito solamente en chino... Pero en ese caso no habría yo podido ni soñar con el éxito que tuvieron mis impresiones de aquella tarde de primavera.

Me parecía imposible. Ni viéndome en la cárcel acababa de creerlo. Por las noches me desesperaba y me aterraba la soledad. En cambio, por las mañanas, solía estar de mejor humor y contemplando el trocito de cielo pensaba: «Es inverosímil que esto suceda en estos tiempos... Seguramente se han olvidado de mi caso. Ya me llegará el turno. En nuestros días hay justicia. Tenemos un flamante código con leyes modernas...». En clase de historia había estudiado el código.

Durante algún tiempo no ocurrió nada. Hasta que un día comenzaron a llegar nuevos detenidos. La persecución a los revolucionarios era muy seria. Todos los días

se llenaba la celda y se vaciaba al amanecer. Las noches eran horribles. Todos estaban asustados y maldecían sin cesar; y al acercarse la aurora lloraban y gritaban. Al principio solía hablar con ellos. Por sus conversaciones me convertí en verdadero revolucionario. Todos ellos me contaban que no habían cometido otro crimen que ayudar a los pobres a que consiguieran mejores jornales en las fábricas y en las tiendas, a procurar que algunas muchachas salieran de los burdeles, donde estaban porque las vendieron, o, sencillamente, que trataban de mejorar las condiciones de su país y se habían unido a un grupo de patriotas semejante al nuestro. Y saqué la conclusión de que el gobierno cometió un error al encarcelarlos. Todos eran jóvenes: algunos más jóvenes que tú y que yo. Al ver como los sacaban para fusilarlos concebí un odio irreprimible contra quienes ordenaban aquella matanza, y juré vengarlos si escapaba con vida. Cuando tú llegaste ya era yo un verdadero revolucionario. Llegué a no hablar con nadie. Cuando entraba algún nuevo detenido permanecía silencioso. La celda se convirtió en un antro sucio. No me importaba nada. No lograba conciliar el sueño. Me pasaba la noche esperando que amaneciese. Cuando todavía no se veía, oíase el ruido de la llave en la cerradura y penetraba en la celda el rayo de luz de una linterna. La voz ronca de un vigilante gritaba uno por uno los nombres de todos, menos el mío. Yo esperaba todos los días oírle, y el sudor corría por mi frente. Pero no llamaban. Seguramente me habían olvidado.

El rayo de luz iluminaba a cada uno de los presos por turno. Casi todos lloraban cuando los soldados les ponían las esposas. Luego los sacaban al corredor y se los llevaban. Me quedaba solo viéndolos marchar y sabiendo adonde los conducían. Me imaginaba que salían al aire, que tanto tiempo yo no había respirado. Era todavía de noche. En la oscuridad, manos que no podían distinguir los empujarían acercándolos a un muro. Y sonaría un tiro y les cegaría un relámpago. Y caerían en montón...

Recordaba una frase inglesa: «Paseábame solitario como una nube...». Sentía ganas de llorar y de gritarles algo. Con ellos moría yo todos los días, olvidado, hasta que llegaste tú con los demás y contigo me descubrieron.

I-wan releyó varias veces las cuartillas sin decidirse a quemarlas. Lo escrito por En-lan era un documento precioso. Dobló las hojas y las guardó en un cajón, debajo de unos libros viejos que le había dado su abuelo y que nunca leía. Era imposible tirar aquello. En-lan le había dado con ello una parte de sí mismo. ¿Qué le daría él en cambio? No pudo dormirse pensando en lo que podría darle, pues no encontraba nada que estuviese a su altura, como no fuese su propia sangre.

Cuando, al día siguiente, vio a En-lan no le dijo nada. En-lan tenía aire de timidez, sin duda por haberle contado tanto. Sin hablarle de las cuartillas le preguntó:

—¿Quieres ser mi hermano de sangre?

Desapareció la timidez de En-lan y respondió decidido:

—Sí.

Entró en la habitación con En-lan y siguiendo el antiguo rito de la fraternidad, extrajeron sangre de sus venas y la mezclaron, estrechándose las manos y prestando

el juramento de ritual. Y aunque nunca hablaron de ello, fueron siempre fieles a este juramento.

De esta manera. En-lan llegó a ser un revolucionario secreto y su amigo I-wan también, y asistían a las reuniones que se celebraban en el aula solitaria cuando se terminaban las clases. En la reunión de aquel día sorprendióle oír decir a En-lan: «Se nos ha dado el encargo de organizar el distrito de las fábricas de seda situadas en la parte norte de la ciudad. Somos responsables de ellas».

Llevó la lista de nombres que conocía I-wan por haberlos leído otras veces. En su vida había estado en aquella parte de la población, donde miles de hombres, de mujeres y de niños trabajaban en las fábricas de seda.

—Tú, I-wan —dijo En-lan—, te encargarás de la sección más lejana, porque puedes tomar un cochecillo y no necesitas ir a pie. Los que vayan a pie se encargarán de las fábricas que estén más cerca.

En-lan le explicó que los revolucionarios debían irse filtrando en las fábricas a fin de que los obreros se diesen cuenta del movimiento y estuviesen preparados para el día en que se derrocaria al gobierno y se implantase un nuevo régimen: el gobierno del pueblo por el pueblo mismo. De las explicaciones de En-lan se deducía que el plan estaba bien preparado I-wan recordó los pueblos que En-lan pintaba en su ensayo, y pensó que se les debía liberar de los impuestos y de la necesidad de cultivar opio. Y si los obreros de las fábricas llevaban una vida tan miserable como la pintaba En-lan, era de justicia que se los ayudase a mejorarla. Sentíase dispuesto a emprender la tarea y, sumiso y atento, escuchó las órdenes de su amigo. Por todo el país centenares de hombres y mujeres jóvenes seguían aquellas instrucciones al pie de la letra, esperando el día de la esperanza para todos.

En aquel instante Peng Liu entró corriendo:

—Llega gente —gritó.

Sonaban pisadas en la escalera.

—Corred a esconderos —dijo En-lan.

Se dispersaron igual que las hojas cuando sopla viento. I-wan corría como los demás, pero observó algo extraño: Peng Liu permanecía muy tranquilo en la clase, como si esperase a alguien. A los pocos momentos reuníase con sus compañeros, diciéndoles que todo había sido una falsa alarma y que quien subía era un carpintero que iba a arreglar una ventana. Disolvióse definitivamente por aquel día la reunión e I-wan no volvió a pensar en Peng Liu, tanto más fácilmente cuanto que era un tipo al que todos olvidaban por su insignificancia y su aire inofensivo. A ninguno se le ocurrió darle más trabajo que el de vigilar, y pocos; le querían.

Desde aquel día I-wan comenzó otra vida.

—¿Qué te pasa que estás tan ocupado? —le preguntaba I-ko—. Debes de estar metido en algún lío.

Llegaba I-wan tan tarde algunas noches, que en aquella semana varias veces ya estaba su hermano en casa. El día de nuestra historia se encontraron en la escalinata. Apeose I-ko de un lujoso cochecillo y miró despectivo a I-wan.

—¡A pie como un criado!... —le dijo—. Antes no solías andar gran cosa.

I-wan había tomado la costumbre, a pesar de lo que le había dicho En-lan, de ir a la fábrica andando como sus compañeros y con el uniforme viejo y los zapatos sucios. Así visitaba la fábrica.

No le contestó nada a I-ko y juntos subieron los escalones. Percibíase el aroma penetrante del aceite que usaba I-ko para alisarse los cabellos, que llevaba largos y peinados hacia atrás siguiendo la moda de los elegantes. Por seguirla también, se le llamaba «el Byron chino» a un poeta popular de la época. I-ko se enorgullecía de ser amigo suyo y constantemente estaba repitiendo: «Tse-li y yo...». «Hoy le he dicho a Tse-li...». Los versos de Tse-li eran muy leídos. I-wan también los conocía, pero no lograba encontrar nada en ellos. El poeta no hablaba más que de flores y de muerte, y de refugiarse en las colinas cubiertas de maleza donde le esperaba siempre una mujer.

—Además, no debes andar por ahí solo —le reconvinó I-ko—. Te pueden secuestrar. Suceden muchas cosas desagradables todos los días. Y luego habría que pagar el rescate... seguramente más de lo que vales.

En las épocas revueltas, cuando se está fraguando una revolución, suelen suceder estas cosas. Su padre había tomado dos rusos corpulentos para que le acompañasen siempre en el automóvil. Y llevaban sendas pistolas siempre montadas. El *coolie* que empujaba el cochecillo de I-ko había sido soldado y también llevaba siempre escondida una pistola.

—Cuanto más pobre parezca, mejor —repuso I-wan.

—Un bandido listo pronto averiguaría quién eres.

Entraron en la casa. En el vestíbulo, detrás de una cortina, asomó la cabeza de Peonía, desapareciendo al instante. Se oyó la voz de la abuela:

—¡I-ko!, ¡I-wan!

I-ko se encogió de hombros y no respondió, murmurando entre dientes:

—He estado comiendo con Tse-li y no tengo tiempo para atender a la vieja.

—¿Por qué la llamas vieja cuando no te oye? —le susurró al oído I-wan.

Y a pesar de no tener ninguna gana de hacerlo, por repugnarle la insolente mirada de I-ko, entró una vez más en el cuarto de su abuela.

Sólo estuvo un momento y luego se dirigió al suyo y se tumbó en la cama. Tse-li... Tse-li... ¿Qué derecho tiene un hombre joven en esta época para ser como Tse-li? Le preguntaría a En-lan, si no estaba en la lista negra el nombre de Hua Tse-li. Aborrecía al éste poeta a quien su hermano adoraba.

La lista negra era una especie de arma para la banda. Ninguno de sus miembros se daba cuenta de que significaba matanza. La consideraban como una esperanza de vengarse de las gentes a las cuales odiaban. Cuando alguien los molestaba —un profesor o un compañero, un empleado al que no encontrarían jamás, pero que había

tomado parte en una combinación que consideraban perjudicial para el país, uno que se había apropiado del dinero público—, inscribían su nombre en la lista negra; Peng Liu tenía empeño en que figurase en ella el nombre del profesor de ciencias, que era inglés y le tenía antipatía a Peng Liu y no le dejaba pasar nada.

Un día le dijo: «Levántese, Peng Liu. No se arrastre como un indio sucio». Peng Liu no entendió bien lo que el profesor le había dicho, pero buscó las palabras en el diccionario y desde aquel momento quiso que el nombre de James Ranald figurase en la lista negra. En-lan le respondió con ironía cuando lo propuso:

—No hay razón alguna para poner en la lista negra nombres extranjeros, porque cuando llegue el momento, como es natural, a todos los extranjeros se les matará.

Nadie sabía cuándo llegaría el momento, pero al finalizar el otoño todos tenían la impresión de que se acercaba. El gobierno revolucionario de Hankow era más fuerte cada día y en un momento dado Chang-Kai-Chek descendería por el Yang-Tse. Lo que tenía que suceder sucedería. Nadie hablaba de ello en voz alta, pero secretamente se comentaba con esperanza en las reuniones del grupo, y en su casa oía a su padre burlarse de ello. En-lan les había dicho varias veces que no bastaba con hablar. Había que tomar parte en los preparativos. Por toda la ciudad había grupos semejantes al suyo, que estaban dispuestos a todo.

Estar dispuestos a todo significaba preparar al pueblo, física y moralmente. El que sepa hablar el lenguaje del pueblo debe preparar la inteligencia.

—Tú, I-wan, como tu abuelo es general y has recibido instrucción militar, tienes que organizar una brigada de obreros en la fábrica de Ta-Tua.

Quedose I-wan mudo de asombro. En-lan sabía quién era; siempre lo supo. Pero ¿cómo sabía también que su abuelo le había hecho estudiar durante tres años con un oficial alemán?

Cuando se rehízo, repuso muy serio:

—Muy bien.

Y no dijo nada más. Pero luego, cuando se encontró a solas con En-lan en un pasillo, le preguntó:

—¿Cómo sabías que yo he recibido instrucción militar?

En-lan hizo una mueca:

—Te he visto marcar el paso de la oca en la escuela y lo hacías mejor que ninguno.

I-wan comenzó a organizar secretamente la brigada con los pálidos obreros de las fábricas. Durante dos meses los visitó a diario. No era tarea fácil. No le permitían penetrar en los destartalados edificios de donde salía el hedor de los gusanos de seda que hervían en las calderas. En los alrededores de las fábricas había chozas de paja donde vivían los obreros, y él se paseaba por entre ellas, esperando que llegasen a sus hogares los hombres, las mujeres y los chicos.

En un principio faltábales desenvoltura. Apenas podía comprender que fueran personas aquellas criaturas, encogidas, enfermizas, que tosían y tenían los ojos

turbios y las manos hinchadas y rojas. Las manos de las mujeres y las de los niños eran algo espantoso. Las extendían doloridas y sin poderlas mover. Al verlas I-wan por primera vez, no pudo contenerse e inquirió:

—¿Qué tenéis en las manos?

Respondió a su pregunta una muchachita, una niña que representaba unos doce años y hablaba con una vocecilla suave y agradable:

—Es el agua caliente.

—¿El agua caliente?...

Intervino una mujer vieja:

—Hay que poner los capullos en agua hirviendo para que los gusanos se mueran y se suavice la seda, y tenemos que sacarlos con las manos para buscar el extremo del hiello y devanarlo. Como el agua se calienta por electricidad no se enfría nunca y nos pone las manos así.

No pudo decir más, impresionado por aquella carne hinchada. El primer día volvió a su casa sin haber hecho nada. Al entrar pensó: «Hay un olor más nauseabundo que el del opio de esta casa... el olor de la fábrica de seda». Y por la noche le dijo a Peonía:

—Déjame que huelga tu perfume.

La chica le pasó la mano por las mejillas y por los ojos.

—No es tan malo, después de todo —murmuró I-wan.

Ella le tapó la boca con la mano y, durante unos instantes el chico sintió el agrado de aquella especie de caricia.

—Tu mano es como una flor... —susurró.

No amaba a Peonía. Estaba seguro de que no la amaba ni la amaría nunca, pero aquélla era la mano de una mujer, delicada y suave, y su fragancia y su suavidad hicieronle pensar en algo que todos los jóvenes anhelan, aunque desearía que fuera otra mano la que le acariciara. Pensó en ello un rato y luego alejó de sí la idea. No cabía en su mente siquiera el pensamiento de una mujer. Tenía que dedicarse totalmente a su pueblo.

¿Cómo podría decirle todo esto a Peonía y que lo comprendiese?

La muchacha se apoyó en él sin que I-wan la rechazara y sintió los latidos de su corazón al sentarse ante el pupitre. A los pocos segundos no pensaba en ella ni en nada más que en las gentes que había visto aquella tarde por primera vez. Era mucho más vivo que la mano de una mujer, aunque fuese la de Peonía.

—¿No piensa acostarse esta noche? —le preguntó Peonía.

Desde que una vez la echó del cuarto encerrándose con llave, tomó la costumbre de llevarle el té temprano y retirarse. I-wan hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—No trabaje tanto. No necesita trabajar. No es hijo de un pobre.

—No puedo dormir —repuso. Y pensó: «Precisamente por ser hijo de un rico es por lo que no puedo dormir...». Deseaba que transcurriese la noche y volver a ver a

aquellos pobres para ayudarlos si podía.

—Márchate, Peonía, tengo que estudiar.

Salió la doncella, suspirando como siempre, y se quedó a la puerta. I-wan no la miró siquiera. Una vez que estuvo solo, dejó los libros y se asomó a la ventana, contemplando el jardín sumido en la oscuridad. Conocía al detalle todos los rincones. Era un jardín famoso por su belleza. Su abuelo y su padre habían gastado en él mucho dinero haciendo traer extrañas y fantásticas rocas de más allá de Pekín y guijarros de colores de la colina de la Pagoda azul porcelana, cerca de Nankín, con los cuales empedraron los paseos. Había cascadas, puentes y un lago, cenadores y botecillos. Todo él estaba cercado por una tapia tan alta que desde las ventanas de su cuarto no se veía encima de ella. Sólo tenía una puertecilla para que la utilizase el jardinero, que vivía fuera y se llevaba todas las noches la llave.

—Éste es el símbolo de nuestra vida —pensó I-wan—. Un gran jardín cercado por una tapia.

Y, sumido en la oscuridad y el silencio, decidió que no pensaría más en nada personal y que sólo se dedicaría a los obreros de la fábrica.

Poco tiempo transcurrió sin que conociera al detalle la vida de los obreros. Procedentes de los rincones más apartados de China habían acudido a Shanghai, acuciados por el hambre, la miseria y la guerra civil. No mejoraron gran cosa, salvo que escaparon de la muerte por inanición, y allí no había soldados que merodeasen, podían vivir en sus chozas.

La preocupación más honda de I-wan era encontrar el modo de ayudar a aquellas gentes. En la Universidad estudiaba lo preciso para no perder; en su casa lo hacía todo de prisa y bien para que le permitieran escapar sin meterse con él. Todo lo consideraba un sueño menos los obreros.

Poco podía hacer por ellos. Cuando lo descubrió, se interesó más y más. Aquellas gentes le agradecían lo que hacía por ellos, pero no tenían ninguna esperanza. Resguardábase un día con ellos bajo el cobertizo de hojas; todos le miraban y se miraban unos a otros; uno de los hombres le dijo:

—Usted habla como le dicta la bondad de su corazón, pero todo es inútil. No tenemos remedio. No nos queda más recurso que ganar el pan como podamos. ¿Quién nos necesita? Nadie. ¿A quién le importa que vivamos o que nos muramos?

—Vosotros mismos sois los que os debéis preocupar por ello —les dijo I-wan.

—¿Qué podemos hacer? Tenemos la seguridad de que no podemos hacer nada.

Poco a poco trató de irlos convenciendo de que servían para algo.

—Por lo menos debéis ser fuertes y esperar —les decía—. No tener esperanza es considerar lo futuro tan descorazonador como lo presente.

Transcurrió mucho tiempo antes de que lograra convencerlos de que había una razón para esperar y que siempre existía algo mejor. Al cabo de algunas semanas consiguió que unos cuantos hombres le siguiesen a una especie de plaza por donde apenas pasaba gente, y comenzó a enseñarles la instrucción de la misma manera que

se la enseñaron a él. Se les enredaban los pies y bajaban la cabeza avergonzados, pero él los obligaba a repetir los ejercicios y les reñía.

—¡Levantad la cabeza! —mandaba—. Un día tendréis que luchar.

Les explicó el plan futuro, según el cual el ejército revolucionario bajaría por el río, se declararían la huelga general —en todas las fábricas ya se preparaba la huelga— y en todas partes habría una brigada de obreros dispuestos e instruidos para marchar y disparar y atacar desde dentro mientras el ejército revolucionario atacaba desde fuera. Le escuchaban recelosos.

Uno de ellos dijo:

—Haremos como el que huye de un dragón para caer entre las garras de un tigre.

Cansado I-wan, les dijo:

—Que se queden únicamente aquellos que tengan fe en mis palabras.

Instantáneamente desaparecieron los viejos, prefiriendo la miseria de sus chozas, que ya les era conocida. Se quedaron diecisiete de los más jóvenes y con ellos comenzó I-wan su brigada. Tampoco tenían demasiada confianza, hasta que un día I-wan les dio a cada uno un fusil. Su plan iba tomando forma conforme se acercaba el invierno. De una tienda, a cuyo dueño se había sobornado, sacaron unos cuantos fusiles para el grupo pero no los enviaron de una vez todos, sino de diez en diez. I-wan reclamó dieciocho, uno para él y diecisiete, uno para cada uno de sus hombres. Se los repartió por la noche, uno a uno, en una choza y en otra, y los escondieron bajo los montones de paja sobre los que dormían y entre los andrajos con que se vestían. Les enseñó también, uno a uno, a tirar, haciendo las pruebas en el campo, lejos de la ciudad. Si alguien les preguntaba qué hacían, contestaban que eran cazadores.

Primero marchaban sin fusil. Después lo hacían mucho mejor porque adquirieron nueva fuerza con el arma que les dieron y se sentían orgullosos con ella.

I-wan volvía tarde a su casa y entraba por la puerta excusada del jardín. Para ello sobornó al jardinero, el cual, riéndose, le entregó una llave.

—Es usted lo mismo que su hermano I-ko, señorito... ¡Ja, ja, ja!

I-wan sonrió sin tratar de que el buen viejo pensase otra cosa, sino que salía en busca de alguna muchachita, o de una casa alegre.

Durante todo el otoño y el invierno cada uno trabajó en su misión lo mejor que pudo. En-lan estaba al corriente de todo lo que hacía cada uno de los de su banda. Aparte de esto, I-wan no sabía sino que por toda la ciudad pululaban otros grupos semejantes que realizaban el trabajo que se les encomendara. De los directores, de los que tenían en su manos todos los hilos, nadie sabía nada. A I-wan le parecía formar parte de un cuerpo secreto por el que corría la sangre, con un corazón que latía y un cerebro que dirigía, pero del cual se ignoraba todo lo demás.

Lo que hasta aquel entonces había sido una realidad en su vida, perdió toda su importancia. Apenas pensaba en su familia, pues sabía que se acercaba el momento

en que habría de renunciar a ella y permanecía mudo al oír sus nombres entre los condenados a muerte. Y se consideraba con fuerzas para soportar el golpe. Mientras trabajaba, cuando se veía arrollado por aquella fuerza secreta y se consideraba parte de la gran energía específica que serviría para curar todos los males del pueblo, pensaba. «¿Por qué habría de procurar salvar a mi padre si él sería inflexible con En-lan y los suyos si los conociese? A mí mismo no me perdonaría...». Era una época en que unía a los hombres una fuerza más sólida que la de la sangre. Los lazos de la sangre pueden romperse cuando los individuos se separan en dos sectores entre los cuales no hay posibilidad de echar un puente: los que están en el camino trillado y los que aspiran a seguir rutas nuevas. En las noches de invierno, acurrucado en su cama entre las cortinas, pensaba en todas estas cosas y parecía que un océano inmenso se dividía desde lo más profundo. La superficie permanecía unida, pero en el fondo se iba abriendo una grieta que un día llegaría a convertirse en abismo infranqueable. Y no sería la lucha de una raza contra otra, no. Había de ser algo muy distinto. No estarían *míster Ranald* y *miss Maitland* con los blancos de un lado, sino que *míster Ranald* y su padre y su abuelo se hallarían en un bando y *En-lan* y *miss Maitland* en el otro. *I-ko* estaría junto a su padre, porque se encontraría más seguro, y lo mismo su madre y su abuela.

Y los seres insignificantes, como *Peonía*, tendrían que quedarse donde la suerte los colocase... El Oriente y el Occidente se encontrarían mezclados en cada uno de los bordes del abismo.

Él estaría con *En-lan* y con ellos los demás de su grupo y los de los otros grupos a quienes no conocía.

Y con ellos también los pobres: los campesinos y los obreros de las fábricas y los dependientes de las tiendas... y todos los hombres jóvenes del mundo, y las muchachas, cuyo idioma no entendían, pero cuyos corazones y aspiraciones eran las mismas de *En-lan* y las suyas. Cuando se llegara a una fraternidad de esta clase, no había por qué aferrarse a unos cuantos por el hecho de que la casualidad le había hecho nacer de la misma sangre. Desaparecerían los viejos moldes... Después de estas meditaciones, *I-wan* despertaba todos los días como una espada recién salida de la vaina y trataba de obligar a los jóvenes de su brigada a que compartieran sus sentimientos.

Durante el invierno, a pesar del frío y del viento y de la lluvia frecuente, la brigada llegó a contar treinta y siete individuos. *I-wan* sabía los nombres de todos y dónde se encontraban sus chozas, esparcidas como las escamas de un gigantesco pescado en los alrededores de las fábricas. Al principio todos le parecieron iguales. La misma palidez, igual demacración, los mismos ojos hundidos y la misma boca caída. Lo que contaban también era siempre la misma historia. A pesar de haber nacido en diferentes regiones del país, allí los condujeron las mismas causas: las guerras y el hambre, los enormes impuestos de gobernantes injustos y codiciosos... no había nada nuevo. Uno decía: «Yo soy el más joven de una familia de labradores

que poseían menos de dos hectáreas de tierra, ¿cómo podían alimentarse? Los demás no iban a dejar de comer porque yo hubiese nacido...». Casi todos repetían las mismas palabras. Tomaron hacia el mar siguiendo el curso del río y en la desembocadura encontraron Shanghai. Como allí estaba el mar, no podían seguir. Y de este modo fueron a parar a las fábricas.

Cuando I-wan se enteró del jornal que ganaban y de las horas que tenían que trabajar —desde antes de amanecer hasta bien entrada la noche, no viendo el sol hasta que llegaba el verano—, su indignación no tuvo límites. Irritado exclamó:

—Nosotros cambiaremos esto.

Al oírle uno de los hombres, le dijo:

—¿Por qué nos van a pagar más cuando hay tantos que están deseando tener lo que nosotros? No sería razonable.

Otra de las cosas contra la que se debía luchar era contra tanta conformidad. Eran todos los obreros hombres que hablaban mal, que no sabían leer ni escribir y tenían la inteligencia de un animalito, al punto que cuando la naturaleza se lo pedía, cambiaban de postura para descansar. Habríanse sentido humildes y avergonzados delante de un rico, no tanto por temor como por timidez, esa timidez característica que les hacía pensar que los dioses los habían creado diferentes. I-wan luchaba por vencer esta conformidad.

—Sois iguales a los demás hombres —les decía—. Tenéis derecho a todo lo que tenga otro cualquiera.

Al oírle se reían y contestaban suavemente, provocando la irritación del muchacho.

—Dice usted eso por bondad. Demasiado sabemos que no somos nada.

No podía menos que quererlos, pues ponían todo su empeño en aprender lo que les enseñaban. Robaban el tiempo al trabajo para aprender y solían ir dos o tres mientras los demás compañeros hacían su tarea en la fábrica una hora o dos. Trabajaron bien; y al finalizar el invierno, marchaban perfectamente y sabían tirar. De su bolsillo particular I-wan compró cartuchos para que se ejercitasen en el tiro al blanco.

Luego, como los niños, aspiraron a tener un uniforme. Tocando la basta tela del uniforme de I-wan, solían preguntarle:

—¿Podremos algún día llevar un capote como éste?

—Sí —les respondió I-wan una vez—. Yo os lo prometo. Todos llevaréis ropa de abrigo y comeréis lo que tengáis gana.

Una noche de invierno, a la luz de la luna, se agruparon en derredor de I-wan. Avergonzabase éste de llevar un abrigo fuerte. Hubiera deseado no llevarlo y tener también frío. Iba abrigado, bien vestido, con el estómago repleto de manjares que aquellas gentes nunca habían visto y que él comía a diario, y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Por aquel entonces los obreros le miraban con un asomo de esperanza cuando hablaba. Conforme el viento traspasaba los andrajos con que se

cubrían, I-wan sentía como si el frío le penetrase en los huesos. Y se dijo para sí: «Si la casa de mi padre fuera mía, les abriría a todos las puertas». Y luego siguió pensando: «Y no bastaría. Llegarían hasta que no hubiese más sitio y continuarían llegando por millones». Aunque se abriesen todas las casas de todos los ricos, no habría espacio suficiente para todos los pobres. Los pobres llenan la tierra.

—¿Cuándo será eso? —le preguntó uno. I-wan lo conocía muy bien. Era un pobre infeliz que tosía y al cual le quedaba muy poco de vida. Por pronto que llegara el suceso, siempre sería tarde. Caviloso, le respondió:

—Pronto, muy pronto. Quizás en la primavera.

La única cosa que podía salvarlos era un mundo nuevo, un mundo hecho para los pobres y no para los ricos... un mundo en él que las leyes protegiesen a los débiles, cuyas casas se edificasen para los insignificantes, cuyos pensamientos y forma fuese para ellos, con el objeto de que ningún rico los oprimiese.

—No estéis aquí mucho tiempo. Idos a acostar.

—Cuando usted habla —dijo una voz entre las sombras—, sentimos más calor y nos parece haber comido.

—Buenas noches, buenas noches —les gritó. No podía más... estaba sobrecogido de angustia.

Aquella noche, aunque era tarde, comprendió que le sería imposible pasar de aquel obstáculo de miseria a la abundancia y comodidad de su casa. Dirigió sus pasos a las calles medio desiertas y frías de la parte de la ciudad donde estaba la Universidad. Había decidido ir a ver a En-lan.

Encontró solo en su habitación. No estudiaba, pero leía una hoja de escritura muy menuda. Cuando apareció I-wan la escondió debajo de un libro.

—Entra —le dijo—. ¿Por qué vienes tan cabizbajo?

En-lan no solía estar nunca de mal humor. Sus ojos brillaban siempre y tenían una expresión de alegría. En aquellos días se reía con cualquier pretexto como si sintiese la necesidad de comunicar a todos su alegría interior.

—Vengo de... —I-wan se quedó parado. Nunca hablaba en alta voz de nada que se relacionase con su obra. Sentose al borde de la cama de hierro, tomando una hoja de papel de encima de la mesar, escribió: «¿Cuándo crees que llegaría el día...?».

—Seguramente antes de que pase el tercer mes del nuevo año —respondió En-lan en otra hoja, quemándola luego con una cerilla.

—Hace luna. ¿Quieres dar un paseo? —le preguntó I-wan. Deseaba con vehemencia poseer la tranquilidad de En-lan y su firmeza. En-lan era un hombre sereno y firme que no se conmovía fácilmente. Asintió con la cabeza, se levantó y se puso el abrigo y la gorra de piel de conejo usual entre los campesinos del norte. Luego sacó de debajo del libro la hoja de papel, y doblándola para que no viera I-wan lo que decía, la quemó también. Después salieron los dos a la calle.

—Vamos por aquí para resguardarnos del viento —sugirió En-lan—. En estas noches el viento lleva las palabras a oídos que no deben escucharlas.

Bajaron por una avenida tranquila en la cual ya habían estado varias veces, y se resguardaron contra una tapia. En-lan tenía la condición de averiguar lo que el otro quería decir.

—¿Cómo convenceré a mis hombres de que sirven para algo? —le dijo I-wan—. Toda mi vida la he pasado entre gentes que creían valer mucho y que todo se lo merecían.

Se quedó callado, pensando en su hermano I-ko. I-ko nunca había servido para nada. No había hecho otra cosa que consumir alimentos y gastar dinero en trajes y en tonterías. Y, sin embargo, creía tener derecho a ello.

—Esos infelices —continuó I-wan— creen que merecen ser pobres. No consigo meterles en la cabeza que tienen derecho a la vida. Ni siquiera logro despertar en ellos el odio a los ricos. Me contestan siempre: «Unos son ricos, otros son pobres... es el sino».

I-wan esperaba la risa en En-lan. Pero En-lan no se rió. Tenía la cara seria y con tono grave en la voz le dijo a su amigo:

—Has dado en el clavo. La dificultad mayor con que tropezamos no está en los ricos. A éstos se les puede matar y apoderarnos de sus riquezas. Lo malo es la gente que ha nacido tan pobre que no espera nada. Tiene que tener algo en la mano —alimentos, dinero—, algo que vean y palpén para creernos.

Hizo una pausa y siguió:

—Tú eres un idealista, I-wan, y ahí está tu debilidad. Los pobres no son mejores que los ricos.

I-wan le miró muy fijo. ¿Qué decía En-lan?

—Entonces, ¿por qué trabajamos para ellos?

Esta vez En-lan se echó a reír.

—¿Te imaginas tú que si alguno de esos pobres se viera en la casa de tu padre repartiría lo suyo con los demás? No lo creas. —En-lan sacudió la crespa melena—. Serían peores que tu padre, porque tu padre no se ha visto obligado nunca a vivir como un animal. I-wan, prepárate.

—¿Para qué?

—Para el momento en que los pobres tengan lo que nunca tuvieron —murmuró En-lan en voz apenas perceptible.

—¿Por qué? —inquirió I-wan.

—Serán peores que fieras. El día en que les digamos que la ciudad es suya, no sólo matarán a los ricos, sino que se asesinarán unos a otros. Y destruirán lo que adquieran en la lucha para adueñarse de ello. Tendremos que dejarlos solos y el furor pasará...

—¿Y después?

—Una vez que hayan hecho toda clase de barbaridades y se encuentren en la desesperación de no tener nada, entonces vendremos nosotros a imponerles, a la fuerza, la obediencia y el orden.

—¿Imponerles a la fuerza?... Yo pensaba que todo el mundo sería libre.

—¡Libre!... —repuso En-lan con aspereza—. Esa idea de la libertad es una locura. Nadie es libre. Ni tú ni yo somos libres. Trabajamos sometidos a un sistema. Ellos también. Existe un hombre...

—¿Quién es? —preguntó I-wan atreviéndose a lo que hasta entonces nunca se atreviera.

—Uno solo... un gran hombre —repuso En-lan.

—¿Quién es? —repitió I-wan.

Acercose En-lan a su amigo y pegando la boca a su oído y rozándole la mejilla con su aliento, murmuró muy quedo:

—Chang-Kai-Chek.

Era el nombre del jefe del ejército revolucionario.

—Cuando él llegue a esta ciudad será el día señalado. Todo está dispuesto. La huelga general se declarará a los veinte días para dar tiempo a los obreros a reunirse y ultimar los detalles de la organización final. Lucharán dentro de las fábricas mientras él ataca por fuera. En el papel que he quemado antes estaban escritas las órdenes secretas. Nos acercamos a la realización de aquello por lo cual hemos trabajado, y el resultado será un nuevo país. ¡Nuestra patria!

Sentáronse en un banco estremecidos por el frío de fuera y el calor interior que los animaba. Ocultábase la luna y las tapias de los jardines proyectaban su sombra sobre la avenida. Sin embargo, aquella oscuridad no era nada: ni se daban cuenta de ella. Veían el brillo de lo que se avecinaba, la luz del día en que se rectificarían todos los errores. I-wan tenía clara la visión del ejército victorioso del bien: ya estaba reunido esperando.

Había visto un retrato de Chang-Kai-Chek con el sencillo uniforme de revolucionario. Al verlo pensó: «Se parece a En-lan». Tenía la misma mirada franca y clara, la misma cara fuerte de campesino. Recordando el retrato descubría en él una expresión de idealismo. Y aquel hombre joven y fuerte, lleno de fuerza y de nobles sentimientos, era el jefe del ejército de los jóvenes y los fuertes... Sintió que la garganta se le apretaba, y deseos de llorar o de reír. Se puso de pie, y, en tono entusiasta, le dijo a su amigo:

—Me alegro de que me lo hayas dicho. Ahora trabajaré con más ardor. Estaremos preparados.

En-lan no respondió. Levantose también y juntos siguieron por la avenida.

—Tienes las manos muy finas —díjole En-lan con curiosidad—. No debes de haber trabajado manualmente nunca.

—Nunca —contestó I-wan avergonzado, con la mano áspera de En-lan entre las suyas. Luego, soltándola, añadió—: Pero yo soy bastante fuerte.

En la puerta de la Universidad dejó a su amigo y se dirigió a su casa. Fue a ver a En-lan triste y apesadumbrado y volvía contento. En-lan le producía siempre el mismo efecto. Él se dejaba vencer por las dificultades y En-lan no. Para éste, un

momento no era sino un momento, y el futuro, la realidad. En-lan abría las puertas del presente y mostraba lo que vendría, que era aquello por lo cual luchaba. Ahora podía pensar en los pobres obreros que sufrían frío y miseria compadeciéndolos, pero sin angustiarse por ellos.

—¡Pobres gentes! —pensó—. No está mal que tengan libertad algún tiempo y que se apoderen de lo que les agrada.

Entró por la puertecilla del jardín y subió a cuarto. Sería un espectáculo extraño cuando los suntuosos salones fuesen invadidos por la multitud, que rasgaría las cortinas, levantaría las alfombras y lo destrozaría todo... ¿Le importaría a él?

No, seguramente no. ¿Por qué había de importarle? Nunca les había dado gran valor a estas cosas.

Oyó que alguien lloraba, y prestó atención. Era I-ko que sollozaba como un niño. Por el montante del cuarto de su abuelo veíase luz. Antes de que se hubiera podido dar cuenta de lo que sucedía, abriose la puerta de su habitación y salió Peonía.

—Le estaba esperando —dijo en voz baja—. Vaya en seguida a ver a su abuelo. I-ko ha hecho una las tuyas.

Parecía, al entrar en la habitación de su abuelo que entraba en una jaula. Hacía mucho calor y estaba todo cerrado. Toda la familia, menos la abuela, hallábase presente. La madre lloraba quedamente con la cara hinchada y temblándole las mejillas. Su abuelo muy erguido en el sillón, sostenía entre los dedos un cigarro de los suyos, pero no fumaba. I-ko estaba de pie junto a la mesa, apoyadas las manos en ella, con la cabeza inclinada. Antes de entrar I-wan, oyó gritos de su padre. Cuando entró se había callado. Todos le miraron menos I-ko, que no se movió. El padre comenzó de nuevo al ver a I-wan:

—Otro que tal... ¿Dónde has estado? Son mucho más de las doce. Pero no sé por qué he de esperar que se conduzca mejor mi hijo pequeño que el mayor. ¿Dónde has estado?

—A ver a un condiscípulo —respondió I-wan. Aprovechando el que su padre se dirigiera a su hermano, I-ko había sacado el pañuelo limpiándose los ojos y sonándose. En medio de todo, I-wan sintió compasión por su hermano. Era horrible pensar que un muchacho joven fuese tan débil y tan llorón. I-ko era un ser completamente inútil y no tenía él sólo la culpa. Pensaba llamar la atención de su padre para que procurase ayudar a I-ko.

—Estaba la noche tan hermosa que mi amigo y yo hemos salido un rato para pasear por las calles a la luz de la luna —continuó I-wan explicando su tardanza.

—No me cuentes historias —le gritó su padre.

—Y hablando hablando, se nos ha pasado el tiempo —siguió I-wan muy tranquilo.

—Debes creer lo que dice I-wan —intervino la madre apresurada como siempre

—. Es un buen chico y no miente.

—Para ti siempre son buenos tus hijos —interrumpió el padre furibundo—. Hace dos meses observé que pasaba algo raro en el Banco. Y tú trataste de convencerme de que era imposible que I-ko hubiera hecho una tontería, repitiéndome varias veces: «I-ko es muy bueno..., no puede hacer nada malo...». Y todo el mundo estaba al corriente de su fechoría menos yo... He sido engañado por mi propio hijo...

Estas palabras las pronunció imitando la suave voz de su esposa, la cual comenzó a llorar. El hijo bajó nuevamente la cabeza:

—I-ko —ordenó el abuelo—, siéntate.

I-ko se sentó ante la mesa sin levantar la vista del suelo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Me parece que no —le interrogó el viejo general.

—No creí que tuviera tanta importancia —respondió I-ko, con voz apenas perceptible.

El padre saltó.

—No creías... no creías...

—Cállate —ordenó el abuelo—. Estoy hablando yo. Has dispuesto de una suma considerable que no era tuya.

I-ko no dijo nada por lo pronto. Luego, en el mismo tono, explicó:

—Como mi padre es el director del Banco...

I-wan vio que su padre movía los labios, pero no pronunció palabra.

El anciano le puso al nieto la mano sobre el hombro y le preguntó:

—¿No sabes a quién pertenece el dinero que está en el Banco? Es el dinero de otras personas... de muchas personas. Incluso hay dinero del gobierno. La gente tiene confianza en tu padre y, por lo tanto, también en su hijo.

Todos permanecían en silencio, oyéndose sólo la voz del viejo.

I-wan pensó: «¿Será posible que mi hermano haya hecho eso?».

Sin poderse contener, se dirigió a su hermano:

—¿Por qué lo has hecho, I-ko, si nunca te falta dinero?

Observó que su hermano le miraba con hostilidad, pero no le dijo nada.

—¿Por qué lo hiciste? —intervino el padre—. Todos te hemos dirigido la misma pregunta que acaba de hacerte tu hermano. ¿Te he negado yo algo alguna vez? No tenías más que pedirme lo que necesitaras.

—No quería pedírtelo —repuso I-ko.

Todos se quedaron mirándole en silencio. Él los miraba también.

—Yo... yo... —comenzó a balbucir. Se interrumpió y luego siguió violento—: ¿Por qué me miráis todos así? No he tomado el dinero de una vez... ni para una sola cosa. Tse-li me decía: «Vamos a hacer esto... o aquello...», cualquier cosa... y no tenía dinero... y me repetía siempre: «I-ko, tú tienes dinero de sobra...». Y todo el mundo me decía lo mismo... y a mí me daba vergüenza confesar que no tenía de sobra... —Nuevamente se había echado a llorar; el pelo le caía sobre la frente.

Dirigiéndose a su padre, continuó—: Me dices que por qué no te lo he pedido a ti... pues sencillamente porque no me riñeses... Siempre me estás riñendo... desde que tengo uso de razón. Y he preferido coger el dinero a oírte el eterno: «¡Otra vez... Más dinero todavía...!».

—Es verdad —intervino la madre—, siempre has sido muy duro con él.

—¿Quién iba, si no, a educarle? En esta casa hay una porción de mujeres que lo miman, que le enseñan a mentir fingiendo que me obedece cuando estoy delante. Tú tienes mucha culpa de lo que es tu hijo. Las mujeres como tú son las culpables de la corrupción que existe en el país. ¿Crees que yo no lo sé? También yo he sido hijo de un hombre rico en una casa llena de mujeres y de esclavos...

I-wan permanecía en silencio. Su vida estaba en otra parte, y si la casa se hundía no se hundiría con ella. Pero cuando su padre le dijo aquellas cosas a su madre pensó con curiosidad por qué no habría salido tan mal educado como I-ko. Indudablemente hubo algo que salvó a su padre, como lo habían salvado a él la lectura de ciertos libros y su encuentro con En-lan, con el grupo revolucionario y con los obreros de la fábrica, y la esperanza de la cercana revolución.

—¿Qué voy a hacer contigo, I-ko? —exclamó el padre en tono de tristeza—. ¿Qué puede hacer un padre con un hijo indigno?

El abuelo tomó la palabra:

—A pesar de todo, es tu hijo y mi nieto. Devolveremos el dinero. Y le enviaremos al extranjero, a una escuela donde le hagan trabajar. Así le separamos de esos holgazanes cuyo trato frecuente.

I-ko seguía sin decir palabra. I-wan observaba que esperaba la respuesta de su padre.

Con su tono dulce e inquieto la madre intervino:

—Es lo mejor que se puede hacer. Así no se enterará nadie... hoy en día son muchos los chicos que van a estudiar al extranjero. Es lo más conveniente.

—Táparlo... táparlo... —comentó el padre con amargura—. Que nadie se entere... así tampoco se enterará él nunca de la diferencia que existe entre el bien y el mal.

—No lo volveré a hacer —murmuró I-ko—. Me servirá de lección. Te obedeceré en todo.

El padre se levantó de un salto.

—Quítate de mi vista —le dijo a I-ko fríamente y con voz sorda—. Recoge tus cosas. Irás a Alemania, ingresarás en una escuela militar y ya veremos si pueden sacar partido de ti. Mandaré que te adquieran el pasaje para que no te gastes el dinero.

—Me parece muy bien —aprobó el abuelo—. Es lo mejor. Los alemanes le enseñarán.

—Vete ya —insistió el padre.

Sin contestar nada, I-ko dio media vuelta y salió de la habitación. Le oyeron atravesar el *hall* y abrir y cerrar la puerta de su cuarto.

Tampoco dijeron nada ninguno de los que quedaron en el cuarto del abuelo. Por fin éste encendió una cerilla y prendió el cigarro, dándole unas chupadas. Mientras él no hablara, nadie pronunciaría palabra. Levantose al cabo de un rato y dijo:

—Me voy a la cama.

—Te acompañaré —le dijo su hijo.

—No —replicó el anciano—. Puedo ir solo...

Una vez que cerró la puerta tras sí, el padre preguntó a la madre:

—¿Quieres retirarte?

Y como ella comprendiera que debía hacerlo, se levantó secándose las lágrimas y entró en su habitación.

Quedaron solos I-wan y su padre. El chico se había levantado cuando salieron su abuelo y su madre. El padre le ordenó:

—Siéntate. —Sentose bajo la autoritaria mirada de su padre.

—¿Quieres ocupar el puesto de tu hermano?

Tenía el señor en la mano un pisapapeles que representaba una pagoda y le daba vueltas sin descanso. I-wan no apartaba la vista de las manos de su padre; manos fuertes aun cuando tenían la suavidad de las mejillas de Peonía.

Sentía que en aquel momento su padre estaba más cerca de él que nunca. Necesitaba consuelo para un desengaño sufrido. Y él pensó: «¡Si pudiera confesárselo todo!». Pero el miedo que existe entre dos generaciones no se lo consintió. No podía olvidar que su padre era el mismo de siempre y que si no le agradaba una cosa no la comprendería nunca, aunque fuese justa y recta.

Venció, pues, el deseo de confiarse a él y no se atrevió tampoco a rechazar de plano la proposición. Por lo tanto le dijo:

—¿Me permites, padre, que te dé la respuesta cuando termine el curso?

Estaba seguro de que antes habrían cambiado las cosas.

Asintió el padre con un gesto y le dijo:

—Muy bien. Y ahora vete. No sé cómo hay quien desee hijos en estos tiempos. Antes los hijos eran el apoyo de los padres en la vejez. Ahora no se puede contar con ellos para nada.

Levantose sin dirigir la mirada a I-wan y se metió en su cuarto. I-wan se fue al suyo. Siempre había creído que su padre era un hombre orgulloso, satisfecho de sí mismo y capaz de conseguir lo que quisiera; entonces descubría que no estaba contento, ni era orgulloso, ni tenía lo que quería. Y pensó caviloso:

«No basta alimentar a las criaturas y darles todo el dinero que necesiten. Los obreros de la fábrica aspiran a comer y a tener donde resguardarse de la intemperie; con esto se considerarían felices. Y hay muchas personas que lo tienen y no son felices. ¿Qué podría hacer por ellos la revolución?». Reflexionando sobre esto, abrió la puerta de su cuarto y allí encontró a Peonía, que le esperaba. Tenía un aire solemne.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es que I-ko ha cometido algún crimen?

—No, no ha sido eso.

—Entonces ¿qué? Tengo la seguridad de que ha hecho alguna infamia. Su abuela sigue llorando. Dice que su padre iba a dar a I-ko una paliza mortal.

—No hay cuidado —repuso I-wan irónico—. Lo enviarán al extranjero.

—¿Al extranjero...? —exclamó Peonía alegre—. ¿En seguida...?

Asintió I-wan con la cabeza. Peonía continuó diciendo:

—Es que ha matado a alguien. Estoy segura.

—No, mujer, no. Es que ha cogido dinero.

—¿Del Banco?

—Sí. ¿Por qué le aborreces de este modo?

—No lo puedo decir. No quiero decirlo. No se puede imaginar lo duro que es ser esclava en esta casa... con I-ko en ella siempre... sin ir a ninguna escuela y... haciéndose cada vez más hombre...

Volvió la cabeza como avergonzada. I-wan le dijo con cariño:

—Aquí nadie te ha tratado como esclava.

—Usted no sabe... No sabe nada de mí —repuso la muchacha con pasión. Y con gran asombro de I-wan se tapó la cara con las manos y estalló en sollozos...

I-wan la miraba sin saber qué hacer. Por fin le dijo:

—No llores, Peonía; por favor, no llores.

Pero ella decía con voz entrecortada:

—Nunca he sido más que una esclava... Una vieja que me manda que haga esto y aquello... que me obliga a levantarme por la noche para frotarle las piernas y para prepararle el opio... Estoy tan harta del olor de la droga...

—¿También a ti te repugna el olor?

—Sí. Me voy a mi cuarto verdaderamente enferma... pero tengo que volver... y su madre me acorralla también...

—¿Por qué? —inquirió I-wan descubriendo que en aquella casa existía algo en que nunca había pensado.

Peonía dejó de llorar.

—Por I-ko... Me ha dicho varias veces que debía hacer lo que I-ko me mandara, pues no soy más que una esclava...

—¿Mi madre te ha dicho eso?

El corazón de I-wan latía con violencia esperando la respuesta. La chica hizo un signo afirmativo.

—Pero tú no lo habrás hecho, ¿verdad?

—No. He llegado hasta tener la idea de tomar un poco de opio para suicidarme. Lo he pensado muchas veces, porque veía que la vida no vale la pena. No soy una criada para sentirme feliz entre los criados. Me han enseñado algunas cosas... pero no lo suficiente para ser libre. Ya sé que yo debo estarle agradecida a vuestra madre por haberme enseñado a leer y a escribir al mismo tiempo que a sus hijos. Antes se lo agradecía, ahora no. Sería preferible haber permanecido en la más absoluta

ignorancia si no he de llegar a nada mejor de lo que tengo... Me habría podido casar con cualquier individuo de baja condición... y vivir tranquila. Está muy mal enseñar a las gentes que hay cosas buenas en la vida y luego negárselas...

I-wan no sabía qué contestar. Peonía estaba viviendo a su lado años y años, y él no había advertido su desgracia. Creía que era feliz y que estaba bien tratada; que los servía a cambio de lo que le daban. Pero ahora comprendía que no era así. No era libre. En aquella casa tenía comida en abundancia y vestía trajes de seda, pero era para ella una verdadera cárcel. Y pensó: «También necesita la revolución para ser libre».

En aquel instante decidió decírselo todo a Peonía y, latiéndole el corazón, comenzó:

—Peonía..., tengo que decirte una cosa.

La muchacha le miró muy fija.

—¿Sí? ¿Qué es?

—¿Has oído hablar alguna vez de la revolución?

—Claro que sí. He oído hablar de ella a su padre. No es nada bueno. Él dice que los revolucionarios son unos bandidos.

—No es cierto.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque soy revolucionario.

Miráronse en silencio sin atreverse a decir nada ninguno de los dos.

—I-wan —murmuró Peonía—. ¡Si su padre lo supiera!... Le consideraría peor que I-ko.

Aquello le impresionó y repuso:

—¡Así lo creo yo también!

—No se lo confiese nunca. No sé por qué me lo ha dicho a mí. Me parece que ha puesto su vida entre mis manos. Le matarán, I-wan. ¿Por qué se ha metido en eso?

Entonces comenzó I-wan a explicárselo todo. Le dijo que había leído ciertos libros y descubierto en ellos que había hombres que soñaron con un mundo nuevo. Le habló de En-lan y del grupo y de las fábricas. Ella le escuchaba atenta, sin hacer comentario alguno. Y le habló como no había hablado nunca a nadie, ni al mismo En-lan. Porque delante de Peonía su timidez desaparecía. Y lo más extraño es que no hablaba sólo para ella, sino para sí mismo. Daba forma a su fe en lo que se acercaba y a sus esperanzas.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso? —le interrumpió Peonía.

—Muy pronto. En cuanto venga Chang-Kai-Chek.

Quedose Peonía parada un momento y luego se encogió de hombros:

—No lo creo —le dijo.

—¿No lo crees...? Pues te aseguro que es verdad.

—Ya lo veo que cree que es verdad. Pero es usted un niño. Yo no creo que haya nadie que haga nada en beneficio de los demás porque sí. Y todos estos

revolucionarios son iguales que los demás.

—No los conoces —insistió I-wan—. Tú no has conocido más que a gentes como... mi familia. Y naturalmente; supones que todo el mundo es egoísta. Pero es que los de aquí son capitalistas.

—No sé lo que significa eso de capitalistas. Pero lo que sé es que cuando la gente posee dinero no tiene inconveniente en dar parte, pero ¿quién ha pensado en que haya pobres altruistas? Lo quieren todo para ellos.

—Tú no comprendes... Lo que quieren es que no hayan ricos ni pobres.

—No sea tonto.

Estaba I-wan tan indignado, que de buena gana le hubiera dado una bofetada.

—Siento habértelo dicho. Pensaba que te alegrarías ante la idea de que pronto podrías ser libre. Después que venga Chang-Kai-Chek no habrá esclavos.

—¡Qué ilusiones! Chang-Kai-Chek es hombre como todos.

Y poniéndose triste, añadió:

—¿Dónde iría yo si fuese libre? No conozco nada fuera de esta casa. ¿Dónde podría encontrar amparo? He nacido esclava y esclava tendré que ser siempre.

La misma desesperanza de los obreros de la fábrica en aquella figurita vestida de seda que, sentada ante él, tendía las manos llenas de anillos de jade para jugar con las cosas que estaban encima de la mesa. ¿Es que nadie más que él tenía esperanza? Se sentía invadido por una nube de tristeza y pensaba que la revolución tenía que hacer algo más que dar de comer y vestir a los pobres. ¿Qué le podía él contestar a Peonía cuando le preguntó adónde iría si fuera libre? Nada, porque no lo sabía. Por no dejar sin respuesta la pregunta, le dijo:

—Me figuro que a todo el mundo se le dará de comer. La revolución no permitirá que nadie se muera de hambre. Ya se organizarán todas las cosas.

Durante unos minutos la chica no dijo nada. Cuando comenzó a hablar, sus palabras pillaron desprevenido a I-wan. Como si se hubiese olvidado de sí misma, le dijo llena de interés:

—Háblame de En-lan... ¿Es guapo?

Molestole la pregunta. No se podía pensar así de En-lan sin ofenderle. ¿Cómo habría creído nadie que una muchacha puede tener una idea en la cabeza? Peonía no estaba preparada para la revolución. Tenía razón; nació para esclava... no se le ocurría pensar más que en...

—No sé —respondió secamente. Y poniéndose de pie añadió—: Voy a acostarme, Peonía. Debe de ser muy tarde.

Levantose la muchacha, ocultando un bostezo con el dorso de la mano y dejando ver la rosada palma. No había comprendido la importancia de lo que él le había comunicado. Y, ciertamente, I-wan había puesto su vida entre las manos de Peonía.

Sin embargo, se adelantó hacia él y, poniéndole un dedo en la mejilla, le dijo:

—No crea que voy a olvidar lo que me ha dicho. Yo no olvido nunca sus palabras. Las guardo en mi mente, les doy rienda suelta cuando estoy sola, y reflexiono sobre

ellas. Es todo lo que tengo... Pero... que no le cojan, I-wan —suplicó, juntando las manos.

—Claro que no. Además, ya falta poco.

—No tengo fe en la revolución. Me da miedo, preferiría no saber nada. Aunque lo que me ha dicho me sirve para explicarme algunas cosas...

—¿El qué?

A los ojos de Peonía asomaba una seriedad especial.

—... el motivo de que su corazón sea insensible, I-wan. —Y siguió después de una pausa—: Es usted como un sacerdote. Lo he comprendido cuando le estaba hablando. Eso lo explica todo...

Sonreíale desde la puerta y, cerrándola, le dijo a salir:

—Buenas noches.

I-wan no acertaba a descubrir el sentido de aquellas palabras. Las olvidó en seguida, pues seguramente no tenían importancia.

En realidad, apenas si se enteró de que Peonía le había comparado con un sacerdote: tan absorto estaba en sus pensamientos. De haberse dado cuenta exacta se habría indignado, puesto que parte del plan de los revolucionarios consistía en arrojar de los templos a los sacerdotes, ya que lo que hacían era engañar al pueblo. Muchas veces, las gentes a quienes hablaba le decían:

—El cielo nos protegerá.

Él, entonces, contestaba con firmeza:

—El cielo no nos protegerá porque no existe.

La primera vez que lo dijo observó que nadie le respondía. Celebrábase la fiesta de Navidad y los obreros tenían tres días de vacaciones. Estaban reunidos en un lugar al aire libre, lejos de la ciudad. I-wan compró por su cuenta pasteles especiales y té en un cafetín, con la intención de obsequiarles.

Uno de los presentes le preguntó, señalando el cielo:

—Entonces eso que está arriba ¿qué es sino el cielo?

—Aire y nubes —respondió I-wan.

—¿Y más allá?

—Nada.

La asamblea quedó pensativa y silenciosa.

—Entonces ¿todo lo que nos han dicho los sacerdotes en los templos es mentira?

—Absolutamente mentira —repuso I-wan.

Y al ver que nadie le contestaba les preguntó:

—¿Recordáis alguno haber conseguido lo que les habéis pedido a los dioses entregando para ello dinero?

Quedáronse pensativos, como siempre que oían algo que nunca les había dicho nadie. Por fin un muchacho joven y bizco exclamó:

—Es cierto: En Año Nuevo les pedí a los dioses que me hicieran rico y... ya veis que soy tan pobre como antes.

Oyose una voz:

—Ni los mismos dioses pueden enriquecer al hombre que ha nacido tan pobre.

—¿Para qué sirven entonces? —repuso el joven bizco—. No les pediré nada más. Si la revolución nos hace ricos, no necesitamos a los dioses.

Todos se echaron a reír y, después de merendar, la alegría se hizo general. I-wan había adquirido la experiencia de que si quería que dieran crédito a sus palabras el mejor modo de conseguirlo era darles de comer. Siempre que les llevaba algo de comer creían más en la revolución. El argumento corriente era:

—¿Por qué iba a gastarse así el dinero si no nos dijera la verdad?

Y ellos ayudaban a I-wan a tener fe. Cada vez que les hablaba, asegurábase más y más en su idea de que después de la revolución no habría tristeza ni malestar. Siempre que se cruzaba con un mendigo, entregábase una moneda pensando: «Dentro de unos meses no habrá mendigos... porque nadie tendrá hambre».

Así transcurrió el invierno.

Una noche le despertaron unos ruidos procedentes de fuera de la casa, y vio luz en el jardín, oyendo la voz de su padre que gritaba:

—Detenlo... detenlo... ya he llamado a la policía.

Levantose presuroso, se puso la bata y salió al *hall*, donde se encontró con su madre, demasiado asustada para moverse.

—Han sorprendido a un ladrón —murmuró—. En el jardín.

Bajó I-wan, y fuera de la casa, en la oscuridad de una noche helada, encontró a su padre y a los criados y a un hombre harapiento que había saltado por encima de la tapia con agilidad. Tenía aspecto de hambriento y en aquel instante un miedo terrible. Se había hincado de rodillas mientras el jardinero le sujetaba por los cabellos, largos y lacios.

El jardinero explicaba muy ufano:

—He oído que crujían las tejas de la tapia y le he dicho a mi mujer: Ese ruido no puede ser el viento, y...

—Por compasión, señor —suplicó el individuo—. Hace dos días que no como... No trataba más que de ver si había algo de comer en las cocinas... Le juro que no pensaba entrar en la casa.

A I-wan se le saltaron las lágrimas y estuvo a punto de decir:

«Padre, estoy seguro de que tiene hambre», pero la mirada aviesa y llena de malicia del individuo le retuvo. En aquel momento llegó la policía y se llevó a la cárcel al tipo. Mohíno y como si estuviese muy habituado a ello, éste se dejó conducir.

—Nos ha podido asesinar —dijo el padre entrando en la casa. Habíanse levantado todos: sus abuelos, los criados, Peonía... y todos comentaban el suceso.

I-wan volvió a acostarse y no precisamente para dormir, sino para pensar por qué

en los ojos del ladrón se pintaba la maldad. No era la primera vez que veía una mirada como aquélla. Reflexionando, recordó que una expresión semejante tenían los ojos de I-ko cuando salió pocos días antes en un barco. Fue toda la familia a despedirle, quedándose su padre en el muelle hasta que zarpó el barco.

—No me fío de I-ko. Es capaz de saltar del buque y quedarse en Shanghai haciendo fechorías —dijo el buen señor.

Al partir para el extranjero, su hermano tenía la misma expresión que el ladrón que acababan de coger. I-wan no sabía qué pensar. ¿Es que comer y disponer de todo lo necesario no bastaba?... Esta idea le preocupaba muchas veces, pero no quería insistir sobre ella. Tenía empeño en creer que cuando estallase la revolución todo el mundo sería mejor; que Chang-Kai-Chek lo arreglaría todo. Sería como la diferencia que existe entre el día y la noche: cuando el sol sale es de día.

No había vuelto a hablar con Peonía. Desde la noche de las confidencias lo esquivaba la muchacha y no entraba en su habitación cuando estaba él. Por lo demás, todo seguía como antes; la cama preparada siempre, el té servido, los dulces preferidos en la caja, flores frescas en la ventana o en la mesa... pero todo hecho antes de que él llegase. Un día se cruzaron en la escalera y el chico aspiró el perfume de jazmín.

—¿Soñando siempre? —le dijo la muchacha con su sonrisa enigmática—. ¿Cuándo despertará?

No se arrepentía de haberle hecho la confidencia porque consideraba que tenía derecho a saber que se acercaba la felicidad, aun cuando no lo creyera. Y estaba seguro de que la chica no le traicionaría.

El tiempo apremiaba. Era mediados del segundo mes, y aunque los dueños de las fábricas lo ignorasen, las huelgas habían de estallar antes de que transcurriese una quincena. Nadie podía prever hasta dónde llegarían aquellas huelgas, porque nadie sabía tampoco cuántos revolucionarios había en la ciudad. En el grupo todos explicaban con números su trabajo, de suerte que si las paredes oían no se enteraban de nada exacto. Una muchacha se levantó una vez y dijo:

—De las mujeres encomendadas a mí, sesenta y tres preparan dieciocho.

Esto significaba que en su grupo eran sesenta y tres, de las cuales dieciocho sabían manejar el fusil y lo poseían. En aquel trabajo no se diferenciaban las mujeres de los hombres: aquéllas también serían soldados.

Dos días antes de declararse la huelga reuniéronse por última vez. En-lan declaró:

—No debemos volver a reunimos. La policía está alerta y no sería prudente. Además, no es necesario. Todos sabemos lo que se debe hacer. Si alguno de vosotros, por casualidad, tiene algo que comunicarme o que preguntarme, que pinte un sol en un papelito y me lo entregue con sigilo; yo le indicaré el sitio y la hora en que puede hablar conmigo. Hasta que llegue el día no nos reuniremos ni daremos a entender que nos conocemos. Cada uno a su puesto y a trabajar hasta que en el día señalado se dé forma a la voluntad de todos.

A la mañana siguiente, en la clase de inglés, donde En-lan se sentaba al lado de I-wan, vio éste que aquél dibujaba en una hoja del cuaderno un sol muy redondo y debajo una hora. Acudió a la habitación de En-lan, el cual una vez que hubo cerrado la puerta, le dijo:

—Tú me das más miedo que los otros y quiero advertirte especialmente que tengas mucho cuidado y no digas en tu casa una palabra a nadie. Estos últimos días son los más peligrosos. Tu padre tiene mucha influencia. Nuestra vida depende del secreto...

—¿Yo? —exclamó I-wan con ímpetu—. Te aseguro...

En-lan le interrumpió:

—Eres tan ingenuo que dices las cosas sin darte cuenta. No sabes ocultarlas.

A punto estaba de negar, cuando recordó que su amigo tenía razón: se lo había dicho a Peonía. Quedose mirando a En-lan con la boca abierta.

—Ya lo has contado —observó En-lan—. Lo leo en tu cara. Vamos fuera para poder hablar.

Anduvieron por las calles simulando comprar cacahuetes y caramelos, deteniéndose ante el tenderete de un actor ambulante y riéndose con los chiquillos. En-lan le preguntó, aprovechando los instantes en que no había nadie al lado, averiguando todo lo que le había dicho a Peonía. Se puso furioso como nunca. Con voz sorda y echando chispas por los ojos, exclamó:

—¡Una mujer y esclava por añadidura...! No he visto en mi vida nadie más tonto que tú.

—Te aseguro que no conoces a Peonía. Es como mi hermana. Y además... está enamorada de mí.

—Pero no es tu hermana. Y si está enamorada de ti... peor que peor. Como no la correspondes querrá molestarte... aunque te cueste la vida.

—Peonía es incapaz de tal cosa.

En-lan quedó callado un rato; luego suspiró y dijo:

—Ya está hecho y no tiene remedio. Estoy en ascuas. Soy responsable de todos vosotros. Envíame a esa muchacha para que yo hable con ella y procuraré de cualquier modo obtener su silencio.

—No sé si querrá... A lo mejor le da vergüenza ir a verte.

—Vergüenza una esclava... —protestó En-lan irónico.

—No es precisamente una esclava. Nunca la hemos tratado como a tal.

—De todos modos, díselo. No se trata solamente de ti. Pueden cogernos a todos y fusilarnos.

Todos los días atrapaba la policía a unos cuantos revolucionarios y los mataba. Como no se publicaban sus nombres, la gente no se enteraba. Pero de las escuelas y de las casas particulares desaparecían a diario muchachos a los cuales detenía la policía y no se sabía más de ellos. Y una vez que los cogían, no había medio de salvarlos.

—Se lo diré —repuso I-wan.

Aquella noche no vio a Peonía y cuando la envió a buscar, el criado le dijo de su parte que no podía ir porque la necesitaba su abuela.

Al día siguiente se declaró la huelga general. Por la mañana, a la hora del desayuno, I-wan oyó despotricar a su padre, que leía el periódico:

—¡Qué atrocidad! ¡Las fábricas de seda cerradas!

I-wan soltó los palillos. El padre leía en alta voz, indignado y con el ceño fruncido:

—En las fábricas de Ta Tuan trescientos obreros en huelga. En las de Ling I cuatrocientos veinticinco. En las de Sung Ren... —Soltó el periódico y dio un puñetazo en la mesa—. En todas tenemos fondos. ¿En qué está pensando el gobierno para consentir tal escándalo? Son los estudiantes los que han fomentado el movimiento.

—El gobierno está muy débil y no fusila lo que debe —observó el abuelo.

—¿Qué es eso de comunismo? —preguntó la madre—. Nunca he oído hablar de ello. ¿Es una religión extranjera?

Entraba Peonía con un cacharro con huevos en caldo y tropezó, derramando un poco.

—¡Qué torpe! —le riñó la abuela—. Cada día eres más descuidada.

Los ojos de I-wan se cruzaron con los de Peonía, llenos de terror. I-wan le sonrió. Tenía que darle el mensaje de En-lan. Y para hacerlo había de hablar con ella en secreto. El padre se levantó de la mesa sin terminar el desayuno y diciendo:

—Me voy a la oficina. No sé si me lo encontraré todo patas arriba. Pero hay que advertir al gobierno. Yo por mi parte, no accederé al empréstito al Ministerio de Educación si no meten en cintura a los estudiantes.

—¿No quiere más té? —le preguntó Peonía acercándose a él con la tetera en la mano. El buen señor no le hizo caso y siguió el curso de sus pensamientos.

—¡Esperemos a que venga aquí Chang-Kai-Chek...!

I-wan levantó la cabeza. Peonía, muy afanosa, llenó de nuevo las tazas.

—¿Qué quieres decir con eso de Chang-Kai-Chek? —inquirió I-wan.

El padre se echó a reír con desprecio, se tomó el té, retiró la silla y salió del comedor.

«¡Como si pudieran algo contra Chang-Kai-Chek!», pensó I-wan. Chang no le tenía miedo a nadie. Era un hombre íntegro que venía victorioso desde el Sur, afianzándose cada día más en su misma integridad. «¡Como si fuese a temer a los banqueros!», continuó pensando I-wan. Luego volvió a recordar a Peonía, a la que había olvidado unos instantes. Pero no pudo encontrarla en toda la casa a pesar de haberla recorrido de punta a punta. Finalmente, oyó su voz en la cocina. Asomó la cabeza por la puerta y la vio ante una banasta de pescado.

—Peonía, ¿sabes dónde está mi gorra? —No la había encontrado y no quiso buscarla bien porque necesitaba un pretexto para ver a Peonía.

Continuó ésta muy afanosa con el pescado y le contestó sin mirarle apenas:

—En el tercer gancho del armario.

No se le ocurrió otra cosa y tuvo que marcharse.

En la clase de inglés le hizo señas a En-lan de que no había logrado su propósito.

Lo convenido era que la huelga se sostuviese veintiún días. Entonces habría llegado el momento. La ciudad continuaba, en apariencia, su vida normal, pero en realidad todo había cambiado. La gente se mantenía tranquila e iban de un lado para otro, como de costumbre. Los periódicos publicaban noticias de la huelga y se leían en las oficinas, en las tiendas, etc. Los obreros estaban contentos porque les habían dado dinero y, por primera vez, podía frecuentar, de día, los lugares de diversión y ver las maravillas de animales amaestrados y del cinematógrafo extranjero. A I-wan le costaba mucho esfuerzo reunir a la gente de su brigada. Apenas dormía, excitado e inquieto, mientras los individuos por él instruidos no tenían nada que hacer. Acudían a las citas algunos y si les preguntaban dónde estaban los otros, respondían riendo y señalando a la ciudad. Uno de ellos le dijo: «Estamos viendo lo que no habíamos visto nunca».

Y otro: «No aspiro a nada mejor. ¿Sabe usted lo que he visto hoy? Tres monos vestidos de hombre. Por poco me pongo enfermo de risa».

No conseguía que le prestaran atención y veíase obligado a irse a su casa o esperar. Llegó a temer que cuando llegara el momento oportuno se negasen a seguirle. Un día fue a ver a En-lan. Reuniéronse en el recinto de la Universidad a la hora en que la mayor parte de los alumnos estaban en clase. Muy preocupado le dijo a su amigo:

—No sé lo que le sucede a la gente de mi brigada. Desde que no trabajan andan por ahí como chiquillos locos. Parecen que han olvidado por completo la revolución.

En-lan se rió de él:

—¿No te lo he dicho ya? Eres un idealista. No sabes nada de nada, I-wan. ¿Te imaginas que la gente que ha trabajado toda su vida no va a aprovechar la ocasión de divertirse cuando puede? Déjalos. Una vez que llegue el momento no será posible que haya orden. Estallará como una gran tormenta y nadie puede prever su duración, ni su alcance, ni los destrozos que causará. Después, ya podremos comenzar a pensar en el orden... —Y cambiando de tono, añadió—: ¿Qué hay de aquella muchacha? Una palabra en estos días puede perdernos a todos...

—No he tenido suerte...

—No la dejes de la mano, I-wan. No tienes derecho a exponer nuestras vidas.

Se separaron. I-wan marchó a su casa. No le quedaba otro recurso que esperar. Estaba la atmósfera cargada de efluvios primaverales y resultaba más dura la espera. Penetró en el palacio; llamole la abuela se resignó a verla.

—¿Cómo está abuela? —saludó, siguiendo la costumbre.

—¿Dónde te has metido? —La voz de la anciana era exactamente la misma de siempre: todo continuaba inmutable. Y, sin embargo, a I-wan le parecía mucho más sin sentido, como si se despertase de un sueño.

—En clase —respondió maquinalmente.

La abuela tosió y empezó a quejarse sin hacer caso de las palabras del nieto.

—Este dolor de las coyunturas es cada día más fuerte. No puedo andar. Pero nadie me hace caso. ¿Para qué tendré hijos y nieto? A ninguno os importa que viva o que muera.

I-wan pensó: «Si la oyera En-lan, diría: Tiene razón. No nos importa nada».

Pero él no tenía la dureza de En-lan. Dulcemente, le dijo a la abuela:

—Sí nos importa, abuela.

Mirole ésta fijamente y luego alargó la mano:

—Dame la mano, I-wan.

A pesar de molestarle mucho, le dio la mano y la señora se la estrechó entre las suyas, diciéndole con cariño:

—¡Qué mano tan suave!

Molestábale mucho a I-wan que le acariciase su abuela, pero en aquel instante no pudo menos de pensar lo triste que debía de ser verse débil y solo, perdiendo fuerzas poco a poco, y el deseo natural de aferrarse a algo joven que le diese calor. A pesar de su repugnancia, no se decidió a separarse de la anciana.

—¿Tienes ganas de que me muera? —preguntóle ésta.

—No. —Y sin embargo, en el fondo de su corazón sabía que maldito lo que le importaba. Los viejos tienen que morir para dejar sitio a los jóvenes, cosa perfectamente justa y natural. Retiró su mano de entre las de su abuela y le dijo—: Tengo que irme a estudiar. —No resistía el olor de aquella habitación cerrada en un día de primavera claro y diáfano.

Al abrir la puerta cruzose con Peonía que entraba con una taza de caldo para la señora.

—Peonía —le dijo—. Esta noche ven a mi cuarto. Tengo que decirte una cosa.

La muchacha asintió con la cabeza y desapareció.

Mientras Peonía preparaba la cama comunicole I-wan el deseo de En-lan, comentando por su cuenta:

—Ya sé yo que no querrás ir a verle.

Comenzó la muchacha a limpiar la mesa con un trapo de seda que sacó de un cajón, y sin suspender la tarea preguntó a su amo:

—¿Le ha dicho que no querría ir?

—Sí —repuso I-wan arrellanándose en un sillón de estilo extranjero. En aquella casa solamente las camas eran de estilo chino. Y eso porque su abuelo decía qué no podía dormir perdido entre plumas y muelles, como los extranjeros.

—No le he de decir a nadie nada de lo que me confió, pero de todos modos iré a verle.

—¿Cómo es eso? —exclamó I-wan, quedándose un tanto perplejo.

—No sé... —repuso Peonía sin dejar de frotar los libros—. Tal vez sea porque quiero ver de cerca y por mis propios ojos, lo que es esa revolución... o tal vez porque deseo que me suceda algo nuevo... En esta casa no hay nunca nada nuevo para mí.

Sintiose I-wan algo confuso. Peonía era una persona de su familia y no le parecía bien que fuese a visitar a un hombre extraño. Pero... ¿no querían luchar precisamente contra la tradición?... Tuvo un instante de duda... ¿Tendría valor, cuando llegase la revolución a aquella casa, para levantar la mano?... Decidido al cabo, habló:

—Le diré mañana a En-lan que me he equivocado y que te indique sitio y hora para verle.

—¿Por qué no aquí? ¿Por qué no viene aquí su compañero? Yo puedo servir el té. Es mi cometido.

I-wan no contestó. Nunca se le había ocurrido llevar a su casa a sus compañeros. Una vez estuvo Peng Liu a la puerta y no le invitó a entrar. Y desde aquel día: Peng Liu le mostró cierto desprecio y apenas se vieron. El tal Peng Liu era muy mezquino. Todos tenían la misma idea. En-lan no le concedía ninguna autoridad, aunque ni él ni los demás prescindieran de su presencia en el grupo. Continuaba entre ellos, pero le despreciaban. ¿Cómo podría el hijo de un pobre ser tan mezquino y otro, hijo también de un padre, tan valiente y tan bueno como En-lan? Claro que también I-ko era un tipo despreciable a pesar de ser hijo de un rico. Por cierto que habían recibido una carta de I-ko quejándose de que el mar le hacía mucho daño y que se había quedado en Bombay. Pedía permiso al padre para instalarse allí, pero el padre le cablegrafió: «Sigue a Alemania. Allí encontrarás fondos». Y, por lo tanto, no había tenido más remedio que seguir hasta donde estaban los fondos. Siempre que pensaba en la mezquindad de Peng Liu veníale a la imaginación I-ko. Tenían mucha semejanza los dos.

Absorto en estas ideas, oyó la voz de Peonía:

—No me dijiste por fin si En-lan es guapo o no.

—No lo sé —respondió I-wan, pensando: «¡Qué estupidez haberle dicho nada!».

—Ya lo veré yo —repuso Peonía.

Salió del cuarto canturreando, y su amo quedó diciéndose para sus adentros: «No le importa nada la revolución». Y más que nunca lamentó haberse confiado de ella. La interminable espera le tenía nervioso y todo lo encontraba mal.

Al día siguiente aprovechó la ocasión que se le ofrecía de tener a En-lan a su lado copiando un trabajo para comunicarle la decisión de Peonía.

En-lan le escuchó y siguió copiando, como si no le hubiese oído.

—Por lo menos no es tonta. —Y, sonriendo, añadió—: Nunca he visto por dentro la casa de un rico. Y después de la revolución no quedarán muchas. A las cuatro

estaré a la puerta. Piensa bien tu doncella: no tiene nada de particular ir de visita a casa de un compañero. Ya he terminado. —Y cerrando el libro salió al vestíbulo.

I-wan estuvo inquieto todo el día. Y al llegar a su casa mucho más. En-lan lo miraba y lo escudriñaba todo con sus ojos oscuros y brillantes. Se había puesto un uniforme limpio, llevaba alisado el pelo y en el bolsillo del pecho asomaba un pañuelo azul. El uniforme había encogido un poco y dejaba al aire las fuertes muñecas; y llevaba dos botones desabrochados, dejando a la vista la camisa, muy limpia también. Al entrar quedose parado junto a la alfombra.

—¿Voy a pisarla?

—Naturalmente, para eso es —le dijo I-wan riendo. Estaba nervioso ante la idea de lo que pensaría En-lan de su casa.

—Si fuera mía me la pondría como manta para dormir. —Sin embargo, la pisó tranquilo.

Aquella mañana I-wan le había dicho a Peonía:

—Si viene mi amigo esta tarde arréglatelas dé manera que mi abuela no me obligue a entrar en su cuarto.

Peonía se las arregló tan bien que no oyeron el menor ruido en el cuarto de la señora. Indudablemente dormía bajo los efectos de la droga, pues el olor inundaba la casa. Olfateándolo, dijo En-lan:

—En mi pueblo olía mucho también.

—¿Es que fuman opio en tu pueblo? —exclamó I-wan sorprendido—. Creía que los campesinos se limitaban a vender el opio para comer.

—¿No te he dicho ya que los ricos y los pobres son iguales?

Subieron la escalera. I-wan también le advirtió a Peonía que procurase que no le llamaran ni su abuelo ni sus padres. Fueron, pues, directamente a su cuarto.

—Aquí estaremos en libertad y puedes hablar lo que quieras. Los criados no vienen como no los llame. Peonía nos servirá el té. —Hablaban muy de prisa, un poco azorado. Se avergonzaba de lo que tenía. En-lan permanecía silencioso contemplando la habitación desde el umbral de la puerta. Por fin exclamó:

—¿De aquí sales todas las mañanas para ir a clase?

I-wan leía el asombro en el rostro de su amigo.

—Estoy habituado y ni siquiera me fijo.

—Toda la casa de mi padre cabe en este cuarto. —Y decidiéndose por fin a pisar la alfombra de terciopelo con arabescos azules, añadió—: Siempre hubiera creído que no se podía pisar. ¿Cuánto costará?

—No lo sé. No la he comprado yo. Ha estado siempre aquí.

Quitose I-wan el abrigo y la gorra. En-lan continuaba mirándolo todo con atención.

—¿Es ésa tu cama?

—Sí.

—No he visto en mi vida otra igual... ¿Para qué son estas telas de seda?

—Son las cortinas... —repuso I-wan. Y muy cortado continuó—: No puedo remediarlo... He nacido en esta casa. No conozco otra.

Sentose En-lan en una silla baja y puso las manos sobre las rodillas:

—No te censuro, I-wan —comenzó a decir pausado—. Me estoy preguntando que si yo hubiese nacido en esta casa me habría escapado de ella para ser revolucionario. No lo sé. No me es posible imaginar otra vida que la mía: trabajo excesivo y escasa comida. Si yo fuera tú... no sé... no sé... —Miró a I-wan—. Ahora te estimo más que antes.

—Por favor, no —repuso I-wan avergonzado—. Esto es para mí lo habitual... Tu vida es mucho más interesante...

—Tienes por nacimiento aquello contra lo que luchamos. ¿Por qué luchas tú?

I-wan no había pensado nunca en esto. Lo tenía todo. ¿Por qué luchaba?

—Tú lo tienes todo... todo... —replicó En-lan.

—Pero no estoy contento. No puedo decirte lo que siento. Cuando estoy con la brigada desearía traerlos aquí a todos. Pero me parece que no les gustaría. ¿Te gusta a ti, En-lan?

Pasaron la vista por la habitación. Por primera vez vio I-wan que todo lo que le rodeaba significaba un género de vida y no un lugar donde dormir y trabajar.

—No sé —respondió En-lan—. Es muy hermoso, pero no sé si me gusta. Esa alfombra me molesta un poco. No he nacido para estos lujos.

—¿Te agradecería haber nacido en ellos?

Tardó unos instantes en responder En-lan. Por fin, dijo con firmeza:

—No. Prefiero haber nacido como he nacido. ¿Cómo podría vivir aquí? Me gusta tirar el abrigo y escupir en el suelo.

Tuvo I-wan la impresión de que se cerraba una puerta entre ellos. Sintió algo de lo que siente un niño encerrado sólo en un jardín mientras los otros chicos juegan y gritan juntos en la calle polvorienta. Pero antes de que pudiera decir nada ninguno de los dos, apareció Peonía con una bandeja y tazas humeantes. No los miró. Dirigióse a la mesa, quitó unos cuantos libros y papeles, colocó las tazas y los palillos y entre ellos una fuente de budín de cerdo y otra con bolitas de harina de arroz con caramelo.

—He pensado que esto les gustaría —dijo con voz suave.

—Gracias, Peonía. —Volviéndose luego hacia En-lan la presentó—: Éste es En-lan.

Miráronse los dos. En-lan se puso en pie y comenzó a dar vueltas y más vueltas a la gorra. De pronto Peonía le dijo con su voz argentina:

—No se levante por mí. No pertenezco a la familia. Soy una simple criada.

—Y yo el hijo de un campesino. No había visto nunca una casa como ésta.

Se miraron e I-wan sintióse el niño encerrado en el jardín.

—Usted ha creído que yo iba a contarle todo —dijo Peonía muy tranquila—. Pero se equivoca.

En-lan le respondió en el mismo tono suave y bajo.

—No sé por qué pensé que podía, contar lo que le dijeron... es que no la conocía. Peonía apartó la vista de la En-lan y se dirigió I-wan:

—Coman antes de que se enfríen las cosas. Siéntense los dos.

—¿Por qué no los tres?

En todos los años que llevaba en la casa, Peonía no había comido nunca con I-wan. Ni se le había ocurrido. Sorprendiose ante la sugestión y la muchacha lo notó. Rápida repuso:

—Tengo costumbre de servir y no de sentarme a la mesa.

—No me sentaré —insistió En-lan—, como no nos sentemos juntos. La revolución no ha de permitir que haya unos que sirvan y otros que se dejen servir. Todos somos iguales, ¿no te parece, I-wan?

Una luz viva iluminó la mente de I-wan. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Soñaba con la revolución fuera de su casa y no sabía hacerla llegar a su cuarto. Sacudiendo cierta timidez que le acometió, le dijo a Peonía.

—Sí, siéntate con nosotros. ¿Por qué no?

Vacilando entre los dos y mirándolos alternativamente, se puso roja como la flor cuyo nombre llevaba.

—¿Y si sus padres se asomaran a la puerta y me vieran sentada con usted? No les podemos decir que estamos pensando en la revolución.

En-lan corrió hacia la puerta y echó la llave.

—Siéntese —ordenó.

Sentose la chica entre los dos amigos, muy colorada todavía, y comenzó a servirles el budín de cerdo. En-lan la miró enternecido:

—¡Qué agradable es esto! Tengo un hambre de perro abandonado.

I-wan continuaba un poco tímido, luchando contra la extrañeza que le causaba ver a Peonía sentada a la mesa con él. Por fin se rehízo. Y se olvidó de que era el niño solo encerrado en el jardín. Comieron con verdadero apetito. Peonía manejaba los palillos con destreza, tomando poca cosa de todo. Al cabo de un rato se dirigió a En-lan:

—Dígame algo más acerca de la revolución. Tengo interés en creer en ella.

Habló En-lan con entusiasmo y oyéndole y viendo la cara de Peonía que escuchaba atenta, I-wan pensó: «Yo también creo en ella... más que nunca».

A aquel cuarto ya había llegado.

Marchose En-lan, y Peonía volvió a sentarse un momento, diciéndole a I-wan:

—No me lo había explicado bien.

—Es que no querías creerme.

Echose a reír la chica.

—Tal vez tenga razón. Es difícil creer estas cosas en un muchacho que se ha conocido de chico. En-lan convence... —Musitó algo siguiendo el curso de su

pensamientos. I-wan no podía leer en ellos y se sintió un poco celoso.

—Me alegro de que creas a alguien. Así podremos hablar los dos y no se hará tan pesado esperar.

—Yo tengo que seguir mientras tanto la vida como siempre. Voy a ver a su abuela, que me estará echando de menos.

Recogió el servicio:

—¡Cómo ha comido! Da gusto ver a un muchacho tan sano.

—Vuelve —le dijo I-wan—. Tenemos que hablar todavía.

Al hablar de las cosas, adquirirían realidad palpable y considerábase inevitable lo que tenía que suceder.

Peonía movió la cabeza y repuso en tono firme:

—No, esta noche no.

Nada pudo detener la marcha de la figura triunfante de Chang-Kai-Chek. Salió de Hankel y adelantaba río abajo con su poderoso ejército. Kiukiang, Ankin, Wuhu... las ciudades ribereñas cayeron en sus manos como fruta madura. En Shanghai crecía la expectación y el miedo. La gente, por las calles, marchaba arrogante y ruidosa. Los que empujaban los cochecillos estaban en huelga y no alquilaban sus vehículos; los vendedores no paraban mientes en si vendían o no. En las aceras jugaban a los dados. Y decían:

—¿Para qué vamos a trabajar si viene Chang-Kai-Chek?

Parecía como si se estuviera en fiesta. Hasta en casa de I-wan los criados se volvieron desvergonzados y descuidados. Se pasaban fuera horas y horas y si la señora Wu les reprendía, contestaban:

—Nos hemos afiliado al sindicato y podemos hacer lo que queramos.

Quejose la señora a su esposo y éste le replicó:

—Lo mismo sucede en todas partes. Pero no puede durar... no lo toleraremos.

—¿Cómo se va a evitar, padre? —preguntábale I-wan un poco avergonzado, porque en su fuero interno también él se indignaba cuando la comida no estaba a la hora, a pesar de saber que los criados tenían sus derechos y meses atrás había tenido noticia de los planes del sindicato de que hablaban ahora.

—Esto no puede tolerarse —repetía el padre—. ¿Cómo va a prosperar una nación si se permite a la gente ignorante que haga su voluntad?

Quiso argumentar con su padre, pero sintió la mano de Peonía, que le tocaba en el hombro.

Era como si se acercase una tormenta. El cálido soplo del viento borrascoso y el bochorno que seguía. I-wan se sentía aparte de todos. En las escuelas de la ciudad se dieron vacaciones con objeto de que los estudiantes no pudieran reunirse. En las fábricas continuaban la huelga. En-lan ordenó a I-wan que no apareciera por allí hasta que él le avisara, porque todos estaban vigilados. Debía esperar dentro de su casa y su

jardín. I-wan comprendía que la espera terminaría pronto. Alegrábase mucho por haberse confiado a Peonía. Así podía hablar con ella algunas veces. Cuando caía una ciudad y gritaban la noticia por las calles, la miraba triunfante.

Sin embargo, no sabía a ciencia cierta lo que Peonía pensaba. Un día que estaba la muchacha en el jardín, donde todo florecía, salió él para ver un espino cuajado de flores blancas. Encontróse con Peonía y le preguntó:

—¿Eres verdaderamente revolucionaria?

—No lo sé —respondió ella—. Ya se lo diré algún día cuando vea lo que es la revolución.

—Pero dime lo que piensas. Debes de creer algo determinado.

—Yo no soy un apóstol como usted. Usted cree en Chang-Kai-Chek como si fuera un dios. Yo sé que es un hombre.

—Yo no creo eso. Yo no creo en los dioses. Pero creo en la revolución.

—La revolución será lo que haga el pueblo. Si lo hace bien, yo estaré a su lado.

I-wan estaba seguro de que Peonía se equivocaba.

No podían acomodarse las creencias a lo que hiciera el pueblo. Las cosas son buenas o malas en sí mismas. De todos modos, le impresionó lo que dijo Peonía... Aquella noche, antes de dormirse, echó la llave a la puerta, y de un cajón secreto de la mesa sacó un retrato que una vez había recortado de una revista. Era el retrato del joven Chang-Kai-Chek. Lo contempló y vio que se parecía un poco a En-lan. Era la suya una cara bondadosa y descarada a un tiempo, dura y confiadora.

«No le adoro, pero creo en él», pensó.

Todos creían en él, millares de hombres y de mujeres intelectuales, millares de hombres y mujeres ignorantes y pobres. Hacía tiempo que no tenían en quien creer ni en quien esperar. Desde que desapareció en Pekín la corrompida dinastía, el pueblo no había tenido nada. Y los jóvenes tampoco pudieron creer, en nadie desde que murió Sun Yat Sen, el cual pasó a ser un recuerdo antes de que llegaran a conocerle. Por eso, todas sus esperanzas se condensaban en el joven jefe del ejército revolucionario.

Sólo le quedaba por conquistar una gran ciudad antes de llegar a Shanghai: la antigua ciudad de Nankín, en la que gobernaron los emperadores Ming con tanto poder y tanta gloria y en la que estaban enterrados. Todo el mundo deseaba que cayese Nankín. Las puertas de la muralla permanecían cerradas y custodiadas por soldados del gobierno. Pero caería. Dentro de las murallas existía una verdadera colmena, ansiosa del triunfo de la revolución.

I-wan vivía aquellos días en un éxtasis lleno de dolor y de alegría. Tenía la sensación de que todo lo que hacía, lo hacía por última vez. Sabía exactamente lo que iba a suceder. En el momento en que se supiese la noticia de la victoria de Chang-Kai-Chek saldría de su casa para no volver más. Se reuniría con Chang-Kai-Chek y

con los demás en el cuartel general revolucionario para recibir órdenes. Así se lo dijo a Peonía una noche, en su cuarto. Ella le escuchó atenta.

Aquellos días parecía otra persona. Le gustaba más que nunca. No le tocaba, no se burlaba de él, no le producía el dulce malestar que tanto temía. Tranquila y afanosa, no le inquietaba con su presencia.

—Tienes que venir conmigo cuando yo me vaya, Peonía —le dijo por fin.

—Dígame el nombre del sitio. Tal vez...

Le escribió la dirección en un papel y ella lo miró, quemándolo en seguida...

—No prometo nada... no quiero prometer nada... —le dijo. Pero como había mirado el papelito estaba seguro de que recordaría lo que vio escrito. Nunca se olvidaba de nada.

Constantemente pensaba el joven en su marcha. Deseaba salir en el preciso momento para no estar en su casa cuando la gente se desbordara. No quería verlos allí. Algunas noches se despertaba y temblaba, pensaba en advertir a su padre. Pero siempre desistía de su propósito, pues si le decía algo, su padre se empeñaría en saberlo todo y entonces En-lan y sus amigos estarían perdidos. Guardaría silencio, aunque fuese lo más difícil de guardar.

Una noche, después de tres días de agotadora espera, corrió la nueva por la ciudad: había caído Nankín. Acostose temprano para no oír los comentarios de su padre, pero no pudo dormir. Era la última noche que pasaba en su casa. Al día siguiente no sabía dónde estaría. Dando vueltas en el lecho decidió, a medias... Antes de marcharse... No, le daría el encargo a Peonía... Diríale que si ella se iba también dejase antes advertidos a sus padres, para que procurasen escapar. No sucedería nada antes de mediodía. En las horas entre el amanecer y las doce, hora señalada para proclamar la revolución, podían ponerse a salvo. Luchó un instante consigo mismo. ¿Era aquello una traición? Siendo Peonía la que los avisara... Mucho después de media noche cayó en un letargo poblado de pesadillas. Dentro de pocas horas...

Antes de amanecer despertó, sintiendo una sacudida violenta. Abrió los ojos y se encontró con su padre, cuyo rostro destacaba entre las sombras con fuerte claroscuro.

—Levántate —le dijo con voz tan seca que le despertó por completo—. Vístete.

—¿Qué sucede? ¿Qué significa esto?

—Estúpido... loco... malvado... Hijo ingrato...

I-wan no respondió.

Desde la infancia temió a su padre, pero nunca dejó de quererle. I-ko, en cambio, sólo le tenía miedo. I-wan sabía que su padre era bueno y procuró obedecerle en todo, incluso en las ocasiones en que su abuela o alguno de los criados le decía:

—No te importe, tu padre no está en casa.

—¿Qué sucede, padre? —repitió, aunque de sobra sabía de qué se trataba.

El padre sacó del bolsillo una hoja de papel doblada en muchas dobleces. Entregóselo a I-wan. Era un lista en la que figuraban cientos de nombres. I-wan los leyó uno por uno. Estaban agrupados, con el de la escuela a la cabeza. Vio el nombre

de la suya, el de En-lan, el suyo y el de todos los del grupo. Sólo faltaba uno: el de Peng Liu. Recordó de repente que hacía mucho tiempo que no le había visto. Había enviado recado diciendo que estaba enfermo e incapacitado, por lo tanto, para asistir a las reuniones. Luego, alguien dijo que se había marchado a su casa porque no le quedaba dinero. Y nadie se preocupó porque nadie le quería. Y no estaba su nombre en la lista...

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó su padre.

—Sí —respondió I-wan, pensando que no había hecho nada de lo cual tuviera que avergonzarse. No tenía miedo. Le devolvió el papel a su padre, inquiriendo:

—¿De dónde lo has sacado?

—No te importa. Vístete de prisa. Pueden venir los soldados de un momento a otro. Chang-Kai-Chek ha llegado.

I-wan sintió que le flaqueaban las piernas.

—Chang-Kai-Chek... —balbuceó.

—Está en la ciudad desde ayer.

—Y Nankín...

—Dejó en Nankín a sus subordinados y él vino derecho a Shanghai. Pero... a ver si acabas de vestirte.

—No puedo... ¿Cómo sabes tú, padre?... —Latíale con violencia el corazón. Él no sabía nada y su padre estaba al corriente de lo que hacía Chang-Kai-Chek...

—Le vi ayer.

El terror paralizó al pobre I-wan. Su padre y Chang-Kai-Chek...

—Tuvimos una reunión con él todos los banqueros. Le dijimos que no podía sembrar el desorden en Shanghai y echar por tierra todos los negocios. Y que si necesitaba dinero se pusiera de acuerdo con el gobierno. Pero... ¿te quieres vestir, o vas a dar tiempo a que te maten?

—No aceptaría la proposición —balbuceó I-wan—. ¿Cómo va a dejar en la estacada a En-lan..., a sus amigos..., a todos los que...?

—Claro que aceptó. El tipo no es tonto. A mí me produjo muy buena impresión. Es inteligente, fuerte y razonable... Todo se arregló. Ahora se encargará de acabar con los comunistas.

Encendiósele la sangre a I-wan y, furioso, comenzó a gritar:

—Nos ha traicionado... nos ha traicionado a todos los que creíamos en él. —Y vistiéndose a toda prisa siguió—: Voy ahora mismo a buscar a En-lan... Si dan con ellos, los matarán.

El padre le cogió de un brazo:

—No irás a ninguna parte. En este momento irás derecho al puerto a embarcarte para el Japón. El coche espera abajo... date prisa.

—No quiero, no quiero... —exclamó I-wan, sollozando como una criatura.

—Tendrás que querer a la fuerza. Te irás inmediatamente. No se trata de ti, sino de toda la familia. He dado mi palabra de que si borran tu nombre de la lista te

alejarías del país hoy mismo.

Miró el chico a su padre con mirada torva, pareciéndole que le chocaba su actitud. En el paroxismo de la desesperación gritó:

—Me harás pasar por traidor.

Y forcejeaba por soltarse, pero su padre le tenía bien sujeto y él sentía la presión de sus dedos en el hombro.

—Traidor ya lo eres. El gobierno ha condenado a muerte a todos los comunistas. Hay que acabar con la revolución. En las listas figuran miles y miles de nombres...

Nublósele la vista a I-wan y sintió que la habitación comenzaba a dar vueltas. Sólo veía los negros y brillantes ojos de su padre, que no se apartaba de él. Todo se confundía en su mente...

Oyó que su padre gritaba:

—Peonía, ven en seguida.

No podía sostenerse en pie. Perdió el sentido en los brazos de su padre.

—¿Dónde está Peonía? —gritaba éste. Como un eco lejano escuchó la voz de un criado:

—No la encontramos, hemos buscado por toda la casa y no aparece. Se ha marchado.

Peonía había desaparecido de su casa...

SEGUNDA PARTE

Movíase pausadamente el barco entre las isletas verdes, abriéndose camino en medio de la cegadora luz del sol. El aire era tranquilo y templado, y al divisar las islas veíanse barquitos pesqueros japoneses cuyas velas se perfilaban contra el azul del cielo. Sentado en una silla de cubierta, lo miraba todo sin querer pensar en nada. El único modo de soportar su desesperación era... no pensar.

A veces le asaltaba la idea de lo importante que hubiera sido poderle decir algo a En-lan..., pero pronto volvía a su pasividad. No había tenido posibilidad de decir nada a su amigo. Probablemente no viviría. Tampoco podía escribir a Peonía. Había desaparecido. Recordaba perfectamente la incrédula exclamación de su padre: «¡Desaparecida Peonía...!»». Acudía nuevamente al deseo y la voluntad de no pensar.

Todo se desvaneció... todas las esperanzas que acariciaron juntos. Sentía agudos remordimientos al recordar la brigada. Seguramente habrían vuelto los obreros a la fábrica a trabajar como antes, en medio de su desesperanza. Puede que le creyeran un mentiroso que los había traicionado... Aunque también era posible que le supusieran muerto. Prefería esto último. Por su parte, no creía volver a verlos nunca.

Ocioso en la cubierta, sin ver más que el cielo y el agua, mirando a las lejanas islas pobladas de ensueño, llegó a no odiar a su padre. Comprendió que hubiera sido imposible su permanencia en Shanghai, en el caso, naturalmente, de que no le hubieran matado. Habríase visto obligado a volver a su vida de antes, sin planes, sin ilusiones: de las clases a su casa, a su abuela, al olor nauseabundo del opio... No, no hubiera podido soportarlo. Y sin Peonía... En su casa no habrían hecho ninguna indagación para descubrir su paradero. Su padre se habría limitado a decir: «¡Que se vaya bendita de Dios! Sólo es una criada. Tomaremos otra en su puesto».

Era imposible pensar en todo aquello. Cerró los ojos. Le escocían los párpados. Tenía el corazón destrozado. Son muchas las maneras de destrozarse un corazón. Hay mil ejemplos de corazones destrozados por un amor; pero lo que realmente destrozaba un corazón era el ver desvanecido un sueño... fuese el que fuese.

Continuaba en aquel estado indiferente sin hacer nada por rehacerse. Oyó la voz de un marinero, voz que sonaba en el silencio como una música. Nada tenía explicación. Cerró los ojos. Sólo deseaba que pasasen las noches y los días sin ningún incidente.

Hubiérale gustado estar en el barco siempre, pero no podía ser. Pocos minutos tardarían en llegar al puerto de Nagasaki, hasta donde le servía el pasaje. Llevaba escritas las instrucciones de su padre y las releyó. Como nada le importaba, no tenía tampoco inconveniente alguno en seguirlas. Con su letra firme el padre había escrito que en el puerto encontraría cierta persona que le llevaría a casa de Muraki, el comerciante. «Muraki es un antiguo amigo mío y te tendrá en su casa. Le he pedido que te coloque en su negocio. Desde luego no tienes que vivir exclusivamente de lo que ganes. Me dirás lo que necesitas una vez que gastes lo que llevas. Pero sí quiero

que trabajos y cuando me parezca que puedes hacerlo con seguridad, volverás».

—No volveré —decíase I-wan para sus adentro:

Si no podía volver al país soñado preferiría el destierro para siempre. No tenía patria. Cerró el equipaje; subió a cubierta. Era mediodía; el barco aflojaba marcha para anclar en la bahía.

El país le pareció extraño. Una cordillera alta que surgía casi desde el mar y entre ella y la orilla una ciudad pequeña, larga y estrecha. Las casas, bajas y rectangulares. Brillaban con el sol las tejas, pero en el monte divisábase una nube cargada. Barcazas carboneras se acercaban al barco y una infinidad de cardadores, mujeres y hombres japoneses, rechonchos, se preparaban a sacar de uno en uno los canastos de cartón. Oíalos charlar y no le resultó raro no entender una sola palabra de lo que decían. Ya no le chocaba nada... le sucedió todo lo que podía haberle sucedido y había pasado.

Cogió la maleta y siguió a los demás pasajeros por la escalerilla que los conducía a una lancha. En todo el viaje no habló con nadie, así es que a nadie conocía. La mayoría de los pasajeros eran americanos que viajaban por placer. Apenas si podía entender su inglés, pues estaba habituado al modo de hablar de la señorita Maitland y del señor Ranald. Al pensar en éste recordó un instante a Peng Liu y su afán de incluir a aquél en la lista negra: la lista de los muertos. Y pensó: «Peng Liu nos traicionó». Y rechazó nuevamente aquellas ideas resuelto a no pensar. Peng Liu no tenía importancia. La señorita Maitland y el señor Ranald continuarían dando sus clases aunque estuvieran vacíos algunos puestos... ¿Habrían fusilado a En-lan? No lo sabría nunca.

La lancha se deslizaba por el agua tranquila. De pronto, y a pesar de hacer sol, comenzaron a caer unas gotas de agua fría.

—El tiempo que suele hacer en Nagasaki —dijo un americano.

—Y que contribuye a que tengan los jardines más bellos del mundo —comentó otro.

Por encima de su cabeza la nube se extendió como un brazo hacia el sol. A los pocos minutos dejó de llover. La chalupa estaba en el muelle y entre los dos que saltaron de ella estaba I-wan. Bajo sus pies la tierra se hundió un poco. Quedose parado mirando en derredor. En seguida descubrió a un joven japonés, vestido a la europea, que se dirigía a él y le preguntaba en chino:

—¿Es Wu I-wan?

—Sí, yo soy su humilde servidor —respondió I-wan.

—Yo soy el hijo del señor Muraki, Bunji. Mi padre le invita que venga a nuestra casa.

Dijo estas palabras sonriendo amablemente y dejando ver sus dientes, muy blancos. Y se quitó el sombrero. El pelo duro y negro formaba un marco a su cuadrado rostro, de ojos dulces.

—Si le parece podemos hablar inglés. Me es más fácil, aunque no lo hablo muy bien.

—Con mucho gusto —repuso I-wan, pensando para sus adentros que no le gustaría mucho hablar su propio idioma con Bunji Muraki. Lo que deseaba, sobre todo, era cortar de raíz con su vida anterior y comenzar otra. No soñaría ni esperaría nada, ni se fiaría de nadie. Viviría el momento presente sin pensar en el porvenir. Con estas ideas sentose al lado de Bunji y se dejó conducir.

Detúvose el coche delante de una puerta con tejadillo que se abría en una tapia baja. Abrió Bunji la portezuela del automóvil y se apeó. Saltó a tierra con precisión matemática, como hombre habituado a hacer ejercicios contando uno, dos, tres, cuatro.

—Ésta es nuestra casa —dijo sonriendo de nuevo y quiso coger la maleta de I-wan.

No lo permitió éste y comenzó un pugilato en los dos. Hasta que decidieron llevarla cada uno de un asa. En la puerta apareció un hombrecillo con una especie de camisa corta, de algodón, y se la quitó de las manos.

—Es el jardinero, él la subirá —dijo Bunji. Y condujo a I-wan a través de un jardín trazado en un paisaje de colinas y lagos en miniatura. Pasaron un puentecillo pintado de rojo que cabalgaba sobre torrente, y después de una curva del sendero, divisaron la casa en el fondo. Era un edificio bajo, cuyas persianas de papel blanco resaltaban entre los árboles florecidos. Todo en el jardín era tan perfecto que resultaba imposible no admirarlo. No había una hoja en el musgo de debajo de los árboles, ni un guijarro fuera de su sitio en el río de cascadas artificiales.

—El jardín de mi padre es muy famoso —dijo Bunji. Y mostrando una persona a cierta distancia, añadió—: Ahí está mi padre.

Vio I-wan un señor de cierta edad, esbelto, vestido con un quimono de seda gris plata, que estaba bajo un cerezo temprano. Había cogido una ramita y contemplaba los botones. Al acercarse los muchachos volvió la cabeza.

—¡Ya estás aquí! —le dijo a Bunji en japonés—. Pero cuando el hijo presentó a I-wan diciendo:

—Éste es nuestro huésped. —En un chino antiguo pasado de moda, de ése que se aprende en los libros, saludole con estas palabras:

—En esta casita, el hijo de mi viejo amigo es bienvenido entre todos.

A I-wan le fue simpático el señor. En su otra vida, antes de sentirse aislado, le dijo una vez En-lan: «Cuando arreglemos las cosas en nuestro país, lucharemos con los japoneses para que nos devuelvan lo que nos han robado». Desde las famosas Veintiuna demandas, era un deber odiar a los japoneses y hablar de la guerra futura contra ellos. Pero él no podía sentir odio contra aquel caballero. Tenía la piel dorada y el pelo plateado, pero sus ojos conservaban el brillo de la juventud. Era tan pequeño, que I-wan le miraba de arriba abajo como a un niño. ¿Cómo no había de agradecerle?

—Es usted muy amable recibéndome en su casa. No merezco tanta bondad.

—Tu padre es amigo mío y todo lo que tengo está a su disposición.

El señor Muraki continuaba con la rama de cerezo en la mano. Mostróselo a

I-wan diciéndole:

—Ya ves, los cerezos florecen. Has llegado en el momento preciso. Dentro de seis días todo el Japón estará cubierto de flores.

—Para mi padre los cerezos son su vida en primavera, y luego, en el otoño, los crisantemos —dijo Bunji.

Quedáronse un instante sin saber qué decir. El señor Muraki sonreía levemente a su hijo. Al cabo unos momentos aconsejó a Bunji:

—Creo que lo mejor que puedes hacer es llevarle a que se arregle si quiere.

Y se volvió hacia el árbol.

—Mi padre ya está retirado de los negocios —comenzó a decir Bunji, mostrando el camino a I-wan—. Ahora lo dirigen mis dos hermanos.

—¿Y tú qué haces?

—Yo soy empleado subalterno. Me cuido del empaquetado y de las facturas.

Detuviéronse ante una gran puerta, saliéndoles al encuentro dos doncellas vestidas con alegres quimonos de flores. Bunji se quedó parado y alargó un pie. Una de las muchachas se arrodilló delante de él y comenzó a desatarle el zapato de cuero. I-wan había oído hablar de aquella costumbre y procuró no mostrarse demasiado extrañado cuando la otra doncella se arrodilló a sus pies. Sintió que le quitaba los zapatos y ponía unas suaves chinelas de paja. Siguió a Bunji al interior de la vivienda. Nunca había visto una casa parecida a aquélla. Componíase de bastantes habitaciones separadas unas de otras por persianas blancas que hacían el papel de biombos. Parecía una inmensa colmena. Las limpias esterillas que pisaban despedían un olor agradable, igual que la madera sin pintar. En el ambiente flotaba la fragancia del jardín primaveral.

—A mi padre le gusta vivir al antiguo estilo japonés —dijo Bunji—. Pero... en tu cuarto se ha puesto una silla. En el mío también la hay. Mi hermano Shio que está casado y vivió en Yokohama, tiene sillas en toda la casa. Es un hombre moderno.

Reía Bunji provocando la sonrisa de I-wan. Sentíase éste completamente tranquilo. Tenía la sensación de que aquélla era la vida que le convenía. Todo lo encontraba agradable sin llegar a impresionarse a pesar de la diferencia con todo lo que conocía.

—Éste es tu cuarto —siguió diciendo Bunji—. El mío está al lado. Como ves, da al jardín.

Separó una persiana y penetraron en una habitación cuadrada, de reducidas dimensiones. No había cama, únicamente un sillón de bambú y una mesa, y en una hornacina un pergamino en el cual estaba escrito un poema; debajo, una rama de espino en un gran jarrón. Era toda la decoración. Bunji retiró otro biombo y se encontraron en un rinconcito del jardín. La tapia quedaba a unos pocos pies y, junto a ella, crecía un arce enano cubierto de capullos escarlata y debajo, un estanquito que tendría apenas dos pies cuadrados, y una roca.

—Aquí no entrará nadie más que los jardineros —dijole Bunji a I-wan—. Es

particular tuyo. Y cuando tengas sueño llamas dando una palmada y vendrá una doncella a extender edredones sobre la esterilla. La comida de mediodía estará servida dentro de media hora. La muchacha te traerá agua para que te laves. Yo volveré luego.

Alargole la mano de una manera extraña y rápida, e I-wan se la estrechó.

Una vez que Bunji se fue, sentose I-wan y contempló lo que le rodeaba. La casa estaba en silencio. Oíase a lo lejos el ruidito de biombos que se corrían y un murmullo de voces. En la mansión reinaba un orden tan perfecto como en el jardín. No se veía una mota de polvo. El jardincito formaba parte de la casa. Los pocos metros de terreno cubierto de césped verde recortado parecían una alfombra limitada por el reluciente entarimado de la habitación. Sintiose envuelto en un hálito de paz. La vida allí obedecía a un plan. Observábase alegría, claridad, limpieza y, a pesar de cierta fragilidad, un sentido de estabilidad, de abolengo. Aquella vida se vivió en la casa durante varias generaciones.

Alegrábase de haber ido. No tenía ningún plan y posiblemente no lo tendría nunca. ¿Para qué hacer planes cuando pueden desaparecer y con ellos todas las esperanzas, en una noche, como si fueran la niebla? Estaba cansado. Sentose en el suelo, puso los pies en la yerba y se quedó contemplando el agua sin pensar en nada y con el corazón aliviado.

Oyó luego una especie de tosecilla detrás del biombo y dijo:

—¡Adelante!

Entró Bunji vestido con un quimono de seda oscura. Parecía otra persona, más simpática todavía más semejante a su padre. Llevaba en la mano un trozo de seda púrpura. Otro quimono.

—Traigo esto por si quieres ponértelo —le dijo I-wan.

—Si no lo tomas a mal —repuso éste—, prefiero ponerme un traje de los míos.

No le parecía bien ponerse el quimono.

—Como quieras. La cuestión es verse libre de indumentaria occidental Para trabajar está muy bien pero no para no hacer nada.

Se echó a reír y se puso a mirar al jardín, mientras I-wan se vestía con el traje de seda azul que había llevado de su casa y usado allí por última vez.

—Ya estoy listo —le dijo a Bunji.

Volvió éste la cabeza. Los dos muchachos, parecidos en el color de los ojos y en el pelo, eran, sin embargo muy diferentes. I-wan más alto que Bunji —le llevaba media cabeza—: más esbelto, con el rostro más ovalado y las manos y los pies más delicados. En cambio, Bunji era mucho más fuerte.

—En realidad la indumentaria nuestra no es muy distinta de la vuestra. Esto que yo llevo es el traje antiguo de los chinos. Vosotros usáis ahora otras vestiduras más modernas. ¿Es cómodo ese traje? Sienta muy bien y tiene las mangas más estrechas que las nuestras. Es lo que menos me agrada de nuestra indumentaria. Para las muchachas está muy bien. Ya verás a mi hermana. Es completamente «monga...» es

decir una chica moderna, pero mi padre no le permite demostrarlo en casa. Además no está vestida a la europea tan bien... Vamos... debes de tener hambre. Yo siempre tengo apetito.

Condújole a una estancia amplia y cuadrada que daba al jardín principal. En la puerta se detuvo e hizo una reverencia a sus padres, que ya estaban allí. Y dirigiéndose a su madre presentó a I-wan.

—Madre, éste es I-wan.

I-wan saludó respetuosamente a la señora de Muraki pensando: «No he visto nunca una mujer tan bonita». No se parecía en nada a su madre, que era gorda. La señora de Muraki era esbelta y delgada, con una cara triste y unos ojos llenos de beatitud. Aunque tenía más de cincuenta años y el pelo gris, conservaba el cutis muy terso; iba vestida con un traje rosa pálido de seda fuerte. Al inclinarse para devolverle el saludo, a I-wan le produjo el efecto de que iba a quebrarse dentro del cinturón púrpura. Irguióse en seguida como una flor mecida por el viento.

—Me alegro mucho de que haya venido —le dijo—. ¿Quiere sentarse? Le ruego que perdone mi inglés, poco correcto, pero tengo que confesarle, con vergüenza, que no he aprendido el chino.

—Si aprendo pronto el japonés, como es mi deseo, podremos hablar en su lengua, señora.

—¡Ah!... —repuso la dama sonriendo ligeramente y en tono de asentimiento. Su voz parecía un eco.

Sentáronse en las esterillas plateadas en derredor de una mesita baja colocada de cara al jardín. En aquella estancia no había otra decoración que los biombos y un pergamino en una hornacina; debajo, un gran plato con narcisos. El aire era fresco y agradable, y la atmósfera alegre y tranquila. Entró una muchacha joven, fresca como la rosa, con unas cuantas tazas en una bandeja. Nadie le dijo nada. Colocó una taza delante de cada comensal y se fue. Apenas desapareció, Bunji soltó la carcajada y los padres sonrieron.

—Es mi hermana. Tiene tal timidez que hoy no ha querido sentarse a la mesa. Ya se le pasará.

—¿Podre hablar con tu hermana? —inquirió I-wan sonriendo—. ¿Es costumbre aquí?

Por miedo a cometer una falta de cortesía no miro siquiera a la joven.

Con su voz suave, la señora de Muraki dijo algún palabras que I-wan no entendió. Bunji se las tradujo.

—Espere hasta luego. Va a volver. Se llama Tama.

Pero la jovencita no volvió a aparecer. Bunji se echó a reír de nuevo cuando entró a servir el plato de pescado una doncella.

—Tama ha comprendido que te íbamos a decir quién era y no ha querido venir.

Riéronse los dos, e I-wan se sintió a gusto y dejó de pensar. No quería recordar nada. El aire de aquella casa era limpio y puro, la luz entraba a raudales, las maderas

sin pintar esparcían su fragancia por doquier. Todo estaba abierto y sus habitantes se reían con franqueza y como si no tuvieran preocupación alguna.

—¿Le gusta nuestra pobre comida? —preguntó la señora de Muraki.

—Me gusta todo —respondió I-wan, ruborizándose un poco, pues pensó que hablaba con demasiado entusiasmo.

—Así son siempre los jóvenes —comentó el señor Muraki, sonriendo a I-wan.

¡Qué agradable resultaba todo aquello!

A pesar de hablarse poco, todos estaban satisfechos. Parecía que cada uno de los presentes sabía exactamente lo que debía hacer y lo que hacía. Sirvióse, después del pescado, el inevitable arroz, en un recipiente laqueado, y luego el té. Al terminar, la señora de Muraki se inclinó como una mariposa que repliega las alas, y salió de la estancia. Bunji miró a su padre éste le dijo a I-wan:

—Tu padre me ha escrito diciendo que quiere que entres en nuestro negocio. Si te parece bien, mi deseo es que ingreses inmediatamente. Por la mañana trabajarás con Bunji, que te enseñará lo que has de hacer. Por la tarde puedes estudiar o divertirte.

—Muchas gracias —repuso I-wan.

Sentía un gran alivio ver que los demás planeaba su vida minuto a minuto.

El señor Muraki se levantó de la mesa:

—Si no te agrada algo de lo que te propongo, me lo dices.

—Estoy seguro de que lo pasaré muy bien, señor.

—Yo quiero que todos los que estén a mi lado sean dichosos —murmuró el señor Muraki. Dirigióse después hacia el jardín y comentó—: Hay que podar esas azucenas. Están demasiado altas.

Y desapareció por un paseo florido.

Con expresión picaresca le dijo Bunji a I-wan:

—Ahora vendrá Tama. ¿Cómo te vas a presentar ante ella, como «mobo», esto es, como chino moderno, o a la antigua?

—¿Qué le agradecería más a ella?

Tenía I-wan muchas ganas de conocer a la muchacha, aunque sentía cierta timidez, pues apenas si la vio levantar la cabeza.

—No quiero decírtelo. Ya juzgarás tú por la conversación.

Quedaron unos instantes en silencio y luego Bunji volvió a soltar su alegre carcajada.

—¿De qué vamos a hablar?

—No se me ocurre nada —repuso I-wan, contagiado de la alegría de Bunji.

—¡Qué tontos somos! —dijo éste limpiándose los ojos—. Debemos tener un poco más de seriedad.

—¿Le agradecerá a Tama? —inquirió I-wan satisfecho con aquella insustancialidad. Desde que bromeaba con Peonía, mucho antes de saber nada de la revolución, no se había sentido tan alegre.

—Ahí viene —exclamó Bunji. Y levantando un poco la voz y poniéndose muy

serio, continuó como si sostuviera una conversación de negocios—: Eso del cambio extranjero es muy serio. Al aceptar un pedido en gran escala, por ejemplo, de los Estados Unidos, tenemos que asegurarnos de que el cambio no ha de sufrir una baja que anule los beneficios.

Corriose el biombo y apareció Tama, vacilante. I-wan levantó la vista. Descubrieron sus ojos una muchachita con quimono de color de rosa, calzada con zapatitos japoneses y con medias impecables. Llevaba un cinturón de brocatel de oro. Pero no iba peinada al estilo japonés, con el pelo aceitado y brillante, sino que lo llevaba echado hacia atrás y sin aceite. Sujetábalo en la nuca en forma de moño. Inclínose para saludar exactamente lo mismo que su madre. La señora de Muraki tenía siempre la cabeza inclinada; Tama la levantó después de saludar; en inglés le dijo a su hermano:

—Preséntame, Bunji.

Bailándole la risa en los ojos, hizo éste la presentación:

—Mi hermana Tama... I-wan...

Levantose éste e hizo una reverencia. Tama se adelantó hacia él alargándole la mano.

—Nos estrecharemos la mano —díjole con voz decidida—. Bunji me ha dicho que es usted «mobo...», ¿es cierto? A mí también me agrada ser moderna aunque a mi padre no le gusta mucho. Asisto a la Universidad.

I-wan estrechó la mano, pequeña, fuerte. De la muchacha desapareció toda timidez. I-wan no la miró a la cara cuando se sentó a su lado, dispuesta a servir el té.

—Tomaremos una taza de té. ¿Qué decías antes, Bunji? Nunca te había oído hablar de cambios.

Todos se echaron a reír.

—Ya ves como es —dijo Bunji dirigiéndose a I-wan—. Te convencerás de que en Tama hay dos personas. Delante de nuestros padres, muy comedida y tímida...

—¡Bunji!... —exclamó la chica.

—Y la otra Tama, una «moga» valiente y descarada que habla con los muchachos de la Universidad...

—No lo crea... no es cierto...

—Creeré lo que me diga usted y nada más —dijo I-wan muy cortés.

Estaba encantado con tanta alegría y con aquella muchacha tan bonita, que se ruborizaba y era espontánea al mismo tiempo. Hubo un momento en que se olvidó de todo lo demás. Nunca había estado en una habitación como aquélla, con una muchacha. Peonía no era, al fin y al cabo, más que una criada.

—¡Qué suerte haber venido a esta casa! Me sentía muy desgraciado y creía que no encontraría nada bueno en el mundo. Esta misma mañana lo pensaba. Y ahora, solamente por estar aquí me siento feliz.

Los dos hermanos le escucharon con aire comprensivo. Tama suspiró:

—Yo también, a veces, tengo accesos de melancolía... Pero no me duran mucho.

—A mí me parece que aquí no es posible la melancolía.

Vio que Tama y Bunji estaban pensando lo mismo. El primero le dijo con una expresión que no le había visto hasta entonces.

—En esta casa somos verdaderamente afortunados. ¿No lo crees tú así, Tama?

—Sí. Aunque me parece que en todas partes los hombres son más afortunados que las mujeres.

—Tú eres de las más afortunadas. Tienes la suerte de ser la única hembra. Eres la niña mimada, Tama.

—Por eso precisamente soy melancólica.

Los dos quedaron en silencio unos minutos. Envolvíanlos una sombra, una especie de neblina, algo que los hermanos conocían muy bien, pero que no le comunicaron a I-wan. Bunji dijo por fin, levantándose:

—Tenemos que irnos. Akio me está esperando en la oficina, y no he aparecido en toda la mañana. Akio es nuestro hermano segundo.

—Es verdad —asintió Tama poniéndose de pie.

—Tendremos tiempo de sobra para hablar, puesto que I-wan va a vivir con nosotros.

—Yo tengo que hacerle muchas preguntas acerca de su gran país —dijo Tama a I-wan—. Nosotros, los japoneses, le debemos mucho a China.

I-wan no contestó. Pensaba: «No tengo ganas de hablar de mí país». Pero no lo dijo. La sombra era muy densa. Había desaparecido la risa. Los tres estaban serios.

—¿Estás dispuesto? —dijo Bunji.

—Sí, pero... este indumento... —repuso I-wan.

—Yo también tengo que cambiar de ropa.

—Entonces, hasta luego —dijo Tama despidiéndose con una reverencia. I-wan la miró pensativo que nunca había visto nada tan gracioso y lindo como aquel saludo a no ser el impulso de aquella misma cabeza cuando la levantó.

Bunji no se fijó en nada. Se puso de pie bruscamente:

—Ahora, al trabajo.

Parecía otra persona... posiblemente porque no había reído al hablar del trabajo.

La oficina de Muraki e Hijos no era cosa de risa. El enorme edificio de cemento donde se realizaba todo el trabajo que luego había de venderse en seis tiendas de antigüedades y objetos curiosos, estaba muy cerca del mar, con objeto de tener próximos los muelles. I-wan siguió a Bunji a través de un patio de cemento.

—Hemos querido convencer a mi padre de que debía irse a Yokohama, pero sólo hemos logrado que envíe allí a mi hermano Shio. Mi padre ha nacido en nuestra casa, el suyo y su abuelo también, y se niega a abandonar la isla de Kiusiu. Es desventaja grande, porque ahora los vapores importantes andan con petróleo y no vienen aquí como antes, a cargar carbón. Con este motivo apenas llegan turistas: en otras épocas había un gran comercio con los americanos. Pero ¿qué le vamos a hacer nosotros si él no quiere salir de aquí? Hemos decidido hacerlo todo menos vender los objetos.

Entraron por una puerta. Por dentro, el edificio era feo y muy limpio. Todo de cemento, con los suelos desnudos, sin una esterilla. En las paredes sólo se veían algunos mapas. En un salón inmenso, veinte hombres sentados ante escritorios en absoluto silencio. Todos iban vestidos a la europea.

—Éstos son los contadores y los tenedores de libros —dijo Bunji—. Ahí está mi despacho. Luego se pondrá una mesa para ti, pero ahora quiero presentarte a mi hermano mayor, Akio.

Tocó con los nudillos a una puerta y esperó.

—¡Adelante! —dijo una voz profunda.

Bunji abrió de par en par.

—Akio, te presento a Wu I-wan.

Detrás de una mesa sentábase un individuo vestido de japonés, el único en todo el edificio que no llevaba traje europeo, a parte, naturalmente, los cargadores, que iban vestidos al estilo de los *coolies*. Levantó la cabeza al entrar los dos muchachos, pero sin una sonrisa en su rostro extraño, serio y melancólico. Tenía las sienes muy hundidas y los pómulos salientes; la boca fina y con expresión triste. No se parecía en nada a Bunji.

—Entre, por favor —dijo en inglés—. Siento mucho no poder hablar en chino. Usted pronto aprenderá el japonés.

Su voz resonaba como si tuviera eco.

—Así lo espero, señor —repuso I-wan.

—Claro que sí.

Quedaron en silencio sin saber qué decir. Por fin lo rompió Bunji:

—¿Le llevo a su despacho?

—Sí, eso será lo mejor.

Y como si temiera haber sido descortés, se levantó y le hizo una profunda reverencia. Con voz lejana dijo:

—Espero que lo encuentre todo a su gusto.

—Creo que todo me agrada ya —replicó I-wan.

Akio no debió de oír sus palabras. Sentose de nuevo con expresión de fatiga.

—Vamos —dijo Bunji, y una vez que hubieron cerrado la puerta y se metieron por la galería, añadió con tristeza—: Mi hermano tiene un gran pesar... no se lleva bien con mi padre. Algún día, cuando nos conozcas mejor, te contaré la historia.

Como no podía hacer ningún comentario, I-wan no respondió nada. Ciertamente, Akio no parecía formar parte de aquella casa tan agradable.

—Éste es nuestro despacho.

Penetraron en una habitación cuadrada y desnuda, cuyos muebles consistían en dos escritorios y unas cuantas sillas rectas. Encima de las mesas lucía una rama de espino.

—Ésa es tu mesa. La he colocado de manera que puedas ver el mar. Si tienes buena vista llegarás a divisar tu país.

I-wan miró por la ventana. Alcanzábase a ver la línea del agua limitada por rocas y por entrantes de terreno. En las rocas, algún pino achatado y deformado por los vientos. I-wan pensó: «No me interesa mirar hacia mi país. He roto con él definitivamente».

—¿Cuál es mi cometido? —inquirió viendo un montón de libros encima de su mesa.

—Son registros. Mi padre los ha mandado traer para que los examines y te vayas enterando de la marcha del negocio, de su extensión y el sistema que se sigue. Mi hermano Akio es el más enterado. Aunque Shio es el mayor y el jefe en unión de mi padre, Akio sabe más; es más activo y un verdadero artista. Él examina las calidades de los géneros y compra las antigüedades. A veces, si surgen dificultades para su venta, tiene que hacer un viaje con objeto de resolverlas. Bueno, ¿estás dispuesto?

—Sí —dijo I-wan pensando que lo mismo le daba aquello que otra cosa.

Quitose el sombrero y el abrigo y abrió los libros. Un criado le llevó unos manguitos de papel y le enseñó a ponérselos. Bunji también los tenía. Estaba éste sentado ante su escritorio con una visera, un ábaco en la mano derecha y trazando con la izquierda una columna de cifras. No sonreía. Estaba absorto en el trabajo y movía los labios al tiempo que escribía. I-wan había visto el ábaco en Shanghai y lo manejaba, pero nunca vio a nadie manejarlo con la destreza de Bunji. Su rechoncha mano movía con velocidad increíble las cuentas y luego, con una pluma estilográfica, anotaba los totales, que ascendían a miles de yens.

I-wan abrió los registros pensando de primera intención: «Esto es una estupidez». Luego fue poco a poco interesándose en la descripción de todo lo que pasaba por la casa Muraki: pinturas, sedas, muebles de lujo, porcelanas, bordados, filigranas, esmaltes, bronces, lacas, tapices. Asemajábase la obra a una gran red extendida hasta muy lejos, y que luego se recogía arrastrando en ella infinitas preciosidades que, en aquel edificio, serían clasificadas y reexpedidas a otros lugares. Despertose su interés y hojeó los libros para enterarse de su procedencia. La red se extendía hasta la India, la China y los mares del Sur y las mercancías volvían a salir en dirección de Occidente, sobre todo hacia América. Fue leyendo, guiándose por los nombres chinos: marfiles, ébano y teca, jade de Cantón; plumas azules de martín pescador de Foochow, pinturas antiguas e imágenes de Funkien, cerámica de Kiangsi, cosas típicas y curiosas de Szechuan, pergaminos de Pekín, procedentes de los palacios imperiales.

Su asombro era enorme. Apenas podía comprender cómo podían reunir todos aquellos objetos. ¿Quién habría vendido los pergaminos imperiales? Eran tesoros nacionales. Reflexionó un poco y palideció: «Cuando conozca mejor a Bunji se lo preguntaré».

Sentía una gran indignación, aunque en realidad no podía censurar a la casa Muraki. Pagaban lo que compraban y luego lo vendían con más o menos ganancia. Estaba a punto de examinar el capítulo de las ganancias, cuando Bunji le dijo:

—Es ya hora de ir a casa. No te has movido en tres horas. ¿Te ha interesado el trabajo?

—No me he dado cuenta de la hora.

Levantó la cabeza y observó que los rayos del sol poniente iluminaban al mar. Dirigiéronse juntos a la casa y entraron por el jardín. A lo lejos descubrió una figura vestida de azul en un puentecillo que cruzaba un laguito. Estaba contemplando el agua.

—Tama ha vuelto antes que nosotros —observó Bunji. La llamó, pero Tama no le oyó—. Indudablemente está soñando.

Encaminose hacia la casa, siguiéndole I-wan. Nuevamente le pareció que de su corazón desaparecía un peso. Entró en su cuarto y se echó en la esterilla, mirando atento al jardincito. Los más pequeños guijarros estaban perfectamente alineados. El hilito de agua que salía de una roca alta, caía con música armoniosa en el estanque en miniatura. Todo era pequeño, pero proporcionado y daba la impresión de algo mucho mayor. Continuó durante un rato contemplándolo todo y reflexionando. En tan pocas horas aquella casa dábale la sensación de ser la suya. Había en ella una seguridad que ansiaba conseguir para sí. Era un mundo maravilloso... no el mundo con que había soñado él, pero exquisito, sobre todo si no se empeñaba en soñar imposibles. Dejó de soñar definitivamente.

Aquella habitación suya era un refugio en el que pensaba con deleite mientras estaba en el trabajo. Al terminar el día encontraríase en él encerrado, feliz y solitario. Compró algunos libros: libros que no había leído hasta entonces; poesías y novelas en inglés. En la librería de viejo donde los encontró no se le ocurrió buscar los libros que leían él y En-lan. Es posible que ni siquiera los tuvieran. El librero tal vez no se atreviera a venderlos, puesto que eran libros prohibidos.

Por lo tanto, por primera vez en su vida, I-wan leyó historias de amor y de pasión. Solía tumbarse en la estera de su cuarto para leer, interrumpiendo a ratos la lectura para mirar al jardín y reflexionar sobre lo que había leído. Existían otros mundos distintos del que él soñara con En-lan. Recordó a I-ko. I-ko no podía pensar en el amor puro y arrollador que se pintaba en aquellos libros. A él le encantaban.

Un día, sin saber cómo ni por qué, sintiose inquieto. Llevaba cuatro meses en el Japón y estaba ya habituado a la forma de los días. Era casi la hora de cenar: se levantó y se puso a vestirse para dirigirse al comedor.

Al llegar, vio que estaban arreglando flores en un jarrón. Era Tama.

—¿Llego demasiado temprano? —exclamó un poco asustado ante la idea de que la muchacha pudiera suponer que se había adelantado para sorprenderla sola. En todo el tiempo que llevaba en la casa nunca había hablado a solas con ella. Rápida y clara, Tama le dijo:

—No se preocupe. No es para asustarse.

Con verdadera consternación observó I-wan que ella estaba mucho más serena que él. ¿De modo que iban a hablar? No se le ocurría nada. ¿Qué podía pensar una muchacha como aquélla? No había hablado en su vida con más mujer que Peonía, y en realidad Peonía era una cosa aparte.

Tama colocó una rama de un árbol frutal en un jarrón verde.

—¡Qué bonito es! —comentó I-wan.

La muchacha cogió unas tijeras y cortó algunas ramitas, diciendo al mismo tiempo:

—A nosotras las mujeres japonesas nos enseñan todas estas cosas. Pero nadie me ha enseñado todavía lo que verdaderamente deseo saber.

A punto estaba I-wan de preguntarle qué le interesaba cuando se corrió un biombo y apareció el señor Muraki, que se los quedó mirando a los dos, y lanzó un ¡ah! de asombro.

Tama le hizo una reverencia y, señalando a las flores, inquirió:

—¿Está bien, padre?

El señor Muraki cambió de expresión. Se olvidó de su asombro; tomó las tijeras y comenzó a recortar hojitas y ramitos. Cuando hubo terminado la operación y la rama quedó reducida a un palo desnudo de forma grotesca, con unas cuantas flores que colgaban de él como adorno, suspirando y tranquilo explicó:

—Así es como debe quedar, Tama. Nada de exuberancia. Es la regla del arte y... de la vida.

No fue nada, pensaba I-wan al retirarse aquella noche... ni un momento siquiera. Pero fue lo suficiente para que su corazón latiera con violencia y sintiera algo que no había sentido nunca... timidez y dulzura. Se rió de sí mismo al recordarlo.

—Esas historias de amor... Leo demasiado.

Y sin embargo, sentíase contento y deseaba continuar así.

En efecto, así continuó y su alegría le fue haciendo tomar gusto a la vida. No relacionaba a Tama con su estado, pero pensar que ella formaba parte integrante de la vida de aquella casa, contribuía a hacérsela atractiva.

La veía rara vez y nunca sola, y por nada del mundo hubiera profanado la hospitalidad tratando de buscarla. Tama pasaba todo el día en la Universidad, y algunas veces, por la noche, cenaban solos el señor Muraki, Bunji y él. Otras, asistía a la comida la madre y también Tama.

De este modo transcurrieron los meses sin incidente alguno digno de mencionarse y se acercaba el año de la llegada de I-wan. Comenzaba a conocer aquella ciudad pequeña después de verla en verano y en el otoño, y más tarde en el deshielo. En vez de las calles populosas de Shanghai, éstas eran carreteras estrechas y limpias que seguían los contornos de las colinas rocosas, con puentes en las hondonadas profundas y con vistas espléndidas sobre las islas. Estos caminos subían hasta

templos y parques o bajaban hasta el mar. Las gentes iban y venían por ellos con holgura y todo se conservaba en un perfecto estado de limpieza.

No podía menos de reconocer muchas cosas. Aquel país era muy limpio, mucho más limpio que el suyo. No hay mendigos y muy pocos pobres. ¿O sería que los pobres también iban limpios? Un quimono de algodón de colores alegres costaba unos céntimos nada más. Nadie tenía aspecto de pobre ni nadie lo tenía de muy rico. Las personas acomodadas llevaban sandalias de madera, sin medias ni calcetines, si el tiempo era agradable. Un día que nevó, vio una cosa que no había visto nunca. Dos muchachos que marchaban en bicicleta llevando varios cestos de un restaurante se dieron un encontronazo y allá fueron los cestos con toda la comida que contenían. Esperó que se enredaran en palabras como en todas partes, pero con gran asombro suyo escuchó a los dos:

—Yo he tenido la culpa.

—No, no lo puedo permitir, la culpa es mía.

Y haciéndose una reverencia recogió cada uno el cesto del otro y siguieron ambos su camino. I-wan no salía de su asombro ante tanta cortesía.

Lo cierto era que aquel país pequeño, tan sencillo y ordenado, iba conquistándole por completo. Gustábale todo... las noches, cuando dormía en una esterilla limpia, tapado con un edredón de seda; las mañanas, al despertar, oyendo el rumor del mar y el chirrichirri de los biombos que se corrían. Se desayunaba solo en su habitación, después de lavarse, y luego marchaba a la oficina.

Algunas tardes, dos o tres veces por semana, una vez que volvió la primavera, iban Bunji y él a una casa de baños, nadando en la piscina después, por supuesto, de haberse hecho enjabonar y enjuagar con cubos de agua limpia. En la piscina había algunas mujeres y al principio esto le molestó a I-wan. Así se lo dijo a Bunji: «Esto no se podría tolerar en otros países».

—¿Por qué? Un caballero no mira nunca a una señora en el baño. Si yo mirase a alguna de las que están aquí, lo tomaría por un insulto.

I-wan no contestó. ¡Qué extraña era aquella gente! Indudablemente tenían una gran superioridad, puesto que eran fuertes y capaces de dominar los sentimientos que a él le solían turbar más que nunca, puesto que se le había pasado la preocupación que llevaba al llegar.

Un tipo original era Akio. Iba y venía como si no perteneciera a la casa de su padre. Acudía puntualmente a la cena, silencioso, respondiendo escuetamente a las preguntas que le dirigían, pero sin hablar nunca el primero. Pasaron meses sin que Bunji le contara lo que le sucedía a Akio.

Por fin, un día le dijo en voz confidencial:

—Akio se ha enamorado de una cortesana, y mi padre está furioso porque se quiere casar con ella. Akio es muy terco... hace cerca de cinco años que dura esta historia. Mi padre le había prometido a la hija de un amigo. Y claro está, ahora su situación es muy falsa. Pero Akio no quiere casarse sino con Sumie. Sumie es una

buena persona, a su modo, pero no para entrar en nuestra familia. Yo creo que mi padre tiene razón. Y ya es tiempo de que se case Akio. Pero no quiere. Es una ridiculez... Te cuento todo esto para que no te choque la melancolía de Akio y que no se fije en ti. No se fija en nadie. Siendo como es tan trabajador y tan obediente en todo, resulta lo más extraño que en esto del matrimonio se resista a obedecer.

—¿La conoces tú? —preguntó I-wan distraído. El amor... Akio enamorado... Sí, Akio sería capaz de amar al estilo de las novelas.

—Sí —respondió Bunji—. Está bien para su clase. Aunque yo no tengo experiencia, porque a pesar de ser ya mayorcito no he tenido ningún trato con mujeres. Hay que gastar con ellas tiempo y dinero... Además soy *mobo* y a los *mobos* no les agrada andar con esa clase de personas. Y como probablemente me casaré con una *moga*, tampoco a ella le agradaría que hubiese tenido trato con ellas. A las mujeres a la antigua no les importa. Por eso está mi padre tan furioso con Akio: su prometida no es *moga*. Es una vergüenza para ella que Akio no quiera casarse.

Desde aquel día, siempre que I-wan veía el sereno rostro y los tristes ojos de Akio, recordaba lo que le había contado Bunji. Sentíase como fascinado por aquel hombre al que sentía cerca de sí aun cuando estuviese lejos por no pertenecer a su mundo. En la casa existía una mezcla extraña de rigor y blandura. Akio defendía su posición, faltaba algunas veces días enteros, sin que nadie le preguntara dónde había estado. Y jamás, por lo menos cuando podían observarlos un extraño, ni él ni su padre, faltaron a las reglas más exquisitas de cortesía. Ambos cedían sin ceder y pensando mantenerse firmes. Lo dicho, dicho estaba para siempre y no había por qué repetirlo. Y la vida continuaba.

En cuanto a I-wan, no obstante su contento, no lograba llenar el vacío que sentía en el fondo de su ser. A pesar de la vida agradable y fácil, comprendía a veces que las lecturas y los sueños agrandaban el vacío. Por naturaleza, I-wan necesitaba admirar a alguien, creer en alguien; y no tenía en quién creer. En su vida hubo cosas muy grandes: su amistad con En-lan; su participación en el movimiento revolucionario, sus esperanzas en el jefe Chang-Kai-Chek... Todo desapareció de golpe. No sabía si En-lan estaba vivo. No había tenido ningún presentimiento, y esto le hacía suponer que había muerto.

Posiblemente también Peonía habría sido arrastrada a la muerte. Los periódicos de Nagasaki estaban llenos de noticias sobre la depuración. No daban nombres, únicamente citaban cifras. Miles de jóvenes de ambos sexos fueron fusilados, todos camaradas suyos. Por lo tanto él también hubiera corrido la misma suerte. Salvole indudablemente la influencia de su padre, aquella influencia que tanto despreciaba porque se apoyaba en el dinero. Contra su voluntad, traicionó a la revolución, del mismo modo que él fue traicionado. ¿Qué se hizo de las promesas hechas a los obreros? Veíalos nuevamente amarrados al trabajo duro, aceptando resignados su suerte y diciéndose unos a otros que, a fin de cuentas, nada de lo prometido era para ellos.

No le quedaba nada que respetar. Pasaría el resto de sus días en una tierra extraña, viviendo costumbres nuevas para él, distraído con las tonterías de la risa de Bunji, trabajando y disfrutando de la felicidad de aquella casa. Pero el vacío interior era inmenso y no sabía qué hacer para llenarlo. Cuando se encontraba solo, le agobiaba. ¿En qué podía soñar fuera de los libros? ¿Qué podía significar la esperanza?

Estaba seguro de no volver a esperar nada. Leía las cartas de su padre con extraña tristeza, como si hubiesen sido escritas por un muerto hacía muchos años. Llegaban con regularidad todos los meses, pero nada en ellas le parecía real, a pesar de que su padre, le decía que todo iba volviendo a su antiguo ser. Los negocios mejoraban rápidamente, pues todo el mundo estaba seguro de que el nuevo gobierno no haría grandes cambios. Restablecíase el crédito. Los extranjeros se mostraban interesados en hacer empréstitos para la reconstrucción. Los radicales estaban en plena derrota. Habíanse estipulado indemnizaciones por los extranjeros muertos en las luchas de Nankín el año anterior. Todo se iba estabilizando. La familia seguía como siempre. I-ko continuaba en Alemania. Había dispuesto que I-ko no recibiera dinero más que por mediación de la escuela militar a que asistía. La madre se encontraba muy sola sin sus hijos, pero daba gracias al cielo por habérselos conservado cuando tantos jóvenes murieron. El abuelo gozaba de excelente salud. Únicamente la abuela estaba contrariada porque no encontraba persona que pudiera sustituir a Peonía: las criadas eran holgazanas y desvergonzadas. En cuanto a él, I-wan, le aconsejaba que se aplicara y se interesase por los negocios, y algún día su padre intercedería personalmente cerca del gobierno para que le permitiera volver. Pero tenía que estar seguro de que se había curado de sus ideas radicales.

Rompió las cartas en pequeños trozos y las tiró.

«No quiero volver —escribió a su padre—. Me encuentro muy a gusto en este país».

Por lo menos, llegaría a ser un perfecto hombre de negocios. A principios del segundo año de su estancia en el Japón, empezó a trabajar todo el día como Bunji, tomándose solamente las vacaciones que disfrutaban los demás empleados. Una noche, en la mesa, díjole el señor Muraki:

—He escrito a tu padre diciéndole lo bien que te portas.

Agradeció la fineza haciendo una reverencia y sintió unos ojos que se posaban sobre él. Tama asistía a la comida aquella noche. Mirábale por encima de la mesa. I-wan se fijó en la franca expresión de sus negros ojos. La chica volvió la cabeza e I-wan sintió cierta confusión en sus ideas. En aquel momento no odiaba a su padre.

Empezaba a creer que éste y el señor Muraki podían muy bien tener razón. Nada enfurecía tanto al señor Muraki como lo que tuviera relación con el comunismo. Cuando leía en los periódicos que el gobierno había detenido a algún estudiante comunista, quedábase suspenso. El señor Muraki solía decir:

—¡Soñadores! Como si fuera posible realizar algo con sueños. —¿Sería posible que él y En-lan estuviesen equivocados? La idea no consolaba en nada a I-wan.

Perder la confianza en lo que puso todo el anhelo de su vida aumentaba el aislamiento de su espíritu. Y como no podía hacer nada, procuraba no pensar en ello y ajustarse estrictamente al patrón que tenía ante la vista.

La vida, después de todo, debía seguir su curso. Si se luchaba contra lo establecido no era la vida la que se rompía, sino él quien protestaba. Pasaba muchas horas de soledad en aquella casa tranquila y durante ellas, o mientras leía o paseaba, y aun en el trabajo, parecíale que todo lo anterior a su llegada al Japón había sido un sueño.

Las cartas de su padre continuaban llegando con regularidad. Todo volvía a estar normal. Chang-Kai-Chek era un hombre de buen sentido y había cortado sus relaciones con los revolucionarios, los cuales fueron confinados al interior, no permitiéndoseles vivir en las ciudades ribereñas, sobre todo en Shanghai. Los banqueros eran afectos al nuevo gobierno. Todo se arregló mucho mejor de lo que se hubiera podido esperar, porque Chang, con su gran influencia sobre el pueblo, eligió el camino recto y no el de la locura.

Tres a cuatro veces le dijo I-wan a Bunji:

—No puedo seguir viviendo aquí eternamente. Tengo que buscar casa porque ya llevo dos años en la tuya.

Bunji protestaba siempre y le comunicó a su padre los escrúpulos de I-wan. El señor Muraki aprovechó una oportunidad para decirle con su delicadeza habitual:

—No te vayas de mi casa. Para mí es un placer, que esté en ella el hijo de mi amigo.

Dos inviernos consecutivos llevaba I-wan en la casa. Despertó muchas mañanas contemplando, entre sus confortables edredones, la nieve que cubría el jardincito y que daba la sensación de no ser ni fría. Las nieblas marítimas impedían el hielo y la escarcha, y cuando nevaba quedaba hueca la nieve derritiéndose poco a poco sobre la tierra tibia. La casa de biombos de papel, tan fresca en verano, era también fácil de calentar en invierno. En su habitación había una concavidad en el suelo en la cual colocaba un brasero con ascuas de carbón y encima una especie de armadijo cubierto con una manta fuerte. Por las noches, cuando no salían él y Bunji, sentábanse junto a aquel brasero y así tenían los pies calientes y lo mismo todo el cuerpo. Algunas veces también Bunji metía las piernas bajo la manta y juntos los dos leían o hablaban. En el salón principal había también un gran brasero y solían sentarse todos alrededor, como si estuviesen ante una mesa. Tama, por lo general, no estaba. Según decía tenía mucho que estudiar, porque aquél era el último curso.

Presentábase alguna vez, sin embargo, y en aquellas noches I-wan permanecía mucho más tranquilo que cuando no estaba la muchacha. No la miraba a la cara, pero la veía de reojo mientras escuchaba la conversación del señor Muraki o de Bunji. No se sentaba nunca a su lado. No hubiera estado bien. Sentábase junto a su madre, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el calor. A I-wan parecíale bellísima aunque no se atreviera a mirarla. En la aparente libertad de la casa no existía libertad

alguna. Se había convencido de ello. El señor Muraki se desnudaba y se vestía delante de todos, pero volvía la cabeza hacia la pared y al hacerlo era como si corriese una cortina que le aislaba de los demás. Los criados y la familia, todos, miraban a otro lado.

Igual sucedía con Tama. Entraba y salía a su antojo, por lo menos eso parecía, pero I-wan estaba convencido, aunque nadie se lo hubiera dicho, de que si por una palabra o por un movimiento hubiese dejado ver que suponía tener libertad para hablarle o para acercarse a ella, hubiera tenido que salir inmediatamente de la casa, en la cual, sin embargo, entraba y salía también sin ningún estorbo mientras no abusase.

A principios de verano de aquel año salió Tama de la Universidad. Nadie se lo dijo a I-wan, pero lo comprendió porque estaba siempre en casa. Antes, por las mañanas se ponía un traje europeo, sencillo. Después llevaba siempre un traje japonés. Antes, nunca la encontraba I-wan cuando volvía del trabajo porque ella estaba en la Universidad hasta muy tarde; luego permanecía en la casa siempre, aunque no le esperaba ni muchas veces la encontraba.

Pero sabía que estaba. A veces la veía en el jardín, cortando una rama de un árbol en flor, o la adivinaba arreglando flores en un jarrón en una de las habitaciones. Si se encontraban, le sonreía un poco triste. Parecía más amable que cuando iba a las clases y, sobre todo, mucho más tranquila. I-wan se alegraba mucho de que estuviera en la casa, pero no podía averiguar por qué permanecía tan tranquila. Nadie le decía nada. Consideraban, por lo visto, que no le debía importar el que Tama fuese a clase o dejara de ir. Y, en realidad, no debía importarle. No era cosa suya. Pero no pudo evitar el preguntarle a Bunji una tarde de lluvia que salieron juntos:

—¿Por qué está Tama tan cambiada desde que no va a sus estudios?

Bunji se metió de lleno en un charco:

—Se queda en casa preparándose para el matrimonio.

—¿El matrimonio...? ¿Se va a casar?

No se le había ocurrido nunca que Tama se casara. Pero era natural... tenía casi su edad, aunque representara mucho menos.

—No hay nada decidido todavía —repuso Bunji forcejeando con el paraguas de algodón negro de procedencia extranjera, que se le había vuelto—. Es costumbre en nuestro país, cuando una muchacha termina sus estudios, que se quede en casa una temporada preparándose para el matrimonio; aprendiendo a guisar, a coser, a arreglar las flores, a hacer el té, a tocar algún instrumento... en una palabra, todo lo que se relaciona con la casa y con el marido.

Cerró furioso el paraguas y dejó que la lluvia le diera en la cara exclamando:

—¡Dichoso paraguas! Los antiguos de papel pintado resultaban mucho mejor.

—¿Se va a casar Tama? —preguntó I-wan con la boca seca.

—Naturalmente. Pero todavía no. Tiene que aprender muchas cosas... especialmente acerca de los hombres. Es el inconveniente de las *mogas*: no conocen a

los hombres. Ya ves, en cambio, Sumie... hace felicísimo a Akio. Está muy contenta con su suerte y no desea otra cosa. Pero Tama tiene muchas ideas de *moga*... tendrá que prescindir de ellas antes de estar preparada para casarse. Eso dice mi padre. Probablemente tendrá que darle lecciones alguna *geisha* vieja, y retirada. Esto forma parte de la educación.

I-wan escuchaba a su amigo horrorizado. ¿Qué le importaba después de todo?... Sin embargo, resultábale intolerable que Tama se entregase únicamente para servir de muñeca de placer a un hombre, a cualquier hombre... ¿A qué clase de hombre? Advirtió, entonces que, a pesar de no verla casi nunca, formaba parte de la vida de la casa y, por lo tanto, de la suya. Pensó en su carita redonda y linda, en su delicada actitud, en su amabilidad... en todo lo que creía no haber observado. Dábase cuenta de que le había impresionado siempre.

—¿Tienes la seguridad de que no está ya comprometida...? —le preguntó a Bunji sabiendo que era una pregunta indiscreta y que tal vez le molestará.

—Yo no me meto en esas cosas —repuso Bunji mirando muy fijo a I-wan. Corríale la lluvia por la aplastada cara y por el impermeable—. Voy a contarte una cosa, porque te considero como un hermano. Mi padre quiere casarla con el general Seki.

I-wan conocía al general Seki. Todo el mundo le conocía en la isla, porque era natural de Kiusiu y sentía cierto orgullo por ello, aunque nadie le quisiera. Era un individuo de más que media edad, cuya esposa había muerto dos años antes; el general le hizo un entierro muy lujoso. I-wan recordaba haberle visto a poco de llegar. Fue un verdadero espectáculo para la ciudad, porque no se recordaba otro tan suntuoso. Iba el general a la cabeza del cortejo en un automóvil cubierto de florones y de paños de algodón negro. Parecía una rana con la cabeza afeitada metida entre los hombros y el pecho cubierto de cintas y condecoraciones. Todo el mundo le miraba. Detrás de él marchaba una criada vieja con un cacharrito en las manos. En él estaban encerradas las cenizas de la que fue en vida su esposa fiel.

Recordando el entierro comentó I-wan:

—No creo que las muchachas jóvenes deban casarse con viejos gordos. —Le daba asco pensar que Tama hubiera de prepararse para cuidar y divertir a aquel tipo grasiento.

—El general Seki es amigo de mi padre —replicó Bunji echándose a reír—. No pienses en esas cosas, I-wan. No conviene. No te preocupes demasiado por el amor. Mírate en el espejo de Akio.

—No pienso en el amor. Pienso en Tama.

Y por primera vez advirtió que quizá fuera lo mismo. Pero no se le había ocurrido enamorarse de Tama hasta aquel instante.

No, no la amaba. ¿No vivía en la misma casa que ella hacía dos años sin haber

pensado nunca en tal cosa? En cuanto la veía, la miraba atento para convencerse de sus sentimientos. Durante todo el verano repitióse varias veces que era muy bajita, que tenía los hombros demasiado anchos y los labios muy gruesos. No era tan bonita como Peonía.

Y, sin embargo, nunca se le ocurrió tocar a Peonía, y a Tama estaba deseando acariciarla. Poco a poco fue olvidando los defectos de sus facciones, de sus manos, de su cuerpo y sólo ansiaba acercarse a ella. Sus ojos eran puros, muy negros, y el blanco muy blanco; sus labios muy rojos.

Llegó un momento en que creyó que no podría pensar en nadie más que en ella. El trabajo, la lectura, todo carecía de importancia ante la pregunta: ¿amaba a Tama? Podía amarla o no amarla. Si la amaba, debía pedirle que se casara con él. El matrimonio era una cosa muy seria... Casarse con Tama, ¿por qué no? No tenía intención de volver a su país. Podía perfectamente crearse un hogar en aquel otro tan agradable donde tan bien le habían tratado. Él y Tama formarían un hogar nuevo.

Comenzó a soñar. ¿Y si fuera para él para quien se preparaba Tama? Al pensar así todo cambiaba de aspecto. Si fuese para él, sería natural que Tama dejara los estudios y aprendiera a guisar y arreglar las flores, y a tocar el laúd y a hacer el amor a su marido. En lontananza, como entre nubes, veía una casita, y en ella él y Tama.

A su padre no le haría mucha gracia. Pero luego aceptaría gustoso, puesto que era tan amigo del señor Muraki. Éste siempre le estaba hablando de su padre.

—Es un hombre fuerte... un hombre de mérito. China necesita muchos como él... más que ningún otro país... Y muy amigo del Japón.

El señor Muraki se alegraría mucho de tener por yerno al hijo de un hombre como aquél. En cuanto a Tama, era indignante que considerase posible casarse con el general Seki... No, no lo consideraba posible... Tal vez ni lo supiera. El único peligro estaba en que lo considerase su deber. Aquella extraña mezcla de voluntad y de sentido del deber que existía en ella...

Pasó el verano y el otoño sin que dejara I-wan de darle vueltas al asunto. Unas veces estaba seguro de estar enamorado de Tama, y decidía hablar con el señor Muraki y pedirle su hija al uso moderno. Pero cuando se encontraba frente a él perdía el aplomo ante la digna seriedad del anciano. Temía echarlo todo a perder por atrevido. Además, ¿iba a hablar con el padre sin saber lo que pensaba Tama? Puede que él le fuera repulsivo. Mirábase al espejo y se afirmaba en esta suposición. Tenía la cara demasiado larga y muy pálida. No hacía ningún ejercicio. No le agradaba andar como Bunji, pero tenía que hacerlo. Luego, reflexionando, sacaba en consecuencia que tal vez no estuviera enamorado de Tama. Desde luego, si ella no le quería, él no daría un paso para obligarla a quererle... Pero, quisiese o no a la muchacha, lo que estaba decidido a hacer era decirle que no debía casarse con el general Seki. Buscaría una ocasión propicia y una vez que se lo hubiera dicho quedaría tranquilo.

No era cosa fácil hallar la ocasión. La veía constantemente y, al parecer, con

absoluta libertad, pero si trataba de hablar con ella siempre surgía una doncella o la madre se presentaba casualmente y se quedaba con ellos un rato charlando, llevándose luego a Tama so pretexto de que la necesitaba. O la veía estando toda la familia reunida y era ella siempre la que se retiraba primero.

Todo resultaba perfectamente natural, pero al cabo de algunas semanas I-wan comprendió que había un propósito preconcebido de no dejarle hablar a solas con Tama. Sintió que la sangre se le subía a la cabeza. ¿No les merecería confianza?... Y, sin embargo, nada cambió. Todos en la casa le trataban como antes, y llegó a no estar seguro de si serían suspicacias suyas lo que temía de las dificultades e impedimentos para hablar con la muchacha.

Una tarde, al volver a casa, la vio en el jardín, junto al lago, inclinada sobre una roca. Todavía hacía frío, el agua estaba cubierta por una tenue capa de hielo. Dirigióse hacia ella con presteza. Aprovecharía el momento, puesto que la encontraba sola.

En japonés, que ya hablaba correctamente, murmuró balbuciente:

—Tengo que hablar contigo... Quería decirte...

Levantó Tama los ojos con expresión de sorpresa sin soltar una piedrecita que tenía en la mano tratando de colocarla entre otras en el hielo. Debía de estar enfriándose las manos...

—Vas a casarte con un viejo... Por favor, no lo hagas, Tama.

Apenas pronunció estas palabras vio a la señora Muraki que, con un chal sobre los hombros, se dirigía hacia el estanque desde la casa, con pasos mucho más ligeros que de costumbre. A punto estuvo de marcharse, pero se quedó. No hacía nada malo, por lo tanto, no debía huir. Al ver a su madre, Tama le salió al encuentro. Pero tuvo tiempo de decirle a I-wan en tono firme y decidido:

—¿No crees que me puedo casar con quien quiera?

Sin saber por qué, sintiose feliz.

Reuniose Tama con su madre y hablaron las dos. I-wan no pudo oír lo que decían, pero vio que Tama movía la cabeza, una, dos, tres veces como insistiendo en algo. Alegre y consolado volvió a su cuarto, sin saber a punto fijo el motivo. Alegrábase mucho de que Tama tuviese un carácter firme. La firmeza es una gran cosa para la educación de la mujeres. Les afirma la voluntad.

Entró en su habitación sin quitarse el sombrero. Sonreía recordando la cara de Tama junto al estanque. En realidad, no era guapa. No tenía la exquisita belleza de Peonía. Recordaba también que algunos días el traje que llevaba a clase no le sentaba bien ni era de buen gusto. Pero ya no lo llevaba nunca. Siempre iba vestida con quimonos floreados y anchos cinturones, que hacían resaltar sus frescos colores, prestando a su rostro una belleza especial. Aparte de que, para el matrimonio, se necesitan otras cosas además de la belleza. Su madre solía decir:

—Las mujeres deben ser guapas, pero no demasiado. Todos los extremos son viciosos y una mujer demasiado bonita es una maldición incluso para sí misma.

Esto lo decía siempre delante de I-ko, por alguna razón que I-wan ignoraba. Ahora comprendía el sentido de sus palabras. Un hombre debe poder estar seguro de su esposa. Tama poseía bajo su belleza algo en que se podía confiar.

Pero... ¿estaba o no estaba enamorado de Tama? ¿Cómo lo averiguaría? Deseaba siempre estar a su lado... ¿Era aquello amor? Le agradaría llegar a su casa y que Tama le estuviese esperando... ¿no era aquello amor?

—Si pudiese estar con ella a solas una hora, lo sabría.

Pero no podía esperar tal dicha. Tama parecía un pájaro sujeto a un hilo invisible y volando de un lado para otro, pero sin poder subir más alto de lo que el hilo permitiera.

Con ademán brusco se quitó el abrigo y el sombrero, y encendió la pipa. Hacía poco tiempo que fumaba en pipa. Según le había oído decir al señor Muraki, era un calmante. Salió al jardincillo y se quedó contemplando el estanquito de agua cristalina. Todo estaba tan limpio y tan fresco como siempre. Era natural. Pero observó que alguien había frotado las piedras después de la lluvia de la noche anterior. Las quitaron, las limpiaron y las volvieron a colocar. Sacó una de entre el hielo y vio que por debajo también estaba limpia. Únicamente tenía pegados algunos granitos de arena. La volvió a colocar con cuidado. En aquella casa se advertía hasta que se cambiara de lugar una piedrecilla. Decidió esperar. Esperar hasta estar seguro de sus sentimientos respecto de Tama.

—Tengo ganas de trepar por un monte —dijo de repente Bunji un día de primavera, levantando la cabeza de los papeles en que trabajaba—. Hace un siglo, desde Año Nuevo, no me he tomado vacaciones. Tengo las piernas flojas.

I-wan estaba ya habituado a tales salidas de Bunji. Durante semanas y meses Bunji trabajaba como si en el mundo no hubiese nada más que el trabajo. Y de repente, un día, sin razón aparente, soltaba la pluma y daba un puñetazo en la mesa...

Aquel día declaró, haciendo los mismos ademanes:

—Quiero subir a una montaña.

I-wan le miró sonriendo. Costole mucho trabajo acompañar a Bunji en sus ascensiones, una vez que se decidió a ello. Aquellas piernas arqueadas, tan ridículas, con botas altas de cuero, eran capaces de trepar por una ladera a una velocidad que I-wan no alcanzaría nunca. En sus paseos solía quedarse esperando a Bunji sentado en una piedra.

—Mañana —decidió Bunji— estarán florecidas las azaleas. Iremos a Unzen.

Y como si no tuviese importancia, añadió:

—Podemos llevar a Tama, ¿no te parece? Antes de venir tú, me acompañaba muchas veces.

I-wan cogió la pipa. No debía demostrar su alteración. La colocaría en la boca, la llenaría, la encendería y tendría las manos ocupadas.

—¿Querrá venir con nosotros? —preguntó, con voz tranquila. Llevaba tanto tiempo esperando, que podía perfectamente dominar su emoción, su voz, sus ojos.

—No sé —repuso Bunji, mirando a I-wan con malicia—. Depende de si le interesa el paseo y si merece la pena... Vamos, si merece la pena exponerse a la tormenta...

—¿Qué quieres decir? —exclamó I-wan sin poderse contener.

—Mi padre...

—¡Ah!

—Ya veremos. Yo se lo diré de todos modos, y que haga ella lo que quiera.

Y echose a reír a carcajadas.

—¿Por qué te ríes? —inquirió I-wan, aunque estaba seguro del motivo de aquella hilaridad.

—Por nada... No me gusta el general Seki... ése es el motivo.

I-wan se volvió y comenzó a silbar. Reanudaron el trabajo sin decir más. Inclinado sobre las facturas, I-wan sentía que el corazón se le saltaba del pecho...

Indudablemente, aquello era amor. Y, de pronto, comprendió que sería intolerable que Tama no accediera a ir con ellos. Si no iba, pretextaría cualquier cosa para quedarse en su habitación solo... Y tal vez en todo el día... Pero de seguro iría.

Continuó trabajando sin levantar la cabeza. ¿Qué sucedería al día siguiente? ¿Iría con ellos Tama, o no iría? Tenía una gran esperanza, aunque a ratos pareciale estúpido esperar... A lo mejor amanecía lloviendo. Bunji no dejaría de salir por la lluvia, pero su hermana seguramente no se atrevería... La verdad era que sabía muy pocas cosas de Tama. ¿Sería de las muchachas que suben a un monte, llueva o no llueva, si lo han decidido?

La obsesión de la lluvia no le abandonaba. Parecíale que los tres años que llevaba en aquella casa se los pasó esperando únicamente aquel día, el día que iba a amanecer. Después del trabajo se fue a dar una vuelta por la orilla del mar. Del mar solía venir la lluvia..., es decir, cuando no venía de los montes. Miró a los montes. Ni en ellos, ni en el mar, se advertía una sola nube. Dirigióse a su casa tranquilo por el momento.

Por la noche despertó, seguro de oír llover. Salió al jardincito. No llovía. La luna primaveral iluminaba el reducido espacio y se dio cuenta de que lo que había oído era la cascadita. Su temor convirtió en lluvia el ruido tenue. Lanzó un suspiro de satisfacción y se acostó de nuevo.

Cuando vio a Tama por la mañana pensó que desde el primer momento estuvo seguro de que iría al paseo. Recibióle familiar y corriente como siempre. Llevaba un traje de algodón con flores azules, como los que usan las campesinas. De los pliegues del delantero surgía esbelto el cuello suave y su animado rostro tiñose de carmín al verle.

«Viene con nosotros encantada», pensó, emocionado hasta el punto de no poder hablar. Tama estaba muy tranquila y después que se saludaron, I-wan recobró

también la calma. Eran antiguos amigos porque hacía tiempo ya que vivían bajo el mismo techo.

—¿Dónde están los bastones? —inquirió Bunji—. Aquí tenéis el almuerzo y suelas de fieltro para ponerlas en las de los zapatos de cuero y no resbalar en las rocas.

Salieron lo mismo que dos hermanos que acompañan a su hermana. I-wan tuvo la sensación de que todo lo pensado en los últimos días había sido una locura. La serenidad de Tama era demasiado sana y natural para que estuviese enamorada de él. Las muchachas enamoradas... Contra su voluntad recordó las cosas que su hermano I-ko le había contado a propósito de las muchachas enamoradas. Tama no pensaba en él.

Si le amase no estaría tan alegre y tan exuberante. Sintiose descorazonado. Pero el descorazonamiento no podía durarle mucho en un día como aquél. Los campesinos trabajaban en el campo y los saludaban al pasar; los chiquillos corrían de un lado para otro sonriéndoles, los montes brillaban con el sol.

—Desde que estoy en el Japón no he visto un día tan hermoso como hoy —declaró I-wan.

—No hay muchos días como éste ni en el mismo Japón —confirmó Tama, añadiendo—: ni creo que en ninguna parte.

Todo les parecía bello, alegre, iluminado por el sol radiante y sin que corriera un soplo de viento. Sucediáanse los paisajes como cuadros, siempre tan bellos. Todavía muy temprano dejaron atrás los campos y comenzaron la ascensión a la montaña. Llegaron a un punto en donde el camino hacía un recodo, un arroyuelo saltarín vertía en una laguna donde se bañaba una muchacha. Estaba desnuda, llegábale el agua a los tobillos y se lavaba con el pelo suelto. I-wan la descubrió de pronto y no pudo menos de mirarla a los ojos. Avergonzose un poco por ella, pero no descubrió ni asomo de vergüenza en los ojos de la joven, que les dirigió una mirada franca y los saludó cordialmente. Bunji no le contestó, pero Tama le devolvió el saludo.

Entonces la muchacha les gritó:

—¿Adónde van?

Y Tama respondió:

—A la fuente caliente.

—Hace un día hermoso para pasear.

Continuaron andando. I-wan experimentaba cierta vergüenza ante Tama. Ésta comentó:

—¡Qué guapa estaba esa chica con los pies metidos en el agua y toda la piel mojada!

—Sí, estaba muy guapa —asintió Bunji.

También I-wan encontraba bello el espectáculo, aun cuando no lo comprendiera bien ni estuviera del todo conforme con él.

A eso del mediodía llegaron a la cúspide de la montaña, donde había una posada y

en ella los manantiales de agua caliente. I-wan pensó: «¿Se bañará Tama con nosotros?». Y volvió a ver, *in mente*, la imagen de la muchacha desnuda. Se ruborizó sin saber el motivo y pareció escuchar una música deliciosa. Deseaba que Tama se bañase con ellos y al mismo tiempo le molestaba la idea. No conseguía articular palabra en respuesta a la charla de Bunji. Tama les hizo una seña y tomó una dirección distinta de la que seguían ellos. Si Tama se metiera en el lago de agua caliente, tan clara que parecía azul, y la viese salpicada por la espuma, sería uno de los espectáculos más bellos del mundo. Hubiera querido presenciarlo y lo temía. ¿Podría evitar el mirarla?

Cuando él y Bunji, frotados y enjabonados, salieron a la piscina, Tama no estaba. Zambulléronse en el lago y Bunji gritó, alegre:

—¿Te has sentido alguna vez tan ligero.... tan ligero y tan limpio?

—Es lo más delicioso que he sentido en mi vida —confirmó I-wan.

Juguetearon como chiquillos tirándose agua y haciendo tonterías. Pero I-wan, en el fondo de su alma, esperaba... esperaba algo con afán.

Tama no llegaba. Cuando, por fin, los dos muchachos salieron del agua, se vistieron y fueron al jardín.

Esperábalos Tama con las mejillas encendidas y frescas, y el pelo mojado.

—¿Te has dado un buen baño? —preguntó su hermano.

—Sí. He dispuesto de una piscina para mí sola.

Así debía ser. I-wan sintió una especie de alivio al pensar que Tama no se había bañado en la misma piscina que ellos. No era japonés. Sin saber por qué a punto fijo, era feliz. Muchos días hubo el mismo sol y él tuvo ganas de reír. Pero aquel día todo parecía más perfecto: el aire de la montaña más diáfano, la posada limpia, el posadero, un tipo descalzo de pie y pierna, muy cortés.

—Entreténganse, señores, mientras yo les preparo la comida. Todas estas rocas las he traído yo mismo desde el mar.

Y mientras la comida estaba dispuesta, anduvieron por entre las rocas del jardín, lanzando exclamaciones de asombro al ver sus formas extrañas. De todo se reían: la roca en que el agua talló las líneas de un rostro enfurruñado; el cangrejo que procuraba esconderse cuando le miraban; los comentarios de Bunji... Y al mismo tiempo que se reían Tama e I-wan se miraban. Al principio encontrábase sus ojos para comentar: «¡Qué absurdo!». Pero parecióles el juego muy divertido; I-wan descubrió que cuando miraba a los ojos de Tama, el día resultaba más perfecto.

Oyeron una voz que los llamaba y se dirigieron a la posada para comer. El viejo, descalzo, había colocado una mesa baja al extremo del salón y se sentaron alrededor de ella. El posadero les dijo:

—He esperado que llegasen para terminar el adorno de la habitación. Miren si gustan.

Y esperó a que los huéspedes estuvieran de cara a él. Entonces corrió un biombo. Como un cuadro, apareció ante su vista una ladera cubierta de arcos floridos, cuyo

rojo suave resaltaba sobre el cielo azul. Los ojos de I-wan buscaron los de Tama y se encontraron con que los esperaban. No tenían expresión alegre: eran ojos tímidos. ¡Qué linda estaba! El corazón, saltó en su pecho y la sangre se agolpó en sus mejillas. Habló para ocultar la turbación:

—Siéntate aquí, Tama, para que veas mejor. —Y colocó el almohadón frente a la ladera.

—Con mucho gusto me sentaré ahí.

¡Qué docilidad! Aquello le dio ánimos. Tama no solía ser así. Por lo regular, mostrábase decidida y firme. Se arrodilló en el almohadón. Al ver su cabecita de pelo negro y brillante I-wan no supo qué decir.

Bunji hacía el payaso. Tomó en una mano los palillos, y con el tazón en la otra hizo ademán de pedir limosna. I-wan no tenía ganas de reír. Estaba emocionado. Tama continuaba arrodillada, pretendiendo arreglar los tazones y dirigiendo la vista de cuando en cuando a la ladera del monte. I-wan procuraba recordar alguno de los versos que había aprendido, o alguna frase interesante para decirle, pero no lo logró. En su mente no cabía otra idea que la de admirar a Tama. Por fin se le ocurrió una tontería:

—¡Qué bonito! ¿Verdad, Tama? —Y en seguida pensó: «¡Qué estupidez! Voy a parecerle un perfecto idiota. ¿Qué me pasa hoy?».

Tama hizo un gesto de aprobación y volvieron a cruzarse las miradas de los dos. Luego la muchacha tomó el tazón suyo, lo llenó de arroz y se lo presentó a I-wan. Tomolo él con ambas manos y tuvo la sensación de que aquello estaba lleno de sentido.

—Tama... —comenzó. Y al decir el nombre pareció como si subiera por los aires un gran cohete que se deshacía en estrellas de luz. Era indudable que la belleza del día era debida a la presencia de Tama. El descubrimiento le puso muy serio. Casi le dio miedo. Y sin embargo ¿no era aquello lo que esperaba hacía tanto tiempo?

Durante todo el trayecto de vuelta, Bunji fue burlándose de él.

—¿Qué te pasa I-wan? Pareces un viejo. Tama, el viejo de las montañas lo ha embrujado.

Bajaban veloces, por los canchales, a la ladera. Tama iba delante desde que salieron de la posada. I-wan miraba sus breves piececitos, que pisaban con seguridad, sin resbalar nunca, Bunji, en cambio, resbalaba a cada momento a pesar de los zapatones de soldado. Cuando se pusieron en marcha declaró muy suficiente.

—La única cosa buena que he sacado de la instrucción militar han sido estos zapatos.

—No digas tonterías, Bunji —le reconvino Tama—. Todo buen ciudadano tiene el deber de luchar por su país.

—No pienso luchar por nadie.

—No tendrás otro remedio si llega el caso —insistió Tama. Luego le dijo que en las montañas había espíritus.

—¿Crees esas cosas? —inquirió I-wan.

Echó atrás la despeinada cabeza. El sol y viento le habían tostado la cara.

—Sí, sí lo creo.

—Y presumes de *moga* —intervino Bunji irónico.

—Y lo soy. Pero creo en los espíritus.

—Entonces no eres *moga* —insistió Bunji.

—Lo soy... lo soy... —repitió Tama echando a correr. Bajaba ligera, al aire su vestiduras... I-wan echó a correr tras ella. Bunji los seguía con paso pesado. I-wan corría tan veloz como Tama, casi alcanzándola. Detúvose la chica y el muchacho, no pudiendo pararse de pronto, llegó unos pasos más allá. Ella le tomó por el brazo y lo detuvo.

—¡Qué carrera! —exclamó Bunji.

Echáronse a reír los tres y en la risa I-wan tomó entre las suyas la mano de Tama. Nunca lo había hecho. Y aunque continuaban riendo, sólo pensaba en la mano fuerte y firme que no soltaba. De pronto recordó a Peonía, que tenía la costumbre de cogerle la mano algunas veces. La mano de Peonía no se parecía a la de Tama. Era pequeña y delgada, con la palma caliente y los dedos temblones. Una vez le había dicho: «Tus manos me parecen un pajarito aprisionado. Tiemblan siempre».

La mano de Tama era fuerte y fría. No cedía a la presión de la suya. Se le estrechaba también. Pero antes de que pudiera darse exacta cuenta de todo, la retiró y volvió a echar a correr. Corrieron los tres hasta llegar al llano por donde pasaba la línea de autobuses y resolvieron esperar.

—Tengo hambre otra vez —dijo Bunji bostezando—. Me duelen las piernas.

—¿Te duelen a ti, Tama? —preguntó I-wan.

Movió ella la cabeza negativamente.

—Tengo costumbre de andar. —Pronunció esta frase con voz tranquila aunque se observaba que se sentía bulliciosa por dentro, como si estuviera inundada por una gran felicidad.

—¿Has pasado bien el día?

—Sí.

—Ha sido el más feliz de mi vida —siguió I-wan. Esperaba que ella dijese algo. Y viendo que no se decidía insistió:

—¿Para ti cómo ha sido?

—No sé lo que el día de hoy ha sido para mí, pero desde luego no se ha parecido a ninguno de los otros.

Antes de que pudiera contestar I-wan, apareció el autobús y se subieron. Llegaron a la casa, aquella casa de madera sin pintar y pulida que surgía entre los pinos del jardín. Las luces brillaban como perlas tras los biombos de papel de arroz.

Había terminado el día. Pero no terminaría nunca. Encontró una carta en su cuarto; era de su padre. No quiso leerla y la dejó encima de la mesa. No era para aquel día. Aquel día se conoció a sí mismo. Amaba a Tama y quería casarse con ella.

Ahora que estaba convencido de ello, admirábase de su estupidez y maldecía su lentitud. ¿Cómo no lo vio en el momento de conocerla?

Al día siguiente díjole Bunji:

—Mi padre está enfadado con Tama.

Sentado ante la mesa de la oficina, I-wan estaba todavía bajo el encanto del día anterior. Por la noche se había despertado con la lluvia que azotaba en el tejado. «Que llueva todo lo que quiera —pensó— esta noche no me importa; ella también lo oirá»; y se volvió a quedar dormido. Al despertar el jardincito estaba fresco y chorreando. «Ella también lo verá». Estaba impaciente por encontrarla.

No se atrevía a preguntar por ella. Hubiera sido poco prudente. «Estará cansada», pensó. Y en su imaginación veía a Tama entre los edredones, dormida, respirando rítmicamente. Todavía lloviznaba cuando él y Bunji salieron: una doncella les entregó un paraguas de papel impermeable y les hizo una reverencia. Continuaba el sueño del día anterior. Tenía que planear algo definitivo. Vería al señor Muraki. No, mejor sería que le hablase un tercero.

Reflexionaba sobre si debía o no debía poner a corriente de todo a Bunji cuando éste le habló. I-wan levantó la cabeza al oír el nombre de Tama.

—¿Que está enfadado con Tama?

—Sí. Ya me lo esperaba yo. —El ábaco crujía entre sus dedos conforme apuntaba cifras.

—No le ha gustado que fuese de paseo con nosotros ayer. La riñó mucho anoche. Esta mañana me río, pero anoche no podía reírme. A mí me dijo que no debía haberlo consentido... Yo sé lo que quería decir.

—¿Qué? —inquirió I-wan poniéndose rojo.

—Está decidido a que Tama se case con el general Seki. Éste dice que no quiere esperar más.

A I-wan le zumbaban los oídos.

—Pero ella no se casará con él ni en mil años —continuó Bunji amable, sacando sumas—. Estos juguetitos de marfil que enviamos a América... quince mil nada menos.

—¿No quiere Tama casarse con el general? —dijo I-wan con la boca seca.

—Es una vieja historia. A ninguno nos gusta. Ni a mi madre tampoco, pero como es una mujer a la antigua, no puede decir nada. Lo que hace es ir retrasando... Cuando mi padre dice: «Ahora no hay más remedio que decidirse», ella siempre pone algún pretexto: «Ahora tengo mucho qué hacer... hay que limpiar los muebles: esperaremos al mes que viene». Pero cada día que pasa es más complicado.

—El mes que viene... —murmuró I-wan.

—Tama no cederá nunca... antes se suicida. Todos lo sabemos, pero mi padre no quiere creerlo. Con toda su dulzura, es muy terco. Pero mi hermana es tan terca como

él, y eso es lo que no puede creer mi padre.

Bunji abrió un cajón y sacó otro libro.

—Tú crees... —balbuceó I-wan.

—Las complicaciones amorosas están a la orden del día. En estos tiempos todos los jóvenes las tienen. Los viejos quieren seguir su camino y los jóvenes piensan en el amor... Únicamente yo... Yo no tengo complicaciones. No estoy enamorado —concluyó Bunji con una carcajada.

I-wan no podía acompañarle en la risa.

—¿Por qué el tal Seki... prefiere a Tama... cuando hay tantas mujeres?

—Es un hombre de influencia y de dinero. Tipo Samurai... como mi padre... El honor del Japón y todas esas historias... Quiere casarse con una joven que le dé hijos. Tama es muy sana... eso es lo que le gusta. Y mi padre dice que será una suerte para el país la mezcla de la sangre vieja de Seki con la joven y fuerte de Tama. Los viejos adoran a la patria y... al Emperador.

—¿Tú crees?

—No sé nada. No quiero pensar en nada. No me compensa. Cuando estudiaba, algunos de mis compañeros se empeñaban en pensar en política, y yo no los volvía a ver. Un día entraron soldados... los soldados de Seki, y los barrieron. Seki no quiere que en la prefectura donde él reside haya nada que no esté supeditado a él. Por eso yo he decidido divertirme y nada más.

I-wan creía que no podía esconderse nada tras las estúpidas caras de los estudiantes que pasaban por la calle. Y sin embargo, por lo visto sí lo había.

—¿Hay aquí revolucionarios?

—¡Chitón!... No pronuncies esa palabra. Te puede oír alguien.

Estaba cerrada la puerta pero se levantó, la abrió y miró afuera. No pasaba nadie.

—Yo no hablo de esas cosas ni las escucho. Tengo que trabajar.

Sentose de nuevo. Se enfrascó en sus cuentas e I-wan también inclinó la cabeza sobre los libros. Todo le daba vueltas. Levantose de repente, buscando un pretexto para irse a casa a ver a Tama... a decirle... ¿por qué no le había dicho algo más el día anterior? Viose obligado a acudir a Bunji:

—Bunji... ¿quieres ayudarme a verla... hoy? ¿Tengo que hablar con ella?

Bunji levantó la cabeza:

—¿A Tama? Mi padre le ha ordenado que permanezca encerrada en su habitación tres días.

—¡Tres días!... —I-wan estaba desolado. No podría ver a Tama en tres días.

—Ya otra vez le pasó lo mismo. Un día que le dijo que tenía que casarse con Seki. Ella le respondió que lo haría por no desobedecer a su padre, pero que en seguida se clavaría un puñal. Tuvo que creerla y la castigó, porque se puso furiosísimo.

—Fue cuando me dijiste que estaba enferma ¿verdad? —I-wan lo recordaba perfectamente.

—Sí, entonces. Tama no desobedece en las cosas pequeñas... únicamente en las importantes como es casarse con el general Seki.

Abrió la puerta y entró Akio, con su aspecto triste y cansado de siempre.

—Ha llegado una carta de la sucursal de París. Se quejan de que las peanas de ébano de las cerámicas de Han han llegado rotas. ¿Las embalaste como te dije?

—Sí, con paja de arroz menuda —respondió Bunji dando un salto en la silla.

—Te encargué que antes las envolvieras bien en papel de seda.

—¡Se me olvidó!... —exclamó Bunji horrorizado.

—Me lo figuraba, habrá que enviar otras. Nos costará unos miles de yens.

—Me pegaría un tiro —dijo Bunji con voz sorda—. Soy un inútil.

—Te ríes demasiado —le reconvino su hermano saliendo y cerrando la puerta.

Bunji apoyó la frente en las manos:

—Nunca serviré para nada. Siempre se me olvida lo más importante. Akio me lo dijo... y yo estaría pensando en otra cosa.

—¿Crees que podré ver a Tama hoy? —insistió I-wan.

Bunji le miró.

—¿Qué te pasa?

—Necesito verla.

—¿Para qué? —inquirió Bunji asombrado.

I-wan no le respondió. Mirole fijamente, poniéndose colorado hasta la raíz del pelo. Bunji exclamó:

—¿Será acaso... que estás?...

—Sí, sí... lo estoy.

Bunji se quedó con la boca abierta. Luego se echó a reír. I-wan esperaba.

—No sé de qué te ríes —dijo con frialdad.

—Es magnífico... muy divertido. Nuestra casa es un nido de líos amorosos. Akio... Tama... tú... Y mi pobre padre mezclado en todo y queriendo ser el dictador.

—No tiene nada de divertido —repuso I-wan muy serio, esperando que Bunji se serenase.

—Bueno, si quieres que el asunto de Seki se resuelva pronto, apresúrate a ver a Tama.

I-wan vaciló, pero la mirada de Bunji heló sus palabras.

Por la ventana del despacho divisaba el mar, aquella mañana gris, bajo un cielo también de plomo... Tenía que pensar... Pensó todo el día sin llegar a otra conclusión que la de estar enamorado de Tama.

Reuniéronse en el comedor como todos los días, pero todo era distinto, porque todos habían cambiado de sentimientos. I-wan encontró diferentes a los miembros de la familia. El mismo Bunji parecía un poco retraído. La cena fue rara y silenciosa. La señora de Muraki se retiró pronto. Akio se levantó para marcharse.

—¿Has terminado los inventarios del mes? —preguntóle su padre con dureza. No había pronunciado palabra en toda la noche. Como hacía fresco y humedad, mandó

que colocaran allí un brasero encendido, y se sentó ante él fumando una especie de pipa de bambú.

—Sí, padre —respondió Akio tranquilo. Padre e hijo se dirigieron una mirada larga y severa. El señor. Muraki volvió la vista a otra lado.

—Muy bien. —Akio salió.

Quedaron solos con él I-wan y Bunji. Por lo general, I-wan tenía mucho gusto en oír hablar al señor Muraki; verle sencillamente tranquilo y callado fumando, era agradable. Hasta aquel momento representó para él la imagen de la bondad. Aquella noche, sin embargo, I-wan se hallaba molesto. Aquel anciano de aspecto bondadoso tenía preso a su amor. En la casa, en su propia casa, estaba Tama encerrada. No, aquellas puertas no tenían llave. Los biombos daban acceso al jardín. Para Tama estaban cerrados por orden de su padre lo mismo que si hubieran tenido cerrojos. De pronto el señor Muraki dijo a Bunji:

—Bunji, vete a tu cuarto, quiero hablar con I-wan. Tengo algo que decirle de parte de su padre.

Un poco sorprendido, Bunji miró a I-wan. Pero no le quedó otro remedio que hacer una reverencia y marcharse. Quedó solo I-wan con el anciano. Su corazón comenzó a latir violentamente.

Viendo la tranquila cara del señor Muraki, pensó: «No sé por qué voy a temerle». Y sin embargo, tenía miedo. La expresión de firmeza de los ojos del anciano revelaba el preconcebido propósito de defender su punto de vista a toda costa. Por un momento tuvo tentación de hablarle sin rodeos, pero pronto desechó la idea. Si no le trataba en la ceremoniosa forma habitual, perdería por completo su estimación. Debía esperar. Sentose sin moverse, en silencio.

—Tú padre está muy satisfecho con las noticias que le he dado de tus progresos. —Hizo una pausa aparentemente para encender la pipa con una ascua que sacó del brasero valiéndose de una tenacillas de bronce.

—Muchas gracias, señor —le dijo I-wan.

—Tu padre me escribe diciéndome que en China ha habido muchas mejoras. Los elementos revolucionarios van desapareciendo poco a poco. Los comunistas han sido enviados a las provincias del interior. Se ha restablecido el orden.

I-wan no se atrevió a decir nada, porque no estaba seguro de si el señor Muraki conocía el motivo porque su padre le había enviado al extranjero.

Con su voz pausada continuó el señor Muraki.

—El orden es lo que ha de prevalecer siempre. Los jóvenes deben darse cuenta de ello. Nada de terquedades, de deseos inmoderados, de impetuosidades por nada. Hay que dominarlos. No hay otro camino... en bien de todos. —Y tosiendo un poco, siguió diciendo con voz clara—: Como has trabajado tan bien, I-wan, y has aprendido tanto aquí, he decidido enviarte a Yokohama para que ayudes a mi hijo Shio y te enteres de la otra parte del negocio. Además, allí hay una buena Universidad y puedes estudiar si quieres. No vivirás con Shio, sino en la hospedería donde viven los

otros empleados.

—Muy bien, señor —murmuró I-wan. Tenía ganas de gritar: «¡Ya sé lo que se propone... quiere alejarme de Tama!». Y terminar: «¿Por qué no nos hemos de casar?».

Pero no pudo decir palabra. Había tal dignidad en aquella figura sentada junto al brasero, que no logró sino balbucir su aprobación... por el momento. El anciano continuó su discurso:

—Como yo siempre hago inmediatamente lo que decido, mañana te marcharás. Akio va a Yokohama, lo mismo que todos los meses, para cambiar impresiones con su hermano. ¿Has viajado alguna vez en aeroplano?

—No, señor —tartamudeó I-wan—. ¿Mañana...?

—Te gustará mucho volar. Los aviones japoneses son muy buenos. En fin...

La última palabra era una despedida. I-wan se quedó sin saber qué decir. Debía darle las gracias, pero no podía. Era demasiado.

—Buenas noches, señor —dijo por último.

—Buenas noches.

A la puerta le esperaba Bunji.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió curioso.

—Me voy a Yokohama —respondió I-wan.

Los dos amigos se miraron.

—Ya sabía yo que había algo. En cuanto entré esta tarde lo noté por el aspecto de la casa: todo más ordenado y más rápido que nunca. Los criados se dan cuenta en seguida cuando mi padre está enfadado.

I-wan estaba consternado. Contra su padre podía rebelarse... Su país estaba lleno de rebeldías —los hijos en contra de los padres, el pueblo en contra de sus gobernantes—, China estaba habituada al desorden y a la turbulencia de los que aspiran a ser libres. En cambio, allí no crecía ni una hoja si no debía. Las tijeras cortaban y arreglaban los más mínimos detalles para que el árbol tuviera la forma deseada. Comenzaba: a advertir que la paz de aquella casa, el exquisito orden de todo, era el resultado de la crueldad.

—¿Qué hacemos? —dijo Bunji.

—No sé.

—Está lloviendo. Si no, podríamos ir a dar un paseo.

—No me importa la lluvia —repuso I-wan con acento de desesperación. Tama no estaría libre hasta los dos días. Tendría que marcharse sin verla...

—Ponte una capa —dijo Bunji.

Cubriéronse los dos con sendas capas impermeables que estaban colgadas detrás de un biombo, y salieron a la calle en plena lluvia. En las empedradas calles sólo se veía alguna criada que iba a un recado, o algún cochecillo esperando. Dirigieron sus pasos hacia el mar, evitando los charcos a saltos, de piedra en piedra. En la oscuridad, oían distintamente el agua que se estrellaba contra el rompeolas, y luego entraba en el

puerto formando una especie de lago.

No habían dicho una palabra ninguno de los dos hasta que por fin Bunji rompió el silencio.

—Parece imposible que en una ocasión una ola saltara por encima del rompeolas, y al retroceder al puerto causara averías a varios buques grandes y arrastrara al mar varias pequeñas embarcaciones.

—¿No puede contenerlas el rompeolas?

—Cuando el mar se enfurece de verdad, no puede con él. No hay medio de contenerlo.

—Parece imposible.

Continuaron el paseo sin rumbo fijo. I-wan sentía que el agua le azotaba la cara. Tenía el pelo mojado y le corría un chorrito por la espalda. Permaneció insensible a todo. Únicamente pensaba: «Probablemente no volveré a verla. ¿Qué será de ella?».

Bunji se detuvo ante una casita cuadrada, rodeada de un jardincito también cuadrado.

—I-wan...

—¿Qué quieres?

—Ésta es la casa de Akio.

—¿La casa de Akio?

—Sí. Donde vive Sumie.

I-wan suspendió un instante sus pensamientos. Akio, aquel hombre misterioso, tan raro y tan reservado, tan semejante a una máquina, vivía allí.

—¿Quieres que entremos?

—¿Podemos entrar? —inquirió I-wan curioso. Aquello era algo desconocido por completo. Cosas que existían, pero que no se debían admitir.

—Sí —dijo Bunji sacudiendo la lluvia de la capa—. Yo vengo muchas veces. Sumie y yo somos buenos amigos. Es muy buena, mujer. Mi madre también ha venido a verla.

—Como quieras —repuso I-wan con aire de duda. ¿Qué le diría a Akio? En cuanto a Sumie... A su edad nunca había visto una mujer de aquella clase. Su padre le había advertido varias veces: «Aléjate de esa mujeres». Siempre, naturalmente, aquellas advertencias se las hacía a consecuencia de alguna trastada de I-ko. Luego se metió en la revolución y no había tenido tiempo para pensar en otra cosa. Y desde que llegó al Japón... no le interesaron las japonesas... nada más que Tama.

Bunji llamó a un biombo, que se corrió rápido.

—¿Eres tú, Bunji? —inquirió en la oscuridad una voz dulce.

—Sí, con mi amigo el chino —repuso Bunji. Brilló una luz por encima de sus cabezas; I-wan descubrió una mujer gruesa, bajita, nada joven ya, pero muy guapa, que los miraba alumbrando.

—Entren, entren —dijo apresurada cogiendo por la manga a Bunji.

—¡Qué mojados vienen!... ¿Es éste I-wan? Akio me ha hablado de él. Tengo

mucho gusto en conocerle. Quítense las capas... Y los zapatos mojados... ¿Tiene los pies húmedos?... —Calló un momento mientras Bunji se quitaba los zapatos chorreando—. ¡Tienen los pies muy mojados!... Quítenselos. Ahí hay escaarpines de Akio... ¡Qué locos, salir con este tiempo!

Era tan dulce, tan cordial, tan natural, que resultaba sencillamente encantadora. I-wan se sintió consolado y, por primera vez en el día, tuvo esperanza. La siguieron a una habitación alumbrada con un brasero lleno de ascuas. Junto al brasero estaba Akio leyendo un periódico. Parecía un tipo completamente distinto del Akio que I-wan conocía: alegre y locuaz. Levantó la cabeza y dijo:

—Entra, Bunji. Bienvenido, I-wan.

Y dirigiéndose a Sumie, como si se tratara de visitas de cumplido le dijo:

—Trae dos tazas más, Sumie.

Estaba ésta en la habitación contigua y oyose su dulce voz:

—Ya voy, no seas impaciente; ya lo llevo todo. —Akio sonrió. I-wan no le había visto sonreír nunca.

Al poco apareció Sumie, con pasos silenciosos sobre la alfombra de lana. Llevaba en la mano dos tazas y dos pares de escaarpines debajo del brazo. A plena luz resultaba mucho más guapa con el quimono de seda amarillento bordado de flores de peral. Conservaba todavía el pelo negro e iba peinada al estilo japonés de mariposa. Tenía las mejillas redonditas y los labios finos y rojos.

—Aquí está todo. Sirve el *sake* bien caliente, Akio... Y ustedes quítense el calzado húmedo y pónganse estos escaarpines secos.

A los pocos momentos estaban los cuatro sentados en derredor del brasero tomando *sake* caliente, respirando tranquilidad y libertad. Entre aquellas cuatro paredes se respiraba verdadera libertad. Akio hablaba como nunca lo hacía en casa de sus padres. Bunji escuchaba atento, sin reírse. Sumie se levantó, tomó una cajita de laca de la que sacó un bordado de seda, y, poniéndose el dedal, comenzó a bordar un poco apartada de los hombres. No dejaba de mirar a Akio, y de rato en rato llenaba la taza o arreglaba las brasas.

Al principio, I-wan no acertaba a hablar, impresionado por aquel cuadro de vida íntima en que le había introducido Bunji. La estancia era completamente japonesa, sin un detalle moderno ni europeo: el hogar de un japonés de la clase media. Unos cuantos libros en un estantito de madera barnizada, un pergamino de flores en la hornacina y debajo dos lirios rojos y unas hojas en un jarrón de cristal. Las esterillas en que estaban sentados relucían de limpias. El periódico de Akio era la única nota extraña y de desorden: lo había dejado en el suelo cuando comenzó a hablar de cosas lejanas para I-wan, de la guerra. Más tarde, no logró recordar lo que había dicho Akio. Pero no tenía importancia. El milagro era Akio, hablando tranquilo y sin estorbo en la alegre habitación. Dentro del molde del Akio que I-wan conocía, estaba aquél otro, vivo, cordial. Habló de la guerra, de la locura que representaba y de las cosas que a veces se ven obligados a hacer los hombres.

—¡La guerra! —exclamó Sumie con su voz suave—. No hay necesidad de luchar con nadie. Hay manera de arreglarlo todo siempre.

Cuando hablaba Sumie, Akio la escuchaba sonriendo beatíficamente, como si no le importase lo que dijera con tal de oír su voz.

—Eso está muy bien, Sumie —dijo Bunji—. Cuando hay dificultades siempre puedes hacer algo, no te faltan recursos. Pero nadie quiere guerrear con nosotros.

Sumie se puso de pie y quitó de la mesa el jarro de *sake*.

—No habléis de esas cosas, por favor. Es peligroso. No, nada de guerra. A mi abuelo lo mataron antes de nacer yo en la guerra con China y nos quedamos en la miseria. Y aunque vencimos, él no pudo tomar parte en la victoria. Cuando todo el mundo estaba en la calle vitoreando a los soldados que regresaban, mi abuela, en casa lloraba amargamente detrás de los biombos... Voy a cantar mientras bebéis. ¡Es tan bonito ser feliz!...

Tomó en sus manos un pequeño laúd y cantó con voz fresca y deliciosa una canción que hablaba de nieve y de flores. «La aprendí en el pueblo donde vivía de pequeña». I-wan se encontraba encantado en aquella casa, prohibida por el señor Muraki, pero que existía a pesar de todo.

Despidiose por fin: él y Bunji volvieron a su casa. I-wan no podía olvidar la figura de Sumie despidiéndolos desde la puerta; su sonrisa, su sencillez, su amabilidad. Y Akio a su lado tan distinto del Akio que conocía.

—Es una vergüenza —exclamó de pronto dirigiéndose a Bunji.

—Sí, pero no se puede remediar.

—Sumie es muy buena.

—Tienes razón. Todos estamos convencidos de ello. Pero... no ha nacido para esposa de Akio.

—¿Tú crees que las gentes nacen unas para otras?

—Desde luego —afirmó Bunji muy serio—. Mi madre lo dice siempre. No desde el punto de vista del amor... eso es otra cosa. Pero es indudable que dos personas nacen bajo una estrella determinada, destinados a ser esposo y esposa. Entonces su matrimonio es feliz. Ése es el pecado de Akio, no haberse querido casar con la mujer que le tocó en suerte.

—¿Sabes tú quién es?

—Sí. La hija de un amigo de mi padre. Todo el mundo dice que es buena y respetuosa. Pero Akio desafía a su sino. Mi padre dice que nos traerá mala suerte a todos. Al principio hemos tenido muchos disgustos, sobre todo porque Akio es muy bueno y mi padre no podía convencerse de su desobediencia.

De vuelta en la tranquila casa, diéronse las buenas noches e I-wan se fue a su cuarto. Los biombos estaban corridos. Sintiose como encerrado y los abrió. El jardín, lleno de misterio y de penumbra, también le parecía demasiado hermético.

No hubiera podido decir en qué instante de la noche se le ocurrió la idea de ver a Tama. Había dormido... no, en realidad no había dormido nada. De pronto, tras horas y horas de soledad, todo se le apareció como absurdo y sin sentido. Únicamente Akio tenía razón al desobedecer al anciano.

—¿Por qué no he de ir a verla? —preguntose I-wan. Y se levantó. ¿Por qué no? Si veía a Tama marcharía a Yokohama más tranquilo.

Y apenas lo pensó se convirtió la idea en una necesidad imperiosa. Sabía dónde estaba la habitación aun cuando no la hubiera visto nunca. Estaba en la parte atrás de la casa, pasadas las habitaciones de sus padres. Sabía que el señor Muraki tenía miedo al aire de la noche, porque una vez le dijo que era venenoso y muy perjudicial, sobre todo para los viejos.

Y Tama había contestado:

—Pues yo dejo siempre los biombos abiertos por la noche.

La señora de Muraki reprendió con su suave voz:

—Calla, Tama. No está bien que hables de la noche.

Recordaba que una vez Tama le dijo casualmente: «El año pasado, el día de mi cumpleaños, mi padre preguntó que quería y yo le dije que me permitiera ocupar la habitación que da frente a la cascada, duermo y me despierto con el ruido del salpicar del agua sobre las rocas».

I-wan pensó en ella escuchando el agua. Y tuvo la idea de que si se decidía a ir a ver a Tama, guiarse en la oscuridad por aquel ruido. ¿Por qué no hacerlo? Recordó a Akio siguiendo decidido su camino. Ya no vaciló.

Se levantó; se puso la bata y salió al jardín, la yerba estaba húmeda y blanda. No dejaría huellas a paso ligero. Los biombos del cuarto del señor Muraki estarían cerrados. Nadie podía temer. Pasó por delante de ellos, agachándose por si acaso, y llegó a la esquina de la casa, donde torció a la derecha, prestando atención. Oíase el ruido del agua. Dirigióse hacia ella con las manos extendidas para apartar ramas y no tropezar con los árboles. Sintió que pisaba sobre piedras. En el sendero que conducía a la cascada desde el cenador cerrado a aquella hora. El ruido se hacía a cada momento más claro. Llegó a la cascada, extendió las manos y finas gotas de agua cayeron sobre ellas.

Colocándose de espaldas, daría frente a la habitación de Tama. No había luz en ella. Si estaba dormida, tocaría suavemente las persianas para despertarla. Debía tener mucho cuidado y marchar en línea recta para no perderse. Si llegaba a tocar en el cuarto del señor Muraki...

Contó en voz baja: «¡Uno, dos, tres...!» El paso de la oca le iba a servir en aquella circunstancia porque siempre marca la línea recta. Levantó los pies cuando pudo y les dejó caer suavemente. No podía menos de reírse para sus adentros. Era una tontería... peligrosa tal vez. Si le viera Tama, se burlaría de él... Por fortuna había

niebla. Tropezó con algo y alargó la mano. Era la barandilla de madera del balcón. Vio en seguida que, como pensaba, los biombos estaban abiertos.

Estuvo a punto de hacer un ruidito leve, pero siguió escuchando un rato. La cascada quedaba justamente a su espalda. Estaba, pues, en la habitación de Tama. Rascó un poquito en el biombo. La noche estaban tan tranquila que no se atrevió a llamar, ni siquiera a toser.

¿Qué diría Tama? En el momento en que estaba a la puerta de su habitación entrábanle las dudas. ¿Y si no quería desobedecer a su padre?... Su carácter era una extraña mezcla de viejo y de nuevo. No se podía discernir cuándo Tama era japonesa pura o cuando era «moga».

Al principio no oyó nada. La habitación estaba tan en silencio como si no hubiese nadie en ella. Luego oyó un suspiro y el ruidito de una mano que se dejaba caer sobre la esterilla. Quizás estuviese dormida. No... volvió a oír otro suspiro.

Dio unos golpecitos en la madera. Esperó un instante y llamó nuevamente. Una lucecita brillaba pálida detrás de un biombo colocado junto a la cama. A través de la fina seda dibujose la sombra de Tama con el pelo suelto. Volvió a llamar. Seguramente se daba cuenta de que había alguien. Quizá se hubiera asustado...

—¡Tama! —dijo muy bajito.

Al instante apareció cruzándose la bata larga.

—¡I-wan! —exclamó asustada.

—¡Tama...! Tengo que marcharme a Yokohama... mañana mismo... No sé cuándo volveré. Bunji me ha dicho que tu padre estaba enfadado contigo. ¿Cómo me iba a ir así?

—Pero... si mi padre te descubriese, te mandaría a China.

—No me descubrirá, Tama; por favor, ayúdame.

—¿Qué te ayude?

—No te sientas japonesa, Tama. Seamos lo que debemos ser... buenos amigos. ¿No te acuerdas del día tan feliz que pasamos en el monte? Ayer mismo.

—Sí, es verdad... lo pasamos muy bien.

—Tama, anoche fui a casa de Akio... con Bunji... vi a Akio y a Sumie. Nunca había admirado tanto a Akio. Es un valiente amando a Sumie como la ama. Las personas deben ser valientes cuando saben que tiene razón.

Tama se sostenía el pelo con una mano. Le escuchaba radiante, con su bata de color de rosa.

—No sé... no sé... si...

—No pretendo entrar, Tama. Me quedaré aquí. Pero sal conmigo al jardín para que podamos hablar. Por favor... ¡me voy mañana...!

Tama no dijo nada. Apagó la vela de un soplo murmurando:

—Tengo miedo de que te vea alguien.

A los pocos minutos estaba sentada en el suelo del balcón. I-wan podía tocarle el hombro.

—¡Tama! —susurró latiéndole el corazón con inusitada violencia. Sentía deseos de alargar el brazo atraerla hacia sí. Pero ella se echaba para atrás, y no se atrevió.

—Siéntate a mi lado —dijo la muchacha tan bajito que apenas lo oyó—. No, I-wan, no tan cerca... Si alguien nos oyera sería terrible para mí. Tienes que marcharte.

—Sí, me marcharé en seguida.

Tenía razón. Si los descubrían, el castigo sería espantoso. Una vez, en China, oyó contar a su abuelo que el padre de éste había mandado matar a su hermana por haberla encontrado hablando inocentemente con su novio. Y el señor Muraki era más severo que los chinos.

—Antes de irme, Tama, quiero decirte algo del general Seki... No cederás, ¿verdad, Tama?

—Nunca —repuso Tama con firmeza.

Estaba I-wan sentado junto a ella y le tocó en el hombro.

—Me atormenta esa idea, Tama. Yo volveré, te lo prometo.

—Aquí estaré.

—No te cases... con nadie... —suplicó sin atreverá a terminar la frase—: más que conmigo.

Era muy grave pronunciar aquellas palabras. Los dos tenían muy pocos años y muchas cosas en contra. Además, estaban en aquel momento fuera de la ley.

Oyó como un susurro a su oído:

—No quiero casarme con nadie.

Sintió I-wan tal felicidad que no sabía lo que le pasaba. Inclínose a ella y pegando la boca a su oído murmuró:

—¿No te parece delicioso estar así envueltos por la niebla? Es como una cortina que nos oculta.

—La ha enviado un espíritu protector.

—¿Me permitirás que te escriba, Tama? Tengo muchas cosas que decirte. Pero ¿cómo te voy a enviar las cartas?

—Por conducto de Sumie. Sumie me las guardará. Voy a su casa de vez en cuando —dijo estas frases tan decididamente, que parecía tenerlas pensadas.

—¡Qué bien! Esta noche, cuando la conocí, no podía ocurrírseme...

—Es el destino. Hay una buena estrella que nos guía.

—No podemos saber nunca lo que nos espera...

I-wan hubiera deseado gritar: «Yo sé lo que es: el amor». Pero se contuvo.

No había pronunciado nunca la palabra ni la había oído pronunciar con el significado de aquel momento: una cosa nueva, honda, inmensa, que no debía profanarse en un instante tan peligroso. Ya habría tiempo de hablar de ello. No era palabra que se pudiera pronunciar entre otras sin importancia...

Tama continuó:

—No está en nuestro poder darle prisa al destino, ni evitarlo.

—¿También tú crees en eso de dos personas nacidas... para casarse?

—¡Naturalmente!

Quedaron en silencio, en la oscuridad, hombro con hombro. I-wan sintió un ligero estremecimiento; sin apenas darse cuenta, sus manos se unieron.

—Debes irte ya —dijo Tama—. Te escribiré en cuanto sepa tu dirección, y nos volveremos a ver... si está escrito...

Continuaron un rato con las manos juntas. Al cabo de unos minutos se levantó Tama y entró en la habitación, oyéndose el ruido de los biombos que se cerraban. I-wan, a tientas, se internó en la oscuridad...

Ya podía irse tranquilo a Yokohama... No era cosa de pensar en dormir. Se echaría en la cama para pensar en ella... Inmediatamente se durmió.

Subió al aeroplano con Akio. Dejaron Nagasaki en un trimotor muy grande con el que habían de atravesar el mar. Luego se transbordarían a otro más pequeño. El grande lo utilizaban para mayor seguridad sobre el mar. Desde la altura I-wan contemplaba la isla de Kiusiu pensando: «Ahí está Tama».

A la madrugada la niebla se disipó. Al despertar, el sol inundaba la habitación. Por la noche, el cielo había enviado la niebla para que él pudiera ver a Tama sin peligro. Pero ya no la necesitaba para nada. Todo estaba aclarado entre los dos.

Akio miraba con gemelos. Luego se los entregó a I-wan, diciéndole:

—Mira esa línea de edificios grises, y de fuertes.

I-wan vio una hilera de fuertes al sur y al este. Se echó a reír exclamando:

—Parece como si esperasen enemigos de todas partes.

—Cuando una nación es pequeña y está rodeada de otras más grandes, debe estar preparada.

—¿Es que se espera una guerra? —inquirió I-wan.

—Es fácil —repuso Akio dudando—. Los japoneses siempre estamos esperando la guerra. Por lo menos, eso nos han enseñado.

I-wan apenas escuchaba. Miraba con los gemelos a la isla a ver si lograba divisar la casa. ¡Si la viera en, el jardín...! No, el aeroplano subía muy de prisa. Tama estaba allí, oculta en la gran isla, como una joya, la joya de su corazón. Devolvió los gemelos a Akio.

Aquella mañana estuvo Akio de buen humor. Ninguno de los dos habló de la noche anterior y, sin embargo, por ella se conocían mejor ambos. Akio estaba locuaz. I-wan no tenía ganas de hablar, y permanecía sentado junto a la ventanilla escuchando y mirando al mar azul. Iban tan altos que un gran barco les parecía un caracol deslizándose sobre la superficie de las aguas y la estela, una larga cola. Akio lo miraba con atención.

—Es un barco de guerra. Un barco japonés que se dirige hacia occidente... quizás a China.

—¿A mi país? —En aquel momento no le daba importancia a la exclamación que había oído un día a En-lan. «¿Por qué han de navegar los cañoneros extranjeros en nuestras aguas? Nosotros no enviamos barcos a ningún país».

—No tenemos barcos —le había contestado I-wan a su amigo.

—Eso no importa. No los enviaríamos aunque los tuviéramos.

Recordó I-wan la conversación y medio soñando pensó: «No sé si los enviaríamos si los tuviéramos».

—¿Por qué envían los japoneses barcos de guerra a China?

—Para proteger a los súbditos japoneses. Por lo menos, eso es lo que dicen.

—Yo no tengo ninguna protección aquí —repuso riendo I-wan.

—Pero estás completamente seguro. Te tratamos bien... nosotros tratamos bien a todo el mundo... —Y tras unos segundos de vacilación añadió—: Hasta creo que tratamos mejor a los de fuera que a nosotros mismos. Con los japoneses solemos ser muy duros. Nos consume el sentimiento del deber.

Las palabras de Akio apenas encontraron eco en I-wan. Estaba pensando: «¡Qué guapa estaba anoche a la luz de la vela, echando hacia atrás su pelo!». No podía olvidar aquella visión de Tama.

Sañaba, soñaba sin cesar. Importábale poco alejarse si recibía cartas suyas y podía escribírselas. Se dirían en cartas muchas cosas. En ellas se acercarían más sus corazones...

El tiempo pasó rápidamente y, antes de que pudiera darse cuenta, el aeroplano aterrizaba en una playa. A los pocos minutos subían a otro mucho más pequeño y esta vez volaron muy bajo, tanto que veían perfectamente a los labradores que recogían el arroz en las tierras, tan juntas como los trozos de un rompecabezas.

—Éste es un aeroplano que puede convertirse en aparato de reconocimiento —comentó Akio.

—¿Por qué tantos preparativos guerreros? —preguntó I-wan.

—Es nuestra filosofía...

—¿Es que deseáis la guerra?

—No —respondió Akio. Y vacilando, como casi siempre, añadió—: Yo soy budista y no creo que deba quitarse la vida a nadie.

—Pero si te envían a la guerra ¿qué harás?

—No lo he decidido todavía —repuso Akio tan turbado que I-wan se apresuró a tranquilizarle:

—No tienes que decidir nada... es una pregunta estúpida.

Akio se quedó callado, sin que I-wan observase a silencio. Hablaba por hablar. En el fondo de su ser proyectaba la primera carta a Tama.

Si la escribía en chino la leería perfectamente, por que el japonés clásico y el chino eran iguales y Tama lo conocía muy bien... una vez vio un poema que había escrito en un abanico con finísimos trazos hechos con un pincel de pelo de camello. Pero no se proponía utilizar el estilo engolado del antiguo chino. Empezaría

sencillamente: «Cuando volaba por las alturas, en medio de la inmensidad azul, sólo estaba allí mi cuerpo... Mi corazón, igual que un pájaro herido, no se había apartado del umbral de tu puerta». Así le escribiría...

Nuevamente, el aeroplano descendía como una hoja arrastrada por el viento. Estaban encima de Yokohama. Salió violentamente de su sueño...

Yokohama era una ciudad ruidosa y afanada. No había jardines tranquilos, ni casas con biombos. Encontróse de pronto en un autobús repleto, que lo llevó por la ciudad a través de calles feas hasta una casa colmena de bloques grises de cemento.

Dejaron las maletas en la acera y Akio e I-wan bajaron después. Un portero de librea las cogió.

—Éstas son nuestras oficinas —explicó Akio—. Shio nos estará esperando.

I-wan entró detrás de Akio.

—No he visto nunca un edificio como éste —dijo I-wan.

—A prueba de terremotos. Todo Yokohama está edificada en esta forma desde que hubo el gran temblor de tierra.

Entraron en la oficina. Salieron al encuentro una joven:

—El señor Shio Muraki les ruega que se sienten —dijo haciendo un gesto que dejaba al descubierto los dientes de delante.

Era muy fea. Iba vestida con una falda negra y una blusa blanca a modo de uniforme. La falda, demasiado corta, dejaba al descubierto sus torcidas piernas, con medias de algodón negras y zapatos de cuero fuerte. En su cara, seria, con lentes, leíase el esfuerzo por ser amable. Repitió la invitación añadiendo:

—Está en este momento hablando con un caballero americano, de Nueva York.

Sentáronse como si fueran visitas. Akio no hizo ademán de sorpresa. Siguió hablando:

—Aquel año fui yo a América para algo del negocio, no recuerdo exactamente para qué... ¡Ah, ya!, con motivo de un biombo de laca y oro del palacio de Pekín, que quería el coleccionista americano, además de otras cosas. Lo llevé yo mismo porque mi padre no se atrevía a enviar facturado un objeto tan valioso. Aparte de que tenía sus razones para alejarme del Japón. Cuando salí me quedé junto al vapor mirando a Yokohama. Sumie había estado a despedirme. Contemplé la línea del horizonte mientras pude... aun después de no distinguir ya a Sumie, viendo cómo los bellos edificios se silueteaban sobre el cielo. Había muchos edificios muy bellos —encendió un cigarrillo y dio algunas chupadas—. Entonces vino el terremoto. Yo volví apresurado y no pude ver la línea del horizonte.

—¿Cómo es eso?

—Todo estaba llano. Habían desaparecido todos los edificios. Yo miraba y miraba, y no salía de mi asombro. No había nada. Y tampoco sabía nada de Sumie que debía esperarme en Yokohama.

Akio se echó a reír.

—Pero cuando se acercó el barco vi una mujercita gruesa que estaba entre las

ruinas del muelle. ¡Sublime! Puedes figurarte lo demás.

Los dos se rieron.

—Inmediatamente comenzaron a reconstruirlo todo. Y ya hay línea. Los japoneses no somos cobardes, conocemos nuestro destino.

Abriose la puerta. La joven dijo:

—Ahora mismo.

Salió un americano corpulento y detrás una figurita pequeña con traje de europeo. Era Shio. Se parecía mucho al señor Muraki, en joven.

—Muy bien, Muraki —decía el americano con voz tonante—. Ya lo sabe. Setenta y cinco mil dólares en moneda de los Estados Unidos, pero por cuenta de usted los riesgos de roturas.

—No habrá ninguna rotura —declaró Shio.

—Allá usted. ¡Adiós!, ya sabe que tengo mucho gusto en tratar con usted...

Alargó la mano, roja y enorme, y Shio le dejó que estrechara la suya, diminuta y morena. Cuando se cerró la puerta tras el americano, Shio se limpió disimuladamente con el pañuelo.

—¡Bah...! —le dijo a su hermano sonriendo y en señalando los blancos dientes bajo el negro bigote.

Akio sonrió.

—Te presento a Wu I-wan.

Shio le saludó amablemente:

—Mi padre me habla de usted en sus cartas. Le alaba mucho. Siento mucho no haberle podido recibir inmediatamente.

—No importa —repuso I-wan muy cortés.

De repente se sintió cohibido. Shio se parecía demasiado al señor Muraki.

—¿Quiere usted pasar al despacho? —preguntó Shio.

Penetraron detrás de él en un despacho rectangular muy feo, de paredes de cemento y con muebles incómodos pintados de amarillo. La joven les sirvió el té. No tuvieron tiempo de distraerse. Shio desenvolvió un paquete que estaba encima de la mesa.

—¡Miren! —exclamó entusiasmado.

Era una figura de marfil representando a la Diosa China de la Misericordia. Tenía dos pies de alto y un aspecto de suavidad exquisito, ojos dulces y vestiduras flotantes. Debía ser muy antigua, porque el marfil estaba amarillento.

—¡Ah, por fin! —exclamó Akio.

—¡Por fin! —repitió Shio contemplando la bella estatua. Ninguno de los tres dijo una palabra. Luego Shio comenzó a decir con aire triste—: ¡Si pudiéramos conservarla!... Pero irá para América con lo demás. Un Museo ha comprado la colección entera.

—¿La gran colección Li de Pekín? —preguntó Akio sorprendido.

Shio asintió. Y luego dijo en voz baja:

—Dime cómo están todos en casa.

—Muy bien —contestó Akio. Dudó un momento e I-wan sorprendió una mirada en la que creyó leer el deseo de que no estuviera presente. Entonces I-wan, para disimular cogió un periódico y se puso a leer para no oír lo que Akio le decía a su hermano acerca de la familia.

Al azar oyó estas palabras:

—Ahora está muy indignado y dice que va a comunicar al general Seki que la boda se celebrará inmediatamente.

I-wan comprendió el significado de estas palabras. En medio de una gran confusión, quedose mirando fijamente a la diosa de marfil que los miraba enigmáticamente, benévola, sin edad, eterna. Se agarró a ella. Era impotente. La gente podía hacer con ella lo que quisiera. Pero en el Japón, en América, dondequiera que estuviese, ocurriérale lo que le ocurriera, sería la misma, inalterable. «Estoy loco pensando en ídolos de marfil... Quiere que se celebre la boda inmediatamente...».

—Querrá irse a su habitación a descansar —dijole Shio amable.

—Si no hay inconveniente... —repuso I-wan con voz lejana.

—No tenga prisa. Puede comer. Yo tengo que hablar con mi hermano. Mañana le enseñaré su despacho. En este momento tenemos mucho trabajo. Los tesoros llegan en montón desde el norte de China.

«¿Qué significaba aquello?», pensó I-wan.

—Por aquí, señor, haga el favor —indicole la mujer de las gafas.

Cogió la maleta y le siguió cruzando la calle y entrando en un edificio largo, de un piso. Era la hospedería.

—A prueba de terremotos —explicó la joven.

Guió a un mostrador donde un empleado hojeó un cuaderno en el que inscribió su nombre.

—Habitación número cincuenta y uno —le dijo.

Abrió la puerta del número indicado y se encontró con una especie de celda en la que había una cama, una silla, una mesa y un lavabo. El suelo y las paredes eran de cemento gris.

Dejose caer en la silla con la cabeza entre las manos. Tenía que ponerse inmediatamente a escribir a Tama. Abrió la maleta y buscó la pluma y el papel que había puesto por la mañana. Aquel cuarto parecía que estaba a miles de kilómetros y que habían transcurrido miles de años. Comenzó la carta:

«Tama, he oído decir a Akio una cosa terrible...». Y escribió, escribió sin sentido, tratando de decirle lo que debía hacer... Pero... ¿qué podía decirle? «Aplaza... finge estar enferma... cualquier cosa. ¿Podrías escaparte, Tama? Piensa algo y escríbeme. No podré comer ni dormir hasta que reciba tu contestación».

La selló, la franqueó para que saliera por avión, y salió a echarla al correo. En la calle se sintió desfallecido. Debía comer algo.

Entró en un restaurante y pidió una sopa y guisantes y un poco de pescado.

Mientras esperaba que le sirvieran, recordó la carta que había proyectado escribirle a Tama cuando viajaba por encima del mar. ¡Qué distinta la que volaba hacia ella!, tal vez en el mismo aeroplano en que había llegado él por la mañana. Sintió un presentimiento de algo muy desagradable. Le vino a la memoria la figura de su padre, inclinada sobre su cama y despertándole bruscamente. También en aquel instante algo le sacó de un sueño.

Cuando despertó a la mañana siguiente, oyó risas de gente joven en el vestíbulo a que daba la puerta de su cuarto. Las oyó cerca y luego alejarse hasta perderse por completo. Un autobús volvía la esquina rechinando debajo de la ventana. Un vendedor pregonaba: «¡Cangrejos frescos de la mar!».

Pensó en su estado de ánimo al dormirse. Sus temores se entretejieron en sueños en los cuales él y Tama estaban a punto de reunirse, pero siempre surgía alguna dificultad y no lo conseguían. Ni los temores ni los sueños eran ciertos. Todo se arreglaría. Podía confiar en ella..., en su terquedad suave.

Daba el sol, y a través de las cortinas de bambú penetraba en hilos de luz. Se levantó de la cama. Tal vez el señor Muraki le permitiese casarse con Tama. Su abuelo quizá dijera que preferiría que su nieto se casara con una china, pero su padre pensaba y lo repetía con frecuencia que la China y el Japón debían ser aliados y amigos. Sonriendo mientras se cepillaba el pelo delante del espejo, díjose para sí que estaba conforme con su padre.

Aquel mismo día recibiría Tama su carta. Quizá no la esperase tan pronto y no fuera a casa de Sumie... Ya con la mano en el picaporte se detuvo pensando si le pondría un telegrama. Imposible. Seguramente habría ido Tama a ver a Sumie para decirle que I-wan le escribiría allí. Podía tener confianza en ella.

Entró en el restaurante a desayunarse casi alegre. Si le contestaba por avión podría recibir la carta al día siguiente. Comió arroz, un huevo y vegetales salados y bebió un vaso de leche americana malteada, sin darse cuenta de lo que comía ni de lo que bebía; pagó la cuenta y cruzó la calle, entrando en el edificio Muraki.

Estaba abierta la puerta del despacho de Shio y se detuvo en ella, tosiendo ligeramente.

—¡Adelante! —dijo Shio con voz tan igual a la de su padre, que I-wan se desconcertó un poco. Pero por fin entró. Shio estaba sentado ante su mesa. Pequeño, muy cuidado, con lentes y un bigote recortado, tenía todo el aire de un militar mientras no se le veían los ojos. Tras los gruesos cristales parecían extraordinariamente grandes para un japonés, y su mirada era la de un niño. El aspecto marcial sólo era externo, porque había asistido a una escuela militar, obligación de todos los japoneses.

—Buenos días —le dijo amable—. Vaya con mi secretaria para que le indique su despacho. Y haga el favor de cotejar las listas que encontrará allí con las de embarque

del envío que esperamos hoy de China. Luego, hará el favor de ayudar a desempaquetar los objetos, y vuelva a cotejar. Si tiene alguna duda dígamelo para que yo la resuelva. Lo haré con mucho gusto. Cuando todo esté desempaquetado, ya iré a examinarlo.

—Muchas gracias, señor —repuso I-wan.

Aquel hombrecito tan tranquilo respiraba tal autoridad, a pesar de sus ojos infantiles, que instintivamente se le obedecía. Tocó Shio una campanilla y la muchacha de las piernas torcidas y de la falda negra y la blusa blanca, se presentó, acompañando a I-wan a un salón cuadrado donde trabajaban diez empleados.

—Aquí tiene su mesa —dijole la joven en voz baja, señalándole una junto a la ventana. Haciendo una ligera reverencia, se retiró.

Encontróse I-wan al lado de la ventana, que daba a una calle limpia y sin árboles, con edificios rechonchos por encima de los cuales se divisaban el puerto y los barcos anclados en él. En aquel salón nadie se movía. Reinaba un absoluto silencio. Con el rabillo del ojo miraron todos. De pronto, por primera vez, sintiose extranjero en el Japón y echó de menos a Bunji.

Allí no conocía a nadie. Las cabezas se inclinaban deliberadamente. Sólo se movía alguno para abrir un cajón o para buscar una pluma. La atmósfera era de rígida disciplina. Vaciló un momento y sus ojos se dirigieron a una puerta abierta. En ella estaba un individuo que le observaba.

—¿Tiene usted marcada su obligación, señor Wu? —le preguntó.

—Sí, señor —respondió I-wan.

—¡Ah!...

Era una invitación al trabajo. I-wan abrió la carpeta que tenía delante. Ninguno de los que trabajaban levantó la cabeza.

Tres días después, cuando entró en su habitación, encontró carta de Tama.

«Espera... debemos esperar. No tardaremos en saber lo que nos depara el destino».

Muy bien, pero... ¿Y la prisa de su padre por celebrar la boda? Siguió leyendo:

«Mi madre sabe dar largas a las cosas que no le agradan. Ya ha aplazado el matrimonio varias veces y seguirá haciéndolo hasta...».

La señora de Muraki, tan dulce, tan insignificante, tan callada... ¡qué extraño que fuese la mejor aliada de su hija! Tranquilizose pensando que Tama no estaba sola en la casa.

Durante todo un año le escribió I-wan cartas impacientes, enfurecidas y a veces llenas de desaliento. Sabía que en ocasiones no podía ir a recogerlas a casa de Sumie y había de esperar, dándose el caso de que se reunían dos o tres. Luego las leía en su cuarto por la noche. Las de ella eran siempre iguales, cortas por lo regular. Y lo mismo en éstas que en las más largas, figuraba habitualmente la frase consabida: «Ya

sabremos lo que nos haya deparado el destino. Mi madre sigue dando largas al asunto».

No había más remedio que conformarse con las dilaciones... El año que llevaba en Yokohama era el más largo de toda su vida.

Pasaba horas y horas con un lápiz, confrontando los objetos que los empleados sacaban cuidadosamente de entre aserrín y paja de arroz —cerámica, marfiles, tallas de ágata y de cuarzo rosa, cristal y esmaltes, ébano tallado, pino de California, plata repujada con incrustaciones de plumas azules de martín pescador—. Pero ya nada le llamaba la atención.

Durante la primavera y el verano se conformó con las dilaciones, pero al comenzar el otoño volvió a sentirse preocupado por Tama.

Sus cartas le parecían demasiado reservadas. Y además la semana anterior le había dicho que le escribiera menos y con más cuidado. ¿Qué podía significar todo aquello sino que tenía miedo y no se sentía segura? ¿Habría cambiado? Recordó entonces que nunca le dijo que estaba dispuesta a casarse con él sucediera lo que sucediera. Entonces decidió no esperar más al «destino» en que tanta fe tenía Tama. Le escribió comunicándole todos sus temores y diciéndole que lo confesara todo a su padre y que le permitiera ir a verla. Que esperaba cuatro días su respuesta. Era el cuarto día. Si aquella noche no llegaba carta, a la mañana siguiente saldría para Kiusiu. Veía marchar las manecillas del reloj temiendo que llegaran las seis. Abrióse la puerta y entró Shio.

Encima de unas grandes mesas se exhibían los tesoros. Shio los contempló extasiado, exclamando:

—¡Ah!... ¡Cuánta preciosidad!

Y con sus cortos dedos acariciaba los objetos uno por uno. Todos los conocía y comentaba: «Esto es blanco de Sung... Ése es un verde que no se ha hecho nunca como en la época de los Ming... Ese paisaje blanco le he buscado durante diez años». Y tomó entre sus manos un trozo de jade tallado que tenía la forma de una montaña nevada. Se reía y casi se le saltaban las lágrimas de gozo. «¡Ya está en nuestro poder! No se puede imaginar lo que esto significa. No se lo venderé a ningún americano ni aunque me diera un millón. Se quedará en el Japón. Esta clase de cosas le pertenecen por derecho propio. Somos los únicos que podemos apreciarlas...».

I-wan le observaba asombrado. Shio parecía fuera de tino. Acariciaba la masa de jade hablando entre dientes, lanzando incoherentes exclamaciones. Producía un efecto deplorable. De pronto cruzó por la mente de I-wan la idea de la procedencia de todo aquello.

Quedó parado unos momentos y luego salió del almacén. Abrióse paso entre la multitud de empleados, que se preparaban para tomar los autobuses. Todos reían y se quitaban los manguitos de papel. I-wan salió rápido hacia la hospedería. Sin

detenerse, llegó a su cuarto y abrió la puerta. Si había llegado carta estaría encima de la mesa. A la primera ojeada advirtió que no había nada. Pero, tranquilamente sentado en su cama, estaba Bunji.

Iba a exclamar alegre: «¿Qué haces aquí, Bunji?», pero se contuvo. Nunca se le había pasado por las mientes fijarse en si Bunji era guapo o feo. Sabía que no era guapo porque él mismo se solía burlar de su aspecto físico, diciendo:

«Parezco un payaso de feria. Pero maldito lo que me importa. No les gustaré a las "mogas" y me dejarán en paz». Declaraba muy serio que se casaría con la muchacha más fea que encontrase, y de ese modo, siendo él todavía más feo, ella sería feliz pensando que resultaba guapa en comparación con su marido. Cuando reía o bromeaba, Bunji hacía olvidar su aspecto porque era muy agradable a pesar de su nariz chata y aplastada, de sus ojillos medio cerrados y de su boca enorme.

Hacía ya varios meses que I-wan no le veía y, sobre todo, nunca lo había visto dormido. Parecía otra persona. La frente baja, la mandíbula acusada, las manos cortas y gruesas... era un verdadero japonés. Los pies también resultaban gordos y cortos, sin apenas talón, I-wan había oído muchas veces por las calles de Shanghai a los chiquillos que gritaban corriendo detrás de un japonés: «¡Mono!... ¡parece un mono...!».

Recordó la frase... Pero Bunji despertó y dando un salto exclamó:

—¡I-wan!...

—¿A qué vienes? —inquirió I-wan sereno, esforzándose por pensar: «Es el mismo de siempre».

Bunji bostezaba y se restregaba los ojos con el puño.

—No lo sé —respondió jovial—. Akio y yo hemos recibido orden de presentarnos en el cuartel general del Ejército en Tokio. Hemos llegado demasiado tarde para salir hoy y yo me he dicho: «Voy a ver al bueno de I-wan y nos divertiremos un rato».

—¿Dónde está Akio?

—Con Sumie, que también ha venido con nosotros, como es natural. Se han ido por ahí, seguramente a contemplar el Fujiyama a la luz de la luna o algo semejante. Son muy amantes del Fuji. Todos los veranos suben...

—¿Por qué os ha llamado el cuartel general de Tokio?

Bunji se ponía los zapatos, que se había quitado para descansar.

—Eso es lo que pienso preguntarles. Todos los años los oficiales de la reserva tienen que presentarse para ser inscritos en caso de guerra. Los generales son como las abuelas: siempre están pensando en la guerra.

Se había puesto de pie y se pasaba las manos por los cabellos.

—Yokohama tiene muy buenos bailes de *geishas*. ¿Quieres que vayamos a uno, I-wan? Hace meses que no nos vemos.

I-wan pensó: «Bunji puede hablarme de Tama...».

—Sí, vamos —repuso decidido.

Estaba el teatro deslumbrante de luces y lleno de gente vestida de colores claros, comiendo dulces y atentos al escenario. Representábase una danza antigua, majestuosa y bella, de significación histórica, que I-wan no entendía. Todos los demás presentes se entusiasmaban con ella y, al acabar, estallaron en aplausos y gritos de aprobación. Bunji se arrellanó en la butaca, con la boca abierta y sudando de placer.

—Nunca lo he visto tan bien representado —exclamó—. ¡Esa Haru San... la del centro... es famosísima! Todo el mundo la conoce. Yo había oído hablar de ella mucho, pero no la había visto.

—Yo no he entendido muy bien —confesó I-wan.

Todo el mundo hablaba y reía, hasta que volvió a levantarse el telón.

—Es la historia de la hija de un gran samurai que, disfrazada de hombre, dirige los ejércitos en sustitución del padre. Hace prisionero al general enemigo y se enamora de él. El amor le incita a perdonarle la vida. La lucha es terrible. Pero triunfa el patriotismo y lo mata con la espada de su padre. Y al verle muerto, se mata ella también. —Bunji se limpió el sudor, que inmediatamente comenzó a brotar de su frente otra vez. Suspirando añadió—: Es una obra muy famosa. Todo el mundo la conoce y, sin embargo, no se cansa de verla... —Su aplastado rostro expresó cierta timidez—: Si me atreviera —dijo— trataría de ver a Haru San... para decirle... lo que...

—¿Por qué no te atreves? —le animó I-wan, son riendo.

—Porque me conozco —repuso humilde—. No puedo pretender que me mire a la cara.

I-wan se echó a reír. Con aspecto de mono y todo, era imposible no querer a Bunji. Asegurado nuevamente el antiguo afecto, I-wan emprendió con Bunji el retorno a la hospedería y le preguntó lo que estaba deseando preguntarle desde el principio, sin haberlo hecho porque la rareza de los sucesos de aquel día le había separado de todo.

En cuanto estuvieron en la habitación le dirigió la pregunta que quemaba sus labios:

—¿Qué hay de Tama, Bunji?

Estaba de pie junto a la mesa, esperando. Bunji se sentó en la cama y le miró con franqueza.

—Te diré —comenzó registrándose los bolsillos—. Tengo una carta que me ha dado, pero me encargó que no te la entregara hasta que no te lo contara todo antes.

Bunji sacó un sobre rosa, largo y estrecho, con dibujos de flores que I-wan conocía muy bien. Alargó la mano para apoderarse de él; pero Bunji no le dejó hacerlo.

—Tama me ha dicho... —comenzó Bunji esquivándolo.

—Déjame que lo tenga en la mano. Te prometo... —suplicó I-wan fijándose en la

expresión de duda del rostro de Bunji.

—Bueno —le dio el sobre a I-wan y le observó un segundo. Luego tosió para aclararse la garganta y comenzó—: Tama es así.

I-wan tuvo que contenerse mucho para no darle prisa. Bunji era tan lento, que amanecería antes de que le hubiera dicho nada definitivo.

—Verás —siguió Bunji lento y pensativo—. Hace dos días estaba como siempre. Arregló las flores y limpió el polvo de las habitaciones. Cuando se quedó sola conmigo, me dijo que dijera a Akio que le comunicara a Sumie que iría a verla entre dos luces. Y fue a ver a Sumie. Yo no sé el motivo de la visita, aunque me figuro que entre las dos habían tramado algo... Pero eso fue después.

—¿Después de qué?

—Después de que el general Seki fue a ver a mi padre.

—¿Fue a ver a tu padre?

—Sí. Y mi padre llamó a Tama a su habitación y le hablaron mucho. Aquella noche yo llegué tarde porque había ido a ver una película americana que se titula... ¿cómo se titula?...

—Por favor, Bunji —exclamó I-wan.

—En verdad, tienes razón, no importa nada cómo se titula la película, aunque lo recordaría si me empeño... Se trata de una muchacha bonita que encuentra un ladrón en su cuarto y luego resulta que es un individuo al que conocía, y se casan... Bueno, volvamos a Tama... al llegar a casa estaban encendidas las luces y todavía el general y mi padre hablaban con ella. Y...

—¿Había recibido mi carta?

Bunji se quedó mirando muy fijo a I-wan. Éste no pudo más y abrió la carta que tenía en las manos.

—No te he dicho... —murmuró Bunji.

—No puedo esperar más —repuso I-wan de mal humor.

—Ya iba a acabar —dijo Bunji amable. Y se tumbó en la cama. Riendo, comentó—: ¡Dichosos enredos del amor!...

I-wan no le oía. Sus ojos devoraban las palabras escritas.

«Te dije, I-wan que no quería casarme con nadie —había escrito Tama—. Pero mi padre me ha dicho que va a haber guerra con China y, por lo tanto, las cosas han cambiado. Mi misma madre opina que ahora debo casarme con el general Seki, puesto que tiene que luchar por nuestra patria. Ya no le da más largas al asunto. Yo comprendo que es mi deber. Es el destino. Tama».

Había borrado una palabra antes del nombre. Ya sabía él cuál era:

—Tuya, Tama. —Había borrado la palabra «tuya». ¡El deber!... Todos estaban envenenados con aquella idea. Pero si la señora Muraki... No podía perder un minuto.

—¿Cómo llegaré antes, con el tren o con el aeroplano? —le preguntó a Bunji.

Bunji se levantó de un salto.

—¿Adónde quieres ir?

—A Kiusiu.

Bunji movió la cabeza.

—Mi padre no te permitirá verla —exclamó en tono compasivo.

—La veré sea como sea.

—Bueno —aceptó Bunji a regañadientes—. El tren de la noche ya ha salido, y desde luego el aeroplano llega antes que el tren de la mañana. Pero hay el peligro de una tormenta.

I-wan abrió la ventana. No se veían nubes: la luna brillaba clara y serena.

—Se puede ver el Fujiyama —exclamó Bunji.

—Saldré en el avión mañana por la mañana —decidió I-wan. Pero tenía que pasar el resto de la noche de algún modo.

—Yo voy a dormir —dijo Bunji.

—Entonces te cedo mi cama. Yo no podría conciliar el sueño.

Sentose junto a la mesa y apoyó la cabeza entre las manos. ¿Qué podría hacer?... ¿Qué podría hacer?

—¡Cuánto me alegraría ayudarte si pudiera! —le dijo cariñoso Bunji—. Pero tengo que presentarme mañana.

—El aeroplano directo no sale hasta mediodía.

—No. Si Shio no me necesita, puedo irme contigo después de presentarme. Si quieres escribir una carta, puedo dársela yo si no consigues verla.

—Muy bien; es una buena idea. Bunji, eres un amigo de verdad.

—¡Bah!... Es que te quiero... ya lo sabes. Se echó a reír y comenzó a desnudarse.

I-wan había sacado ya el papel y la pluma. Vería a Tama con seguridad, pero... si no lo lograba inmediatamente, Bunji le entregaría la carta. Escribió durante el resto de la noche, suplicando, implorando, dejando salir a borbotones su amor.

«Aunque nuestros países estuvieran en guerra nada variaría entre nosotros, adorada Tama. Tú y yo, somos nosotros; nos pertenecemos. Es circunstancial que los gobiernos...». No sentía el menor entusiasmo por el gobierno de China... no era el suyo.

Acompañado por los ronquidos de Bunji escribió todo lo que se le ocurrió. Luego relejó lo escrito. Cuando dobló las hojas, la luna había desaparecido y reinaba la oscuridad precursora del amanecer. Apagó la luz y se tumbó vestido, al lado de Bunji, durmiéndose como el que, extenuado, tropieza y cae en un pozo.

Despertose en el momento en que se movió Bunji.

—¿Qué hora es? —preguntó éste amodorrado. El sol entraba a raudales en la habitación.

Deslumbrado, consultó I-wan el reloj que tenía en la muñeca. Las ocho y media.

Bunji saltó por encima de él.

—Akio y yo tenemos que tomar el tren a las nueve —exclamó recogiendo la ropa; y yendo hacia el lavabo dejó correr el agua fría por la cara y la cabeza—. Está muy lejos la estación y tengo que comprar algo para comer en el tren. —Cepillábase el crespo cabello mientras hablaba—. Estaré de vuelta en cuanto me sea posible. Si Shio no me necesita me iré... —Se hizo el nudo de la corbata de mala manera, se abrochó el abrigo y buscó el sombrero, todo al mismo tiempo. Desde la puerta hizo un gesto y dijo—: Hasta luego...

Todavía agotado, a pesar del sueño, I-wan se desnudó, se lavó y se puso ropa limpia. Luego se sentó a releer la carta de Tama y la respuesta. Después, como si aquel día fuese uno de tantos, dirigióse al restaurante, se desayunó y fue al almacén.

El gran trozo de jade que Shio había acariciado tanto, no estaba. Sin duda Shio se lo había llevado a su casa. Molestole aquello lo mismo que si hubiera perdido un tesoro. Trabajó tenazmente, confrontando sin cesar. No le importaba más que una cosa: llegar hasta Tama a tiempo, y convencerla... ¿De qué tenía que convencerla?... ¿Qué le diría a Tama que debía hacer? ¿Adónde podía llevarla?... Tenía en la mano un trozo de raíz de cerezo, tallada, pulida y teñida que imitaba la cara de un ídolo antiguo. Al mirarla pareció que el ídolo le dirigía sus ojillos maliciosos burlándose de él. ¿Dónde habría un lugar en el mundo para ocultarse Tama y él?...

Antes de haber podido contestarse a esta pregunta oyó que le llamaban. Era Bunji. Irrumpió violento en el almacén, con la cara descompuesta e hinchada de llorar.

—I-wan... Shio... ¿Dónde está Shio?

—No le he visto —respondió I-wan asustado. El idolillo se le cayó de las manos—. Bunji, por favor, ¿qué ocurre?

—Akio... —sollozó Bunji—. Akio... Akio...

Alargó un papel a I-wan. En él estaba escrito con los rasgos finos de Akio:

A mi padre y a mis hermanos: He pensado mucho el paso que doy. Sé que me llaman para inscribirme como soldado. Nos enviarán a China a hacer la guerra. No hay nada, en el mundo que me mueva a pelear. Sobre todo, no quiero intervenir en la matanza de gente inocente de cualquier raza que sea. Pero no es posible negarse a cumplir las órdenes de nuestro Emperador más que de un modo. Cuando ésta llegue a vuestro poder, habré entregado mi cuerpo al Fujiyama. Y conmigo, ahora como siempre, está Sumie.

—Cuándo... cuándo... —balbuceó I-wan.

—Cuando he llegado a la estación para sacar el billete, al decir mi nombre me han entregado esta carta. La leí y comencé a llorar y a sollozar. Entonces un oficial la leyó también, se enfureció mucho y dijo... dijo que Akio era un traidor... que no tenía derecho a matarse... en un momento en que el Emperador necesita hombres...

Bunji lloraba a lágrima viva.

—¿Lo sabe Shio? —preguntó I-wan a media voz.

Bunji movió negativamente la cabeza.

—Ven —dijo I-wan dándole la mano y sintiendo que la mano fuerte de Bunji estrechaba la suya, fina y delgada. Sin hablar palabra se dirigieron al despacho de Shio. Estaba éste sentado tras su mesa. Antes de que pudiera hacer otra cosa que levantar la cabeza, I-wan le puso delante la carta de Akio. Leyola, pestañeando; en su rostro fue pintándose la sorpresa primero, luego la consternación. Diose cuenta de todo y dejó caer el papel:

—Ya sabía yo que Akio acabaría así. Siempre ha estado suspenso entre la vida y la muerte... La muerte le parecía tan dulce como la vida... Cuando éramos pequeños... si algo le salía mal... mostraba deseos de morirse... —Todos estaban en silencio. Por fin Shio dijo:

—Bunji debes marcharte a casa en seguida. Yo veré si... se pueden encontrar sus restos. A veces... no se cae directamente al cráter...

—No puedo —repuso Bunji—. Tengo que presentarme esta tarde. Sólo me han dado estas pocas horas...

I-wan y Shio le miraron inquietos.

—Dentro de tres días embarco para Manchuria...

Quedáronse los tres sin saber qué decir.

—Y como buen japonés —añadió Bunji—, no tengo más remedio que ir.

—Lo comprendo perfectamente —repuso I-wan sereno. Y volviéndose a Shio, añadió—: Si tiene confianza: en mí iré a ver a su padre en el puesto de Bunji. —En aquel crítico momento pensó que tal vez el destino no le fuera adverso. ¿Existiría un destino en efecto?...

—Bueno, vaya, y le diré a mi padre que no se muestre muy irritado con Akio.

La muerte le abría la puerta para llegar hasta Tama.

Estaba Tama de rodillas, un poco apartada de sus padres, cuando I-wan les comunicó lo que había ocurrido. El señor Muraki le había recibido primero solo. Cuando le oyó. Cuando leyó la carta, quedó callado un rato. Dobló el papel en muchas dobleces y lo guardó en el bolsillo de la manga. Después dijo:

—Que llamen a mi hija y a su madre.

I-wan le dio el encargo a una criada y volvió a la habitación donde estaba el señor Muraki. No se había movido. Ni le dirigió la palabra a I-wan.

A los pocos minutos se abrió la puerta y entró la señora Muraki. I-wan se puso de pie, sin levantar la vista. No hubiera sido cortés mirar, y permaneció apartado. Pero tenía la sensación de que Tama estaba también en el cuarto. Veía por entre sus entornados párpados el quimono azul que rozaba el suelo. ¡Por lo menos estaba allí!

—Sentaos —dijo el señor Muraki.

Sentáronse todos. El señor Muraki sacó de la manga la carta de Akio. Detúvose un instante, con los dientes apretados y los músculos contraídos. Luego comenzó a

leer, clara y pausadamente, lo que había dejado escrito Akio. Una vez que terminó la lectura volvió a doblar el papel y a guardárselo. El silencio era general. I-wan, oyó un sollozo, contenido inmediatamente: era de Tama. I-wan levantó la vista. Tama se mordía los labios y juntaba las manos. La señora de Muraki estaba rígida. Por las mejillas le corrían las lágrimas. Se levantó la manga y se limpió los ojos, pero no dijo nada. Con la misma voz que leyó la carta, comenzó a decir el señor Muraki:

—Para un hijo desobediente a su Emperador y a su padre, no puede haber duelo. No lo habrá, pues, en esta casa.

Sus manos, que tenía vueltas hacia arriba sobre las rodillas, temblaban un poco. Tosió.

—No tengo más que decir —añadió.

Luego, volviéndose a I-wan:

—Supongo que necesitarás dormir antes de tu regreso. Tu cuarto está preparado, como siempre.

—Muchas gracias, señor —murmuró I-wan.

En medio de todo el dolor reprimido, el corazón del muchacho empezó a latir con violencia. Sabía el camino de la cascada que salpicaba el balcón de Tama. Era inútil su carta.

—Con su permiso, señor —dijo la señora de Muraki débilmente.

El señor Muraki movió la cabeza e I-wan volvió a ponerse en pie. Levantó la vista un instante y encontró los ojos de Tama, húmedos de lágrimas, suplicantes y llenos de ardor; comprendió que lo esperaba.

Poco después de medianoche estaba a la puerta de su habitación, y eludiendo la luna y protegiéndose bajo la sombra de los aleros, llamó a la persiana. Instantáneamente se corrió ésta. Tama estaba allí. I-wan vio su pálida cara. Colocó los dedos en la boca en señal de silencio e I-wan aspiró la fragancia del perfume de rosa. No hizo un movimiento, apenas si respiraba: la sentía y era suficiente.

—Ven al balcón, que ya está entre sombras.

Su murmullo era más suave que el vuelo de un pájaro. En silencio saltó desde el césped a la esterilla que Tama había colocado para amortiguar el ruido de sus pasos. Frente a frente los dos, se miraban sin hablar. Luego él le tendió los brazos a ella. En su vida había tendido los brazos a ninguna mujer. Ignoraba la forma de su cuerpo. La atrajo hacia sí y la estrechó, admirado de que el cuerpo de una mujer pudiera apoyarse de aquel modo en el suyo y siendo tan diferentes fundirse en un ser único. Así, sin moverse, unidos estrechamente, permanecieron un buen rato.

Por fin, Tama se separó de I-wan y con voz dulce dijo:

—Y yo había dicho... Si viene, no quiero verle...

—Te he vuelto a encontrar y no te verán libre de mí... suceda lo que suceda —declaró I-wan solemne.

—No, I-wan, no puede ser.

—Será, porque es mi voluntad, Tama.

—¿Sabes que va a haber guerra?

—Entre nosotros, no.

—No puedo... no puedo... no hay remedio... Yo tengo que cumplir con mi deber.

—Antes no creías que era tu deber... casarte con un viejo al que aborreces.

—Es cierto. Pero ahora las cosas han cambiado. En la guerra, los japoneses deben luchar y las japonesas tener hijos.

—¡Tama..., parece imposible que presumas de moderna!

—Pero... ¿qué otra cosa puedo hacer?

I-wan la estrechó más fuerte contra su pecho. El corazón le latía con tal violencia, que casi le producía dolor.

—No, no y no. Tú y yo nos fugaremos a un lugar donde no haya guerras... donde nadie nos pueda encontrar... donde no importe nada que tú seas japonesa y yo chino.

—No existe ese lugar en el mundo.

—Sí existe... te lo aseguro. Prométeme que no te casarás, y yo lo arreglaré todo y te lo comunicaré...

Oyéronse pasos. Rompióse una rama. Apretáronse uno contra otro aterrados. Vieron al señor Muraki que daba la vuelta a la casa. Tama se agarró al brazo de I-wan y le obligó a entrar en su cuarto. Quedaronse inmóviles detrás de los biombos, a pocos pasos de su padre. Detúvose éste ante la cascada y se quedó parado con la cabeza baja. Sus blancos cabellos brillaban con el reflejo de la luna. Llevaba en la mano una rama de mirto, que arrancó al pasar. Permaneció allí un largo rato, inmóvil. I-wan y Tama estaban en una tensión espantosa. Oyéronle sollozar y le vieron alejarse por el jardín.

No se atrevieron a permanecer más tiempo juntos. I-wan acercó su cara a la de Tama aspirando su perfume y su frescura. Muy quedo, le dijo:

—Prométeme...

—Vete, por favor.

—Prométeme esperar... Por lo menos hasta que se vea si hay guerra o no. Puede que sea una alarma solamente.

Sintió que los labios de Tama le acariciaban.

—Vete, vete. Oigo ruido —murmuró asustada.

Deslizóse furtivamente por el jardín y se metió en su cuarto. Indudablemente había islas alejadas de las guerras y de las complicaciones que inventan las gentes. Echóse en la cama preocupado. Estaba seguro que existían tales islas. Y, de pronto, recordó que Tama no le había prometido nada.

—Te presento al general Seki —dijo el señor Muraki.

I-wan había almorzado solo aquella mañana y luego, sin saber cuál sería la

primera parte de sus planes en embrión, habíase dirigido al salón, que la familia llamaba el salón moderno. Todavía prefería las butacas a las esterillas y en aquel cuarto había cómodos sillones forrados de terciopelo. Años antes, cuando todavía no se habían trasladado las oficinas a Yokohama, el señor Muraki vio el salón en un almacén y lo compró entero con objeto de tener un sitio a propósito para los parroquianos americanos y europeos. Apenas se utilizaba. I-wan solía recogerse en él para leer o cuando deseaba estar aislado en aquella casa de biombos corredizos, porque la habitación de referencia tenía paredes y puertas a la europea.

Apenas se sentó y encendió un cigarrillo, abrióse la puerta dando paso al señor Muraki y, detrás de él, una figura rechoncha, de uniforme. I-wan se levantó de un salto. El señor Muraki se quedó perplejo un momento. I-wan hizo una reverencia. Toda la sangre se le subió a la cabeza dejándole el cuerpo frío y débil.

El señor Muraki le dijo al general Seki:

—Éste es el hijo del banquero chino Wu Yung Hsin.

El general se inclinó ceremonioso.

—Me iba ya, señor —dijo I-wan a Muraki.

—No, quédese —intervino el general Seki sentándose con dificultad, embutido en un uniforme flamante y arrastrando la espada.

—Como usted guste —murmuró el señor Muraki dirigiéndose al general.

I-wan se sentó al borde de una silla de madera. En el tumulto de sus ideas comenzaba a hacerse una clasificación. ¡Qué hombre más repugnante! Con aquel cuello corto metido entre el del uniforme lo mismo que una tortuga. Tenía la cara cuadrada y plana y un bigote gris recortado. Sin embargo, no parecía viejo, pensó I-wan maldiciéndole para sus adentros. Sin ser joven tenía aspecto vigoroso, duro, dominante.

—Quizás usted me pueda procurar algunos informes —comenzó a decir el general Seki dirigiéndose a él—. ¿Sabe usted en cuántas ciudades de Manchuria tiene sucursales el Banco de su padre?

I-wan pensó en el acto:

«No le diré nada». Recordó haber oído decir a En-lan que los japoneses son muy preguntones y tratan siempre de averiguar cosas inútiles en apariencia. Era estúpido pensar que él...

—No lo sé —respondió.

—Es raro que no lo sepa —continuó el general tras una pausa. Y miró a I-wan con dureza—. Pero no tiene importancia. En el cuartel general tendré los informes necesarios. Se lo preguntaba incidentalmente, como un detalle conveniente en la discusión de los planes con el señor Muraki. Tal vez pueda decirme la distancia que hay entre Pekín y Harbin.

—Yo he pasado casi toda mi vida en Shanghai —respondió I-wan.

La frente del general se tiñó de púrpura. Volviéndose al señor Muraki le dijo con voz bastante alta.

—Seguiremos el plan como pensábamos. No habrá guerra en realidad... Tres semanas serán suficiente para aplastar a ese grupo de chinos rebeldes. Ahora hay poco tiempo, porque tengo que salir inmediatamente. Pero cuando regrese me tomaré unas vacaciones... —hizo una pausa para sonreír de un modo repugnante— que serán las más felices de mi vida.

I-wan no apartaba la vista de aquel hombre. Tenía la sensación de que el general Seki deseaba castigarle; por ser chino, o cuando menos asustarle. En su corazón comenzó a arder el odio. Pero se serenó. Con tres semanas bastaba... ¿sería verdad? Pocos minutos antes hubiera dicho que era imposible que él odiase al Japón. Ahora encontró fácilmente algo que aborrecer en el país... aquel hombre, aquel militarista, aquel insolente despótico, aquel ambicioso señor feudal que estaba sentado en el salón y que quería casarse con Tama.

—¿No espera usted encontrar resistencia? —le preguntó muy tranquilo.

—Si los chinos se resisten, comenzaremos a bombardear —respondióle el general.

Todo el odio de que era capaz I-wan invadió su corazón. Se puso en pie. Lo importante no era su odio... sino que no hubiese guerra.

Con paso inseguro salió del salón cerrando la puerta tras sí. Una vez fuera, quedose parado un instante. Estaba enfermo, se ahogaba. Tenía que buscar a Tama para decirle que el mismo Seki opinaba que no habría guerra.

Pasó una criada, con un jarrón de flores recién colocados.

—¿Dónde está Tama-san? —le preguntó.

Mirole sorprendida:

—En la terraza de oriente arreglando las flores, señor.

Nunca había estado en la parte interior de la casa, porque no era costumbre que los hombres entrasen en ella. Pero se dirigió decidido a la terraza pasando por la cocina. En una terracita cuadrada encontró a Tama sola, junto a una mesa de flores y de ramas verdes. Elegía un puñado de yerba plateada para colocarla en un jarrón con lirios rojos; al verle exclamó:

—¡I-wan...!, ¿tú?

Él se adelantó hacia ella.

—Tama... es horrible —exclamó.

Tama continuaba con las plantas en la mano y en los ojos una expresión triste.

—Sí, es horrible. Le vi ayer después de haber dicho...

—No habrá guerra. Seki mismo dice que no habrá guerra.

I-wan le contó la conversación con el general, añadiendo con cierta vergüenza:

—Los hombres como mi padre no consentirán la guerra con el Japón. Y mi padre tiene mucha influencia... y mucho dinero...

Sintió una reminiscencia de repugnancia. ¡Cómo le hubiera despreciado En-lan al oírle emplear aquel argumento! Tampoco En-lan hubiera sido capaz de comprender lo que él sentía por aquella muchacha japonesa, lo que la amaba. En-lan no se habría

explicado nunca que se pudiera querer a una japonesa.

—Entonces..., si no hay guerra todo cambia... Si mi padre trata de obligarme...

—Te juro que no habrá guerra.

Las criadas iban y venían alrededor de ellos, muy afanosas barriendo y limpiando el polvo.

—¿Quiere que le ayude, señorita? —repetían sin cesar una tras otra.

—Me parecen avispas —le dijo I-wan a Tama—. Tienen el deliberado propósito de no dejarnos solos. Pero yo no pienso marcharme hasta que te deje a salvo... a salvo de ti misma. Porque yo sé que si te decides...

Tama le miró abriendo mucho los ojos. Estaba muy pálida. En su agitación, I-wan no lo había observado hasta aquel momento.

—Si no hay guerra... desde luego no me casaré con el general.

¡Por fin tenía su promesa!

—Entonces voy a pedirte a tu padre. Cuenta con que seré todo lo antiguo que a él le agrada. Encontraré un intermediario y haré los regalos de rigor. No sabrás nada hasta que todo esté arreglado.

Tama se acercó las ramas a la cara y no dijo nada. I-wan se inclinó, la miró a los ojos y se fue. Volvió la cabeza una vez y la vio rodeada de criadas. En el jardín descubrió a la madre, recogándose el quimono corriendo hacia su hija. No le importaba nada. Todo lo que necesitaba decir lo había dicho.

Sin más despedidas y sin ver a nadie de la casa salió para Yokohama.

Por fin apareció en los periódicos y se gritó por las calles la noticia de que no habría guerra con Manchuria. Como él se había figurado, se harían «arreglos». Había sido invocada la Sociedad de Naciones. Esto significaba que el gobierno —Chang-Kai-Chek— no quería la guerra. Veía detrás de todo aquello a padre manejando la paz.

Cambió de ideas, puesto que no servía de nada pensar en lo que no tenía poder para cambiar ni dominar. ¡La paz! La paz para él era Tama... Tama y largos años de felicidad. Alegrábase mucho de no haberse enamorado impulsivamente de Tama, sino poco a poco, después de cuatro años de convivencia y cariño. Había tenido tiempo de enfrentarse con los problemas del matrimonio antes de celebrarlo. Y una vez que se celebrase, con la paz por añadidura, sería eterno el amor. Viviría su vida aparte de todos, estudiando, trabajando, disfrutando y divirtiéndose en unión de Tama... y eso por largos años de paz y de satisfacción. Que las naciones se ocuparan en sus problemas. En el mundo, un ser inteligente sólo podía vivir encerrándose en un pequeño universo propio.

No le comunicó nada a nadie, pero siguió trazando sus planes, seguro de Tama. Buscó un viejo casamentero que, mediante un precio estipulado, se prestó gustoso a ir a ver al señor Muraki y hacerle, en forma, la petición de I-wan.

—¿Y la fotografía? —preguntó el viejo.

A punto estuvo I-wan de decirle:

—De sobra saben cómo soy. —Pero no lo dijo.

Había que seguir la costumbre; era lo más práctico. Nada de rebeliones. No le habían producido ningún beneficio. Fue a hacerse un retrato, y una vez que lo tuvo — y lo pagó caro para que se lo hicieran de prisa—, se lo llevó al buen viejo. El retrato no tenía nada de particular. El traje europeo le daba un aspecto solemne. El fotógrafo retocó mucho la fotografía dándole un curioso aspecto japonés. Los ojos miraban con expresión extática y la boca era de un dibujo completamente distinto al de la suya. Pero no importaba.

—Le traeré también la fotografía de ella —dijole el casamentero solícito.

—No se moleste; ya la he visto.

—Pero le debe el retrato —insistió el viejo—. Así lo podrá mirar siempre que quiera. Vale más que estarla atisbando.

I-wan sonrió y no le dijo nada.

No habría guerra... ¡Qué extraña era la vida!, pensaba, paseándose por las estrechas calles. Detúvose a comprar un periódico y lo leyó andando. No sacó nada en limpio. Los periódicos sólo decían lo que las gentes como el general Seki querían que dijese. Había epígrafes en letras gruesas sobre, los batallones de renegados, de bandidos, que creaban dificultades porque no querían rendirse a los japoneses. Si En-lan vivía, estaría entre ellos. Pero, indudablemente, habría muerto. A causa de tales bandidos, decía el periódico, los japoneses no pudieron restablecer el orden y asegurar la existencia de sus compatriotas sino con mucho esfuerzo. No era posible comprender el sentido de las palabras orden y seguridad...

Pero en fin, ello significaba la paz y sobre todas cosas deseaba en aquellos momentos la paz, con todas sus consecuencias. Quería que Tama fuese su mujer, formar un hogar. Cuando todo estuviera arreglado escribiría a su padre. Tiró el periódico, que se llevó el viento como si fuese una cometa; por la calle adelante.

Supuso que un viejo no haría las cosas muy deprisa, y esperó con paciencia. Por la noche, cuando despertaba y se ponía a pensar, la oscuridad le producía angustia y le entraba el temor de haber sido demasiado confiado y que Tama tal vez no fuese tan segura como creía. Pero al ser de día recordaba el aire de firmeza que tenía al separarse de él. Era verdaderamente seria. No tenía la frivolidad y la inconstancia de Peonía. Si Tama decía que estaba decidida a hacer una cosa, podía contar con ella. Habría cumplido su deber casándose con el general Seki porque estaba educada en aquellos principios. Y, sin embargo, no era como esas japonesas anticuadas que prestan obediencia ciega al hombre que tienen al lado. La misma terquedad que podía llevar a Tama por un camino, podía apartarla de él. Confiaba en ella; servíale de consuelo esta idea y, tranquilo, se dirigió su trabajo.

Todos los días llegaban nuevas remesas y salían otras. Se fue habituando a ver desempaquetar cajas cargadas de toda clase de tesoros chinos; a ver a Shio inspeccionarlo todo y elegir lo que quería comprar. El instinto de Shio no fallaba nunca; guardábase siempre lo mejor.

—Esos blancos —explicábale a I-wan como disculpándose— no distinguen entre lo que es simplemente raro y lo que es perfecto y único. En el Japón se quedará todo lo perfecto. Le pertenece por derecho propio; en su sitio. Con el tiempo, todo lo que haya perfecto en el mundo vendrá a parar aquí. Nadie aprecia la belleza como nosotros.

I-wan no contestó nada. Nunca respondía a Shio. Cierto que nunca había visto a nadie comer y beber la belleza como Shio. En realidad, parecía como si se alimentase con las porcelanas y los marfiles, las pinturas y los tapices que le gustaban. Cuando estaba cansado, cosa que solía sucederle con frecuencia porque trabajaba muchas horas seguidas y era débil por naturaleza, sentábase un rato acariciando un jade o jarrón de cerámica o de cristal y sentíase invadido por una paz especial más fuerte y como si hubiera comido algo. En la palma de la mano apretaba siempre un trozo de jade blanco, engrasado a fuerza de sobarlo y caliente como si fuera carne... Mientras apuntaba y confrontaba las cifras, solía tener la mejilla apoyada en la mano que empuñaba el jade. Decía que le evitaba el dolor de cabeza.

Mirábale I-wan con curiosidad nueva, sin llegar a descubrir el más leve parecido con Tama, tan sonrosada y saludable. Y, sin embargo, eran de la misma sangre y tendría que llamar hermano a Shio, y algo de éste iría a sus hijos quizá. Verdaderamente era un hombre inofensivo, y si se dejaba deslumbrar por la belleza, otros había que se deslumbraban por mucho menos. Todo el país tenía la chifladura de la belleza. Tipos tan pobres que sólo comían un puñado de arroz, sacaban de alguna parte unos centavos para comprar una maceta de flores y simientes. Tama adornaría la casa con flores, porque le habían enseñado que una habitación está vacía si no las tiene.

Hasta el dieciocho del siguiente mes no volvió el viejo casamentero, cuando ya I-wan se pasaba la mitad de las noches en vela pensando en lo que pudiera haber ocurrido. Decidido estaba a ir en persona a averiguar lo que fuera, cuando una noche, al volver a casa, se encontró con el viejo sentado en el sillón, fumando su pipa muy tranquilo.

—¡Ah! —exclamó al ver entrar a I-wan, levantándose y haciéndole una reverencia.

—¿Dónde se ha metido usted? —le pregunto I-wan con ímpetu.

—He estado ocupado en mi negocio —respondió el viejo, sereno—. Ha habido muchas complicaciones. El antiguo pretendiente... Pero la joven se las ha arreglado muy bien. El padre ponía una porción de inconvenientes pretextando que se podía ofender al pretendiente. Pero ella lo arregló todo.

—¿Cómo? —inquirió I-wan.

—Diciendo que se suicidaría —repuso el viejo si excitarse—. Y estaba dispuesta a hacerlo. Yo lo vi. Apenas lo dijo, sacó un puñal que llevaba escondido en el cinturón y se lo clavó en las muñecas ante nuestra vista...

—¡No es posible! —gritó I-wan.

El viejo meneó la cabeza asintiendo.

—Primero en una muñeca y luego se preparaba clavárselo en la otra. La madre lloraba y se desmayó y el padre le rogó que no siguiera. Y ella, corriéndole la sangre del brazo y empapando la estera, suspendió la faena.

El viejo se regodeaba contando el episodio, pero I-wan no podía hablar, de horror.

—Y su madre se acercó a ella murmurando en su oído que no tenía más hijos. Me chocó porque me parecía haberle oído decir a usted que había hijos.

—Uno ha muerto recientemente y otro, el más joven, el que le sigue a Tama, se ha incorporado a ejército.

—¡Ah! —exclamó el viejo con la boca abierta muy interesado—. Entonces, el padre me dijo: «Espere y hablaremos». Y yo esperé y decidí buscar otra joven para el antiguo pretendiente. Así lo hice procurándole la hija de un barón de la prefectura de Kioto, que se puso muy contento de tener por yerno a un general y además porque el novio de su hija se había escapado hace un mes para casarse con una «moga», siendo esto causa de una vergüenza tal que no se puede borrar fácilmente. Aparte de que ya tenían hechos todos los gastos del matrimonio y buscaban la manera de compensarlos. Así que consideraron un don del cielo al general, aunque sea gordo y viejo. Entre unas cosas y otras todo se arregló, y ahora usted irá allá, pero no se alojará en la casa, sino en el hotel que está situado cerca del mar, en la parte sur de la ciudad, y allí se reunirá con la familia y hablarán y tomarán el té como es costumbre. Después se fijará la fecha de la boda, también como es costumbre, y se acabó.

—¿Y la herida de la muñeca? —preguntó I-wan, que no olvidaba el suceso.

—Fue cosa seria. Pero yo creo que su propósito era que los padres cedieran al ver la sangre. El viejo estaba terco que terco. Pero cuando vio la decisión de la hija, se convenció de que era más terca que él... Y ahora que todo marcha muy bien voy a darle un consejo: Procure que haga lo que usted quiera sin que se dé cuenta, porque cuando una mujer es terca, el océano mismo no es tan seguro como su voluntad.

Tosió y sacó de la manga un pedacito de papel, escupió en él y lo dejó debajo de la mesa para que lo barrieran un criado. Luego esperó a que le pagara I-wan el resto de sus honorarios.

Sonriendo, I-wan se lo pagó diciéndole que le daría otro tanto el día de la boda. El viejo cogió el dinero y se lo guardó cuidadosamente en el cinturón.

—Ustedes los chinos —le dijo sentenciosamente— nunca miran más allá de mañana. Y mañana es el principio del tiempo. Una boda no es sino el principio del matrimonio, ni más ni menos. —Y tosiendo y haciendo reverencias, se despidió.

Para él todo aquello no tenía importancia. Era su manera de vivir, y en el caso

presente, su suerte había sido que la muchacha tratara de suicidarse con objeto de conseguir casarse con el chino.

En cuanto se marchó el casamentero, I-wan empezó a empaquetar su ropa mejor. Al día siguiente por la mañana, iría a ver a Shio y le pediría permiso explicándole el motivo del viaje. Seguramente no le importaría tanto como si encontrase un trozo de jade antiguo. De todos modos, Shio era el hermano mayor de Tama y debía tratarle con cortesía. Estaba dispuesto a hacer cuanto fuese preciso por dar gusto Tama... ¡Tama, que había querido suicidarse por él!

En obsequio a Tama asistió a la reunión de ceremonia en el hotel, donde, como si fuese un desconocido, se reunió con los señores de Muraki, ataviados como no los había visto nunca, con trajes de seda magnífica. Iban acompañados por amigos y parientes, los que no conocía ni de vista, y entre ellos apareció un momento Tama, una Tama también desconocida. Llevaba el pelo peinado y engrasado a la moda antigua del Japón y el rostro pintado de rojo y blanco. Al saludarle, sonrió con la sonrisa inexpresiva de una virgen japonesa bien educada, y él no supo qué decirle. Solamente cuando levantó un instante los ojos y le dirigió una mirada velada por las espesas pestañas, recobró su ánimo: aquélla era la mirada de Tama, que parecía decirle:

—No tenemos más remedio que someternos a comedia.

Sometiose gustoso por ella. Incluso cuando el señor Muraki declaró que había que esperar una carta de su padre dando el consentimiento, I-wan no dijo nada. Estaba seguro de que no había de negárselo. Su padre tenía empeño especial en demostrar su amistad por el Japón. Pensaría que, a fin de cuentas, I-wan continuaba siendo chino y que una mujer, japonesa o no, era cosa de poca importancia, y que si Tama tenía alguna sería como nuera, pero nunca como japonesa.

Llegó la carta en los términos que esperaba I-wan. El señor Wu escribía al señor Muraki diciéndole que consideraba un verdadero honor afianzar la paz recién estipulada entre los dos países. «Tenemos el deber de unir a estas dos naciones y no creo que haya mejor modo que éste».

Y a I-wan le escribía: «No hay en el mundo mujeres mejor educadas que las japonesas. Son dóciles, humildes, obedientes, mujeres de su casa. Tendrás una vida de familia agradable. Cuando pase algún tiempo, tráela para que la conozcamos. Ahora todavía no... la gente aquí siente un odio injustificado por el Japón a consecuencia de los sucesos recientes. Claro que la gente ordinaria, el pueblo, es siempre ignorante y ciego. La situación de Manchuria se arreglará bien; pero, de todos modos, espera un poco para traer a China una esposa japonesa».

Sonrió I-wan mientras doblaba la carta de su padre. No tenía ningún deseo de ir a su país, ni con Tama ni sin Tama. Sin ella no iría de ninguna manera.

En obsequio a Tama también, esperó sin verla hasta el día de la boda, fijado en el momento en que se recibió la carta de su padre. Por fin llegó la fecha deseada: el matrimonio había de celebrarse en el mismo hotel en que se había hecho la petición. En salones extraños y fríos, medio japoneses, medio europeos, estaba la misma gente que asistió a la otra ceremonia. A poco, se presentaron los señores de Muraki; Shio, con una mujer insignificante, que era su esposa, y por último, Tama. Bebieron los vinos mezclados y siguieron el protocolo que el viejo casamentero había ordenado.

I-wan se sintió muy solo durante un rato, a pesar de tener a Tama al lado. Pero era la Tama pintada y silenciosa que no conocía, y habían transcurrido semanas sin oír su voz ni verla en su estado normal. Tenía que hacer un esfuerzo para convencerse de que aquella persona tiesa, embutida en un traje de seda gruesa, que le tocaba el hombro, era la Tama querida y que sólo por obedecer a la tradición se presentaba de aquella guisa. Ciertamente que si la había conseguido era también por haberse sometido a la tradición. El señor Muraki no le habría aceptado por yerno si, de acuerdo con sus ideas, I-wan se hubiese querido casar con ella a su modo sencillamente, para ellos solos. Pero no, el matrimonio pertenecía a toda la familia.

Una vez terminada la ceremonia, I-wan dirigió una mirada a todos aquellos personajes que rodeaban al señor y a la señora de Muraki: tías, tíos, primos; que le miraban con curiosidad y sonreían con timidez. Todos le parecieron iguales. La misma Tama se parecía también a ellos. De pronto sintió que no se había casado con Tama, sino con el Japón; y en el fondo de su alma tuvo la impresión de haber traicionado a alguien. Sumido en estas reflexiones estaba cuando, oyó la voz del maestro de ceremonias:

—Si quiere usted cambiarse de traje, la novia estará dispuesta. El automóvil espera a la puerta.

Estas palabras le volvieron a la realidad. Recordó que había decidido que irían al monte, al hotelito del manantial de agua caliente, donde él y Tama pasarían la primera semana de su matrimonio. Se le había olvidado por completo. Diose cuenta de que la boda se había terminado. Pero no comenzaría el matrimonio hasta que él y Tama estuviesen solos. Dirigióse rápido: a la habitación del hotel en la que, encima de la cama, dejó por la mañana colocadito el traje azul que se había comprado. Estaba de moda que el novio llevase traje a la europea. Todo era nuevo, hasta la corbata roja de seda. Embutiose en la ropa y corriendo bajó las escaleras. Encontró a Tama en el automóvil cerrado y con cortinas. Alguien abrió la portezuela; I-wan se metió en el coche, que arrancó dando una sacudida que les hizo a sus ocupantes tropezar uno con otro. Tama se echó a reír, y al oír su risa todo se fundió en la realidad.

—¡Tama! —exclamó.

Se había quitado la pintura, se había peinado como de costumbre y se había puesto un sencillo traje verde y zapatos de cuero.

—¿Me conoces? —le preguntó riendo todavía. Su cara, sonrosada y morena, era la que él conocía, tan bonita como siempre.

Extendió I-wan los brazos sin hablar palabra y Tama se echó en ellos. Por segunda vez sintió su forma, fuerte, un poco cuadrada, pero esbelta. Era la verdadera realidad, su característica. No usaba ningún perfume. I-wan acercó su cara a la de su mujer y aspiró el aroma de la carne lavada y, en sus cabellos, un resto del olor de madera de pino con que los había ungido para la ceremonia.

—Tama —murmuró I-wan casi ahogado por la felicidad—. ¿Es verdad que estamos casados?

Ella asintió, percibiéndose el fuerte movimiento de su cabeza. Y luego repuso:

—Naturalmente —con voz agradable y sin afectación.

I-wan no dijo nada. La confirmación la tenía en sus brazos. La sangre aflucía a su corazón. Se estremeció de dicha.

—En nuestro matrimonio, tienes que recordar siempre, I-wan, que soy «moga» —decíale Tama a su marido muy seria.

Él se echó a reír.

—¿No me crees?

—Sí, sí, te creo. Yo creo siempre todo lo que tú me digas.

—¡Ah! Eso está muy bien: es un buen comienzo.

Volvió I-wan a echarse a reír y se tumbó en la cama observándola. Estaba Tama peinándose los largos cabellos negros. Teníalos todavía un poco húmedos del baño en la piscina, a pesar de habérselos recogido en lo alto de la cabeza para que no se le mojasen. Pero habían jugueteado y se habían tirado tanta agua que no pudo conseguirlo.

Volvió a su cuarto e I-wan despidió a la doncella para quedarse solo con su mujer. Las criadas se reían, de él, pero no le importaba. Les dio una buena propina para que hiciesen esperar a otros bañistas hasta que terminaran ellos. No le dijo nada, pero, antes de llegar al hotel había decidido que Tama no se bañaría en presencia de otras personas. Era chino y en su país no se estilaba eso.

Tama, medio desnuda, se cepillaba el pelo. Era la suya una desnudez inocente, tan inocente como la de la campesina que vieron el día que subieron al monte con Bunji. Parecía como si significara para ella lo mismo estar vestida que desnuda. Sintió unos vagos celos de su inocencia. Una chiquillada. Pero no podía soportar la idea de que se presentara en aquella forma ni siquiera delante de las criadas. Y, sin embargo, resultaba imposible explicarle a Tama sus sentimientos. Por instinto estaba convencido de que no los comprendería.

—Enséñame la muñeca —le dijo de repente.

Tama se acercó a él y le enseñó la muñeca, en la cual aparecía la cicatriz, todavía roja. I-wan la acarició preguntándole:

—¿Es corriente que las «mogas» se hieran en las muñecas para salirse con su capricho? —Si alguna vez se enfadaba con Tama, cosa imposible, pero en fin, si

llegaba ese caso, para calmarse no tenía más que ver la cicatriz aquella.

—Era lo que mi padre podía comprender mejor. Cuando hice esta barbaridad se convenció de que estaba decidida a lo que le había dicho... a casarme contigo.

Aquel rasgo bastaba para llenar el corazón de un hombre, pensó I-wan. Pero quería más aún.

—Y aunque hubiese habido guerra, te hubieras, casado conmigo... estoy seguro.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos, sin soltarle la muñeca. Esperaba la confirmación de su creencia. Pero Tama movió la cabeza y con expresión de candidez y de sinceridad, dijo:

—No, no me hubiera casado contigo, I-wan. Si hubiese habido guerra, me habría casado con él general Seki. ¿No sabes que te lo dije?

No creía ni lo que estaba viendo.

—No te creo, Tama.

—Es que no me comprendes. De haber guerra, no me habría pertenecido a mí sino a mi patria. En época de guerra todo el mundo se debe a su patria.

—El viejo Seki no es la patria.

Continuaba I-wan acariciando la muñeca de su mujer, pero en aquel instante pareciale otra. ¿Por qué se había herido? Minutos antes consideraba maravillosa aquella señal roja en la carne blanca y suave.

—Es un gran general —dijo Tama con sencillez—. El Emperador tiene mucha confianza con él.

Al pronunciar la palabra «Emperador» lo hizo como si se refiriera a un dios venerado entre todos los dioses. Nuevamente sintió celos de algo que no podía explicarse.

—No debes querer a nadie más que a mí —le gritó un poco violento. Soltó la muñeca y se incorporó, enlazándola por la cintura, y acercando la cara a su cuerpo sintió los latidos de su corazón.

—No quiero a nadie más que a ti —repuso Tama serena, y cogiéndole la cabeza, añadió—: Te querré siempre.

—Entonces, ¿por qué has dicho: Si hubiese habido guerra...?

Quería a toda costa que confesara que por encima de todo se habrían unido.

—Eso no habría tenido nada que ver con mi cariño por ti —explicole, mientras le acariciaba los cabellos—. Como japonesa, si mi deber...

—¡Calla! —exclamó I-wan. No quería de ningún modo oírle hablar de deber.

—Yo soy tu deber... no tienes otro.

Volvió a cogerle la muñeca pasando los labios por la cicatriz, que le emocionaba hondamente.

—No hables... no hablemos... —murmuró.

Sólo quería sentir. En cuestión de sentimiento no había entre ellos ninguna división: la sangre corría en los dos con el mismo ritmo, con iguales aspiraciones. Y eso era lo esencial entre marido y mujer... nada más que eso. Ella obedeció sin decir

nada, acariciándole. De pronto, I-wan se hizo atrás un poco extrañado de un movimiento de Tama. Ocurriósele pensar que era raro el que una muchacha recién casada supiera hacer ciertas cosas. En su extrañeza murmuró algo entre dientes:

—Decía... ¿Cómo sabes?...

—¿Qué decías? —preguntó Tama.

Mirole ella con expresión de cándida sorpresa, respondiendo:

—Me lo han enseñado. Mi madre tomó una vieja geisha para que me diera lecciones.

Su inocencia y su sinceridad era tan naturales que I-wan la admiró, al mismo tiempo que sintió horror. Y se quedó perplejo sin saber qué sentimiento era más fuerte en él.

—¿Qué te pasa, I-wan?

—Tu realismo... me asusta un poco —dijo por decir algo y pensando: «Seguramente no sabe a qué me refiero».

Pero ella se enteró perfectamente y en su tono tranquilo habitual le dijo:

—Sé razonable, maridito mío. ¿Te parecería lógico que se permitiese a una muchacha joven casarse ignorando lo que puede agradar al hombre que ama? Me han enseñado a hacerte los trajes, a guisar los platos de tu gusto, a cuidar de la casa y de tus hijos, ¿no debía saber cómo acariciarte cuando estamos solos? Esto es el corazón de la vida. Y cuando el corazón está sano, todo el cuerpo disfruta de plena salud.

I-wan no pudo contenerse de balbucir:

—Pero eso es de cortesana...

—De ninguna manera —exclamó Tama levantándose y cogiendo la ropa. Entonces fue ella la extrañada. ¿Qué significaba aquella diferencia de puntos de vista? Recordaba I-wan la primera vez que había visto mujeres en unos baños públicos: él se horrorizó y Bunji le dijo muy tranquilo que el mal estaba únicamente en mirar a una mujer desnuda. No comprendió bien el sentido de sus palabras, pero aceptó el hecho. Tama se alejó de su marido. Junto a la ventana se abrochaba el vestido y procuraba colocarse el cinturón temblándole las manos y vuelta de espaldas a él. Con voz llena de lágrimas le dijo:

—No es de cortesana, I-wan. Soy tu mujer. Seré la madre de tus hijos.

Limpiose las lágrimas con el borde de la manga y se pasó la mano por el pelo. En aquella actitud humilde resultaba de un patetismo infantil; un niño que hace lo que le han enseñado. I-wan se acercó a ella impulsivo:

—Me vas a perdonar... te lo mando.

Irguiéndose le respondió sin volver la cabeza:

—No necesitas mandarme. Después de todo, ¿no soy «moga»? Una «moga» no quiere que la mande nadie, ni siquiera su marido. Además... yo sólo quiero hacer lo que a ti te guste.

Los labios le temblaron. I-wan sintió un acceso de risa. Aquella mujer era lo que más quería en el mundo. No le importaba su manera de ser, ni que su conducta y sus

ideas fueran a veces inexplicables. Tampoco le importaba el comprenderla ni lo que pensaba. Sólo sabía que lo aceptaba todo de ella con alma y vida.

—Ven aquí —le dijo con decisión.

Volvióse Tama; sus ojos se cruzaron con los de su marido. Éste vio en el fondo de ellos bailar una sonrisa deliciosa. Sin decir una palabra, después de mirarle un instante comenzó a desabrocharse el cinturón, que tanto trabajo le había costado colocarse.

Cuando I-wan dejaba de pensar en Tama, era solamente para elevar dentro de sí el muro que los separaba del mundo exterior. Había cortado con su país, y al casarse con ella le había obligado en cierto modo a cortar con el suyo. Eran dos criaturas separadas de todas las demás como suelen serlo las que emparejan fuera de su especie. Chinos y japoneses eran extraños unos a otros. La sangre de sus antepasados no había sido la misma. Los huesos tampoco. Al comparar el cuerpo de su mujer con el suyo comprendió que el barro de que estaban hechos no procedía del mismo suelo. Se encontraron y se mezclaron por primera vez. Gustábale su cuerpo con locura, deseaba tenerlo siempre cerca, pero no era de la misma carne que el suyo. Tama no era gruesa, pero nunca sería tan delgada como él. Le gustaba por la calidad de tierra de su cuerpo, cosa que a él le faltaba; le encantaba su sencillez, aunque se burlaba de ella en ocasiones.

Y le encantaba aquella sencillez precisamente que la complejidad era un azote para él: no hacía nada que no pudiera haber hecho de mil maneras diferentes. Tama, en cambio, hacía todas las cosas con arreglo al modelo que le habían enseñado, y únicamente así. Su mismo afán de independencia y de modernismo sólo le servía para afirmarse más y más las enseñanzas recibidas. Cuando I-wan se burlaba de esto, Tama no comprendía su intención. Una noche por ejemplo, ella ponía la mesa en su habitación del hotel. Era el último de los siete días de vacaciones que le habían concedido por la boda. Al siguiente retornarían a Nagasaki, donde I-wan ocuparía el puesto de Bunji por decisión del señor Muraki. Él y Tama se instalarían inmediatamente en la casita que había tomado en un montecillo de los suburbios de la ciudad. Aquella noche, era para ellos una fiesta y Tama pidió comida especial. Cuando se la sirvieron, arrastró una mesita baja hasta los biombos abiertos al extremo del cuarto desde donde se veía el valle, los montes y una extensión inmensa de cielo al fondo del cual brillaban las lucecitas de la costa. No le permitió que tocara nada.

—No, no, hazme el favor, hoy quiero ser yo la que lo arregle todo.

I-wan la contemplaba riendo por dentro: tan sería, tan afanosa y dándose aire de importancia. En el paseo de la tarde por el monte, había buscado unas hierbas especiales para hacer un ramo. A la vuelta se pasó una hora arreglándolas, quitando todas las que había comprado y cortando y preparando las que había cogido. Indudablemente hizo algo perfecto: unas cuantas plumas plateadas al extremo de su

esbelto tallo, entre finas hojas que tenían todo el aspecto de ser naturales. Si no hubiese visto el cuidado con que colocó las hojitas en los tallos, antes de ponerlos en el jarrón de cerámica, hubiera creído que habían brotado allí. Todo lo que le enseñaron con esfuerzo y paciencia sin límites fue eso: conseguir que lo artificial pareciese natural. Esto explicaba muchas cosas de Tama.

Preparó la mesa, los platos, la tetera, dispuso cómo habían de sentarse y el orden en que debían comer los manjares que les sirvieron. Únicamente cuando todo esto estuvo perfectamente arreglado, lo contempló entusiasmada y palmoteó exclamando:

—¡Qué bien lo vamos a pasar! ¡Qué felices vamos a ser!

—Ya lo has sido, Tama. Te he estado observando y te has divertido de un modo extraordinario arreglando todo esto.

Mirole ella por encima de la mesa ante la cual estaban sentados y le dijo extrañada:

—¿Qué quieres decir, I-wan? No he hecho más que lo que se debe hacer.

—No, has hecho lo que te gusta. ¿Crees que es necesario tomarse todo este trabajo? Podían habernos servido la comida sin más complicaciones.

—¡Oh, I-wan!... En la vida cada cosa tiene un modo especial de hacerse... aun las más sencillas. A mí me han enseñado la manera de barrer una habitación, que no es el mero barrido; la manera de servir el té, la manera de...

—¡«Moga»... «moga»! —exclamó I-wan burlón.

Quedó Tama suspensa y comenzó a balbucir:

—Tú crees que... siendo «moga»... no es necesario... Tal vez tengas razón, I-wan, soy un poco anticuada... quizá más de lo que yo me figuro.

I-wan advirtió que la había molestado. Sus afanes habían servido de diversión y comprendía que estaba mal.

—No... no... Me encanta todo esto... lo mismo que todo lo que haces, vida mía. No le des importancia a mis burlas. No me volveré a reír de ti.

—Sí, búrlate lo que quieras. Me acostumbraré a las burlas.

Estaba tan seria y tan grave, que I-wan sintió deseo de besarla por encima de la mesa. Y lo hubiese hecho seguramente a no ser por una criada que entró con una fuente de pescado. Tama se olvidó de todo.

—Este pescado, I-wan, lo he escogido yo misma en el estanque. Te gustará porque es muy hermoso he dado yo la receta al cocinero.

—Seguramente me gustará y, en efecto, es muy hermoso.

Con mucho cuidado separó las espinas del pescado; I-wan le alargó el cuenco para que le sirviese y ella se lo llenó, cogiéndolo después él sin apartar los ojos de su mujer.

—Tomaré todo lo que me des.

Ruborizose Tama y su marido vio, o creyó ver, un destello de alarma en sus ojos.

—Ya sabes que sólo quiero darte lo que tú deseas.

—Sí, ya lo sé.

Aquella mujercita era difícil de tratar. Tenía una mezcla curiosa de antiguo y moderno, era una niña una mujer. Debería tratarla, pues, como a niña y como a mujer al mismo tiempo.

A los pocos momentos reían alegremente los dos hablaron de Bunji y de lo que se hubiera divertido e aquella fiesta que celebraban, y de lo que le echaban de menos. No sabían de él sino que estaba en China pero ignoraban el lugar. Entonces Tama dijo a su marido:

—Háblame de China. ¿Es parecido a nuestro país?

I-wan movió la cabeza y al cabo de un rato, dijo:

—Sí..., no sé en realidad. Más bien no se parece.

Pensaba en la honda diferencia racial entre el cuerpo de Tama y el suyo. La misma diferencia existía en la inteligencia, en las ideas, en los sentimientos. Y por aquella diferencia tendrían disgustos constantes.

Esperó a ver si Tama seguía preguntándole. Pero no lo hizo. Se levantó y apagó las luces, menos una. La doncella había levantado la mesa y les había servido té recién hecho. Tama cogió la taza y se sentó cómodamente junto a su marido, ya que la fiesta había terminado. Ya no recordaba a China ni le importaba si se parecía o no se parecía al Japón.

Contemplaba las montañas, inundada su alma de paz y de alegría. I-wan siguió también la dirección de su mirada y durante unos minutos permanecieron en silencio. En el silencio desaparecían todas las diferencias y quedaban solamente los dos. Aquella unión de hombre y mujer era lo más hondo en la vida... mucho más que la raza y que los antepasados. No le asustaba su matrimonio. Entregaríase a él con alma y vida porque era su único mundo. Él no tenía donde llevarla; pero, hasta donde fuese posible, procuraría entrar en el mundo de ella. Aunque lo mejor sería vivir en el mundo que se hicieran ellos: un mundo nuevo... Rechazó la idea con una punzada de dolor. No, no sería un mundo grande e importante, sino un lugar seguro para los dos y sus hijos. Sus hijos serían lo mismo que ellos; no tendrían una patria determinada. Por eso necesitarían la seguridad del hogar. Por primera vez se le ocurrió pensar que tal vez sus hijos no le agradecieran que él fuera su padre. Es posible que hubieran preferido al viejo general japonés. Recordaba que en Shanghai había conocido familias de raza mezcladas que no eran nadie. Claro que eran blancos y amarillos... mezcla intolerable. Los hijos que tuviera con Tama no se parecerían a aquéllos.

De pronto sintió la necesidad de oír la voz de su mujer.

—Tama, ¿en qué piensas?

—Estoy pensando en nuestra casa, en cómo la arreglaré.

—¡Cómo me gustaría no moverme de aquí! —exclamó I-wan con entusiasmo—. Es tan tranquilo, tan seguro... hemos pasado unos días solos como si en el mundo no existiera nadie más que nosotros.

Parecíale que en aquel instante todo el universo giraba en torbellino alrededor de aquel paraje tranquilo, donde permanecían sentados en medio de la serenidad de la

noche.

—No me agradaría vivir siempre en la cima de una montaña. Es muy difícil.

—¿Difícil?...

—Sí. Resulta muy complicado comprar comestible y carbón, y todas las cosas que se necesitan a diario.

—¡Ah!... es verdad, sería muy difícil —repuso I-wan pensativo.

Las cosas diarias... No se le había ocurrido pensar en eso.

Pasaban los días con tal rapidez, que antes de que I-wan pudiera darse cuenta de lo que sucedía en uno, estaba el otro encima. No iba a ninguna parte más que a su trabajo, de nuevo en su antiguo despacho, pero solo desde que se fue Bunji. Desde allí marchaba corriendo a buscar a Tama, a su casita. Y a día tras día, mes tras mes, sin ningún deseo de cambiar: él porque ya constituía un cambio delicioso tener aquella casa y aquella mujer, y ella porque era la diosa de las cosas de todos los días. I-wan pensaba: «No la he conocido hasta ahora».

Porque advertía que precisamente en los quehaceres diarios, era cuando se mostraba más libre. Los días que pasaron en la montaña estuvo perfecta... más que perfecta algunas veces, como si se hubiera trazado un patrón y lo siguiera sin separarse una línea. Luego, en su afán de hacer la casa agradable para su marido, se olvidaba de alisarse el pelo y de tener el cinturón ajustado y sin una arruga. Solía andar con un quimono de algodón, sujeto con una tira de la misma tela en vez de cinturón, y se arremangaba al estilo de las criadas; y alguna vez, al volver a casa a mediodía, la encontró con un tiznón en la nariz o en las mejillas, por haber andado con el carbón que utilizaba para guisar.

Siempre tenía preparada una buena comida. Guisaba con mucho cuidado porque le gustaba. Todos los días una sopa distinta y dos platos por lo menos. Le encantaba levantar la tapadera y descubrir un pescado sin espinas o albóndigas de carne, o de pollo con puré de guisantes.

—¿Cómo sabes hacer tantas cosas? —le preguntaba él.

—Anda: no te imaginas todo lo que sé. Tengo de reserva docenas y docenas de platos que no te hecho todavía.

I-wan había pensado que la comida no tenía importancia, y mientras estuvo solo tenía a orgullo comer de todo como una especie de expiación por los lujos de la casa de su padre. A veces se metía en un restaurante barato y pedía un plato de tallarines con salsa de carne, como cualquier mandadero, pensando: «Con esto tiene bastante cualquiera».

Lo que tenía en su casa era mucho mejor. Tama era frugal, pero guisaba para alimentarle bien aunque no despilfarraba nada. Divertíale verla hacer cálculos, frunciendo el entrecejo para dar a la criada lo que necesitaba. En casa de sus padres los criados robaban a manos llenas y nadie se enteraba. Agradábale sobremanera

pensar que en su casita las manos de Tama lo medían todo. Algunas veces recordaba a En-lan, pensando en lo que le gustaría que le viese. En su casa actual no había nada de que avergonzarse ni ante un rico ni ante un pobre.

La casita estaba situada en un altozano, lejos de la ciudad, y resultaba para I-wan una verdadera perfección: sencilla, limpia, tranquila. Los suelos estaban cubiertos con esterillas blancas y los muros eran biombos de papel que se corrían para hacer una sola habitación de día. Por la noche dividían el espacio en departamentos separados y cómodos, uno donde estaban los libros, y en él podía estudiar y leer y fumar una pipa mientras Tama terminaba la cena, y otro en el que dormían los dos el sueño tranquilo y profundo de los que se aman entrañablemente. Rodeaba la casita un jardincito irregular, en el que él y Tama plantaban los domingos, y para cuyo cuidado el señor Muraki no se cansaba de darles consejos.

Y se veía el mar. El señor Muraki les había dicho tras largas meditaciones:

—Debéis trazar el jardín frente al mar. Es el mejor fondo, porque se puede mirar hacia el horizonte.

Solía ir el buen señor todos los domingos, subiendo la senda tortuosa, y con su ayuda trazaban el jardín planta por planta, roca por roca. En aquellas horas tranquilas que pasaba en casa de su hija, era difícil reconocer en él al anciano severo que dispuso que no hubiera duelo por la muerte de su hijo, y que estuvo a punto de sacrificar a su propia hija. Y es que en él se mezclaba la bondad con la severidad más austera. Y no había modo de discutir sus sentimientos. Se aceptaban como se acepta lo inevitable. Era el encargado de los detalles últimos de las ramas y de los arbustos. Con sus manos expertas cortaba, cortaba sin cesar, llegando a hacer pensar en I-wan. «No va a quedar nada. Es un jardín tan pequeño...».

Pero una vez que se terminó, tuvo que darle la razón a su suegro: había quedado lo esencial. Y hasta aquel momento no se había podido saber qué era lo esencial en realidad. Había cortado y podado, dejando al descubierto nudos e inclinaciones extrañas que daban a los árboles formas bellas y originales, produciendo el efecto de que eran obra del mar.

—Venid, venid, vamos a verlo desde la casa —exclamó el anciano con el rostro inundado de sudor por el esfuerzo y el entusiasmo.

Acercáronse a él y desde el balcón contemplaron el jardín, que se extendía como un sendero a cuyo extremo los vientos hubieran abierto una gran puerta sobre el mar.

Echase el otoño encima tan de prisa, que a I-wan le parecía imposible. Una mañana, al levantarse, le dijo Tama:

—Esta noche ha escarchado.

Al salir I-wan para el trabajo acompañole ella hasta la puerta del jardín y, en efecto, las hojas estaban cubiertas de perlas de rocío solidificado. Cuando volvió por la tarde, la encontró todavía en el jardín, barriendo las hojas caídas. Increíblemente todavía, preguntó:

—¿Estamos ya en otoño?

Tama asintió, alegre. Estaba muy encarnada por el ejercicio y el aire fresco y tenía el aspecto más joven que nunca, sobre todo en el momento en que se dio cuenta de algo que la indignó:

—Los crisantemos comienzan a abrirse y dos no tienen el color que deben.

Habíanlos plantado juntos hacía dos meses, sacándolos de macetas compradas a un vendedor; seis en total, que era lo más que podían poner en un rinconcito del jardín. Cogiéndole de la mano, le obligó a ir a verlos:

—Estos dos son amarillos vulgares y los queríamos rojos y dorados.

—Se habrá confundido. ¡Llevaba tantos! —disculpó I-wan sonriendo ante la indignación de su mujer.

—Si le vuelvo a ver, le obligaré a que nos devuelva el dinero —decidió muy seria, y continuó barriendo.

—Harás muy bien —aprobó I-wan riendo—. Espera, que voy a buscar otra escoba.

Entró en la cocina, sacó una escoba y barrieron los dos hasta que Tama se dejó caer en un banco de bambú. Un poco sorprendido, porque no solía cansarse fácilmente, le preguntó:

—¿Estás cansada? ¿Es que no te encuentras bien?

—Perfectamente.

I-wan continuó barriendo, mirándola de cuando en cuando. Tama siempre miraba a la inmensidad del mar.

—¿Qué ves? —preguntó por fin, acercándose a ella curioso.

—Me gustaría conocer a tus padres —dijo ella de repente—. Me gustaría ver a tu familia, saber cómo es tu casa de China. —Y señaló el océano.

Hacía meses que I-wan no pensaba en sus padres. Después de casarse les había escrito enviándoles un retrato de los dos con el traje de boda, y su padre le contestó dándole las gracias. Su madre nunca escribía, pero les envió regalos de seda y raso bordado. Tama los admiró mucho y los guardó con algunos objetos preciosos que le regalaron para la boda.

En aquel momento parecióle ver en la lejanía, más allá del agua que brillaba con el crepúsculo, la gran casa cuadrada en la que pasó su infancia. Casi percibió el olor que le esperaba cuando abría la puerta al volver de la escuela, y que se componía del perfume de su abuela, de opio, y el de las cortinas y alfombras llena de polvo que cubrían los suelos pulidos. El aire puro que venía directamente del océano borraba por completo de su memoria el otro.

—¿Por qué quieres conocerlos?

—Porque —respondió solemnemente—, porque estoy a punto de entrar verdaderamente en tu familia.

Al pronto no pudo comprender lo que quería decir. Tama le explicó:

—Quiero decir que hasta ahora sólo te he pertenecido a ti; he sido una parte de tu ser. Pero ahora voy a tener un hijo. Y entre nosotros eso significa qué pertenezco por

entero a tu familia y no a la mía.

Algunas veces, por la noche, pensó en aquel momento. Nunca hablaron de ello por timidez de I-wan y porque, al parecer, Tama sólo pensaba en la vida de los dos.

Muchas veces se preguntó: «¿Cómo me lo dirá?». Pues había pensado constantemente en tener hijos, pero no sabía si Tama los deseaba o no. Las hembras no tenían tanta importancia. Se las podía casar con jóvenes japoneses de buena conducta. Pero si tenía varones ¿no serían chinos? ¿Y cómo les explicaría el motivo de no vivir en su patria? Hasta llegó en ocasiones a tener miedo de los hijos que no habían nacido. Y Tama, al decirle que iba a tener un hijo, le habló de su familia. Poco le había hablado de ésta, de las razones porque su padre le había enviado al extranjero. Parecíale que su pasado no tenía nada que ver con ella.

Aparte de que no estaba seguro de si le entendería si se lo contaba. Había sido educada en el terror de la palabra revolución y siempre temió contarle su historia, aunque tuviera muchos deseos de hacerlo, y dándose cuenta de que en el fondo nunca fue revolucionario como, por ejemplo, lo era En-lan.

En-lan era de esas personas nacidas para estar en rebelión constante contra todo y contra todos. Si no hubiera sido en su país, habría sido en el extranjero. Únicamente se hallaba satisfecho y tranquilo en medio de la revolución. Adoraba la lucha por la lucha, sin importarles nada la gente por la que luchaba. I-wan, en cambio, se interesaba más por las personas que por la pelea, y se daba cuenta perfecta de que en el fondo de su alma aborrecía la lucha. Por lo tanto, consideraba más leal no decirle nada a Tama y presentarse a ella como era en aquel momento, porque era más su ser que no el del I-wan que siguió a En-lan. Ni siquiera le dijo la razón por la cual no la había llevado a su casa.

—¿Podremos ahora ir a ver a tu familia? ¿Por qué no me respondes, I-wan? ¿Es que no quieres tener un hijo?

Habíase Tama alarmado al verle tan distraído y entonces tuvo empeño en tranquilizarla.

—Claro que quiero tener un hijo... Cien veces he pensado en este instante. Pero no, no te llevaré a mi casa.

—¿Por qué no? Sería muy conveniente para mí ver a mi suegro y a mi suegra.

—Creía que eras «moga» —repuso I-wan procurando dar a su voz un tono alegre—. Las chicas modernas no tienen interés alguno en conocer a sus suegras.

—Sí, soy «moga», I-wan —declaró Tama.

Siempre le producía ganas de reír al oírle aquella frase. Pero aquel día no quiso reírse por no molestarla. Se iba convenciendo de que a su mujercita japonesa no le agradaba que se burlasen de ella.

—Pero hay cosas que siempre están bien —acabó I-wan adelantándose a ella.

—¿Cómo has adivinado lo que iba a decir?

Podía haberle contestado: «Porque te lo he oído varias veces ya». Pero también sabía por experiencia que no debía pronunciar tales palabras. Y entonces le dijo:

—¿No es eso lo que estabas pensando?

—Sí, y especialmente ahora —replicó muy seria, continuando tras una pausa—: Es extraño tal vez, pero cuando una mujer va a ser madre, se aquietan sus sentimientos de «moga». Sólo piensa en la familia.

—Mi familia no podría proteger a mi hijo —dijo I-wan, como si hablase consigo mismo.

—Yo creía que tu padre era rico. Y tú me has dicho que tiene mucha influencia.

Quizá debiera decirle que ni la riqueza ni la influencia de su padre bastarían para proteger a un niño nacido de una japonesa. Pero no pudo. Sus palabras habrían destruido algo en aquel hogar tranquilo: se le quedarían grabadas en la mente y en el corazón como un malestar invencible; no podría olvidarlas, y cuando menos serían un arma contra su marido. No, no le diría, amándola como la amaba con todo su corazón: «Mi pueblo odia al tuyo, Tama» y menos en el momento en que la sangre de los dos se unía en aquel niño. Atrayendo a sí a su esposa, murmuró en su oído:

—Te quiero para mí, Tama. Continúa siendo «moga». Yo también soy «mobo». Nuestra vida es una vida aparte; no necesitamos familia, nos bastamos el uno al otro y... seremos suficientes para nuestros hijos.

Tama le miró con expresión de duda:

—No pueden vivir siempre con nosotros. Nos haremos viejos y nos moriremos.

—Pero entonces tendremos muchos y ya les enseñaremos a protegerse unos a otros.

—La casa será muy pequeña para ellos.

—Cavaremos en el monte y la agrandaremos.

—Será más barato mudarnos a otra casa mayor.

Esta idea no la aceptaba I-wan.

—No, Tama —declaró—. Nunca nos mudaremos de esta casa: lo consideraría de mal agüero.

—¡Ah! Y presumes de «mobo»... Un «mobo» que cree en los presagios.

Riéronse los dos de esta tontería con toda su alma, al punto que ella tuvo que limpiarse los ojos con la manga y luego le preguntó:

—¿De qué hablábamos antes de decir estas tonterías?

—Creo, Tama, que me decías que íbamos a tener un hijo... o una hija.

—No, no, desde luego un hijo —corrigióle ella.

—Me gustaría una niña.

—Pues yo estoy segura de que será niño.

Volvieron a reír y olvidaron todo lo demás.

Bunji no había regresado... Un año antes había habido una revuelta en Shanghai. Nada importante según dijeron los periódicos: un batallón chino que tuvo un encuentro con unos cuantos soldados japoneses.

Tampoco le dieron importancia a la noticia de que Bunji había sido enviado a Shanghai. Y un año más tarde, Bunji continuaba ausente y el señor Muraki declaró un día que no retornaría antes de pasar el verano. A medianoche de la primavera nació el primer hijo de I-wan.

Nunca había visto de cerca un nacimiento. Si hubiera sido un chico de pueblo como En-lan, no habría habido para él ningún misterio. Entre la gente vulgar la unión de un hombre y una mujer y la venida, al mundo de un niño son cosas tan naturales como comer, beber y dormir: no se ocultaba nada. Pero en el palacio extranjero en que vivió I-wan, ninguna de estas cosas se veía. Si una esclava, por accidente, llegaba al caso de esperar un hijo y no conseguía deshacerse de él a fuerza de hierbas y medicinas, su madre la echaba diciendo que no quería en la casa perros ni gatos ni niños que llorasen. I-wan era el más joven de todos.

Llegó, pues, completamente ignorante al nacimiento de su propio hijo y le pareció un milagro. Milagro ver a Tama preocupada comiendo y bebiendo una cosa y otra que hicieran a su hijo fuerte, inteligente; para que pudieran salirle los dientes derechos y blancos, para asegurar la negrura de su pelo y de sus ojos y la suavidad de su piel. Y tampoco debía ser demasiado grande, para que pudiera nacer con facilidad. Un día, cuando anunció a su familia la próxima venida del niño, se puso un cinturón especial y cambió de alimentación con objeto de tener un hijo fuerte, pero pequeño. I-wan se admiraba de que supiese tantas cosas y Tama tomó una comadrona vieja para que le ayudase conforme iba adelantando el embarazo.

No hubo medio de convencer a Tama de que cesase en sus trabajos domésticos: barría, guisaba, cuidaba el jardín y todo esto hasta el momento de nacer el niño, pretendiendo que de este modo se conservaba más fuerte. Tampoco permitió que se llamara a un médico para asistirle.

—Si te dicen que voy a morirme, entonces llamas al médico para que procure salvarme. Pero si no, me basta con una comadrona. Ya le he enseñado cómo debe lavarse y hervir el agua que necesite.

I-wan procuró convencerla de que una «moga» debería emplear un sistema más científico.

—Una comadrona es lo que utilizaban las mujeres de los siglos pasados.

Tama le hacía callar poniéndole las manos sobre los labios:

—Quiero que nuestro hijo nazca en nuestra casa. Si llamamos a un médico me obligará a ir al hospital y el niño tendrá que estar en una sala con otros muchos. Nacerá aquí. Yo tendré cuidado de todo, porque sé lo que se debe hacer para esterilizar la ropa, etcétera.

No tuvo más remedio que ceder. En el fondo también a él le agradaba que el niño naciera en su casa.

—Y cuando llegue el momento —le dijo Tama—, tú te marcharás donde no puedas oírme. Y no entrarás en la habitación hasta que te llame yo.

—¿Y te voy a abandonar?... Pero...

—Sí, me dejarán sola. Es mi deber.

Y así ocurrió. Una mañana de primavera al levantarse, la vio descompuesta.

—Ya ha comenzado esto —le dijo—. Date prisa... vete.

—¿Adónde?

—A trabajar como todos los días.

—¿Como todos los días...? Imposible. Hoy no puedo trabajar.

—Sí, sí, tienes que hacerlo... No pienses... trabaja igual que siempre y puedes decirte también: «Lo que le sucede a Tama hoy es completamente natural. Y le sucederá muchas veces. Yo debo continuar mi trabajo».

—Es que no podré.

—Haz un esfuerzo y vete en cuanto te desayunes.

Y le sirvió el desayuno, a pesar de insistir I-wan en que descansara. Pero decía que al niño le convendría y sería más fuerte. Cuando, por fin, se convenció de que todo era inútil y que de rato en rato se ponía pálida y ahogaba un grito, y el sudor brotaba en su piel, salió corriendo como ella se lo mandaba. Siempre se saldría con la suya. Y él lo consentiría también siempre porque no dejaba de reconocer que en muchas ocasiones estaba en lo cierto.

Antes de mediodía llegó a la oficina una criada anunciándole que tenía un hijo. En el acto lo dejó todo y echó a correr. Brindáronle sus servicios algunos alquiladores de cochecillos y él les respondía:

—Voy más de prisa a pie.

Reíanse de él gritándole:

—Debe de ir a ver a su amante.

Aquello era demasiado. Detúvose un instante para exclamar:

—Acabo de tener un hijo. —Y siguió la ascensión hacia su casa.

La señora de Muraki acompañaba a su hija y le salió al encuentro muy sofocada:

—Es un niño hermoso. El único con el que se le puede comparar es con Akio.

Refrenó su velocidad para saludar a su suegra, lamentando que en aquel momento se le hubiera ocurrido recordar a Akio. Era un mal presagio hablar de muertos el día en que nacía un niño. Así, por lo menos, se lo había oído decir a su madre.

Cuando vio a su hijo se olvidó de todo y sólo le dieron ganas de reír. Como todos los recién nacidos, el niño tenía aspecto de viejo y se parecía enormemente a su abuelo el viejo general. En aquella carita arrugada no se podía advertir la menor huella de Tama. Había sido más fuerte la sangre de I-wan.

Cuando la criatura tenía unos tres meses y Tama se preparaba para la fiesta de la primera comida, que, según le explicó la madre a su marido, consistía en darle por primera vez arroz cocido con leche y un poco de caldo, invitando para la ceremonia a toda la familia, llegó Bunji.

Transcurridos algunos años, I-wan había de considerar el retorno de Bunji como

el comienzo de lo inevitable. Pero en aquel momento sólo pensaron en la alegría de su presencia. Tama dijo:

—¡Qué suerte que haya llegado Bunji para la fiesta!

I-wan también se sintió feliz con la vuelta del cuñado y con poderle presentar al niño. Fue en persona a esperar el barco que repatriaba a los soldados expedicionarios de Shanghai, aguardando con el señor Muraki a que Bunji se separase del grupo de militares que se había agolpado a la escalerilla apenas atracó el buque.

Bunji fue de los últimos en bajar. Le vieron antes que él a ellos. Detúvose como atontado, sin oír el grito lanzado por I-wan. Disponíase a seguir con los demás cuando I-wan echó a correr y le detuvo cogiéndole por un brazo y gritándole:

—¿Adónde vas, Bunji? Estamos aquí.

Volviose Bunji. Los meses de servicio militar le habían cambiado mucho. Y no sólo el aspecto exterior, con el uniforme y las polainas, sino también su cara parecía otra. Había perdido la serenidad y la alegría, se habían endurecido sus rasgos, había desaparecido de sus labios la eterna sonrisa.

Sin embargo, al ver a I-wan sonrió con un recuerdo de la antigua expresión, exclamando:

—Estaba a punto de seguir con esos compañeros de tantos días.

—Tu padre te está esperando también, Bunji. Y, además, tienes que venir a casa para asistir a la fiesta de mi hijo.

—¡Magnífico! —dijo Bunji. Siguió con I-wan hasta donde estaba su padre, le hizo una reverencia y dijo:

—Tengo que tomar un baño y cambiar de ropa. No me he bañado desde que salí de casa.

—Todo lo tienes preparado —dijo el señor Muraki muy sereno, pero sin apartar los ojos de su hijo. Los tres subieron a un taxi.

—¿De modo que tienes un hijo? —preguntó Bunji a I-wan.

—Y que se parece en todo a mi abuelo. Cuando le veas, te vas a reír, aunque ya se parece menos que el día que nació. Confieso que cuando le vi por primera vez, mi primer impulso fue vestirle de general chino y colgarle una condecoración en el pecho. Era lo que le cuadraba.

El señor Muraki sonrió levemente, acompañándole Bunji, porque ambos pensaron que era lo que deseaba I-wan. Pero Bunji no pudo contenerse y con cierta dureza dijo:

—Un uniforme de general japonés le irá mejor algún día.

I-wan no contestó. Miró a Bunji sin saber si bromeaba o hablaba en serio... Por fin decidió que era una broma.

Bunji era, en apariencia, el mismo de antes de marcharse. Y, sin embargo, algo había cambiado dentro de su alma. Hablaba, reía, se movía como siempre, pero todo lo hacía como aprendido. Cuando hablaba, daba la sensación de que estaba pensando en otra cosa. Y su risa ocultaba una tristeza interior.

Pero no se podía decir nada en concreto. I-wan acompañó al padre y al hijo hasta

la puerta de la casa de los Muraki; allí se despidieron diciendo I-wan:

—¡Hasta dentro de una hora!

—A las dos —respondió el señor Muraki.

Bunji no dijo nada. Indudablemente pensaba en otra cosa.

En el salón del hotel donde se celebraba la fiesta, y que estaba abarrotado de gente, Bunji, sentado junta a I-wan, habló muy poco. Celebrose el rito de dar de comer al niño con arreglo al protocolo ordinario: todo el mundo admiró al chiquillo, especialmente cuando se negó a tragar el extraño alimento que le metían en la boca y lo escupió, manchando la ropita nueva de seda y llorando a todo llorar. Llevaba un abrigo de chico por primera vez y le afeitaron la cabeza, haciéndole coronilla con un cerquito de cabellos negros. Bunji le miraba atentamente y le dijo a I-wan.

—En seguida habría adivinado que no era japonés.

—Evidentemente —contestó I-wan.

En el mismo momento sorprendió en la mirada de Bunji una extraña y secreta hostilidad. Se asombró tanto como si Bunji le hubiera asestado un golpe con una daga. Pero no podía decir nada en aquel salón lleno de gente que admiraba al niño y charlaba sin cesar. Dirigió la mirada a otro lado y pensó qué motivo tendría Bunji para haber cambiado respecto de él.

¿Habría ocurrido algo entre él y su padre en Shanghai? Si no estaba equivocado, no se habían visto. Él escribió a su padre diciéndole el nombre del regimiento de Bunji y el sitio en que estaba, pero su padre le contestó que no era prudente recibir visitas de japoneses ni hacérselas; que había un grupo de jóvenes exaltados que se dedicaban a tomarse la justicia por su mano y hacía poco habían matado a un banquero por parecerles que era demasiado afecto a un capitán japonés. Al señor Muraki le escribió diciéndole que sentía muchísimo que una enfermedad le impidiese devolverle las amabilidades que él había tenido con I-wan, pero esperaba con el tiempo estar en condiciones de demostrarle su amistad cuando desaparecieran las prevenciones... Muraki le contestó que entre ellos, por lo menos, no existía prevención de ninguna clase y que estaban unidos por el nieto.

Tama preguntó a I-wan, abriendo mucho los ojos:

—¿Por qué no quiere tu padre a Bunji?

I-wan respondió presuroso:

—¿Cómo va a no quererle si nunca le ha visto?

—No sé —repuso Tama mirando a su marido y dando de mamar al niño.

—Ni yo tampoco.

Al pronunciar estas palabras, I-wan se arrodilló junto a Tama y abrazó a la madre y al hijo murmurando:

—Me haces completamente feliz.

Y Tama le tomó la mano, la puso en sus mejillas y olvidó lo que había preguntado.

Aquel día no podía hablar con Bunji porque no era procedente, pero no tenía más

remedio que aclarar la situación y saber lo que pasaba. Procuró dedicarse exclusivamente a sus invitados, particularmente a su suegro, que ocupaba la cabecera de la mesa, y a la señora de Muraki. Reinó la alegría en toda la concurrencia; Tama se había encargado de elegir los platos y de dar instrucciones al cocinero del hotel para que los hiciese a su gusto. Al verlos hubiérase dicho que nadie pensaba más que en el placer de comer y beber, y contemplar al niño que dormía tranquilamente en su cesto, colgado de la espalda de la niñera.

—Por lo menos duerme como japonés —le dijo Bunji a I-wan.

—¿Cómo...? ¿Qué quieres decir?

Bunji acarició al pequeño.

—Nosotros los japoneses podemos dormir en cualquier parte, comenzamos de ese modo: no nos molesta el ruido ni el movimiento. Dormimos incluso con el estruendo de un cañón disparando si estamos libres de servicio unos minutos. Es el secreto de nuestra resistencia en la guerra...

I-wan miró la carita inocente de su hijo: tenía los ojos cerrados y entreabierta la sonrosada boquita.

—No tiene aspecto muy de guerrero que digamos dijo riendo.

Bunji saboreaba un vino exquisito y no contestó. I-wan se sintió solo, como si todos los que le rodeaban hubiesen desaparecido. En definitiva, todos eran distintos de él, incluso su hijo...

No podía preguntar a Bunji lo que le sucedía. En primer lugar, no estaba seguro de que en realidad hubiese cambiado. Además, resultaba imposible reanudar la amistad antigua hasta que el señor Muraki decidiese cuál de los dos sería el jefe de la oficina. Para facilitar la tarea, I-wan presentó la dimisión de su cargo, pero sintió cierta molestia al ver que el señor Muraki la aceptaba y colocaba a Bunji por encima de él, dándole a I-wan el segundo puesto. Los sueldos eran casi iguales, y desde este punto de vista no podía quejarse: no se le rebajó nada, pero Bunji cobraba un poco más.

Y, cosa más tonta todavía: I-wan se molestó también cuando, al enterarse, Tama lo aceptó como algo natural y esperado.

—Padre es muy bueno al no quitarnos nada ahora que ha vuelto Bunji.

I-wan no podía explicarle a Tama lo difícil que le resultaba ocupar un puesto secundario, tener que preguntar a Bunji si esto o aquello estaba bien, y ver a los empleados que se dirigían a Bunji en vez de dirigirse a él. Con todo, lo más difícil era soportar el cambio de Bunji. Antes había sido siempre descuidado y fácil de contener; ahora se había vuelto minucioso y exigente en todos los detalles del trabajo de I-wan. Un día le reprendió de mala manera por no haber presenciado el embalaje de un pedido de platos baratos destinados a un gran almacén de Nueva York. Su actitud hizo reír a I-wan, que no pudo menos de protestar:

—Tú lo has hecho muchas veces peor, Bunji. Recuerdo que Shio se quejaba de ti constantemente.

—El ejército me ha educado —repuso Bunji secamente marchándose a su despacho.

Había pedido que le dieran uno para él solo, trasladando a I-wan a otro con dos empleados. Y no era tan fácil como antes ver a Bunji.

Aquel visible cambio de Bunji producíale a I-wan una gran molestia. Su recurso era salir apresurado de la oficina y refugiarse en Tama y en el hijito. Encontraba consuelo en la animación de su mujer y en el cuidado de los dos. Con su naturalidad, su conversación y su celo exquisito para satisfacer sus más insignificantes necesidades, Tama le daba a I-wan una sensación de seguridad y le ponía en condiciones de ir contento a su trabajo todas las mañanas. A través de ella relacionábase con la vida y con la gente. Las personas que la interesaban tenían también interés para él porque ella le pertenecía y todo lo suyo formaba parte de lo de su marido. Referíale los sucesos diarios ocurridos durante su ausencia, y, al oírse los contar, sentíase cerca de las personas a que aludía, aunque, en realidad, casi no conocía a nadie.

Luego venían las gracias del niño. Se llamaba Jijiro y le llamaban Jiro. Ya sabía decir su nombre. La madre se quejaba de que le daba mucha guerra, porque quería andar a gatas y eso suponía que antes de cumplir el año andaría solo, y no era conveniente. Resultaba un trabajo terrible impedirle que lo hiciera, y cuando le quitaban el capricho lloraba porque era muy voluntarioso y se enfurecía si le negaban algo.

—Es que eres chino, Jiro —decía I-wan a su hijo, que en aquel momento estaba muy derecho en la estera, chupando un perro de cartón que le habían comprado para que fuese el guardián de sus sueños.

—Sí, eso es lo malo —repuso Tama. Y viendo lo que hacía su hijo exclamó, quitándole de las manos el perro—: Ningún niño japonés chuparía a su perro guardián.

Jiro se echó a llorar con todas sus fuerzas.

I-wan no se encontraba aislado en su casa. No hubiera podido afirmar que, en ningún momento, los demás le trataban peor que antes. Por la calle, las gentes le saludaban con cortesía como siempre. Si entraba en una tienda a comprar tabaco o un juguete para Jiro, el tendero se apresuraba a complacerle y servirle. Y, sin embargo, experimentaba la sensación de que la actitud de todos había cambiado. No le trataban con la cortesía usual entre vecinos, sino como huésped. No estaba seguro de nada, pero sí lo estaba de que el señor Muraki era más reservado que nunca con él. Una vez lo dijo a Tama y ésta le contestó sin vacilar.

—I-wan, ves visiones. Mi padre se hace viejo y los años enfrían los sentimientos de todo el mundo. A mí misma apenas me hace caso.

Aceptó la explicación y, andando el tiempo, él mismo observó cierto cambio.

Examinose con cuidado para analizar sus sentimientos y decidió que el que tenía la culpa de todo era Bunji, y no le quedaba más remedio que hablar claramente con él. I-wan necesitaba sentir, en derredor suyo el apoyo de los que le querían y le eran fieles. Alguna vez se lamentaba de no tener amigos fuera de la familia de Muraki. Pero sólo tenía algunos conocidos, con los que cambiaba unas palabras indiferentes si se los encontraba en un café o en un teatro. Todos ellos le conocían como el yerno del señor Muraki. Y se le ocurría pensar que el día que muriese; su suegro le conocerían como el cuñado de Bunji. Eso no sería agradable, a menos que Bunji volviera a su actitud de antes.

Al cabo de un rato de darle vueltas a estas ideas, trató de desecharlas y se dedicó con afán al trabajo. Tenía una posición allí y conforme marchaban los asuntos en el mundo, no sería fácil abrirse camino en otra parte. Había, pues, que transigir con Bunji.

Cuando llegó a su casa y vio a Jiro andando, y le oyó chapurrar en su media lengua; cuando escuchó las lamentaciones de Tama por no tener otro hijo teniendo Jiro ya un año, haciéndole reír la impaciencia de su mujer por cumplir con su deber, entonces le pareció que no había nada demasiado duro ni difícil de soportar durante el día, si la suerte le reservaba aquella felicidad por la noche.

Antes de incorporarse al ejército, Bunji era un muchacho que en cuanto bebía una copa sentía la cabeza pesada y tenía ganas de dormir. Pero después bebía una gran cantidad de alcohol y le gustaba. Más de una vez llegó a la oficina por la tarde, colorado, gritándoles a todos y riendo ruidosamente. Uno de esos días asomó la cabeza al despacho de I-wan:

—¿Estás ahí? ¡Trabajando como un viejo! ¿Qué te ha hecho Tama? Antes eras un buen compañero; ahora no eres más que el marido de Tama.

Y al decir estas frases Bunji lanzó una señora carcajada, obligando a los empleados que trabajaban en el despacho a bajar la cabeza sobre los papeles y fingir que no se habían enterado de nada.

—También soy el padre de Jiro —repuso I-wan sonriendo y mirando a su cuñado.

—Todos los hombres son padres de alguien más tarde o más temprano. Nada, vente conmigo y deja de trabajar ya.

—¿Para qué?

—Ven conmigo al café. Basta ya de trabajo... ustedes también pueden suspenderlo —añadió dirigiéndose a los empleados, que se pusieron de pie instantáneamente y, después de hacer una reverencia, permanecieron inmóviles. I-wan no dijo nada. Sabía que en el momento en que Bunji desapareciera continuarían trabajando hasta las cinco, la hora de terminar la labor diaria. Pero se le ocurrió pensar que debía aprovechar aquella ocasión para hablar con Bunji y tratar de descubrir el motivo de su cambio. Se levantó de su sillón y se puso el sombrero.

—En seguida vuelvo —les dijo a los empleados, que comprendieron de sobra la intención de seguir el humor al hijo del dueño del negocio, y salió a la calle con

Bunji.

Era una tarde de otoño. Los vendedores ambulantes llevaban colgados de pértigas grandes canastas con tuestos de crisantemos de todos los colores y tamaños. Dos años antes, de recién casados, él y Tama habían comprado algunos para plantarlos en su jardincito y ahora ponían en él una nota alegre de color. El señor Muraki, al verlos, había comentado:

—En un jardín no debe haber flores que distraigan.

Pero a Tama le gustaba y los conservó. I-wan vio que uno de los vendedores llevaba unos muy hermosos rojos y dorados. Le detuvo diciéndole:

—¿Conoces el camino que sube a la parte oeste del monte desde la ciudad?

El hombre asintió.

—Pues, sube y, a la derecha, verás una casita con tejado verde que asoma entre dos grandes pinos frente, al mar. Entra y dile a la señora que te envía su marido.

—¿Cómo va a saber que he hablado con usted?

—Mírame bien... le das mis señas y si duda, le dices que soy chino.

—¿Es usted chino...? Pues se parece mucho a nosotros. Yo no había visto nunca un chino, aunque he oído hablar de ellos. —Hizo ademán de recoger la mercancía y de tomar la dirección que se le indicaba. I-wan le despidió y siguió con Bunji.

—Supongo que Tama habrá olvidado sus hábitos de «moga», que será obediente y comprará las flores, como una buena esposa japonesa —dijo Bunji con sorna.

—Si no se las dan al precio que ella quiere, no las comprará —repuso I-wan. Bunji estaba completamente borracho y no debía dársele importancia a lo que dijera.

—¡Estos chinos...! ¡Estos chinos!... —murmuró Bunji irónico y moviendo la cabeza.

Pasaban por delante de un café con mesas y sillas en la calle; dejose caer pesadamente junto a una mesa dando golpes en ella, que sonaron como si fuera un tambor. Acudió corriendo una muchacha delgada.

—¡Cerveza...! —gritó Bunji—. Supongo que beberás cerveza, ¿verdad I-wan?

—Sí.

—Cerveza para uno. Para mí, *whisky*.

—Entonces... —murmuró la camarera.

—En seguida...

Desapareció la muchacha.

—Aborrezco todo lo inglés, pero bebo su *whisky* —explicó Bunji.

—Antes no bebías apenas.

—Es verdad. Antes era un buen chico, ¿no es cierto? Ahora soy mejor. Sé beber y también otras cosas.

La estrecha calle estaba tranquila bajo el sol de la tarde. En la acera de enfrente, una mujer bañaba a un chiquillo.

—Vamos dentro —sugirió I-wan—. Esta mujer te está escuchando.

—Las mujeres... —declaró Bunji en voz alta— son todas unas estúpidas. —Se

levantó, se tambaleó y hubiera caído al suelo de no sostenerlo I-wan. Penetraron en el cafetín, se sentaron en un rincón, y la muchacha llegó con botellas y copas. I-wan pagó, dándole una moneda además.

—Pon el fonógrafo el tiempo que sea por esta moneda, y cuando se pare vuelves para que te dé más.

El salón se inundó de las ruidosas notas del aparato, de manera que nadie más que I-wan podía oír lo que decía Bunji. Éste se bebió el *whisky* a grandes tragos, mientras I-wan saboreaba la cerveza.

—Y a pesar de todo, pienso casarme —anunció Bunji.

—¿Lo has decidido ya?

—Sí, es lo mejor que puedo hacer. ¡Pobre Akio! Nunca quiso convencerse de que todas las mujeres son iguales...

I-wan no contestó. Bunji repitió hipando: «Todas las mujeres son iguales».

—No conozco bien a las mujeres —repuso I-wan.

—No es necesario conocerlas. Te repito que todas son iguales.

Continuó I-wan sin responder nada, porque pensó que era inútil llevarle la contraria a su cuñado, que estaba borracho perdido. Bunji siguió con su tema:

—Te invito a mi boda. ¿Quién es la novia? No lo sé, ni me importa. Ayer se lo dije a mi padre: «Ya es hora de que me case. Búscame una mujer». Entonces él me dijo; «¿Quién?». «Cualquiera... todas son iguales».

Bunji miró a I-wan y, derramando el *whisky*, se bebió la copa de un trago. Había visto I-wan muchos borrachos en el Japón: campesinos en los mercados, jóvenes que frecuentaban los restaurantes y también viejos. Se habituó a un espectáculo desconocido en su país, en el cual la gente bebe en las comidas, pero sin emborracharse. Incluso los que bebían más que los japoneses nunca se alteraban. Quizá su naturaleza fuera más equilibrada.

Con gran sorpresa suya Bunji comenzó a sollozar. Se puso de pie, con la cara descompuesta y rodando las lágrimas por sus mejillas:

—Te lo juro, I-wan, que no quería hacerlo. ¿Por qué lo hice?

La voz lastimera de su cuñado, un momento antes audaz y turbulento, impresionó a I-wan.

—¿Qué es lo que has hecho? —inquirió.

—Todo el mundo lo hacía, ¿comprendes? —Echóse hacia adelante y apoyó la cabeza en las manos—. Es decir... todos menos el capitán de mi regimiento. Ya sabes... yo era teniente. Y tenía mis miradas fijas en el capitán...

Con mano temblona cogió el vaso y bebió un gran trago moviendo la cabeza y estremeciéndose.

—Dime, I-wan. ¿Crees que he bebido bastante?

—Más que bastante —replicó I-wan serio.

—Estás equivocado. Yo bebo hasta ver que las mesas dan vueltas en el aire. Entonces comprendo que he bebido bastante. Pero ahora siguen en su sitio. Por lo

tanto, puedo continuar. —Suspiró y volvió a beber—. ¿Qué te estaba diciendo?

—Decías que tenías tus miradas fijas en el capitán.

—Es verdad —asintió Bunji con los labios temblones y un tic en el ojo izquierdo—. A los soldados los consideraba por bajo de mí. Por algo mi padre es hombre de posición y de influencia. El general Seki es amigo mío. Por él era teniente. Y naturalmente, me decía: «Yo no soy un soldado vulgar». ¿No tenía razón?

—Naturalmente —repuso I-wan sin saber dónde iría a parar todo aquello.

—Por lo tanto, cuando mis compañeros lo hacían yo pensaba que no tenía nada que ver con ello. Y me decía:

—Su naturaleza vulgar los empuja. Mientras el capitán no lo hizo no lo hice yo. ¿No tenía razón?

—Pero ¿qué es ello?

—¿No te lo he dicho? Eres un estúpido. I-wan. Claro, como eres chino... Todos los chinos son unos estúpidos.

I-wan sintió que la cólera le ahogaba, pero se contuvo considerando que Bunji estaba borracho.

—Unos estúpidos y unos borrachos —gritó Bunji, dominando con su voz el ruido de la música—. Los hicimos correr como si fuera cosa de juego... Les dimos dinero para que huyeran y casi todos se marcharon. Los demás fueron deshechos. Todos corrieron... ¡si los hubieras visto correr!... —Bunji se echó a reír intentando servirse *whisky*. Pero no pudo alcanzar la botella e I-wan no le ayudó. Observaba a su cuñado, que buscaba la copa.

—¡Por fin sé dónde tengo la boca...! —dijo cogiendo la botella y llevándosela a los labios. Cuando la dejó en la mesa sollozaba de nuevo.

—También fue culpa del capitán. Ya ves, I-wan, me había habituado a ver a los soldados dedicados a la faena día y noche. La guerra, I-wan, absorbe al hombre. Necesita cosas fuertes: vino, alimento, mujeres... todo en abundancia. El estruendo del cañón resuena constantemente en sus oídos, puede morir de un momento a otro, no tiene tiempo nada más que para lo que coge al vuelo. —Hablaba tan en serio que parecía haberse despejado—. Al principio me parecía horrible... Los soldados se lanzaban sobre las mujeres, jóvenes y viejas, sin miramiento alguno. Y le dije al capitán: «¿Vamos a permitir esto?». Y él respondió: «No hay otro remedio... si queremos que mañana se batan». Y él era superior a mí. ¿Qué podía yo hacer? Me quedé mirándole pensando: «Mientras él no lo haga...».

Comenzaba a temblar de nuevo.

—¿Por qué lo hizo también, I-wan? Yo lo vi por mis propios ojos... habían llevado a su tienda una mujer. Gritaba y se debatía furiosa, pero él se acercó a ella, sin importarle nada de nada... Yo me volví loco. Salí corriendo y a la primera mujer que encontré... una niña de doce años... quizá de diez... o de quince..., me la llevé arrastrando a una avenida. —Se estremecía, temblaba y miraba muy fijo a I-wan—. Y sabía que no debía hacer aquello, pero lo hice ¿comprendes?... Tuvo la culpa el

capitán... Y también ella. ¡Gritaba tanto! Gritaba que yo era un mono, un monstruo. Yo le dije: «¡Cállate!», pero ella continuó gritando y forcejeando. Yo le repetí: «Cállate, o si no te voy a matar». Se lo advertí lealmente. Pero ella no se calló. Y entonces... la maté —Bunji lloraba a lágrima viva—. ¿Comprendes, I-wan? Hasta que no la vi muerta no se me ocurrió pensar que no me entendía porque le hablaba en japonés... ¿Cómo no se me ocurriría antes? Ésta es mi verdadera culpa...

Tumbose encima de la mesa sollozando. Algunas personas le miraban apartando en seguida la vista; el ruido de la música impedía que oyeran sus palabras.

I-wan permanecía en silencio, asombrado, asqueado, viendo el cuadro que le pintaba Bunji.

¡Así se comportaron los japoneses en China!... Su padre no le había dicho nada. Pero su padre le escribía poco en aquella época y las raras cartas que recibió tenían muchas tachaduras de la censura. ¡Y los periódicos decían que el ejército del Emperador no había cometido ningún desmán! Y él, un chino, lo creyó... Se despreciaba a sí mismo. Se levantó y le dijo a Bunji:

—Vamos a casa. —E inclinándose rodeó con sus brazos el desmadejado cuerpo de Bunji, lo levantó como pudo y lo sacó a la calle. Llamó un coche, colocó en él a su cuñado, dormido como un tronco, y le acompañó hasta la puerta de la casa de su suegro, el portero estaba a la puerta. I-wan le dijo:

—A ver si puede llevar al señorito a su cuarto sin que le vea nadie.

El viejo se inclinó respetuoso e I-wan se dirigió a su casa.

Iba agitadísimo. ¿Qué era lo que había pasado en su país? ¿Cuánta ignominia ignoraba? ¿Cuál era la verdad? Tan absorto había estado con su matrimonio que dejó de pensar en la guerra con tal de casarse con Tama. Pero al fin y al cabo era chino.

Subió de prisa la empinada cuesta que conducía a su casa. Tama le salió al encuentro con Jiro en brazos, maravillosamente fresca y guapa, con el pelo recién peinado y la piel como la de un albaricoque maduro.

—Jiro y yo acabamos de tomar un baño y tenemos quimonos nuevos, es decir, el de Jiro es nuevo y al mío le he puesto mangas. He comprado los crisantemos al hombre que me mandaste. Como no estaba segura de que fuese cierto le pregunté: «¿Quién te ha enviado?». «Un caballero chino». Y yo le dije: «No estoy casada con todos los caballeros chinos de Nagasaki». Y él me respondió: «Me dijo que me fijara en él y vi que tiene una manchita en la sien izquierda, junto al pelo». Entonces me convencí de que eras tú. —Echose a reír y Jiro se rió también. I-wan sonrió gozoso.

—¿Estás cansado? —le preguntó después Tama.

—Muy cansado. —No podía decirle a Tama lo que le había contado Bunji. No debía oír tales cosas. Su hermano era un Bunji desconocido para ella y al que no comprendería. Aparte de que tampoco él veía demasiado claro el asunto.

Sentose I-wan. Ella le quitó los zapatos de cuero y los calcetines, y le frotó los pies con sus manos fuertes y suaves, que sólo con rozarle le producían descanso y bienestar.

—Ahora, el traje. Aquí tienes un quimono y el baño preparado. Yo me cuidaré de todo. Descansa tú. Jiro será bueno y no alborotará para no molestarle.

Sentado en el suelo, Jiro contemplaba la escena con los ojos muy abiertos.

I-wan le dejó hacer, aprovechando la disculpa del cansancio para no decir ni hacer nada, sino pensar en lo que le había contado Bunji. Ejércitos vencidos, bombas, mujeres violadas... nada sabía. ¿Hubo castigos, represalias? Sentía enorme impaciencia por ir a su casa y ver por sus propios ojos lo sucedido. Recordó antiguos odios... gentes que por las calles escupían a los japoneses y los llamaban enanos y monos; las exigencias de los oficiales japoneses en las provincias del norte; las palabras de En-lan, que repetía sin cesar: «Cuando triunfe la revolución nos batiremos con los japoneses». Pero la revolución no llegó y con ella pasó todo lo que no debería haber pasado.

Calmado con el agua tibia del baño, pensó al fin que podía ir a su casa, solo, unos días, para hacer averiguaciones. Casi lo decidió. Salió del agua, se secó, y al mismo tiempo que descansó su cuerpo sintió también que se calmaba su imaginación. No sería difícil poner en práctica su idea. Era su deber ir a China y ver lo que pasaba.

Mientras cenaba y Tama estaba inclinada sobre él llenándole una taza, levantó la vista y le dijo:

—Creo que tendré que ir a mi casa unos días.

Tama dejó el tazón y exclamó alegre:

—Iremos nosotros también, Jiro y yo veremos tu casa.

—No, no puedo ir más que yo. Para vosotros no sería seguro.

—¿Por qué? —preguntó Tama sorprendida. Tenía a Jiro en el regazo y le daba de comer con sus palillos.

—Ha habido luchas en Shanghai hace unos meses, y no estoy seguro de los sentimientos de la gente hacia los japoneses.

—El pueblo chino nos quiere. Te aseguro, I-wan, que he leído en todos los periódicos que el pueblo sale a recibir a nuestros soldados con entusiasmo. Ha estado tan oprimido por sus oficiales y su ejército... Leo los periódicos a diario, ya lo sabes, I-wan..., mucho más que tú.

Era innegable. Tama leía mucho para poder hablar con su marido cuando volviese a casa. Según decía, así no sería una esposa estúpida, japonesa a la antigua.

—De todos modos no puedes ir —repitió con firmeza inusitada en él, que no era aficionado a mandar. Ella le miró y, levantándose con Jiro en los brazos, lo puso en las rodillas de su padre diciéndole:

—Jiro, cuéntale a tu padre lo que te he dicho hoy.

Acometido de una gran timidez, el niño miró a su padre y a su madre.

—Anda, di: «Mi madre me ha dicho que en la primavera, si los dioses lo permiten —ya sé que no hay dioses, I-wan, pero me gusta decirlo alguna vez— en la primavera tendré un hermanito».

—¡Tama!... —exclamó I-wan.

—Sí, I-wan. Y no debes dejarnos solos ahora. Si sucediera algo... y soy tan supersticiosa... Sé que es una tontería, pero siempre que miro al mar pienso que no debe interponerse entre nosotros. Y lo está deseando, lo presiento. Si ahora te fueses, tendría miedo de que el niño se estropease. Enfermaría y moriría sin nacer.

I-wan la miró ansioso.

—Espera hasta que podamos ir juntos —imploró Tama—. No vayas solo...

Agarrose a su brazo y se colgó de él, haciendo llorar a Jiro.

—Calla, Jiro —dijo I-wan abrazando a Tama. Después de todo ¿para qué iba a ir? ¿Qué podría hacer si descubría la verdad? Lo hecho, hecho estaba. Tama lloraba sobre su hombro.

—Vamos a ver si os calláis los dos. No he visto en mi vida un hombre más importunado por su familia. —Abrazó a la madre y al hijo, cruzando las manos y meciéndolos.

—Vamos, basta de lágrimas. No me voy. Tama, tranquilízate; estás asustando al niño.

Sollozó Tama cada vez con más suavidad hasta que se quedó completamente tranquila y con ella el niño, I-wan continuaba meciéndolos. Aquél era su mundo.

Al día siguiente Bunji no recordaba nada, o, por lo menos, nada más que el miedo de haber dicho demasiado. Llegó a la oficina tarde, pálido y cansado, pero tratando bromear como antes. I-wan lo vio pasar por delante de su puerta, pero no tenía ganas de hablar él primero, y le dejó pasar. A mediodía, cuando los empleados estaban comiendo, presentose Bunji y desde la puerta le preguntó medio en broma, medio en serio, medio avergonzado:

—Ayer estaba borracho, ¿verdad?

—Sí —respondió I-wan levantando la cabeza.

—Y hablé mucho... ¿De qué te hablé?

Vio I-wan que Bunji no se acordaba de nada y se sintió aliviado de la carga de una confidencia como aquélla.

—Me dijiste que te ibas a casar.

—¿Nada más? Pues sí, me voy a casar al viejo estilo. Veré muchos retratos de muchas jóvenes, de edad a propósito y de familia decente, y pondré el dedo en uno y le diré a mi padre: «Ésta».

Echose a reír. I-wan sonrió y no le dijo nada.

—Anunciaré el día de la boda, que será pronto. No quiero que tu hijo le lleve demasiado al mío.

—Mis hijos... —corrigió I-wan.

—¡Cómo...! ¿Otro?

I-wan asintió con la cabeza.

—¡Querida Tama...! ¡Ah! Las «mogas» se portan bien ¿no te parece?

—Perfectamente.

—¿Otro chico, eh?

—Eso dice Tama y creo que lo sabe.

—Lo sabrá. De todos modos, no puede desmentirle nadie más que el propio niño. Yo elegiré una mujer más moderada.

—Yo estoy muy satisfecho con la que me ha cabido en suerte.

Saludole Bunji y se marchó.

I-wan continuó en el despacho unos instantes. Sentía un gran alivio con que Bunji no recordara lo que le había contado. Descubrió sin querer lo que se ocultaba detrás de una cortina en la memoria de Bunji. Estaba seguro de que, de no perder la conciencia, Bunji no la habría descornado nunca. Pero él no le diría a Bunji que lo hizo. Aunque ya no podrían las cosas ser como eran antes. Él mismo había cambiado. Por ejemplo: hasta entonces habría deseado tener alguna hija, pero desde el día anterior sólo quería varones. Tama le había dicho aquella mañana:

—Tengo la sensación de que el ser que llevo en las entrañas es un niño. Cuando nazca, colgaremos en la casa dos carpas el día de la Fiesta de los Hijos.

—Muy bien —había contestado I-wan.

Los hijos varones seguirían a su padre algún día, pero las hembras se quedarían...

El nacimiento de Ganjiro, su hijo segundo, la Fiesta de los Hijos y el terremoto fueron tres acontecimientos que se confundieron siempre en su cerebro. Ocurrieron simultáneamente en la primavera que siguió a la boda de Bunji, aquella boda tan rara, que se celebró con tanta prisa y con tan poco protocolo, al estilo japonés, al cual I-wan no acababa de habituarse. Una de las diferencias entre su país y el Japón era que en aquél la ceremonia del casamiento duraba varios días y en el Japón se terminaba en seguida. Bunji se presentó como si no fuese a hacer una cosa importante y la monina Setsu Hajima, con quien se casó, resultaba lo mismo que millones de muchachas japonesas tras su cara pintarrajeada. Una vez casados, Bunji no volvió a nombrarla. A los pocos días daba la impresión de que hubiese estado siempre en casa de Muraki. Todo el mundo se olvidaba de que no había estado y ahora que estaba se olvidaban de su presencia.

Apenas transcurridos un mes, nació Ganjiro. Vino al mundo a mediodía de la manera más fácil y más tranquila, sin que I-wan se diera cuenta. Dijo adiós a Tama y a Jiro una mañana a fines de abril, cuando los últimos pétalos de los cerezos llovían en el jardín. Las calles estaban mojadas a consecuencia de un chaparrón repentino y el cielo como a él le gustaba más azul claro detrás de nubarrones que surgían del mar. En todos los jardines, los árboles y las hojas estaban verdes y la gente andaba por las calles contenta y feliz. Respirábase una dulzura especial en aquella vida que él sentía y apreciaba. Conforme iba pasando por las calles le vino a las mientes la idea de que nunca había visto la cara de un viejo triste, ni la de un niño enfadado porque le hubieran pegado. Quería a aquel pueblo incluso contra su voluntad. Cada vez se acercaba más a él aun cuando continuaba siempre solitario.

Desde que se casó con Setsu, Bunji estaba más cerca de I-wan, al mismo tiempo que se alejaba. Dejó de beber, aunque el día de la boda se emborracho mucho.

Pero ya nadie le veía borracho. Ejercía de marido exigente con la rechoncha Setsu, que ni siquiera se sentaba en su presencia. Por aquellos días, Bunji hablaba mucho de política extranjera, especialmente de la del Japón en China, insistiendo en que en este último país los comunistas eran los dueños del cotarro. I-wan le oyó perorar acerca de todo esto la noche anterior, porque Tama y él cenaron en su casa.

—Más tarde o más temprano acabaremos con ellos —declaró Bunji.

Ya había aprendido I-wan a no replicar a Bunji. Era inútil. Además no creía lo que decía. Los dueños de China eran hombres como su padre y odiaban los comunistas. ¿No habían repetido cien veces los periódicos japoneses que el gobierno chino había acabado con los comunistas? Bunji tenía demasiados prejuicios. Procurando desechar tales ideas, entró en despacho como de costumbre. Al principio del año esperaba que le subieran el sueldo, pero no se lo subieron. El señor Muraki, en la fiesta que daba anualmente a sus empleados el día uno de enero, explicó que no habría ningún aumento de sueldo porque tenía un Impuesto nuevo para coadyuvar a los gastos del ejército de tierra y mar del Emperador. Ante la palabra «Emperador» todos se sometieron de buen grado... menos I-wan, como es natural. No sentía ningún entusiasmo, por aquel sagrado emperador; aparte que no estaba en su naturaleza adorar a nadie.

Dando un suspiro sentose a trabajar. Cuando viniera el segundo niño Tama tendría que afilarse las uñas para hacer que alcanzara el presupuesto. Hacía mucho tiempo que su padre no le enviaba dinero y no quería pedírselo a no ser que se viera en un gran apuro. Dándole vueltas y más vueltas a la cabeza, extrañábase de que el Emperador necesitara más dinero cuando era dueño de Manchuria. Probablemente sería para acrecentar la fuerza de los militares... Pero no le importaba la política japonesa, ni ninguna otra, sobre todo desde que la Sociedad de Naciones permitió al Japón que hiciese lo que le pareciese. La política podía considerarse como un medio de perder el tiempo.

Pasó casi toda la mañana clasificando los géneros, cuando se presentó la criada misma que le había llevado la noticia del nacimiento de Jiro, muy atildada y bien vestida con un quimono limpio y calcetines de algodón blanco.

—¿Qué sucede? —inquirió I-wan sorprendido de verla.

—Honorable, vengo a decirle que ha llegado ya Ganjiro.

—¿Qué dices? —exclamó levantándose de un salto y cogiendo el sombrero.

—Ha nacido gordo y saludable. —¡Qué alegría! Los dos empleados le sonrieron y le saludaron complacidos.

—Precisamente al acercarse la Fiesta de los Hijos —añadió la criada riéndose.

Salió de la oficina inmediatamente sin entretenerse más que para asomar la cabeza a la puerta del despacho de Bunji, diciéndole:

—Ha nacido mi segundo hijo y me voy a casa. —Tenía especial empeño en

anunciar la nueva con aire indiferente, como si todos los días tuviese un hijo.

—¿Qué dices? —le gritó Bunji, pero I-wan siguió su camino sin hacer otra cosa que un movimiento cabeza afirmativo.

No se apresuró mucho y prestó atención a la charla de la criada, que marchaba por las calles a su lado.

—Ha sido una cosa tan repentina como la lluvia y el sol del día de hoy. Oku-san estaba perfectamente trabajando en sus quehaceres y de pronto dijo: «Siento algo extraño... está empezando esto». Echó a correr en busca de la comadrona y, apenas llegó, nació el niño tan sano y tan guapo. Y Oku-san dijo: «Si no cuesta más que esto tener un hijo puedo tener uno todos los días». Y la criada sonrió recordando a ama.

En la casa no se alteró nada. La comida que guisaba Tama momentos antes de acostarse despedía aroma apetitoso. I-wan sintió hambre al olerlo.

—Cuando quiera, señor, le serviré la comida —dijo la criada arrodillándose para quitarle los zapatos.

—Dentro de media hora —repuso I-wan.

Detrás de los biombos encontró a Tama con Ganjiro en los brazos y a Jiro, que ya andaba, muy extraño, junto a ella. I-wan no comprendía cómo había tenido Tama el niño con tanta facilidad. Ni siquiera estaba pálida. Echada en la cama le miraba maliciosa, como si todo hubiese sido una broma. En un rinconcito de la estancia, la comadrona recogía un cosas.

—¡Tama! —murmuró I-wan.

—¿Lo ves? Es varón, como yo te decía.

I-wan no sabía qué decir. El nacimiento de Jiro fue un acontecimiento memorable. El niño vino al mundo tranquilamente. A ese paso, pensó, la casa estaría llena dentro de unos cuantos años.

—Y lo has arreglado a tu gusto —respondió I-wan. Los dos se echaron a reír.

—Anda, vete a comer. Hoy tienes carpa... otro detalle de buena suerte.

—¿No quieres que me quede en casa esta tarde?

—¿Para qué? Yo tengo que dormir y Jiro jugará en el jardín con la muchacha.

I-wan comió tranquilamente los deliciosos platos preparados por su mujer y se marchó a la oficina. Tama era una de esas mujeres afortunadas que disfrutaban de una salud envidiable. Nada le costaba demasiado trabajo. Y siempre encontraba tiempo para estar desocupada cuando él volvía a casa. Ya hacía mucho que I-wan no se extrañaba de lo que sabía, y esperaba que todo lo supiese. Consideraba perfectamente lógico que la casa estuviera arreglada, con flores frescas a diario, la comida cuidada y Jiro lavado y contento. Ocurriese le que ocurriese, nunca se arrepentiría de haberse casado con Tama. Si alguna vez echaba de menos un destello de espiritualidad de que carecía por completo, desechaba el pensamiento. No se interesaría por los sueños si Tama era la realidad misma.

El día de la Fiesta de los Hijos no fueron a ninguna parte, porque Tama no había pasado todavía el de la purificación después del parto. Ganjiro tenía cerca de un mes.

A pesar de todo, Tama hizo muchos preparativos. Aquella mañana ella misma ayudó a colgar las dos carpas, símbolo del día, una grande, negra, con ojos encamados, para Jiro, y una roja, pequeña, para Ganjiro.

Era un hermoso día. El quinto del quinto mes del año. Jiro gritaba alborozado al ver agitarse en el aire la carpa. Un fuerte ventarrón soplaba desde el mar. Tama cogió en brazos a Jiro, pero I-wan se lo quitó diciendo:

—Pesa mucho para ti.

—Sostenle alto para que vea bien —replicó Tama. Y con su marido y su hijo contempló las evoluciones de la carpa.

—Un hogar con hijos... —dijo Tama con orgullo.

I-wan no contestó. Ocurriósele en aquel momento pensar que sus hijos crecían entre fiestas que él no había conocido cuando niño. Tama las adoraba y procuraba sacar partido de ellas. Recordó las de su país: Año Nuevo, el Festival del Dragón, el de la Primavera... Ni Jiro ni el pequeño las verían nunca. Pero en fin, la mujer es la que hace el hogar...

—Jiro, fíjate —explicaba la madre al niño—. La carpa simboliza al niño... que sube el río contra la corriente hasta los manantiales de la altura.

En aquel mismo instante I-wan vio, o creyó ver que se inclinaba la pértiga a que estaba sujeta la carpa; el viento, violento toda la mañana, amainó. Sonaba un bramido singular que no hubiera podido decir si venía del mar o de la tierra.

—¡Tama! —exclamó I-wan asustado.

—¡Él terremoto...! —explicó ella con voz débil palideciendo.

I-wan se había habituado a no dar importancia los terremotos. Siempre es posible que haya uno, pero nunca había tenido ocasión de presenciar un terremoto grande. Algunas veces, por la noche, despertábanse él y Tama sintiendo un ligero temblor en suelo y cayéndoles en la cara polvo del techo y oyendo crujir las maderas, Tama se levantaba siempre, se vestía y esperaba. En toda la ciudad la gente esperaba, como ella, preparada, pero sabiendo que no podía evitar lo inevitable. Y siempre se calmaba la tierra. Pero aquel día hubo un fuerte ventarrón...

Dirigióse corriendo a la casa, de la cual salía la criada con Ganjiro en brazos. Oíanse crujidos cada vez más fuertes. Indudablemente, la pértiga que sostenía la carpa iba arrastrada por algo que no era viento.

Sin hablar palabra la criada entregó el niño a su padre y entró nuevamente en la casa corriendo. Tama salió con unas cajas y unas maletas en las que llevaba la ropa doblada. A poco la siguió la criada.

—¿Dónde dejo a los niños para ayudarlos? —preguntó I-wan.

—Haz el favor de quedarte con ellos —repuso Tama tranquila.

I-wan estaba admirado ante la serenidad de aquellas dos mujeres. No parecía sino que habían ensayado muchas veces lo que hacían. Entraron y salieron sin cesar hasta que reunieron todo lo importante de la casa en un espacio al aire libre. No era mucho. Las cosas mejores, los biombos buenos, algunas piezas de cerámica que les había

regalado el señor Muraki cuando se casaron, las joyas que le ofreció I-wan a Tama... Las sedas que había enviado su madre estaban en un almacén de la ciudad edificado precisamente a prueba de terremotos.

—¿Adónde iremos? —inquirió I-wan cuando, por fin, Tama se acercó a él y le quitó de los brazos al niño.

—No podemos ir a ninguna parte. No hay medio alguno de librarse del terremoto.

Y allí se quedaron cara al mar. I-wan apretaba contra sí a Jiro. También el niño miraba al océano. De repente, Tama lanzó un grito de horror y se tapó la boca con la mano. En el horizonte alzábese una ola inmensa, una verdadera montaña de agua que se extendía por la superficie del mar, oscura, gigantesca, y subía hasta el cielo.

—No nos alcanzará —murmuró Tama.

—Arrasará la parte baja de la ciudad —dijo I-wan, sintiendo que una angustia espantosa le oprimía la garganta. Pero no logró apartar la vista del imponente espectáculo. El agua avanzaba rápida hacia la orilla, en masa creciente. Abajo, al pie de la colina, las gentes salían corriendo de sus casas y emprendían la subida al monte, huyendo del mar.

—Siempre viene muy de prisa —dijo Tama.

Nunca la había visto I-wan tan serena, tan tranquila. No hubiera podido averiguar si tenía o no tenía miedo. Deseaba escapar, marcharse a cualquier parte, pero ella le contenía.

Por fin rompió la ola con un bramido estentóreo, lanzándose sobre la isla, levantando nubes de espuma, arrastrando casas y calles enteras. Era algo así como si el mar se hubiera desbordado entero.

—Es posible que llegue hasta casa de mis padres —dijo Tama en voz baja.

Observaban atentos. Más horrible que el avance era el retroceso de las aguas, que se llevaba hacia fondo del mar las cosas, las personas, los árboles, todo lo que hallaba a su paso. Toda la isla sería tragada por el océano.

I-wan no podía contenerse y gemía, escondiendo la cara entre los hombros de Jiro. En el mismo momento la tierra tembló bajo sus pies. Oyó el rodar de rocas que se desprendían del monte y abrió los brazos para estrechar en ellos a Tama.

—No te preocupes —dijo ésta—. Esa roca no moverá. Solamente son piedras sueltas y por encima de nosotros hay campos, no rocas.

Era cierto. Por encima de su casa extendíase valle que llegaba casi a la cima de la montaña y, como corría por él un arroyito, lo habían aprovechado para sembrar arroz.

Una vez más sintió I-wan la desagradable inestabilidad de la tierra en que se apoyaba.

—Vuelve la ola, pero esta vez no vendrá con tanta violencia —dijo Tama.

Oyó el bramido menos intenso. Jiro estaba colgado de su cuello; no lloraba: se había dormido. I-wan recordó lo que un día le dijera Bunji acerca del sueño de los japoneses, que no los despertaba ningún ruido ni ningún movimiento porque estaban habituados a ir en la niñez a espaldas de sus madres.

Sonó un crujido de maderas que caen y de papel que se rompe. Levantó la cabeza. Con poquísimo ruido y menos polvo, habíase hundido su casa.

Antes de que pudiera expresar su sorpresa y su disgusto, Tama exclamó:

—Ya se acabó. Y estamos vivos.

Volvió la espalda a la casa en ruinas y se sentó. El mar, con todos los restos de la catástrofe, se calmaba y comenzaba de nuevo a soplar el viento. A I-wan le temblaban las piernas. Tama, muy tranquila se limpió la cara con la manga y se desabrochó el pecho para dar de mamar al niño, diciendo:

—He visto otros terremotos mucho peores. —I-wan se sentó en una maleta, junto a ella, y entregó Jiro a la criada. Estaba sudando a chorros; tenía la ropa mojada.

—Es lo más terrible que he visto en mi vida —dijo agotado.

—Los hay más terribles —comentó Tama.

I-wan la miró. Tenía la misma tranquilidad de siempre, como si la casa que tanto quería no se hubiese venido abajo por completo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Descansar un rato y luego ver si la casa de mi padre ha sufrido algún daño.

Un individuo con una blusa corta subió corriendo el monte y salió de entre un grupo de bambúes. Era un criado de casa del padre de Tama. Hizo una reverencia profunda ante ellos.

—Me envían para ver cómo están.

—¿Mi padre y mi madre?...

—Todos están sanos y salvos. Se ha hundido el portón y parte de la cocina, y no sabemos si le ha sucedido algo al jardín, pero la parte principal de la casa no ha sufrido destrozo alguno y todos están bien, menos la señorita, que estaba en la cocina, y una viga le ha dado un golpe en una pierna al caer. Se ha quedado en la cama con menos dolores que en los primeros momentos. El salón de té ha quedado intacto.

—¡Qué afortunados somos! —exclamó Tama.

Pusiéronse de pie. I-wan no pudo menos de volverse a contemplar las ruinas de lo que un instante antes era su hogar. Tama siguió su mirada.

—La construiremos de nuevo —dijo tranquila.

—Pero no aquí —repuso I-wan sin saber a ciencia cierta por qué consideraba expuesto volver a hacer la casa en el mismo sitio. Tama insistió:

—Sí, aquí. El mar ha querido tragarnos y no lo ha conseguido. Es un lugar seguro para volver a edificar.

Estaba I-wan demasiado conmovido para discutir. En silencio siguió a su mujer, que llevaba a Jiro de la mano, por el camino que les indicó el criado, pues, la carretera había desaparecido. Detrás iba la criada con todo lo que consideró que merecía la pena llevarse. Desde el principio hasta el fin del terremoto no había pronunciado palabra.

Nunca pudo I-wan olvidar aquel día. La seguridad de la casa de los Muraki, la comodidad de tener un techo y comida caliente, la tranquilidad, la amabilidad de todos, un verdadero milagro. Pero lo más inolvidable de todo era el milagro del silencio... el silencio del señor Muraki al pasearse por su jardín deshecho, en el que el agua había saltado por encima de las tapias hundidas arrastrando en su corriente las praderas, desarraigando los árboles enanos, verdaderas preciosidades carísimas; el silencio de Bunji ante la pierna rota de su mujer; el silencio de Setsu aguantándose el dolor... I-wan nunca llegaría a conocer bien a Setsu, pero no podría olvidar sus ojos —bellos ojos en la cara vulgar—; el silencio de la gente cuyas casas y cuyos parientes fueron arrebatados por el mar; el silencio del empleadillo de su oficina, que se había quedado solo por haber muerto su único hermano...

Al día siguiente todo había recobrado su aspecto ordinario. Comenzose la edificación de las casas derruidas y el descombro de las calles y la construcción de los diques. Todo el mundo trabajaba como si fuera un deber repetido muchas veces. Tama le dijo a su marido:

—Puesto que tenemos que hacerlas de nuevo, creo que debemos edificar la casa un poco más grande.

Avergonzándose un poco, I-wan no pudo menos de preguntar:

—¿Y si vuelve a suceder?

—Será lo que tenga que ser. Volveremos a edificar.

No se atrevía a quejarse de lo suyo cuando toda la ciudad era víctima de la ruina y la destrucción. Y las personas que no se encontraban y a las que indudablemente se había tragado el mar... Sin saber por qué, todos los días se paseaba por la parte de la ciudad que estaba cerca de la playa. Uno de ellos, le preguntó a un pescador:

—¿Edifica usted su casa en el mismo sitio que estaba la otra?

Mirole el individuo con sus negros ojos.

—¿Dónde la iba a edificar?

—¿Y si vuelve a suceder lo mismo?

—Claro que sucederá... Ya lo sabemos.

Aquella conformidad le causaba un asombro que no hubiera podido expresar. Parecíale que veía a Tama con más claridad que la había visto nunca. Bajo su tranquilidad y su alegría escondíase algo desesperado y decidido, algo que no tenía nada que ver con lo que podía tener o hacer. Era claro que bajo la jovialidad de aquel pueblo que sabía divertirse igual que los niños, ocultábase aquella resolución firme que los capacitaba para sufrir todo lo que les viniera encima.

Algunos años más tarde, oyó decir que la guerra terminaría pronto y movió la cabeza en señal de duda. Pronto no acabaría... y tal vez no acabara nunca. Aquellos isleños estaban habituados a enemigos más temibles que los hombres: los terremotos, el fuego, el tifón... Éstos fueron sus verdaderos enemigos, los que los instruyeron para la guerra. Y sentía cierto orgullo al pensar que sus hijos no se asustaban ni lloraban nunca en momentos difíciles.

No era una guerra. Los periódicos lo decían bien claro. No se podía llamar guerra aquello. Era un incidente en nombre del Emperador.

Verdaderamente a I-wan no le parecía tan importante como el que en la casa construida después del terremoto de dos años antes, aquel verano había añadido un despacho para él, con paredes de madera fijas. Desde hacía un año Tama estaba empeñada en que lo hiciera porque los niños alborotaban mucho y él debía tener una habitación independiente donde no le molestaran. Y un día que cogieron el engrudo y lo extendieron por toda la mesa en el salón mientras Tama se bañaba y le preparaba la cena, comprendió que tenía razón. Resultaba muy agradable tener un cuarto independiente... Además, los periódicos no le daban importancia al incidente: unos cuantos soldados que vinieron a las manos en un pueblecito del norte de China.

—No durará ni tres meses —declaró Bunji el primer día.

Esto le hizo pensar a I-wan si el incidente no sería más grave de lo que decían. ¿Por qué tres meses? Esperó carta de su padre, pero no le escribía con tanta frecuencia como antes. I-wan le escribió preguntándole su opinión sobre el asunto, y no recibió respuesta. Era extraño, aunque bien podía no significar nada.

Un día presentó la dimisión el empleado de su oficina, so pretexto de haber sido llamado a filas a pesar de ser el único sostén de su madre desde que murió su hermano.

—¿Qué va a hacer ahora? —inquirió I-wan.

—El señor Muraki es tan bueno —respondió el pequeño Tanaka—, que da una cantidad semanal a todas las familias que quedan sin amparo, porque los hombres tienen que marcharse a luchar por el Emperador.

Ocuparon su puesto dos muchachas y se hizo una división del despacho para que I-wan tuviera una parte y ellas la otra, separada. Le sobraba mucho tiempo porque los negocios iban decreciendo bastante. Salían muy pocos barcos. Esto también le chocaba a I-wan. Si sólo se trataba de un incidente entre unos cuantos soldados ¿por qué los exportadores chinos habían cesado repentinamente de enviar sus géneros al Japón? Aquel mes llegaron los envíos como de ordinario. De pronto no llegó ninguno. Los barcos iban y venían sin llevar nada para la casa Muraki. Pero como tenían grandes depósitos, continuaba el tráfico con América y con Europa. I-wan se ocupaba en confrontar los inventarios y preparar las cajas y fardos de alfombras y tapices, cerámica y objetos de China, muebles, biombos, y toda la infinidad de géneros valiosos y baratos en que consistía el negocio.

Un día recibió un cable de su padre. Después pensó que era bien raro que le hubiese llegado por conducto de Bunji, pero en el momento de recibirlo no se le ocurrió. Bunji le mandó llamar una mañana y cuando fue a su despacho a preguntarle lo que quería, le tendió un sobre esperando a que lo abriera. Era de su padre.

«I-ko llega el diecisiete a Yokohama en el *Balmoral*. Espérale en el muelle». El diecisiete era dos días después.

—¿Viene tu hermano? —le preguntó Bunji.

—¿Cómo lo sabes? —dijo I-wan sorprendido.

—Mi padre quiere enviar un regalo al tuyo si tu hermano es tan amable que acceda a llevarlo —repuso Bunji evasivamente.

—¿Sabe el señor Muraki que viene mi hermano?

—Sí. Ha recibido el cable. Lo enviaron a la casa y, naturalmente, lo leyó.

—¿Por qué lo han enviado a tu padre?

—Para saber si era algo importante.

I-wan estuvo apunto de replicar:

«Era para mí», pero pensó que quizá resultase un poco duro para el señor Muraki, que seguramente no había tenido intención de molestarle. Por lo tanto, se limitó a decir:

—Dale las gracias a tu padre.

Observó que Bunji fijaba en él sus ojos, con extrañeza.

—Supongo que tendrás que irte.

—Claro está.

El rato que estuvo en presencia de Bunji pensó en si se llevaría a Tama y a los niños para que conocieran a uno de su familia. Pero al salir del despacho decidió que era mejor ir solo a esperar a I-ko.

Estirando mucho el cuello para ver el vapor, vio llegar al puerto con la gracia majestuosa de un gran cisne. No se acercó inmediatamente a la escala porque, de pronto, sintió cierta timidez al tener que presentarse ante su hermano. Nunca se habían llevado muy bien. I-ko era bastante mayor que él. Además, recordaba que Peonía le odiaba por algo que nunca quiso explicar. Aquel odio le hizo pensar a I-wan que I-ko era malo fundamentalmente y por eso no podía quererle. ¿Cómo vendría después de los años pasados en Alemania? Sin embargo, estaba emocionado ante la idea de ver a su hermano. Por primer vez se dio cuenta de que llevaba muchos años fuera de su casa. Cuando el barco ancló, quedose observando la fila de gente que bajaba, sin conocer a nadie.

Luego vio a I-ko. No daba crédito a sus ojos. Aquella figura erguida, cuidada, no se parecía en nada al I-ko receloso, de labios irónicos, que hacía pucheros como un niño en cuanto se le negaba algo. ¿Qué ha hecho de él Alemania? Vio a I-wan y le gritó. I-wan vio un hombretón derecho, que les llevaba la cabeza a los japoneses que le rodeaban, con mirada dura, ojos altaneros. El aspecto era de extranjero. Detrás de él marchaba una mujer blanca, con un vestido de seda verde, y los brazos completamente al aire. I-wan no la miró. Otros hombres y otras mujeres salieron asimismo del barco.

Acercose a I-ko con timidez y le alargó la mano.

—Hola, I-ko.

—¡I-wan! —exclamó I-ko al mismo tiempo que cogía del brazo a la mujer blanca que le seguía—. Frieda —le dijo en alemán—, aquí tienes a mi hermano.

Oyole I-wan y recordó un poco el alemán que había aprendido con el profesor que le puso su abuelo. No comprendía quién era aquella mujer. La miró e instantáneamente la aborreció. Era joven, pero muy gorda y con las mejillas muy coloradas. Tenía los ojos azules y el cabello, cubierto con un sombrero verde, rubio amarillento. Le alargó la mano, con guantes de cuero amarillo, diciéndole en voz muy alta:

—¡Ach... cuánto me alegro de verle! —Cogióle la mano dándole un apretón fuerte, al estilo alemán, y con gran horror, I-wan: sintió que le ponía en las mejillas sus pintarrajeados labios—. ¡Hermano I-wan! —exclamó riendo.

—Es mi mujer, I-wan —dijo I-ko con altanería—. Se llama Frieda Reichhausen y su padre es un militar alemán de alta graduación.

Su voz, sus ojos, fijos en I-wan, le invitaban a decir algo. Pero no sabía qué decir. Si se había casado ¿qué iba a decir? Se limitó, pues, a saludar respetuoso. En su interior bullían una porción de preguntas. ¿Lo sabía su padre? ¿Qué diría su madre? ¿Por qué se había decidido I-ko a dar aquel paso? Luego recordó a Tama, a la que no se había atrevido a llevar a su casa en todos aquellos años. Si le decía a I-ko una sola palabra de censura, seguramente le respondería que, por lo menos, no se había casado con una japonesa. Y sin embargo, Tama... por instinto sabía que aquella mujer no podría compararse con Tama.

—Estamos recién casados. Todo es maravilloso —dijo la alemana con sonrisa forzada y sin apartar los ojos de su cuñado.

Éste pensó: «No debo mirar a I-ko porque esta mujer es tan tonta que se avergonzaría».

Comprendió que tenía que decir algo para ayudar a I-ko. Continuaban en el muelle sin motivo alguno; todos los que iban y venían tropezaban con ellos. Pero ¿qué diría? Estaba asombrado. Sacó el pañuelo, se limpió la cara y disimuladamente se refregó las mejillas por si los labios pintados le habían dejado señal. Por fin logró articular:

—I-ko, apenas te conocía. —Hablabas en chino, resultándote extraña su lengua. Hacía bastantes años que no la hablaba, y lo hacía con gusto en aquel momento porque así se aislaba de aquella extranjera.

I-ko se mostraba complacido.

—He cambiado, en efecto. ¿No te parece que he mejorado?

—Pareces... mucho mayor.

—Ahora ya soy un hombre —repuso I-ko sonriendo—. Le estoy muy agradecido a nuestro padre. Durante el primer año aborrecí con toda mi alma a Alemania, pero después me ha gustado mucho. I-wan, ¿dónde podremos hablar? Tengo muchas cosas que decirte... y el barco estará en el puerto muy poco tiempo; en vez de cuatro horas sólo va a quedarse una.

—¿No puedes esperar unos días y tomar otro barco? —le dijo I-wan por cumplir. ¿Qué haría si quedaba con... ella?

I-ko hizo un gesto negativo.

—No hay tiempo. Tengo que ir a casa sin remedio. ¿Dónde podemos sentarnos?

—Creo que en este restaurante —contestó I-wan, señalando uno que estaba cerca del muelle y en el cual había unas cuantas mesas en la terraza.

I-ko aceptó.

—Muy bien. Ven, Frieda —dijo en alemán. Y cruzó la calle delante de I-wan. Al sentarse a la mesa hizo una seña imperiosa a un camarero. Detrás de ellos llegó Frieda. Sentáronse los tres, llameado la atención de las gentes, que en seguida se fijaron en ellos... ¡una mujer blanca con dos chinos! I-ko no se dio cuenta de nada, o fingió no dársela.

—Cerveza —le dijo al camarero, y sin esperar que les sirvieran se inclinó hacia I-wan diciéndole:

—Iwan, no puedes continuar así. Debes volver casa en seguida. —Hablaban en chino, sin parar mientes en su esposa. Ella no pareció extrañarse, y mientras los dos hermanos hablaban, recorría con sus ojos duros y curiosos todo lo que les rodeaba. Si se fijó que los transeúntes la miraban extrañados, no lo dio a entender.

—Pero... pero... —balbuceó I-wan mirando a I-ko, cuya expresión tenía algo de amenazadora—. Yo... imposible... mi familia...

—¿Es posible que no sepas?...

—¿El qué? —inquirió I-wan recordando sus presentimientos y sintiendo de pronto que se le secaba garganta.

—¿No has oído decir nada?

—No he oído nada.

—Los japoneses están a punto de tomar Pekín.

—¿Pekín?... —repitió I-wan estúpidamente.

—¿No han dicho aquí nada de eso? —exclamó I-ko. En derredor de ellos, en las mesitas, veíanse unos cuantos japoneses hablando, riendo y bebiendo té y licores. En la altura, el cielo azul, sin una nube. También había por allí mujeres con quimonos chillones y en un rincón un grupo de americanos tomando el té con un oficial de barco. Y al lado, la alemana, con los robustos codos sobre la mesa. Ya se había bebido la cerveza y comía bollitos.

—Decían que eran simples movimientos de tropas —repuso I-wan, separando la mirada de la alemana. A lo mejor se le había escapado algo... No todos los días leía los periódicos... Les tenía miedo. Y Tama nunca hablaba de aquellas cosas; en realidad los dos evitaban aquel tópico, pero no se lo podía confesar a I-ko.

Éste insistía:

—Nuestro padre previó los sucesos hace unas semanas y me cablegrafió. El generalísimo me quiere a su lado. Se está reorganizando el ejército en gran escala. Es la guerra. Resistiremos hasta el fin. Por lo menos, eso es lo que se ha decidido.

I-wan apenas entendía las palabras de su hermano, pronunciadas en chino y rápidamente.

—Aquí nadie... sabe nada... —tartamudeó, sintiendo que le faltaba la respiración—. En los periódicos se ha publicado muy poco... únicamente que habían surgido algunas dificultades, pero no...

—¡Qué pueblo! Los gobernantes no le dicen nada. Te aseguro, I-wan, que ha empezado la movilización. Será la guerra más grande de nuestra historia. Vente conmigo, I-wan.

—¿Ahora?

—¡Ahora! Yo tengo dinero para tus pasajes. Podemos tomar el billete en el barco si hay necesidad. Nuestro padre me ha dicho...

—Pero ¿y mi familia?...

—En este momento no hay nada tan importante como esto. Con los japoneses no tienes más obligación que odiarlos. —Los dientes de I-ko brillaban y blanqueaban como los de un zorro que se dispone al ataque. En aquel momento, frente a frente de su hermano, I-wan recordaba que I-ko siempre había sido aficionado a dramatizar y procuró ser cauto.

Para sus adentros se decía que Tama era japonesa y la quería mucho. Parecíale más bella, más fiel, más buena al ver a... la mujer con quien se había casado I-ko. No podía abandonar a Tama. Tendría que pensar lo que debía hacer.

—No comprendo... no veo el motivo de esta guerra... No somos enemigos...

—Sí, somos enemigos —respondió I-ko con firmeza—. ¿Dónde has vivido para ignorar que esta guerra nos está amenazando hace meses... años? ¿No has oído decir nada del atropello de Lukowchiao?

—Los periódicos dijeron que se había arreglado amistosamente.

—Arreglado... ¿Con la pérdida de Pekín? —repuso I-ko con pasión.

—Te aseguro que... no decían nada de eso.

—¿Es que tu matrimonio te ha hecho japonés?

—No, de ninguna manera... Pero todo esto es así... tan repentino... Yo no sabía nada... Hace la mar de tiempo que no tengo carta de casa. —Se le ocurría preguntarle: «¿Eres tú alemán?». Pero no quería oír la respuesta de su hermano que seguramente sería: «Por lo menos mi mujer no es japonesa».

—¿Cómo puedes suponer que no te han escrito? Las cartas vienen censuradas. Estoy seguro de que tu padre te ha dicho lo que sucedía y no han llegado las cartas a tus manos. A mí me cablegrafió diciéndome que no comprendía el tono de tus cartas y que debía detenerme aquí para averiguar lo que pasaba.

—El señor Muraki me dijo que tenía noticias de que mi padre estaba de viaje en Szechuan para organizar una sucursal. Por eso pensé que se retrasaban sus cartas.

—No hay un solo japonés que sea de fiar. Ven conmigo, I-wan.

Hablaron mucho más tiempo del que pensaban, y en su conversación hubo muchos instantes de silencio. Cuando se quedaban callados, la alemana les dirigía

una pregunta a propósito de cualquier cosa. Una vez exclamó:

—¡Ach! Mirad qué gente tan rara... tan pequeñitos todos los japoneses, ¿no os parece?

A todo lo que preguntaba respondía I-ko, nunca I-wan. Apenas si lo oía. Estaba reflexionando sobre lo que le había dicho su hermano. Avanzaba la tarde y el sol se acercaba al mar. Había transcurrido la hora. La alemana bostezaba. Levantáronse los tres encaminándose hacia el barco, ella la primera.

Los americanos también se levantaron. Sus voces, claras y agudas, se oían por encima de las mesas mientras hablaban sin hacer caso de nadie. Dos de ellos se marchaban con el oficial, los otros dos se quedaban. Una muchachita muy bonita les gritó:

—Tened cuidado en Shanghai. Red, quítate el sombrero cuando comience un bombardeo para que vean tu pelo rubio y sepan que no eres chino.

Un tipo de cabello rojo se echó a reír.

—¡Qué lástima, Mollie, que no vengas, pero me figuro que ahora no debe de estar aquello para las muchachas!

La chimenea del barco dio un aviso.

—¿Lo has oído, I-wan? Todo el mundo lo sabe, menos estos estúpidos de japoneses. Ya han muerto unos cuantos centenares de hombres y... las cosas van empeorando de día en día. Nuestro país entero tiene que despertar... porque hemos de pelear como nunca hemos peleado.

Se acercaron al barco. I-ko se paró.

—¿Quieres venir?

—No puedo. Ahora no... así...

—¿Por qué no?

—No puedo abandonarlos... Los señores de Muraki han sido muy buenos para mí...

—Son japoneses —insistió I-ko en voz baja.

—Han sido muy buenos para mí —replicó I-wan.

—Escucha bien lo que voy a decirte —siguió I-ko—. Como hermano mayor y en nombre de nuestro padre, te invito a que vayas en cuanto puedas. Pero ten en cuenta que ha de ser cuestión de días, no de semanas siquiera. Y si fueran horas, mejor.

La tripulación recorría la cubierta del barco. Los pasajeros subían.

—Ya me has oído, I-wan, horas mejor que días. De todos los países del mundo, el único donde no puedes vivir es el Japón. Sería indecoroso. —Colocó la mano en un hombro de I-wan y le sacudió ligeramente—. Adiós..., hasta dentro de unos días. Yo te escribiré la verdad de lo que vea.

I-wan no respondió. Quedose contemplando el barco, que se apartaba lentamente de la orilla. En la cubierta, vio la mano de Frieda, con el guante amarillo, que le decía adiós. Quitose el sombrero para; saludar. El barco torció hacia el sur y después al oeste... No había preguntado nada a I-ko ni éste había dicho nada. Estaban más lejos

que nunca el uno del otro.

Aquella misma noche regresó a su casa en tren. Cuando por la mañana llegó, salió Tama a recibirle lanzando exclamaciones de alegría y juntos atravesaron la avenida del jardín. Nuevamente recordó con desagrado a la mujer de I-ko. Y sin embargo, le saltó a la vista lo japonesa que era Tama. En la época de su llegada al Japón no le parecía tan japonesa con el traje de estudiante y los zapatos de cuero. Era como cualquier muchacha. De pronto, y sin venir a cuento, le dijo:

—Ahora siempre llevas quimono.

Tama le sonrió, como disculpándose:

—¿No te gusta? Son tan cómodos...

No podía decir que no le agradaba, puesto que hasta entonces nunca le había parecido mal. Ciertamente, el quimono con flores anaranjadas sentaba maravillosamente a su rosada piel y a sus oscuros ojos. En la puerta de la casa arrodillóse ante él como si fuera su esclava, le desató los zapatos y le calzó la chinelas que siempre tenía preparadas. Muchas veces había protestado por aquel servicio hasta que le convenció de que era un modo de expresarle su cariño.

—No creas que lo haga por otra cosa más que por amor.

I-wan se habituó y llegó a considerar una intimidad más estrecha el ver la cabecita oscura inclinada a sus pies. Aquel día pensó: «Ninguna otra mujer lo haría».

En el mismo momento salió Jiro a saludar a su padre:

—¿Dónde está Ganjiro? —le preguntó, porque siempre solían estar juntos.

—Ésta durmiendo.

Tama había continuado haciendo a Jiro muy japonés en su aspecto exterior, hasta en el modo de peinarle. I-wan le dijo con cierta brusquedad:

—A Jiro se le están torciendo los pies de llevar *geta*. Ponle zapatos, Tama.

—¿Antes de comenzar a ir a la escuela? Son tan caros...

—No importa. Cómpraselos.

Tama no contestó, pero I-wan comprendió en el modo de hacer callar a Jiro que gritaba alegre que no estaba conforme. Luego vio a la criada, que se dirigía a la cocina con Ganjiro dormido a la espalda. Y aunque estaba seguro de que su mujer le consideraría completamente absurdo, añadió:

—¿Por qué duerme el niño acostado a la espalda de la muchacha si ya sabe andar? Tendrá las piernas cortas y hechas un gancho como Bunji.

Ante aquello se indignó Tama:

—Por favor, I-wan, que está delante Jiro... Además, es la mejor manera de cuidar al niño. Está calentito y duerme tranquilo. La temperatura del cuerpo de la muchacha evita que se enfríe.

—Acuéstale en la cama... no quiero que esté atado.

En los ojos de Tama leyó que seguía siendo absurdo. La mujer suspiró y después

sonrió.

—Seguramente estás muy cansado. ¡Toda una noche en el tren! Jiro, vete hasta que te llame.

—No estoy cansado —repuso I-wan.

No volvió a decir nada. Indudablemente, sentía aquel día un especial placer en buscar motivo de discusión con Tama. Pero no sería fácil. Ella no le contestaría. Anduvo unos instantes alrededor de su marido, procurando disipar su mal humor y luego se marchó para darle tiempo a rehacerse. I-wan estaba seguro de que se había retirado para recordar lo que le habían enseñado que debía hacer la esposa cuando su marido se mostrase irritado. Antes, siempre que lo suponía, entraba con un dulce, con unas flores o con una tetera llena de té recién hecho para demostrarle su atención. Siempre se sentiría avergonzado de sus ataques de mal humor. Pero aquel día le irritó la docilidad de su mujer, que aceptaba todo lo que él quería, pero que, sin embargo, no cedía en nada.

Comió en silencio, reflexionando sobre lo sucedido durante el día y en el fondo de su alma odiándose a sí mismo. Tama no había cambiado: era igual que siempre: una criatura sencilla, fresca, feliz, mezcla de infantilidad y de complicaciones, de viejo y de nuevo. Su único defecto consistía en cumplir al pie de la letra las enseñanzas recibidas. Pensó que era ésta una cualidad de todos los japoneses: ejecutaban fielmente lo que les decían que debían hacer. ¿Cuál sería la última orden? El espíritu del pueblo alentado... ¿por qué? ¿Por el Emperador? Muchas veces había visto retratos del Emperador y de la Emperatriz. Solían estar colocados en hornacinas en las escuelas y en los edificios públicos... como dos muñecos, inmóviles, hieráticos. También ellos se limitaban a hacer lo que les decían. Toda la nación estaba educada dentro de los mismos moldes Y sus dos hijos habrían necesariamente de someterse a ellos...

Se puso en pie de un salto. Tenía que irse a la oficina. Tama acababa de salir del cuarto.

—¿Dónde está mi sombrero? —preguntó a la criada, que entraba con el té.

Ya no llevaba a la espalda el niño. Al oírle gritar, dio muestras de azoramiento.

—¡Ah! —exclamó desconcertada, y comenzó a dar vueltas buscando el sombrero en sitios absurdos. I-wan se impacientó más y más.

—¡Tama, mi sombrero! —Entró Tama presurosa. Llevaba en brazos a Ganjiro, que lloraba.

—¿Tu sombrero? ¿Dónde puede estar?

Detrás de ella apareció Jiro muy satisfecho, con el sombrero de su padre. Tama se lo quitó diciendo:

—¡Qué niño más malo! Coger el sombrero nuevo de su padre...

—Déjale en paz —ordenó I-wan mientras se ponía el sombrero—. Me alegra que tenga algún rasgo de independencia.

Tama no respondió. Entregó el niño pequeño a la criada haciéndole seña de que se

lo llevase y siguió a I-wan hasta la puerta con la sonrisa en los labios. I-wan pensó: «Le han enseñado que debe sonreír cuando su marido sale de casa». Y al pensarlo le dio asco.

—Adiós, Tama —le dijo en tono más amable. Y se avergonzó nuevamente al ver que de satisfacción le brillaban los ojos—. Es fácil que vuelva tarde —añadió.

—Muy bien —respondió Tama. Y no se retiró mientras él la pudo ver.

¿Qué pasó cuando se quedó sola? Nunca se le había ocurrido pensarlo. ¿Se borraría la sonrisa de sus labios y la guardaría para cuando él volviese? Probablemente Ganjiro estaría de nuevo hecho un ovillo a la espalda de la criada. Por primera vez se le ocurrió que, en realidad, no sabía nada de lo que pasaba en su casa.

Mucho después de haberse dormido Tama aquella noche, I-wan continuaba desvelado, dándole vueltas la cabeza. Durante una hora ella le había estado dando masaje delicada y firmemente, rozándole apenas con los dedos y, sin embargo, haciendo presión sobre sus nervios.

—Sabes hacerlo todo —le dijo I-wan tras un largo silencio.

—¿Estás mejor?

—Sí.

A poco le volvió el dolor, pero no se lo dijo. Había hecho lo que podía. No tenía la culpa de que el dolor fuese más interno de lo que alcanzaban sus dedos. Las raíces estaban dentro de su alma. Mucho tiempo hacía que no pensaba en su alma. Tama había logrado que su cuerpo no sintiese nunca molestias y él aceptado gustoso la comodidad que ello suponía. Aquella misma noche, antes de reclinar el cuello, Tama se aseguró, en la forma delicada habitual, de que no necesitaba nada más.

—¿Estás cansado? —le preguntó acercándose tanto a él que podía aspirar la fragancia de su cuerpo fresco.

—Muy cansado. No quiero más que dormir.

Pasole la mano por la mejilla y luego se echó a su lado con tanta suavidad que apenas la sintió.

¿No tendría, en efecto, voluntad propia? De soltera sí la tuvo. Aquella insistencia en todo también era voluntad. Y sin embargo, pensándolo bien, comprendía que era otra cosa distinta de la voluntad individual. Y no la tradición, porque Tama no estaba esclavizada por la tradición; perdió este sentimiento en la escuela. Era otra cosa. Toda la familia lo tenía; sus padres, Bunji, Shio... En Akio le sirvió para conducirlo a la muerte, arrastrando consigo a una criatura tan humilde como Sumie. Se trataba de una especie de solidaridad espiritual que no podía comprender porque hasta llegar allí no la había conocido. Ni su familia ni su pueblo la tenían. En la banda de jóvenes a que le empujó En-lan, la solidaridad se basaba en convicciones intelectuales y no en el instinto. ¿La tendrían también sus hijos? Procuraba representarse la redonda carita de Jiro. Imposible saberlo... ¿Por qué pensar que no existiría? Tama le transmitiría

con su sangre lo que era indestructible en su ser.

Por lo tanto, lo más indestructible en el alma de sus hijos sería lo japonés, puesto que Tama era japonesa. En aquel instante sintiose más lejos de la mujer que dormía a su lado que si no lo hubiera visto nunca. Como de costumbre, dormía silenciosa, sin que se advirtiera su respiración. Él se movía siempre en la cama, pero Tama nunca. Al levantarse por la mañana no se le había descompuesto el peinado. Desde niña le habían enseñado a dominarse hasta dormida.

Y a todos les sucedía lo mismo. En el centro de su ser existía una fuerza que dirigía y que no se alteraba jamás. Recordaba el terremoto. Nadie se asustó. Nadie se quejó. Y sin embargo, con un poco de perspicacia, se podía observar su sufrimiento interno... Bunji, en cambio, sí perdió la serenidad. Y en el momento en que les faltaba la calma se convertían en bestias... Bunji era un ejemplo, siendo el mejor de todos. Porque reconocía sus errores, se asqueaba de su conducta y trataba de esconderla hasta de sí mismo.

¿Perdería Tama alguna vez la serenidad?... A la luz de la lamparilla contempló su pálida cara. Ganjiro dormía a su lado, como todos los niños japoneses, que siempre duermen con sus madres. Una vez que I-wan le dijo:

—¿Por qué no le dejas dormir con la muchacha?

Ella le respondió verdaderamente horrorizada:

—¿Cómo va saber una muchacha si le ocurre algo al niño?

Ella notaba instintivamente el menor cambio, al punto que si se ponía enfermo se daba cuenta del trastorno antes de que se presentara la enfermedad, y le obligaba a estarse quieto, aunque el chiquillo tuviera ganas de moverse.

I-wan se esforzó por permanecer tranquilo a pesar de que sus músculos necesitaban movimiento. La calma de su mujer le impulsaba a dominarse, porque en medio del silencio cualquier ruidito resultaba demasiado fuerte. Por fin pareció que del cuerpo de Tama emanaba algún fluido sólo perceptible en una gran tranquilidad. Calmose su inquietud, y a poco dormía como un niño inocente, quedando únicamente despiertos los centros nerviosos.

¿Por qué había de alterar su vida? La había organizado solo. Solo salió de su país; solo encontró Tama y con ella se formó su hogar. Aferrábase inconscientemente a su propia obra. Fuese lo que fuese lo que sucediera en otro sitio, aquello debía conservarse. Nadie tendría fuerza bastante para arrancárselo.

Alargó la mano y tocó a Tama, murmurando con un suspiro:

—¡Tama! —Tenía ansia de oír su voz.

Tama se despertó inmediatamente, como siempre; totalmente.

—¿Qué quieres? —inquirió vivaz.

—Nada... que me hables. He pasado un rato muy largo desvelado, pensando.

Extendió ella los brazos y le rodeó con ellos.

—No pienses tanto...

—Tienes razón, no quiero pensar más.

Abrazáronse estrechamente, en silencio. I-wan desechó todas las ideas penosas y, confiado, reclinó la cabeza en el pecho de su mujer. Todo lo que pasaba fuera le importaba poco.

Restablecióse la paz. Fue aquél un mes de extraordinaria frescura y de mucho sol. Todos los días, cuando I-wan volvía del trabajo, esperábanle al pie del monte, Tama con la criada y los niños y tomaban un autobús para dirigirse a una playa donde pasaban el resto de la tarde, y luego, en un restaurante o a un vendedor ambulante, compraban cualquier cosa para cenar. Si Ganjiro se dormía abrían un hoyito en la arena y lo acostaban, velándole el sueño la criada. Al volver a casa, ya de noche, aquélla solía llevar al niño a la espalda suponiendo que el padre no lo advertía. I-wan no decía nada, porque su mujer procuraba siempre evitar los motivos de discusión y no quería ser él quien la provocase.

Con frecuencia, con mucha más frecuencia que antes, iban a casa de los padres de Tama y cenaban en el jardín. El señor Muraki insistía mucho en que fueran.

—Es por Jiro —decía Tama con orgullo—. Quiere tenerlo siempre a su lado. Mi madre dice que Jiro es mucho más listo que los dos chicos de Shio.

Ciertamente Jiro era un chiquillo guapo, mucho más guapo que los que se solían ver. Más alto que los otros, llevaba muy alta la cabeza y no había heredado las manos y los regordetes pies de su madre sino que, como su padre, los tenía largos y delgados, quizás excesivamente finos para un niño. Asimismo era ingenioso e inteligente. El señor Muraki, después de cenar, le cogía de la mano y se paseaba con él por el jardín. I-wan contemplaba el grupo formado por el frágil anciano, con su traje gris, y el niño vivo y despierto que saltaba a su lado.

Al volver del paseo, el señor Muraki solía tener los ojos brillantes y apenas desaparecía el niño, decía:

—No he visto nunca un chico como éste. Es una prueba de lo que yo he dicho siempre; los chinos y los japoneses juntos podrían ser el pueblo más grande del mundo. Debemos unirnos.

Y se reía con su risa seca. I-wan se lo perdonaba todo ante el orgullo que sentía por Jiro. Lo pasaban muy bien. Hasta Bunji recobró su antiguo ser; bromeaba como antes. Setsu era la esposa que le convenía.

—¿Recuerdas, I-wan, que he dicho siempre que me casaría con una mujer fea? Es una gran cosa. Yo me considero superior y ella es humilde. Setsu es la perfecta esposa japonesa.

Y Setsu, poniéndose colorada, se reía de las gracias de Bunji. Todos en la casa le tomaron cariño a Setsu, que logró con gran esfuerzo aprender a leer y que no tenía más aspiraciones que hacer la vida agradable a su marido y a su suegro. Casi inmediatamente de casarse se quedó en estado interesante y penetró en la vida plácidamente como madre de muchos hijos.

Cuando, más tarde, I-wan recordaba aquella paz, se admiraba de haberla considerado segura. Acabó en un instante.

Era el día del cumpleaños del señor Muraki. Cumplía setenta y se celebraba de modo especial. Shio había llegado de Yokohama con su mujer y sus dos hijos, y se reunieron todos en un hotel céntrico. Los comerciantes de la ciudad acudieron para pronunciar un discurso en alabanza del señor Muraki y regalar una placa de plata con los nombres de todos, montada en un marco de madera con fondo de terciopelo. El señor Muraki tuvo una gran alegría con el homenaje, pero estaba muy cansado, porque no tenía costumbre de salir de su casa y aquel día se vio obligado a saludar y a dar las gracias por el regalo.

Por lo tanto, aquella tarde, en su casa, no recibió visitas y como quiera que hacía mucho calor y amenazaba tormenta, Bunji dispuso que se retirasen todos los biombos y se sentaron al aire libre, menos en el lado del salón grande que se abría sobre el jardín que estaba lleno de sol. El señor Muraki fumaba su pipa y Shio sobaba el trozo de jade; la señora de Muraki estaba arrodillada, sin decir nada y sin moverse. Solamente Bunji entraba y salía, dando órdenes a los criados y reprendiendo a los niños.

Sentado junto a Tama, I-wan tampoco hablaba, disfrutando de aquella calma y considerando la vida de su suegro, que aquel día habían pintado con vivos colores al hacer su panegírico... una vida honrada si apartarse un punto de las normas que se trazara. Miraba al anciano pensando si a los setenta años estaría satisfecho con lo que le había cabido en suerte. Raro sería que hubiese deseado otra cosa.

En aquel momento resbaló Ganjiro y se cayó al agua, lanzando un grito que se confundió con el ruido de la calle, aunque en un principio todos creyeron que sólo se había oído el grito del niño. Fuera de la verja Bunji también gritaba:

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

Shio a su vez exclamó:

—¿Será un terremoto? ¿Habéis sentido algo?

Tama corrió a unirse con su marido y sus hijos, y formaron un grupo esperando sentir que la tierra se movía bajo sus pies.

Pero la tierra no se movió. En el jardín no se alteró nada: el agua corría entre las rocas, el sol bajaba visiblemente proyectando sobre la hierba las sombras extrañas y alargadas de los árboles. El viejo jardinero se acercó corriendo a ellos con un periódico en la mano recién salido de la prensa. Bunji se lo arrebató y se puso a leer ante toda la familia, que esperaba ansiosa las noticias. No tardaron en saber lo sucedido.

Trescientos japoneses —hombres, mujeres y niños— muertos por un grupo de soldados chinos en un pueblecito cerca de Pekín... En venganza, decían los titulares, en venganza de las medidas policíacas pacíficas que en Pekín habían adoptado los japoneses.

Nadie hizo un comentario. Nadie miró a I-wan. Todos continuaron como si

esperasen el terremoto. Hasta los niños, dándose cuenta de que había ocurrido algún desastre, estaban callados. En el silencio, el ruido de la calle parecía más fuerte. Un teléfono sonó dentro de la casa y le oyeron. Al instante apareció una criada, que dirigiéndose a Bunji, le dijo:

—Señor, le llaman del despacho del general Seki.

Bunji se dirigió a la casa sin decir palabra, siguiéndole Setsu con sus pasitos menudos. Oyose el llanto de una mujer: la criada de Tama que no podía contener los sollozos.

—¿Qué te pasa, Miya? —le preguntó Tama en tono violento.

La pobre muchacha exclamó entre hipos:

—Mi hermano... Seguramente le habrán matado. Tenía una carnicería en China... en el sitio en que han ocurrido los sucesos. Los negocios marchaban tan mal aquí... hay tantas tiendas como la suya... Cuando el gobierno prometió ayudarle si quería instalarse en China, donde tendría ocasión de hacerse rico, mi padre le aconsejó que se fuera...

Lloraba a lágrima viva y Ganjiro, al oírla, gritaba como un loco. I-wan le tomó en brazos, aunque estaba demasiado trastornado para consolarle. ¿Qué significaba todo aquello? Cogió el periódico que había leído Bunji y lo recorrió de cabo a rabo. ¡Una colonia de ciudadanos pacíficos asesinada por chinos instruidos y pagados por los japoneses para mantener la paz!...

—Dame el niño, que sigue llorando —le dijo Tama.

Parecía a I-wan que le arrancaba a su hijo de los brazos con demasiada violencia. A poco, salió Bunji de la casa muy serio y frío. No miró a I-wan. Acercose, a su padre, le hizo una reverencia y le dijo con sencillez:

—Me han dado orden de que me incorpore inmediatamente al ejército. —Y sin decir más se internó; en la casa.

Todos quedaron en silencio. Si el señor Muraki o su hijo Shio hubieran dicho algo, seguramente les habría contestado I-wan: Sin duda habrá una razón. Los chinos no matamos a la gente sin motivo.

¡Los chinos! Momentos antes sentíase tan compenetrado con aquella familia, que no dudaba formar parte de ella. Pero... aquel silencio...

—Tenemos que marcharnos —dijo Tama con voz extraña.

Todos se levantaron y se dijeron adiós sin añadir ni una palabra más sobre nada. Imposible decir: Nosotros, los chinos...

Siguió a Tama, y salieron con los niños y la criada de ojos hinchados por el llanto, dirigiéndose a su casa, por las calles a media luz. Todo estaba en calma. La gente sabía lo que había ocurrido. Todo el mundo hablaba de ello en voz baja, con la mirada torva. De cuando en cuando un autobús se paraba, abría la portezuela y daba paso a grupos que volvían de las playas o de los parques, adonde no habían llegado aún las noticias.

I-wan continuaba en silencio. Sentía las miradas de las gentes que se fijaban en él

notando que era diferente de los demás. Y continuaba andando como si no observase nada. Dentro de sí se mezclaban confusamente la vergüenza y la cólera, siendo ésta más fuerte. Hubiera gritado de buena gana: «¿Por qué os hacéis los inocentes? Os aseguro que nosotros no matamos a la gente por diversión». Pero no podía ponerse a gritar en plena calle a personas que no le decían nada y que volvían la cabeza si las miraba.

Siguió andando, a solas con sus pensamientos, recordando todos los errores cometidos por el Japón. En-lan los conocía bien. En-lan se los había referido cien veces. A él no le parecían tan ciertos como a En-lan. Indudablemente la razón era que nunca había vivido en el norte ni donde los japoneses ejercían la presión más fuerte; aparte de que en casa de su padre nunca se hablaba de estas cosas. Recordaba las palabras de En-lan, llenas de pasión: «Quieren tragarnos como a Corea. Tarde o temprano tendremos que guerrear con ellos». Las veintiuna demandas... ¡cómo enfurecían a En-lan! Según decía, los japoneses eran los que llevaban a China el opio, vendiéndole a bajo precio y haciendo, por lo tanto, posible que lo comprasen los pobres. De vez en cuando En-lan tomaba parte en algún tumulto contra los japoneses saqueando tiendas y quemando sus géneros en las calles de Shanghai. Otras veces se indignaba su amigo al descubrir que un comerciante cauto arrancaba los marbetes de las mercaderías japonesas asegurando que eran chinas. Luego, sin saber cómo, los tumultos acabaron. Y todo se perdió en la corriente de la revolución que se acercaba. Entonces, I-wan lo recordaba, un día, al subir a la clase, En-lan le dijo al oído: «Más pronto o más tarde, después de la revolución, tendremos que librarnos de los japoneses».

Deseaba hablar con Tama, explicárselo todo... pero ella estaba muy ocupada.

—Miya, vete a tu casa ahora mismo, ya me arreglaré sola —le dijo a la criadita—. Y no vengas mañana. Consuela a tus padres y acompáñalos un día o dos.

Marchose la muchacha llorando de agradecimiento y Tama se cuidó de desnudar a los niños, de bañarlos, de darles de comer y de acostarlos. Y cuando I-wan trató de ayudarla, le rechazó suavemente:

—No, I-wan, vete al despacho y descansa. Puedo muy bien hacerlo sola.

Oía los pasos de Tama por toda la casa, sentado en la oscuridad del despacho. Porque, para pensar, no necesitaba luz. Repasaba en su mente todos los daños que el Japón había causado a su país. Si Tama le dijese, cuando la casa estuviera tranquila y ellos dos solos. «Dime I-wan cómo ha podido suceder eso...», él le respondería...

Pero Tama no le preguntó nada. Transcurrido un rato entró en el despacho y dio la vuelta a la llave de la luz:

—¿Por qué estás a oscuras, I-wan? Ven, que ya está la cena.

Y cogiéndole de la mano le sacó de allí. Durante toda la comida habló con naturalidad, no de los sucesos, sino de su padre y de lo que de él recordaba siendo niña, y de lo bueno y lo inteligente que era.

—¿Hasta cuando quería casarte con el general Seki? —escapósele a I-wan a su

pesar.

Tama contestó muy seria:

—Incluso eso lo hacía por creer que era lo que debía hacer.

Cruzáronse sus miradas, pensando I-wan: ¿Para qué hablar si convierte lo negro en blanco?

Inútil... inútil... se dijo a sí mismo sumiéndose de nuevo en el silencio.

No podía tener la seguridad de si la gente era igual que antes o no. Por todas partes trataba de descubrir una mirada aviesa, frialdad, rencor. Pero resultaba imposible asegurarse, porque las consideraciones que se hacía a sí mismo hubiera podido hacerlas al Japón entero. En su casa todo marchaba como de ordinario. Tama no hablaría, aunque pensase en ello... pero al cabo de unos días se convenció de que tampoco pensaba. ¿Era sincera, o sencillamente la decisión de no pensar?

A Bunji no le volvió a ver. Salió a su destino la misma noche que llegó la orden. I-wan esperaba que le darían su puesto como la otra vez, pero ni Shio ni el señor Muraki le dijeron nada. El despacho de Bunji se quedó vacío y, en el propio, I-wan trabajaba como siempre. Había mucho más trabajo, porque el tráfico de género aumentó considerablemente. Pero no se desempaquetaba en Nagasaki. Iba directamente a Yokohama consignado a Shio, teniendo I-wan noticia de ello por las relaciones de éste, que luego había que catalogar y comprobar. Pekín... muchos géneros de Pekín. Producto del saqueo seguramente, pensaba con amargura... ¿Qué otra cosa compraba y vendía la casa Muraki?

En torno suyo, el mismo silencio siempre. Era el único cambio visible. Las dos señoritas que trabajaban en su despacho, separadas por una mampara, seguían siendo corteses y respondían presurosas a sus llamadas; si compraba algo, los empleados de las tiendas mostrábanse tan solícitos como de costumbre. Pero observaba, en cambio, que la gente no le hablaba con la misma franqueza al saludarle o en la conversación corriente. Sentíase envuelto en el silencio igual que si le rodeara la oscuridad. Tal vez fuera, sin embargo, suspicacia suya, y lo que pasaba fuera que la gente estaba preocupada y temerosa y hablaba menos.

No hubiera podido asegurar nada. Pero en medio de aquel silencio su vida adquiriría un tono de irrealidad. Las cosas tangibles que había construido por sus propias manos: su casa, su hogar, sus hijos, su puesto en el mundo, se le escapaban. La única realidad visible era la discusión que en su interior sostenía con el Japón. Pues al pensar en lo sucedido no eran Tama, ni Bunji, ni otros japoneses determinados quienes se enfrentaban con él, sino un Japón desconocido; con él no podía relacionar la preciosa ciudad en que vivía, ni los montes verdequeantes, ni el mar sereno, cuya belleza no se cansaba de admirar.

En su casa, Tama le cuidaba más que nunca. Sin plan preconcebido, no salían nunca. Un día dijo I-wan:

—¿Quieres que lleve los niños al parque?

—¿Para qué molestarnos en sacarlos si en casa están tan contentos? —repuso sonriendo, Tama.

Cuando desapareció, ocurriósele pensar: «¿Sufriré entre los suyos por estar casada conmigo?».

No podía preguntárselo. Si realmente estaba en lo cierto, la base de su felicidad se resentiría.

Al pie de la ventana oyó decir a Jiro:

—Madre, ¿por qué llora Miya? Cuando tú no la ves siempre está llorando...

Y la voz tranquila de Tama que respondía:

—Es que han matado a su hermano, hijo mío.

—¿Quién le ha matado, madre?

—Unos soldados chinos en China.

—Entonces es que son malos —comentó el niño con indignación en la voz.

Al oír aquello, I-wan se indignó con Tama. ¿Por qué no haberle dicho, sencillamente, que su hermano había muerto? Asomose a la ventana y vio a su mujer regando las plantas y a Jiro a su lado con una regadera también.

—¡Tama! —le dijo en tono severo—, ¿cómo quieres que el niño comprenda esas cosas?

Al oír su voz levantó la cabeza y le miró fijamente, con expresión de pesar. Instantáneamente I-wan se colocó en la realidad. El niño perseguía a una mariposa amarilla y negra que revoloteaba por encima de las flores. No se acordaba de nada.

Nuevamente sentose I-wan a leer. Tenía que explicarle a Tama aquella noche... ¿el qué le iba a explicar? Trescientos muertos víctimas inocentes... eso lo sabía y no lo olvidaría. A todo lo que le dijera podría responder esto. Con el libro en la mano, no leía, pensaba. En Shanghai solía haber muchos japoneses gentes de todas las naciones. Ahora le parecía que recordaba a los japoneses con más claridad que a los demás extranjeros, sin duda porque no cambiaban fácilmente: siempre eran japoneses. Dondequiera que vivieran, las casas y los jardines eran un rincón del país, dando la impresión de que amaban tanto a su patria, que en el sitio más alejado de ella procuraban estar en el Japón... Sin embargo, conocía a sus compatriotas... No eran capaces de matar por diversión. Los japoneses debían de haber hecho algo... algo nuevo para enfurecerlos de aquel modo. Eso sería lo que le dijera a Tama. Y se puso a pensar el modo de decírselo.

Llamole ella para que bajara al jardín y él bajó en seguida. Los niños estaban acostados y Miya se había marchado a su casa. Estaban completamente solos, paseando arriba y abajo por la senda que el señor Muraki había abierto al extremo del jardín en dirección al mar. Hacia éste se dirigían sus miradas. Era el momento de hablar. Hablaría, pero antes debía romper el silencio con algo trivial.

—¿Han sido buenos los niños hoy? —preguntó.

—Muy buenos —respondió Tama tranquila.

—Supongo que habrás comprendido por qué te dije antes lo de Jiro.

—Sí —replicó rápida—. Pero los niños no recuerdan nada.

¿Tenían aquellas palabras un sentido oculto? Procuró verle la cara, pero estaba entre las tinieblas de la noche y sólo se veía una línea blanca bajo el pelo. Tenía que continuar.

—¿Sabes, Tama, que estoy intrigadísimo? Hay que esperar hasta saber la verdad. He escrito a mi padre y yo, por mi parte, no decidiré hasta que llegue su carta.

—Decidir... ¿el qué?

—Quiero decir, juzgar.

Tama volvió la cabeza hacia el mar, sin responder. I-wan insistió:

—Ya lo sabes, Tama.

Y como no le respondiera tampoco, se impacientó:

—¡Tama! —gritó.

Por fin habló la mujer.

—¿Qué tiene que ver todo eso con nosotros?

Le huía. Estaba seguro de que en el fondo de su alma, pensaba, sentía en contra suya... No tenía más remedio que atraérsela, que convencerla.

—Supongo que crearás que ha habido un motivo...

Entonces Tama respondió sin vacilar, como si tuviera preparada la frase desde mucho antes:

—¿Qué importa lo que yo crea si soy tu mujer?

Era la respuesta propia de una mujer japonesa. Evasivas, sumisión...

—No te sientas japonesa —le gritó.

Entre las tinieblas oyó la voz de Tama:

—Es que soy japonesa.

Su voz era tan suave como de costumbre y, sin embargo, I-wan tuvo la impresión de que se alejaba de él haciéndose tan impenetrable como la noche. Con deseo instintivo de mortificarla, continuó:

—La verdad es que tú ya tienes formada tu opinión. Crees, sin ninguna razón para ello, que mis compatriotas son capaces de asesinar como salvajes... No nos conoces. Si crees eso, es que no te has dado cuenta de lo que yo soy. Hemos tolerado durante años enteros que vosotros, los japoneses, nos hayáis robado miserablemente el país, el comercio —era una gran injusticia hacerla a ella responsable de lo que el Japón hiciera en China. Pero una vez que había empezado a hablar no podía callarse—. Yo sé lo que ha sucedido. Al caer Pekín y ver ondear una bandera enemiga, nuestros soldados no lo han podido sufrir, después de todo lo sufrido ya... Nosotros hemos estado aparte todo estos años...

Sin poderse contener, Tama le apretó el brazo sacudiéndole:

—¿Y quién asesinó a los japoneses en Nankín el veintisiete de marzo de mil novecientos veintisiete; y en Shanghai el novecientos treinta y dos?

—¿Has tenido guardado ese agravio en contra mía...? —exclamó I-wan.

Tama movió la cabeza:

—No. En contra tuya no; en contra de tu pueblo.

—Pero yo le represento a tus ojos...

Estaba tan furioso que la hubiera matado, pero recordó que momentos antes la había acusado como culpable de lo hecho por el Japón.

A sus oídos llegó la vocecita triste de Tama:

—¿Soy yo para ti una de esas personas... a quienes debe matarse?

En aquel momento no tenía nada de japonesa. Eran dos seres que hablaban de la diferencia de civilizaciones. De pronto, Tama se echó en los brazos de su marido, sollozando como un niño. Estaba vencida. Pero él no sintió la mínima satisfacción del triunfo. Estaba vencida sin ceder.

—Calla... vas a despertar a los niños —murmuró I-wan, porque en el silencio del jardín oíase su llanto y Jiro tenía el sueño muy ligero. ¡Qué difícil hubiera sido explicarle el llanto de su madre! Una vez apaciguada su ira, en el fondo de su alma, I-wan se sintió débil y cansado. Le pasó la mano por el pelo diciendo:

—Tienes razón. Cualquiera que sea la verdad... nosotros no tenemos nada que ver.

Estrecháronse los dos esposos en un abrazo lleno de amor y de ternura. Pero en I-wan había desaparecido el deseo. Ocurríale una cosa extraña: deseaba a Tama y no podía tomarla... Ella esperó un momento, luego murmuró:

—¿Qué te pasa?

Difícilmente hubiera podido responder a su pregunta porque no lo sabía. Estaba sorprendido, sin decir nada, sin soltarla. Sentía vergüenza y no lograba pronunciar una palabra. Transcurrió un rato, sin insistir, Tama se separó de su marido, se arregló el traje y se preparó para dormir.

¿Se durmió? No hubiera podido decirlo, porque, dormida o despierta, estaba en completa inmovilidad. Se tocaban en el hombro, en la pierna, en los pies. ¿Sería posible que estando tan juntos y en su propia casa, se alejaran el uno del otro? Tama se acercó a I-wan, le cogió una mano y se la puso sobre el corazón. Aquel contacto le hizo comprender que la carne fresca y suave de su mujer había cambiado para él. Pero no... era él el que había cambiado. Sentía una infinita ternura, pero sin deseos. Y en el modo de estrechar su mano vio que en ella también estaba muerto el deseo carnal. Ya no quería tener más hijos. Del pasado surgió algo, muerto mucho tiempo atrás: la voluntad de sus antepasados, que se interponía entre ellos, separándolos.

—Ganjiro tiene un catarro —le dijo Tama al día siguiente—. Esta noche me quedaré con él.

Trasladaba sus cosas al cuarto en que dormía Ganjiro con su hermano. «Esta noche...», dijo, pero I-wan sabía que continuaría durmiendo allí siempre. Entró ellos ya no habría pasión.

Sin embargo, sólo se le ocurrió:

—¿Tiene fiebre?

—Un poco —respondió Tama.

Llevo el almohadón de madera, el espejo y el armarito con varios cajones en donde guardaba las peinetas y las horquillas. Durante todo el día estuvo tan tierna, tan cariñosa, que I-wan sentíase impresionado, Porque sabía que aquella ternura era un abismo que se abría entre ellos y que no lo podrían cruzar nunca. Pero, ocurriera lo que ocurriera, la ternura no fallaría. Estaban enredados en ella.

Conforme transcurrían los días, sentíase I-wan más solo. A veces tenía la sensación de que Jiro y su hermanito se apartaban de él como si no le quisieran. Luego, se decía que no podía ser y que su alejamiento se debía a que él solía estar demasiado serio con ellos. Pero lo cierto era que su vida le resultaba cada vez más difícil. No había recibido carta de su padre ni de I-ko. ¡Imposible suponer que, por lo menos éste, no le hubiera escrito! No quería leer los periódicos, porque no creía las noticias que daban. Y si no los leía, lo ignoraba todo.

Una mañana al presentarse en la oficina, le enviaron al despacho de Bunji, viendo en la mesa de éste a un joven a quien desde que lo vio por vez primera, aborreció.

—Soy Hideyoshi —anuncie con orgullo—. Me han ascendido de subdirector en Yokohama a este puesto. Por desgracia, no tengo bien la vista; si no, estaría en China defendiendo mi patria... Siéntese.

Y le indicó una silla. I-wan se inclinó ligeramente y se sentó. La otra vez que se ausentó Bunji había él ocupado su cargo. Pero entonces Shio le enviaba aquel tipo, quizá para que le vigilara.

—¿Ha leído usted el periódico esta mañana? —preguntó Hideyoshi riendo a carcajadas.

—No, no lo he leído —respondió I-wan pausadamente y sintiendo que odiaba con toda su alma a aquel tipo.

—Pues léalo —le dio el periódico—. Es gracioso.

I-wan miró la primera página. Había muchas noticias de... Shanghai. No había leído periódicos hacía días. ¿Qué hacían los japoneses en Shanghai? Leyó un párrafo, al final de una columna... Una equivocación muy divertida... «Los chinos ayudan a los japoneses», decía. «Un aviador chino bombardea Shanghai». Y comentarios jocosos, repugnantemente jocosos. Un aviador chino muy joven había equivocado el objetivo y dejó caer sus bombas en una calle llena de gente. «Cientos de muertos...».

Indudablemente era un bulo de los japoneses. Siguió leyendo... era la verdad, vergonzosa, cruel verdad. Los detalles la confirmaban. Conocía la calle... La había recorrido infinitas veces. Siempre muy concurrida por gente que salía de las tiendas y se paraba ante los escaparates... Allí estaba la fotografía, mal grabada en el periódico japonés, pero que se podía reconocer a pesar que las casas aparecían en un montón de escombros, con vigas y hierros al descubierto. En algunas veíanse cuerpos colgados de un balcón o de una viga.

Miró a Hideyoshi, que continuaba riendo.

—¿Ah, está leyendo la noticia...? Terrible, pero graciosa en el fondo. ¡Tirar

bombas sobre sus compatriotas...! ¿No le parece divertido?

I-wan se ahogaba.

—No puede ser verdad. Es una equivocación...

—No hay equivocación que valga. Todos los periódicos lo dicen. Y todo el mundo lo encuentra graciosísimo. Es más que una victoria japonesa. Ahora verán los ingleses y los americanos la tontería de los chinos. ¡Son tan buenos que ayudan a los japoneses a matar a sus compatriotas!...

—Entonces, conviene usted en que los japoneses matan a los chinos, ¿no es eso?
—inquirió I-wan.

—No podemos tolerar sus insultos. Recordará que hemos tenido mucha paciencia. Desmanes, perjuicios; ataques del populacho, asesinatos impunes... todo esto lo hemos soportado durante años enteros. Pero ahora nuestro Emperador está decidido a acabar con la animosidad de los chinos. Lucharemos hasta que desaparezcan los sentimientos antijaponeses y los chinos estén dispuestos a colaborar con nosotros.

I-wan le miraba sin creer lo que oía.

—¿Quiere usted decir que... nos matarán... que bombardearán nuestras ciudades... que violarán a nuestras mujeres... hasta que los queramos a ustedes? — Rompió a reír sin poderse contener—. ¡Yo tengo obligación de quererle a usted, señor Hideyoshi... porque... es usted!... ¡ja, ja, ja!

Hideyoshi le miró desconcertado.

—Individualmente, usted no... Además a usted le consideramos como japonés. Lleva usted aquí muchos años y está casado con una japonesa...

La risa de I-wan se cortó como por encanto.

—¿Qué le sucede? —inquirió Hideyoshi al verle descompuesta la cara.

—Nada... Comprendo que no es cosa de risa.

Saludó con una ligera reverencia y se fue a su despacho. Sentose deshecho y desesperado. Abrió un cajón y sacó unas carpetas; tratando de ponerse a trabajar. Pero no pudo hacer nada.

«A usted le consideramos como japonés», le había dicho Hideyoshi. Una vez En-lan escribió, como solía escribir todo lo que le interesaba, un relato de lo que el Japón había hecho en China. Comenzaba en la época de su abuelo. Figuraban en el relato concesiones forzadas de tierras y de industrias, préstamos concedidos a hombres de guerra sin escrúpulos en nombre del gobierno, y tomando como garantía minas de gran valor. Figuraba también la toma de Kiaochow y las veintiuna demandas. Recordaba asimismo que, siendo muy pequeño, la niñera le había llevado a ver una manifestación en contra del Japón. Las banderas eran muy bonitas, pero él se asustó mucho al ver un gran cartel en el que aparecía un japonés enorme tragándose a varios chinitos indefensos; echose a llorar y la niñera tuvo que llevárselo a casa. Luego, durante varias noches soñó con el cartel, gritando y despertándose; y Peonía tuvo que llevarse una cama portátil a su cuarto y dormir a su lado. ¿Cómo iba

a ser japonés? Tama no había penetrado bien en su interior... Ni Tama, ni nadie; todos permanecían lejos de su verdadero ser.

Dos días después, los periódicos traían nuevas noticias. Hideyoshi asomó la cabeza por la puerta del despacho de I-wan:

—¿Ha visto usted el *Osaka Mainichi* de hoy?

I-wan levantó la cabeza sin responder. Le hubiera matado, aplastándolo como una cucaracha. Al verle la cara, comprendió Hideyoshi que no era odio lo que había impulsado a I-wan a ver claro «cuál era su deber». Era algo que llevaba muy adentro.

Seis días más tarde de aquel en que sucedió lo que hemos referido antes, era el señalado para la llegada del vapor de China, siendo I-wan el encargado de recibirlo en la aduana para recoger las mercancías consignadas a la casa Muraki. El espectáculo de la descarga del barco resultaba interesante. Los cestos cuidadosamente embalados que llevaban el nombre de Muraki, no significaban nada comparados con el resto de las mercancías que abarrotaban los muelles. No se trataba de curiosidades u objetos preciosos, sino de cosas corrientes, de las que se usan a diario. La mayoría iban sin embalar, como si las hubieran metido en el barco a toda prisa: un pupitre antiguo, una silla de talla; pero, sobre todo, camas, mesas, estufas de metales extranjeros y de formas raras, cajas de música, alfombras y almohadones, cortinas de terciopelo... todas las cosas que los chinos ricos solían tener en sus casas de Shanghai, algunas de las cuales podían proceder de la casa de su padre. Las miró, esperando reconocer alguna. Todas ellas eran reclamadas por alguien.

«Ahora me convenzo de que hay guerra —pensó—. Todo esto procede del saqueo; es producto del robo en las casas particulares».

Apenas había logrado dominar su indignación cuando se fijó en que una vez descargados todos los objetos antedichos, comenzaron a sacar unas cajitas de madera con un nombre en cada una. También las estaban esperando. Un individuo decía los nombres; y al oírlos, se adelantaba un grupo y recogía una de las cajas. Todos los individuos iban vestidos de luto riguroso. I-wan comprendió que aquellas cajitas contenían las cenizas de los muertos en el campo de batalla.

Entonces reflexionó que sólo había pensado en los chinos muertos. Una tontería. Los japoneses también sufrían las consecuencias de la guerra. Continuó observando en silencio cómo recogían las cajas y se las llevaban de allí sin ruido, sin llantos. Incluso hubo quien recibió sonriendo las cenizas del ser querido. Una de las cosas que habían aprendido desde la infancia era a sonreír cuando sus deudos sucumbían en el campo del honor. Y, sin embargo, lágrimas calladas corrían por sus mejillas.

Olvidose qué era y se acercó a los grupos hasta que advirtió que los que lloraban se fijaban en él. Indudablemente le reconocieron como chino, pero no expresaron odio, sino dolor. Se hizo atrás pensando que en su país no sucedería lo mismo. Su pueblo no era tan disciplinado como el japonés ante el dolor: lo hubieran expresado con gritos y maldiciones.

Retrocedió todavía más y tropezó con un anciano que llevaba en los brazos una

cajita como si fuera un niño. Al mirarle, I-wan leyó tal resignación que no pudo menos de murmurar algunas palabras de sorpresa al no ver ni un signo de odio. El anciano le respondió amable:

—¿Por qué hemos de odiarle a usted? Usted no tiene la culpa de nada. Además, nuestro pueblo está habituado a sufrir resignado por la patria. —Y arrasados los ojos en lágrimas apretó contra su pecho la caja, diciendo con voz temblona—: Sí... siento una gran satisfacción... mi único hijo...

Las palabras de aquel viejo abrieron nuevos horizontes a I-wan. Desaparecieron el silencio, la oscuridad en que había vivido: volvía a su propio ser. Resucitó en él el entusiasta que soñaba con el bien de su país y vivía para realizar sueños. ¡Cómo amaba aquel pueblo a su patria! El amor que brillaba en el rostro del anciano era el más hermoso del mundo. ¡Qué egoísta, qué pequeño resultaba el amor de una criatura por otras! Existía un amor infinitamente más grande, un amor en el que podía verterse todo el ser. ¿Había conocido él ese amor?

«I-wan parece un apóstol»... le dijo una vez Peonía... De repente ansió perderse, con todas sus dudas, en un sacrificio grande. Nunca fue tan feliz, ahora lo reconocía, como en los días de su amistad con En-lan, ni siquiera con Tama y sus cuidados. Él era una de esas personas que sienten la felicidad preocupándose de los demás. Ahora lo comprendía. El sufrimiento de los otros se lo reveló. ¡Y cuántos sufrían en su patria!

Separose del anciano. Ya no le necesitaba. Había realizado su obra. El hado, el extraño hado en que Tama creía, lo utilizó como instrumento. Sin volver a pensar en él, I-wan continuó el trabajo en la aduana. Mientras los aduaneros tomaban nota de los envíos, los empleados abrían los cestos y él confrontaba unos documentos con otros, pensaba preocupado:

«¿Cómo se lo diré a Tama?».

Al ir hacia su casa decidió que lo mejor sería marcharse sin decirle nada a su mujer. Le dejaría escrita una carta para que la leyese cuando ya no estuviera. Así podría explicarle las cosas en su lenguaje, que por escrito era el mismo de ella.

Con esta idea entró en su casa. Generalmente, Tama le esperaba a la puerta o en el jardín. Aquella noche no estaba. Disponíase a descalzarse cuando ella llegó corriendo desde la cocina, echándose hacia atrás el pelo.

—¡Qué tarde llego! Estaba preparando un plato de los que te gustan y me ha llevado mucho tiempo.

Al verla acercarse con los ojos tan francos y la cara sonrosada, comprendió que nunca podría separarse de ella sin despedirse. Pero temía que le faltara el ánimo si lo dejaba para más tarde. Le puso la mano en el hombro y le dijo a quemarropa:

—Tama, tengo que marcharme... me necesitan en mi casa.

Le dijo estas palabras en tono tranquilo para no alarmarla, pero Tama palideció y

el ritmo de su corazón se aceleró extraordinariamente. No se le ocurrió decir:

«Llévame contigo»; comprendió que se tenía que ir solo. I-wan continuó:

—Todos estos días lo estoy pasando muy mal. No sé qué hacer.

—Ya veía que pensabas en cosas tristes —repuso Tama con voz que apenas le salía de la garganta.

—Como no me has dicho nada, creía que no te dabas cuenta.

—No quería... tenía miedo... indudablemente crees que tu deber es... dejarnos... —tartamudeó Tama temblándole los labios.

El espectáculo era demasiado para I-wan, que estrechó a Tama entre sus brazos.

—No sabía lo que debía hacer hasta esta noche. Un anciano que acariciaba la caja con las cenizas de su hijo, me ha hecho comprender lo dulce y lo justo que es morir por la patria.

Empleaba palabras viejas. No las había oído nunca, pero una vez *miss* Maitland se las repitió provocando el siguiente comentario de En-lan:

—No se debe morir por la patria si la patria no tiene razón. Mejor es morir por una causa.

Y *miss* Maitland se enfadó mucho. Les habló de un inglés que quería tanto a Inglaterra que dispuso que sus cenizas descansaran en el país. En-lan no contestó, pero sonrió encogiéndose de hombros.

En aquel momento, con Tama entre los brazos, vio que *miss* Maitland tenía razón y que En-lan estaba equivocado. No importaba nada que la patria tuviese o no tuviese razón. Nunca hubiera creído que había de volver a China a alistarse a las órdenes de Chang-Kai-Chek. Y sin embargo, iba a hacerlo.

Tama se limpió las lágrimas y, serena ya, le dijo a su marido:

—Debes marcharte si crees que tu patria te necesita. Como buena japonesa lo comprendo perfectamente.

I-wan sentía los latidos del corazón de Tama, que desmentía la calma de sus palabras.

—Ya sabes que... para ti soy siempre el mismo.

Separose ella un poco:

—Ya lo sé. Nada de lo que sucede tiene que ver con nosotros. Planharemos lo que hemos de hacer.

Su mente, práctica, comenzaba a trabajar. A la puerta de la cocina apareció Miya descompuesta:

—Oku-san, ¿qué debo hacer? Está hirviendo.

—¡Oh! —exclamó Tama—. Ya hablaremos luego. No vamos a dejar que se estropee el pescado.

Y desapareció corriendo por la puerta de la cocina.

Aquella noche, con los biombos corridos y viendo el jardín, estuvieron hablando

hasta muy tarde. Tama no apartaba la vista del mar. No había luna. Una vez que sus ojos se habituaron a la oscuridad, vieron vagamente los contornos del jardín, porque todas las luces estaban apagadas a causa de los mosquitos. Apenas distinguía I-wan la cara de Tama: sólo sabía que no le miraba.

Sentados en las esterillas, Iwan le tenía cogida una mano a Tama. Ella no lloraba ni protestaba. Desde hacía mucho tiempo esperaba aquel momento. Cuando él le preguntó:

—¿Qué crees lo mejor para ti y los niños?

Tama contestó con firmeza:

—Nos iremos a casa de mi padre. Quiere tanto a los niños...

A I-wan no se le había ocurrido aquello. Pensaba que se quedaría en su casa hasta... ¿Hasta cuándo?... ¿Quién podía prever el final de la guerra?

—Es lo mejor, indudablemente —aceptó de mala gana.

Jiro y Ganjiro en casa de Muraki se olvidarían de la suya, de la que construyó para ellos, en la que vivieron con él, con su padre, que era chino.

—No consentirás que me olviden, ¿verdad?

Sintió la presión de la mano de Tama:

—¿Crees que voy a ser una esposa desleal porque la desgracia nos haya dado un golpe? ¿Voy a censurarte? Tú no nos olvidarás. Yo les repetiré sin cesar: «Honrad a vuestro padre, que lucha por su patria». ¿Podemos gastar algo en un retrato tuyo? Quiero tener uno de ahora, antes de marcharte. Lo colocaré donde los niños puedan verlo continuamente, le pondré flores...

Quebrose su voz y tosió para disimular la emoción.

—Mañana me lo haré —repuso Iwan.

Tuvo la sensación de que Tama temblaba; pero, transcurridos unos instantes, con su voz tranquila le preguntó:

—¿Necesitarás una maleta nueva o te servirá la vieja?

—Pienso llevarme muy pocas cosas. Dentro de unos días tendré que ir de uniforme.

Realmente Tama estaba temblando, pero I-wan la conocía demasiado para no darse cuenta de que le había de agradecer que no le dijera nada. Por lo tanto, siguió acariciándola, hablando como si tal cosa:

—Creo que lo más acertado será salir en el primer barco que haya. Dentro de cuatro días, me parece. Así tendremos tiempo para todo. Tengo que decírselo a tu padre.

—Déjalo... no se lo digamos a nadie. Quiero que estos días sean como si no te fueras a marchar. Una vez que te hayas ido, yo se lo comunicaré.

I-wan se quedó pensativo un momento:

—Sería una ingratitud de mi parte, Tama.

—No. Yo se lo diré. Déjame a mí arreglar esto. Él comprenderá... La única cosa tuya que comprenderá es lo que haces ahora.

—Es muy bueno... —comenzó I-wan.
Tama le interrumpió:
—Todos los japoneses lo comprenderían.

No quería hacer la maleta hasta una hora antes de irse al barco. Los pocos días pasados desde que había tomado la decisión de marcharse, tan largos uno a uno, ahora le parecían un momento. Transcurrieron exactamente como Tama se lo propuso. Menos el último, todos los demás trabajó como de costumbre, sin decir nada, pero ordenándolo todo minuciosamente para que el que le sucediera no encontrase ninguna dificultad. Nunca le entusiasmó el comercio así es que lo dejaba sin esfuerzo alguno. Y, sin embargo, por el comercio tuvo una posición y una casa. De haber querido, hubiera continuado siempre... Pero no era capaz.

El último día, sabiendo que a Tama le agradaba, fue con ella a orar al templo de los sintoístas. Algunas veces había ido con ella, pero nunca entró en la capilla.

—No puedo orar sin creer —decía—, y no creo.

Entonces entraba ella con los niños. Esto le molestaba un poco, pero lo dejó pasar recordando que de pequeño también él iba a los templos con su madre. Pero de mayor imitó a su padre, que no creía en dioses.

—Los dioses son buenos para las mujeres y la gente ignorante —solía decir su padre... Y durante la revolución En-lan despotricó cuanto pudo en contra de los sacerdotes y de los templos. En verdad apenas si llegó a comprender entonces por qué En-lan se mostraba tan agresivo contra una cosa que a él maldito lo que le importaba.

—La religión esclaviza a los hombres —decía En-lan siempre, muy indignado.

I-wan recordaba aquello cuando esperaba a Tama fuera de la capilla, chocándole que allí no eran sólo las mujeres y los trabajadores los que iban o orar, sino también gente de aspecto serio y bien vestida. Incluso los había que dejaban sus automóviles para entrar a adorar a los dioses. I-wan, sin embargo, continuaba sin creer en ellos.

Por complacer a Tama en aquel día último que pasaba a su lado, entró en el templo y se quedó de pie, ante la capilla, con ella y los niños, que rezaban fervorosos. Con asombro observó que hasta el pequeño Ganjiro sabía rezar... Sus dos hijos... ¿se educarían adorando a los dioses de su madre? Aunque se lo propusiera no podría evitarlo.

«No importa —pensó de repente— si salen tan buenos como ella».

Por su parte, la única sensación agradable era la manita de Jiro entre las suyas y el removerse de Ganjiro a su lado.

Por fin terminó el día, y llegó la mañana siguiente, y la última hora. Metió en la maleta unos cuantos trajes, el que llevaba a la oficina, camisas de dormir, unos libros... Tama apareció con una cosa de seda azul en la mano. I-wan ignoraba lo que pudiese ser. Tama lo desdobló viendo entonces que era el traje chino que usaba antes. Con sonrisa triste le dijo:

—La primera vez que te vi lo llevabas puesto.

Destrozada el alma por la sonrisa de su mujer, repuso I-wan:

—No lo he usado hace años.

—Ahora puede que lo necesites.

Y, doblándolo con cuidado, lo metió en la maleta.

Como los días pasados, la sintió verdaderamente metida dentro de sí. Sabía lo que pensaba, lo que quería y que constantemente estaba a punto de echarse a llorar. Pero sabía también que se había propuesto, y cumpliría su propósito, no llorar hasta que se hubiera marchado. Mientras estuviera allí, le sonreiría. Y él la ayudaba porque estaba seguro de que, si llegase a fallar, se avergonzaría y lamentaría siempre no haber llegado a la perfección de dominio que deseaba. Pasaron muchas horas sin separarse, pero no se tocaron más que la mano.

Llegó el último momento. En el puerto, la chimenea del barco comenzaba a echar humo. Estaban encendidas las máquinas. El buque zarparía a las doce.

—Tengo que irme, Tama —dijo I-wan tranquilo.

Convinieron días antes que iría él solo para que los niños no se enterasen. Cogidos de la mano, salieron al jardín donde estaban jugando Jiro y su hermano. Entretenidos en construir un dique con piedras en el arroyito, ni siquiera levantaron la cabeza. Se oyeron sus voces: Jiro, mandón como siempre; Ganjiro, contestando con preguntas.

Durante unos segundos pensó que le iba a ser imposible realizar su propósito.

—En cuanto pueda, mandaré por ti y por los niños.

Tama movió la cabeza en señal de duda:

—¿Cuándo será eso?

Sus palabras, su voz, la serenidad imperturbable de sus ojos le hicieron sumirse en la inmensidad de la hora en que estaban perdidas sus vidas.

—Tengo que irme —repitió apresurado.

Estrechó a su mujer entre sus brazos, juntaron las caras, mirola nuevamente y en su rostro leyó que la eternidad se interponía entre los dos.

Apenas puso el pie en el barco, levantaron la escalerilla.

—Si se descuida se queda en tierra, amigo mío —le dijo un americano, sin obtener contestación.

I-wan se dirigió a la popa del barco para averiguar el número de su camarote. Estaba vacío, pero en la litera de abajo se veía el equipaje de su compañero. Echó la maleta sobre la litera de arriba y salió. Por las abiertas puertas de los camarotes oíase hablar en chino.

Subió a cubierta y contempló los montes. El barco se separaba de los muelles. No tardarían en salir del puerto. Buscó con la vista la parte de la montaña más cerca del mar. Allí estaba su casita... el cuadrilátero verde que se divisaba era el jardín. También alcanzó a ver unas manchas de color: Tama. No le distinguía la cara, pero sentía su mirada posarse sobre él. Por encima de la pradera verde movíase una

manchita anaranjada: Jiro, su hijo.

Si hubiera podido, I-wan se habría tirado al mar para volver entre los suyos, a la casita aquella... a su verdadero hogar. ¿Por qué se alejaba de Tama? ¿No sería otra vez víctima de un espejismo?... Tama estaría llorando... Se le apretó la garganta.

—¡Hola! —le dijo una voz con acento americano.

Fijose en su interlocutor, que era un tipo cuadrado, feo, pero agradable, que le llegaba al hombro. No era americano sino chino, desde luego vestido a la europea; con un traje azul marino con rayitas blancas. Le estaba muy grande y resultaba una figura grotesca con cuello azulado, de celuloide, que también era enorme para él. Con sonrisa franca muy americana, le dijo:

—Yo estaba empleado en los lavaderos de Seattle. Me parece que somos compañeros de camarote... Soy cantonés... me llamo Lim... Jackie Lim... nacido en los Estados Unidos... tercera generación... aunque mi padre fue a Cantón cuando tenía sesenta años. No sé hablar mi lengua. Pero me parece que podré ir a la guerra sin hablar. Porque voy a mi patria a luchar contra los japoneses.

—Yo también —repuso I-wan.

El individuo le tendió la mano, diciéndole cordialmente:

—¡Chóquela!

I-wan sintió una mano fuerte y ágil que le apretaba la suya.

Las nieblas de la nostalgia iban desapareciendo. Miró de nuevo al monte y ya no vio nada. El barco había virado y dirigía la proa a alta mar.

TERCERA PARTE

En el mismo momento en que puso pie en tierra, comprendió que su país no era el que había dejado. Y mucho menos la patria con que soñaban En-lan y él.

El Bund estaba abarrotado de gente que se dirigía muy de prisa a los muelles y a los barcos. Los cochecillos corrían veloces, cargados de muebles y de colchones. Los hombres y las mujeres agarraban a sus hijos y les gritaban a los conductores, que no paraban mientes en ellos. Los automóviles, llenos de baúles, de cajas de laca y de muebles tallados y ocupados por gentes muy bien vestidas, pasaban raudos. A lo lejos, en la parte norte de la población, acumulábase una masa de algo que no era una nube.

—¿Hay algún fuego? —inquirió, indicando la masa en cuestión.

Desde el barco había enviado un radiograma anunciando su llegada. Le esperaba su hermano. Alegrose mucho de verle solo y de que no le acompañase la alemana. I-ko, muy elegante, con uniforme nuevo de paño azul oscuro, descendió del coche americano de su padre. Volvióse para decirle algo al ruso blanco que tenía de chófer, el cual le contestó con un saludo seco.

Luego respondió a la pregunta de I-wan:

—Ya te acostumbrarás a este espectáculo. Constantemente hay fuego en alguna parte.

En el muelle, el compañero de camarote de I-wan se retiró prudentemente. Habíase acercado jovial para decirle adiós, pues se iba a Hong-Kong. I-wan le había tomado cariño a aquel tipo americano-chino. Pero éste, al ver la elegancia de I-ko, sintiose avergonzado. Se encogió todavía más dentro de su ropa.

—I-ko, te presento al señor Lim, que viene de América para incorporarse.

Lim alargó la mano; pero I-ko aparentó no ver el movimiento y Jackie Lim, azorado, la metió en el bolsillo.

—Escríbame, Lim —le dijo I-wan, mirando hosco a I-ko—. Dígame cómo encuentra a su abuelo y a qué regimiento va destinado.

—Así lo haré. No estoy muy ducho en eso de la escritura, pero yo me las arreglaré para darle noticias.

Estrecháronse las manos y Jackie subió a bordo. Al entrar en el coche, I-wan le vio mirando muy fijo a la orilla...

—Un buen hombre —comentó I-wan—. Va a su casa por primera vez para visitar a su abuelo, que vive en Cantón. Luego se alistará como soldado, simplemente para ir a la guerra.

I-ko tenía el deber de comprender el espíritu heroico de aquel tipo raro. Pero sólo se le ocurrió comentar:

—Hay infinitos como él... demasiados. Locos llenos de entusiasmo y nada más. Han estado a punto de arruinarnos... han tirado bombas sobre nuestra gente, ayer bombardearon también un barco americano... claro que por error, creyendo que era japonés... Como si no tuviéramos bastante ya, ahora tendremos que soportar las protestas americanas y pagar miles de dólares de indemnización. Te aseguro, I-wan,

que desde que he venido no he tenido motivos para sentirme orgulloso de ser chino.

I-ko miraba fríamente hacia adelante. I-wan pensó si su mujer le habría ayudado a avergonzarse. Inclínose un poco y subió el cristal que separaba el interior del coche del chófer, continuando luego:

—La verdad es, I-wan, que los japoneses nos han batido en toda la línea. En el aire no podemos competir con ellos. Nuestras fuerzas aéreas no son nada... podridas hasta la médula y con una mujer al frente... Es ridículo. ¿Qué otro país tendría al frente de la flota aérea a una mujer? Nada importa que sea la señora Chang. ¿Qué sabe ella de aviación? Me alegro mucho de marcharme a Cantón.

—¿Te vas a Cantón? —preguntó I-wan, dándose cuenta de que ignoraba mucho de lo que sucedía.

—Sí, nos vamos todos menos nuestro padre. Frieda se marchó hace tres semanas. Le molestaba vivir aquí. Las mujeres extranjeras son muy sensibles —explicó I-ko. A I-wan le dieron ganas de reír. ¡Aquella mujer sensible!... Por lo menos no la vería, y eso le agradaba. I-ko siguió—: Yo tengo que ir a Cantón a las órdenes del general Pai, mejor dicho, a las de Chang. Aquí, no están seguros los viejos. Me los llevo allá esta misma noche, aunque, naturalmente, no vivirán con nosotros. Frieda no se entiende bien con ellos. Y yo estoy conforme con ella, porque son bastante difíciles.

Detúvose el coche para dejar pasar a una porción de cochecillos de mano.

—Seguramente toda esta gente evacua, ¿no es verdad? —inquirió I-wan, pensando en su cuñada y en que si su hermano estaba conforme con ella, habría disgustos en la casa de sus padres. Pero no quiso preguntar nada.

A la frase anterior, I-ko respondió:

—No hay necesidad de esperar a ser bombardeados por ambas partes.

No hablaron más mientras el coche atravesaba calles y más calles abarrotadas de gente. I-ko no le preguntó nada a su hermano y éste tampoco tenía nada que decirle. I-wan reflexionaba sobre los sucesos. La cosa era mucho más grave de lo que se imaginaba. Pasaron por calles cuyas casas estaban hundidas, en escombros. Ante aquel espectáculo se olvidó de la alemana. Entristecido, le preguntó a su hermano:

—Dime exactamente lo que pasa.

I-ko se encogió de hombros levantando las hombreras del uniforme. I-wan le miraba extrañado porque no conocía aquel traje. Indudablemente no era el uniforme de un soldado vulgar.

—Pues ni más ni menos que lo que ves —dijo I-ko en tono despectivo—. Gentes que van de un lado para otro, y todo en ruinas. No hay organización de ninguna clase. Nada está preparado. Chang en Nankín como una araña enredada en su tela. Pero no coge moscas. —Terminó I-ko riéndose de sus propias palabras.

—Seguramente tendrá un plan —dijo I-wan ansioso.

—Yo no he visto ninguno. Cuando vine de Alemania creí que me encontraría con el ejército nacional organizado. Pero ¿qué vi? Hordas de hombres sin instrucción obedeciendo cada una de ellas a su jefecillo. El concepto nacional no existe. La

obediencia... Ni siquiera obedecen a sus generales. No hay disciplinas. Un grupo se lanza por iniciativa particular a atacar a los japoneses cuando no es oportuno, cuando no hay nada dispuesto para sostener el ataque, y el hacerlo supone una pérdida estúpida de hombres y municiones... y todo el mundo se entusiasma y los llama héroes.

El pálido rostro de I-wan tiñose repentinamente de púrpura.

—Es extraño oírte hablar de disciplina, I-ko —le dijo a su hermano.

—He aprendido la importancia que tiene —repuso el otro, cortante. Y tras una pequeña pausa continuó:

—La eficacia del Ejército japonés es mayor por su disciplina. Han aprendido de los alemanes... Nosotros no venceremos nunca; puede decirse que ya tenemos la guerra perdida.

I-wan no contestó. Sabía perfectamente lo que pensaba I-ko. Conocía a su pueblo. No creerían nunca que pudiera pasar lo peor. Y si llegaban a pensarlo se convencerían en seguida de que no se podría evitar. No estaban preparados para aquello. Pero de seguro no serían derrotados totalmente.

Aparecieron en el cielo tres aeroplanos; I-ko habló con el chófer por el tubo acústico. El conductor se acercó al encintado de la acera y esperó. Los aeroplanos evolucionaban, metiendo un ruido infernal. I-wan vio por primera vez en su vida lanzar bombas. Brillaban al sol al caer sobre la ciudad china. No impresionaban. Y, sin embargo, apenas se perdían de vista sonaba una explosión y en la lejanía se levantaba una nube de polvo. Los aeroplanos se elevaron nuevamente y volaron hacia el oeste.

—Sigue —ordenó I-ko al chófer.

Siguieron su camino sin hablar. ¿Cuántos muertos habría habido en aquellos pocos minutos? Sin darse cuenta, encontrose delante de la puerta que conocía tan bien. Subió detrás de su hermano con una sensación extraña, pero sin miedo. Necesitaba ver los muertos para tomarle miedo a las bombas.

—Todo está revuelto —le dijo I-ko bruscamente. Tocó la campanilla—. La abuela está tan mala que dudo pueda resistir el viaje.

Abrió la puerta. I-wan percibió el olor del opio y con él recordó todo lo pasado. Una criada revolvía la droga con una cucharita. Quedose mirando a I-wan. No se parecía en nada a Peonía, cuyas funciones desempeñaba. ¡Peonía! No había pensado en ella al retornar a su casa, pero, ahora, la echaba de menos.

—¿Se ha sabido algo de Peonía? —le preguntó a I-ko.

Éste se quitaba la guerrera. Sonriendo irónico, respondió a su hermano:

—No. Eso se llama gratitud. Después de haberla tratado como a una hija durante tantos años.

—Se ganó el pan con su trabajo —repuso I-wan secamente, recordando. Se dirigió al cuarto de la abuela—. Voy a entrar a verla primero.

—No te conocerá —repuso I-ko subiendo la escalera. A pesar de la advertencia,

I-wan entró.

En efecto, la abuela no estaba para conocer a nadie. Yacía en la cama, hecha una pasita, con la piel pegada al esqueleto, reducida al tamaño de un niño. Vio que estaba ciega a consecuencia de cataratas. La llamó.

—Abuela, soy yo, I-wan, de vuelta otra vez.

No le oía. Alargó la mano y le tomó la suya. Estaba fría y seca como la pata de un pájaro. Al sentir la presión de la mano de I-wan, entreabrió los amoratados labios y lanzó un quejido. I-wan le soltó la mano, asustado. ¿Podía un ser humano llegar a tal estado de inutilidad? Oyó unos pasos y vio a su padre, que se acercaba. Había engruesado, tenía la mirada más tranquila y el pelo casi completamente blanco, pero la expresión de su rostro era la misma.

—¡Padre! —exclamó.

—¡Hijo mío! —repuso el padre cogiéndole por los hombros—. ¡Es lo mejor que podía suceder! Pero ¿por qué no has contestado a mis cartas desde hace tres meses?

—No he recibido ninguna carta. Y yo he escrito con regularidad.

El padre se lo quedó mirando muy fijo y movió la cabeza:

—No entiendo ya a mi amigo Muraki. Pero, en fin, ya estás aquí, que es lo principal. No habrá necesidad de más cartas.

De tanto como tenía que decir a su padre, no supo decirle nada.

—Tu abuelo te espera en su habitación.

—La abuela no me ha conocido —repuso I-wan, pensando si a su abuelo le sucedería lo mismo.

—Lo encontrarás poco más o menos como cuando te fuiste. Un poco más débil, claro. Pero lo verás vestido con el mejor uniforme y todas sus cruces, dispuesto a emprender el viaje. Y así lleva seis horas. Tiene una porción de ideas a propósito de los japoneses. —Se interrumpió para reír. Luego continuó—: La última vez que fui a Nankín a conferenciar con Chang-Kai-Chek, me hizo llevarle un plan suyo en el cual demostraba que en tres meses podíamos librarnos, no sólo de los japoneses, sino de todos los extranjeros.

El padre se rió de buena gana dando luego un suspiro. La anciana se quejaba. El señor Wu se dirigió a la criada al salir, diciéndole en tono seco:

—Dale la droga... que se tranquilice.

—Sí señor... Sí señor... —balbuceó la muchacha apresurándose a cumplimentar la orden.

—Con los viejos que llegan a ese estado no se puede hacer nada. Todo resulta inútil —murmuró, mientras subían la escalera.

I-wan no respondió. Encontraba cambiado a su padre. Más amable y al mismo tiempo más fuerte.

—¿Cómo está mamá? —inquirió.

—Acaba de levantarse. Duerme demasiado. El bombardeo de anoche la desveló. Se aterra en cuanto comienza. Y a propósito, si te pregunta si vas a Cantón dile que

no. Porque no irás: tienes que quedarte aquí. Chang-Kai-Chek tiene un plan para que trabajes —dijo el padre, disponiéndose a abrir la puerta de donde estaba el abuelo.

Al oír aquellas palabras I-wan miró a su padre. Chang-Kai-Chek, el hombre de quien tuvo que huir un día, el que tal vez hubiese matado a En-lan... Todo había cambiado. ¿Por qué, pues, no había de cambiar aquello?

—Muy bien, padre —respondió I-wan entrando en la habitación.

El viejo general estaba sentado junto a la ventana; dábale el sol en el pecho, resplandeciente de condecoraciones.

—¡Ya has llegado! —exclamó igual que si hubiera visto a su nieto el día antes.

—Sí, abuelo —respondió I-wan sonriendo.

El anciano temblaba a consecuencia de un poco de perlesía y las cruces sonaban ligeramente. Pero tenía el aire señorial de siempre.

—Sentaos —ordenó. El general se acercó a una mesa y cogió un rollito que desplegó lentamente, diciendo—: En cuanto lleguemos a Cantón presentaré personalmente mis planes a Pai. El fondo de la idea es... dejar a los japoneses que sigan su camino. Me dicen que en Shanghai ha habido diez mil muertos. Como existen allí muchos millones todavía nos quedan bastante. Conviene que los japoneses se diezmen. Cuando estén agotados, entonces los invitaremos a que se retiren a su país, no todos de una vez, sino poco a poco. Y para que no se ofendan —pues se debe ser cortés con el enemigo— también invitaremos a las personas procedentes de otros países a que hagan lo mismo. Y como no estaremos gastados por la lucha y habremos ahorrado todos nuestros recursos, si fuese necesario, entonces podríamos emplear la fuerza.

El viejo miró con orgullo a su hijo y a su nieto, I-wan se fijó en su padre, que contemplaba al suyo con expresión de tolerancia y de bondad.

—¿Qué te parece la idea, I-wan? —preguntóle el abuelo.

—Quizás un poco dura para la gente que expone su vida —dijo el nieto con cierta cautela, considerando qué sería imposible esperar tanto tiempo a resolver un asunto tan serio.

—¡Qué tontería! En primer lugar ya están habituados al hambre y a la guerra, aunque en escala menor. En segundo lugar, suponiendo que los japoneses en masa se trasladen a nuestro país, para nosotros sería como si nos invadiera un enjambre de moscas. Nuestro país es demasiado grande para ser conquistado, sobre todo por uno tan pequeño. Y además, nuestro pueblo se acostumbra a todo.

El tono en que el viejo general pronunció aquellas frases era tan definitivo que no admitía réplica.

De pronto, el anciano pensó en otra cosa y con expresión infantil se lamentó:

—Se me ha perdido una cruz.

—¿Cuál? —preguntóle el señor Wu abriendo la cajita forrada de terciopelo donde estaban guardadas todas las condecoraciones.

—Una de oro que mandé hacer copiando la del Embajador italiano. ¿No te

acuerdas? Hace apenas diez años... era una de las más nuevas. Sin duda me lo habrá robado algún criado. Hay que averiguar cuál, para despedirle.

El señor Wu no contestó y se puso a revolver en la caja.

—Aquí está. La toco, pero no puedo sacarla.

—A ver si yo puedo —dijo I-wan que, como tenía los dedos más largos que su padre, consiguió atrapar la cinta y tiró de ella.

—Ésa es... ésa es... —exclamó gozoso el general—. Dámela para colocarla en su sitio, aquí, junto a la del águila. Pienso enseñársela a Pai, a ver si la copia para sus oficiales.

Padre e hijo salieron riendo de la habitación. En la antesala se abrió una puerta, apareciendo en ella la madre, que al ver a I-wan lanzó una exclamación de alegría:

—¡Por fin estás aquí, hijo mío!

—Sí, madre —respondió el hijo. La señora Wu estaba muy cambiada: había engruesado mucho. I-wan le cogió una mano para aspirar su perfume como solía hacer cuando niño, procurando verla lo mismo que entonces: bella, inteligente y mucho más fuerte que él. En aquel tiempo corría siempre a su lado y escondía la cabeza en su regazo. Ahora le resultaba un poco repulsiva: había crecido tanto que la veía por debajo de él y se daba cuenta de que no encontraría en ella protección ni refugio. Se puso triste. ¿Experimentaría alguna vez la misma sensación respecto de él su hijo Jiro?... Lo único que en su madre no había cambiado era la voz.

—No deshagas el equipaje, I-wan —le dijo—. Nos vamos a Cantón y vendrás con nosotros. Aquí bombardean constantemente, de día y de noche. Tu padre no irá. Yo he llorado mucho, pero, como siempre, ni me hace caso. Tú tienes que estar a mi lado. I-ko está perdido para mí. ¡Esa mujer...! Y yo necesito alguien que me ayude a estar al tanto de las cosas.

—Te llevas a todos los criados, menos uno —recordole el señor Wu.

—De los criados hay que ocuparse —repuso la señora.

—Yo no puedo ir contigo, madre. He venido a incorporarme al ejército. —Era mejor decir las cosas claras desde el primer momento.

Tembláronle los labios a la pobre señora:

—Eres igual de terco que tu padre.

A punto estaba de echarse a llorar cuando apareció una criada con una porción de pieles.

—¿Llevamos éstas o las dejamos, señora?

—Seguramente estaremos de vuelta para el invierno... déjelas.

—Llévelas, es mejor —dijo el señor Wu.

—No tengo bastantes baúles —dijo la señora en tono quejumbroso.

—Compra lo que necesites.

—¡Qué aburrimiento...! —murmuró la señora Wu distraída; y volviendo la espalda se metió en el cuarto, olvidándose de todo lo demás.

I-wan se dirigió a su padre:

—Voy a mi cuarto para arreglarme un poco.

Necesitaba estar solo. Su padre asintió y entró en su habitación también. I-wan abrió la puerta de aquel lugar tan familiar para él.

Al principio tuvo la sensación de que iba a ver a Peonía. Resultaba extraño no habérsela encontrado todavía en la casa, pero en aquel rincón aun más. No se notaba su mano. En las ventanas no había flores, encima de la mesa no estaba la tetera. Todo estaba limpio, aunque cubierto con una ligera capa de polvo. Nadie había entrado aquella mañana, como hubiera hecho Peonía al saber que llegaba. La cama, los libros, los cojines de las sillas, todo tenía el sello de un cuarto desocupado. Le sería difícil volver a sentirse a gusto en su antigua habitación... Era muy joven cuando set fue. Entonces tuvo la ilusión de que los revolucionarios la destrozarían. Pero no fue así. Quedó incólume... quizá para ser destrozada por una bomba japonesa. ¿Quién es capaz de saber el final de las cosas? Él, por lo menos, no.

Después recordó otra cosa. En la época feliz de sus ilusiones, En-lan escribió unas cuartillas dedicadas a él, en las cuales le relataba su historia. I-wan las había guardado en el fondo de un cajón, debajo de sus cuadernos. Abrió el cajón. No estaban las cuartillas. Nadie había tocado los libros ni el cajón que tenía una espesa capa de polvo. Pero las cuartillas dobladas habían desaparecido. Alguien se las había llevado. ¿Habría tenido la culpa de que fuese descubierta la banda? Un sudor frío le inundó la frente. ¿Sabría su padre...? Pero su padre no entraba nunca en su cuarto. Únicamente Peonía sabía sus cosas. Imposible que hubiera sido Peonía... No, imposible que los hubiese traicionado, aun cuando era la única persona que tenía noticias... No logró librarse de la preocupación, que le tuvo despierto más de la mitad de la noche, a pesar de que se repetía una y mil veces que aquello era historia pasada.

Durante la noche llovió bastante. Su madre fue al barco repitiendo sin cesar:

—Los dioses me han escuchado. Les he pedido que lloviera.

Indudablemente su padre también había cambiado. No le contestó nada a su mujer cuando la oyó hablar de los dioses: antes se hubiera impacientado. Fueron todos juntos al vapor. El señor Wu le dio los pasajes y dinero a I-ko. Al volver encontraron la casa triste y silenciosa; el padre estaba demasiado cansado para hablar. Sólo le dijo a I-wan:

—Pasaremos una noche tranquila porque las nubes ocultan la luna y no habrá bombardeos... Dormiremos, pues, si nos dejan. —Y se metió en su cuarto. I-wan también se encerró en el suyo.

Acurrucado cómodamente en la cama, continuó pensando en Peonía y en lo que habría sido de ella. Si los había traicionado, resultaría el culpable de la muerte de En-lan... Y, sin embargo, confiaba en ella todavía, aun cuando nadie la conocía bien. No la olvidó nunca. No se había borrado de su memoria en todos aquellos años de vida común con Tama, a pesar de no hablar de ella. Una vez pensó en ella. La noche de sus bodas pensó en Peonía para alegrarse de no haberla querido ni haberle permitido que le diera su amor. Aquello no se lo podía decir a Tama y, por lo tanto,

nunca se la nombró. Pero Peonía significaba algo para él... no sabía qué... quizás el recuerdo de una fragancia y nada más... Ansiaba adquirir la seguridad de que no había traicionado a En-lan...

Al día siguiente, después del almuerzo, le dijo a su padre, procurando dar a sus palabras un tono de perfecta neutralidad:

—Muchas veces he pensado cómo supiste que yo pertenecía a aquel grupo de revolucionarios. Ha pasado tanto tiempo que creo poder preguntártelo ahora.

—Me lo dijo Chang-Kai-Chek.

—¡Chang-Kai-Chek...! ¿Cómo lo sabía él?

—Lo sabe todo. En aquellos días tuvimos muchas conversaciones y, a cambio de sus promesas de mantener la ley y expulsar a los comunistas, yo me comprometí a prestarle las cantidades que convinimos. Un día me mandó llamar urgentemente. Fui a verle y me recibió solo. Me enseñó tu nombre, que figuraba en una lista de comunistas que habían de ser ejecutados. No lo creí... Le aseguré que debía de haber una equivocación. Él llamó a un compañero de clase tuyo que mediante una cantidad, le había proporcionado la lista de nombres en la que estaba el tuyo.

—¿Se llamaba Peng Liu?

—No sé —respondió el padre recordando con repugnancia el incidente—. Era un chico muy amarillo hijo de un tendero.

—¡Peng Liu en efecto! ¿Dónde está ahora?

No había sido Peonía... No podía acusársela de la pérdida de En-lan.

—Murió. Se le dio el dinero y le ejecutaron después.

—Lo mataron, a pesar...

—Chang desprecia a los traidores.

—¿Cómo pudo tender un lazo y luego vituperar al que cayó en él? —preguntó I-wan indignado.

—Tienes que comprender que es lo natural. Es hombre duro, pero leal. Utiliza todos los medios que están a su alcance para lograr su propósito y hace desaparecer a aquellos que no son de fiar.

—Vamos, es un oportunista.

—Todos los hombres sensatos son oportunistas. Únicamente los tontos no cambian a compás de los tiempos. Ahora, que dentro de su ser, ese hombre no cambia.

Estaba el padre inclinado sobre la mesa tabaleando en ella con sus largas uñas.

—Te aseguro, I-wan, que es el único que puede salvarnos de los japoneses. Y lo hará. Desde que volvió de Sian ha reflexionado mucho y no cesará hasta triunfar. Fíjate en la manera que ha tenido de inutilizar a los comunistas. Los ha enviado al rincón más alejado del noroeste. Poco a poco los ha ido reuniendo allí, decidido a que en el país no hubiese sino un gobierno único.

—El suyo —repuso I-wan irónico.

—Un gobierno, por malo que sea, siempre será mejor que la guerra civil que nos

hubiera arruinado dejando el país vacío para que los japoneses entrasen en él y se apoderasen de todo sin lucha.

—¿Crees tú que hace diez años previo lo que iba a suceder y comenzó a unir al país para que estuviera en condiciones de resistir?

Ya no se acordaba de Peonía. Sólo pensaba en el hombre al que había aborrecido con amargura un día, el hombre que había considerado siempre traidor por haber traicionado a la revolución. ¿Habría tenido más vista que ninguno de ellos?

El padre movía la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo creo que lo ve todo y que lo puede todo. Es un gran hombre.

I-wan no podía aceptar sin discusión lo que afirmaba su padre. Recordaba ciertas cosas que había leído en los periódicos japoneses. Y dijo:

—Su optimismo le desvía algunas veces del camino recto.

—Eso era antes de llegar donde ha llegado. La piedra de toque de la grandeza de un hombre está en que reconozca sus errores y los rectifique.

—En otros siglos no sería sino un hombre de guerra: tiene la mente y los procedimientos de un guerrero. Todo lo arregla por la fuerza.

—Pero lo arregla... Eso es innegable.

—Y luego, sus mujeres...

Levantó la cabeza ligeramente para observar a su padre y vio que le miraba con frialdad.

—No quiero discutir eso contigo. Cada uno elige la mujer que le parece. Cuando tu hermano vino a casa con... Frieda..., tu madre lloró tanto que hubo que llamar al médico. Decía que debíamos haber casado a I-ko a la fuerza antes de marcharse al extranjero. Yo procuré convencerla de que nuestro sistema fue el mejor. Si él ha sido un majadero no es culpa nuestra.

Se quedó callado, con gesto hosco. Indudablemente soportaba de mala gana a aquella mujer blanca. Luego se cruzó su mirada con la de su hijo.

—¿Qué tal tu mujer? No te he dicho nada de ella. Las japonesas son excelentes esposas. Saben estar en su puesto. Me pareció muy bien que te casaras con ella. Y esta guerra no tiene nada que ver para vuestras relaciones. Únicamente las gentes ignorantes y estúpidas confunden el parentesco con una cuestión de Estado.

I-wan le agradecía tanto a su padre aquellas amabilidades, que quiso contarle muchas cosas de Tama.

—Es tan buena —le dijo—, que no conozco otra igual... Tan cuidadosa de todo... Yo no la considero japonesa sino sólo la madre de mis hijos...

—Sí, sí —musitó el padre, como si pensara e otra cosa—. ¿Cómo os vais a escribir ahora? Si se sabe que recibes cartas del Japón puedes tener algún disgusto. En mis oficinas, naturalmente, no se notaría. Dile que me las dirija a mí. Y tú también me las envías y yo se las reexpediré. En esta época en que los jóvenes son suspicaces, correrías el riesgo de ser asesinado si se supiera que mantenías esa correspondencia.

—Muchas gracias, padre. Pero ¿no será peligroso para ti?

—Todo el mundo me conoce. Puedo considerarme seguro. Además de que nadie se atrevería a matarme a mí. Chang armaría un escándalo y todos le temen.

Volvían al mismo personaje.

—Las esposas antiguas no le servían y se ha casado con una que puede serle útil. No todo el mundo tendría el valor de hacerlo. —Sonrió silencioso y apurando la taza de té, sacó una carta del bolsillo interior—. Voy a ver. Dentro de dos días tienes que reunirte con él. Aquí están sus órdenes.

Dijo su padre «sus órdenes», con tal satisfacción que en I-wan surgió nuevamente la rebeldía. Con malicia le dijo:

—Has cambiado mucho, padre. ¿No es cierto que Chang cree en Dios... en el Dios de los cristianos? Si es cierto, no comprendo cómo puedes confiar en él.

Iluminose la cara del banquero con una sonrisa beatífica.

—Siempre es sincero. —Y luego, con gran asombro de I-wan, hizo un chiste—: Indudablemente utilizará también para sus fines al Dios de los cristianos. Es hombre para eso y mucho más.

Encontróse por vez primera frente al hombre que interrumpió su vida y le desterró a un mundo distinto del suyo. Y que después le llamaba a su lado.

Nunca se vio a un ser tan elevado, tan fuerte. Si En-lan hubiese vivido, tal vez habría llegado a ser tan fuerte, tan sereno, tan dominador como él. En el recuerdo de I-wan todavía era el muchacho lleno de ardor y de entusiasmo.

—Siéntese —le dijo Chang-Kai-Chek.

Sentose I-wan en una de las tres sillas de respaldo recto que había en la habitación y esperó. La mujer que le recibió primero, una extranjera en apariencia, bella y agradable, le había dicho que sólo hablaba su idioma.

—Se lo advierto —le dijo la señora con voz más agradable todavía que su rostro — para que no se le ocurra hablarle en inglés. Hay algunos jóvenes que encuentran su lengua poco expresiva y emplean palabras inglesas. Esto le molesta mucho. Siempre suele decir: «¿No les bastará el chino?».

—Lo tendré en cuenta.

¿En qué relación estaría aquel hombre con su esposa? Llevaba traje chino y pelo, muy alisado, recogido en una trenza. Pero, a pesar de todo, I-wan observó, por una porción de detalles, que no era china. Sus grandes ojos negros brillaban demasiado; su dulce voz era franca, todos sus movimientos aunque graciosos, libres. Era una mujer que haría lo que quisiera. I-ko se había reído de ella porque era el jefe de aviación nacional. Podía perfectamente ser el jefe de cualquier cosa... excepto, tal vez, de aquel hombre.

Chang-Kai-Chek levantó la cabeza y se quedó mirando a I-wan. Acababa de firmar y sellar un largo documento que había leído con atención. Con los ojos bajos, la boca era el rasgo peculiar de su rostro: fuerte y bella naturalmente, y sería por su

voluntad. Pero al verle los ojos se olvidaba la boca. Aquella mirada atraía sobre todo.

—Su padre es amigo mío —le dijo Chang-Kai-Chek. I-wan hizo una ligera reverencia y le miró fijamente a los ojos, que no cambiaron de expresión—. Tenga esta carta —continuó con voz serena y fría—, que es importantísima. Hay que entregársela a un oficial del ejército comunista del noroeste, para que la haga llegar personalmente a los otros dos generales que mandan dicho ejército.

—Muy bien —repuso I-wan. No entendía nada. ¿Por qué enviaba Chang documentos a los individuos a quienes había perseguido con tanto ahínco siendo la causa de que muchos hubiesen muerto y de que los demás estuviesen desterrados? Pero no era tiempo de hacer reflexiones. Debía limitarse a escuchar. Aquel hombre no repetiría, no explicaría, no diría nunca una palabra de sobra. Por lo tanto, no podía perder ninguna.

—Le he elegido porque su padre me ha asegurado que podía confiar en usted. Si no es así, sufrirá la suerte de todos los traidores. Su padre lo comprendió perfectamente. Tiene a su disposición un aeroplano. Ha de irse en seguida.

—Un momento, Excelencia, ¿debo traer contestación?

—El aeroplano esperará para traerle a usted —contestó Chang. Tocó una campanilla e inmediatamente se abrió la puerta.

I-wan se puso de pie e instintivamente se cuadró para saludar al estilo que le había enseñado el profesor alemán.

—¿Ha recibido usted instrucción militar? —inquirió Chang con viveza—. Yo creía que era su hermano el único que había estado en el extranjero.

—Yo no he estado más que en el Japón —repuso I-wan.

—¿Ha hecho allí la instrucción militar?

—No, Excelencia, la aprendí mucho antes.

Golpeó Chang la campanilla con el dorso de la mano y la puerta volvió a cerrarse. I-wan continuaba de pie delante de la mesa.

—Me dicen que el Japón está a punto de hundirse, ¿es cierto?

—No —repuso I-wan—. No es cierto.

—¿Marchan los negocios? —siguió preguntando Chang.

—Sí —contestó I-wan, recordando las calles japonesas abarrotadas de gente.

—Me dicen que la gente no quiere la guerra... ¿es cierto? —lanzole Chang como quien lanza un reto.

I-wan contestó con seriedad:

—El pueblo quiere lo que le dicen que debe querer.

—¿Son leales a su gobierno?

—Absolutamente.

—¿Continúan adorando al Emperador?

—Sí.

Chang dio un suspiro y por primera vez apartó los ojos de los de I-wan. Cogió de encima de la mesa el sello de jade y lo miró.

—Me han estado engañando... todos los que me rodean. Será una guerra muy larga.

—Sí, será una guerra larga —repitió I-wan. Y luego, acordándose de Hideyoshi, añadió—: Nuestra fuerza será que lo comprendamos desde el principio y que nos preparemos para ello. El enemigo —los Hideyoshi, no Tama y sus hijos, que le pertenecían a él sólo—, el enemigo cree que será corta.

Los ojos de Chang volvieron a posarse sobre I-wan.

—¿Cree que será corta? ¿Cuánto tiempo se figuran que durará?

—Al principio decían que tres meses... ahora dicen, que un año. Pero yo creo que durará varios. —Afuera sonaba el motor de un aeroplano. Pero Chang no lo soltaba.

—Eso quiere decir que debemos planear la nuestra para cuando haya acabado la suya —dijo. Seguía mirando al sello. I-wan no decía nada—. Eso significa que debemos dejarlos que gasten mientras nosotros ahorramos... lo que es esencial para nuestra vida nacional... no las ciudades, ni las vidas.

I-wan pescó estas palabras: «No las ciudades, ni la vidas». Había que ahorrar otra cosa. ¿Existía, pues, una manera de hacer la guerra que, perdiéndola en apariencia, se ganase?

Abrió la puerta dando paso a la señora de Chang.

—El aeroplano espera —le dijo a su marido—. ¿No es mejor que salga en seguida para que el aterrizaje no lo haga en la oscuridad?

—Sí... vaya —le ordenó Chang. No pudo decirle lo que significaban sus palabras últimas.

Volar sobre el grupo de islas que formaban el Japón no fue nada comparado con este otro vuelo. Sintió el orgullo de pensar que un país como el suyo era un garantía contra toda victoria de fuera. Durante horas y horas volaron sobre el continente chino. ¡Aquello era un país! Bajaban para seguir miles de kilómetros de un ancho río a través de tierras verdes y pálidos desiertos; se elevaban para trasponer cordilleras cuyas crestas estaban cubiertas de nieve. ¡País infranqueable! Una vez se había avergonzado de leer en un periódico japonés que en China no había carreteras más allá de la costa y comentaba: «Un país retrasado que los chinos no han hecho nada por desarrollar». Sí, tan atrasado que no tenía caminos por donde pudiera entrar el enemigo. Únicamente tenían acceso por el aire. Y sin embargo, tampoco por el aire podrían destrozar un país como aquél.

Recordó que dos días antes de salir para Nankín, había ido con su padre a recorrer la ciudad de Shanghai para ver lo que había sucedido. Devastación por doquier. Con creciente desesperación fueron de un lado a otro sin ver otra cosa que ruinas. Pero en las afueras de la ciudad encontraron un hombre que plantaba coles, en cuclillas, apoyado en los talones. Había desaparecido su casa. Podía verse por un montón de petates, unos encima de otros. Se detuvieron un instante para observarle y por decirle

algo, su padre comentó:

—Es una lástima que le hayan hundido la casa.

El labrador levantó la cabeza haciendo un gesto expresivo y se limpió el sudor con la bufanda que llevaba al cuello. Y señalando a una especie de pozo que estaba lleno de agua, les dijo en tono jovial:

—Ahí estaba. Era una casa bastante buena que mi abuelo construyó. Pero... no importa: todos nos hemos salvado y trabajamos donde podemos. Y es lo que yo le dije a mi mujer cuando vi que el agua penetraba en ella: «Mira, siempre hemos dicho que nos gustaría tener un estanque; ya lo tenemos».

Lanzó una sonora carcajada en la que ellos le acompañaron, marchándose luego tranquilamente. Las ruinas no tenían la significación comente. Pensaba en aquel incidente sin cesar.

Durante todo el día el aeroplano voló por el cielo. Era el piloto un americano joven con el cual no tuvo I-wan ocasión de hablar. La señora de Chang los presentó en el momento de emprender el vuelo.

—El señor Denny MacGurk... El señor Wu.

—Mucho gusto en conocerle —dijo MacGurk saltando a su asiento. Luego, la señora de Chang les entregó un saquito a cada uno, diciendo:

—La comida de mediodía.

No creía I-wan que era tan tarde cuando vio que el americano estaba comiendo con una mano mientras conducía el aparato con la otra. Entonces abrió su saquito. Jamón entre dos rebanadas de pan extranjero; un dulce de crema que tampoco era chino; una manzana... Nunca había comido así, pero con el aire frío y en la altura le supo muy bien. MacGurk se volvió, le hizo una seña y le gritó algo que no pudo oír con el viento y el ruido. Pero asintió como si hubiera entendido. ¿Por qué estaría aquel americano al servicio del general chino? Muchas veces había oído decir en casa de Muraki que los americanos no eran fáciles de entender.

Volaron toda la tarde hasta el anochecer, hora en que el aparato, después de salir de un mar de nubes dio vista a un valle, aterrizando en un campo pelado las afueras de un pueblo. Instantáneamente se vieron rodeados de soldados y de una multitud de chiquillos campesinos. MacGurk saltó a tierra, siguiéndole I-wan.

—Pernoctaremos aquí y al amanecer saldremos para llegar a mediodía al fin del viaje. —Y luego, medio en broma, medio en serio, añadió—: Dícales a esos soldaditos de plomo que el aeroplano es sagrado y que sacaré las tripas al que lo toque: que vigilen a los chinos. —I-wan tradujo sus palabras a los soldados—. Es el aeroplano del Generalísimo que va con una misión oficial. Con la cabeza responderéis de él.

—Muy bien —asintieron saludando. Y cuando I-wan se alejaba en compañía de MacGurk, oyoles que gritaban:

—Atreveis a poner un dedo encima y veréis, hijos de la tortuga. Ni siquiera podéis echarle el aliento.

—Estoy seguro de que no lo tocan —comentó MacGurk haciendo un gesto—. Tengo los miembros entumecidos. Y probablemente no encontraremos más que una tabla por lecho y «nouilles» para comer. Pero ¡qué demonio! Si no hay demasiados piojos, por parte dormiré dónde sea y cómo sea.

I-wan no contestó nada. Procuró sonreír, pero la sensación de que, en cierto modo, era algo culpable de que allí no hubiese más que una mala posada.

—¿Ha estado alguna vez en los Estados Unidos? —preguntóle MacGurk de pronto, conforme iban por el camino, polvoriento y reseco.

—No, nunca —respondió I-wan, añadiendo cortés—: Debe de ser un país muy agradable.

—El país de los dioses —repuso MacGurk con fervor—. Y, sin embargo, yo no sé qué diablos me ocurre, que en cuanto estoy allí una temporada deseo marcharme. Indudablemente una maldición.

Riendo, siguieron la senda a lo largo de la muralla que rodeaba el pueblo. Detrás de ellos marchaba una procesión de chiquillos y desocupados. A MacGurk no le producía ninguna extrañeza. Llegaron a la puerta de la posada y entraron en el patio. Salieron al encuentro el posadero, muy jovial, estrechando con fuerza la mano de MacGurk y sacudiéndola arriba y abajo.

—¡Hola, camastrón! —Fue el saludo del aviador. Y volviéndose a I-wan—: No entiendo una palabra de la jerga que me endilga siempre, pero le he enseñado a dar la mano al estilo de los blancos y así me hago la ilusión de que estoy entre gente mía cuando paso la noche en esta posada.

El posadero le hacía a I-wan reverencias y más reverencias.

—Pase, señor, pase y tome una taza de té, y lávese y descanse.

Le miraba con expresión de vergüenza.

—Este blanco —le explicó a I-wan un momento después al servirle el té y estando MacGurk en la habitación contigua— es un poco... —se dio unos golpecitos en la cabeza y suspiró—. Pero yo le sigo el humor siempre...

—Es buena persona —repuso I-wan sin ganas de reír.

—Sí, sí, tiene muy buen corazón —convino el posadero. Y viendo el tamaño de la moneda que I-wan le puso en la mano, sintiose lleno de celos y, dirigiéndose al grupo que estaba estacionado en la puerta, gritó:

—A ver si os marcháis. ¿No es un hombre como los demás? ¿O no habéis visto nunca un ser humano?

La gente se dispersó y el posadero cerró la puerta de planchas lisas de madera.

—Tiene que perdonarlos, señor. Les gusta mucho ver extranjeros. ¿De qué país es usted, señor?

—Soy chino —respondió I-wan sorprendido.

—¿Es usted chino?... —exclamó el viejo pintándose en su arrugado rostro una gran admiración—. No lo habría adivinado... el traje...

—Muchos chinos usan ahora trajes europeos —explicó I-wan un poco molesto.

—Y el modo de hablar...

—¿No es chino?

—Sí, desde luego. Pero no todas las palabras son correctas. —Y temiendo ofender a un buen parroquiano, añadió—: He oído decir que hay muchas especies de chinos... unos altos, otros bajos... Y eso lo sé muy bien por llevar en esta posada más de cuarenta años. ¿Va a tomar carne el señor o no? También tengo plato vegetarianos.

—Tomaré carne —repuso I-wan en tono cortante. Estaba furioso, pero no podía quejarse.

—Nosotros los chinos —explicaba el viejo mientras servía—, nosotros los chinos no somos tan exigentes como los blancos. Me ha chocado mucho, señor, cuando me ha dicho que era usted chino. Ese blanco es un poco raro —se llevó la mano a la cabeza nuevamente—; arma un alboroto cuando la carne está dura, y tengo que picarla para que la coma, como si fuera un niño. Y le he de poner una manta más en la cama; arma un alboroto si encuentra algún insecto, de esos que nosotros los chinos sabemos que tienen derecho a la vida también. Yo le suelo preguntar si no cree que los insectos tienen también su vida, pero él no me hace ningún caso.

En efecto, la carne estaba correosa, la cama de tablas extendidas sobre los montones de yeso seco, muy dura, y por la noche I-wan sintió que por la piel le corría una cosa. Se levantó para ver lo que era y a punto estuvo de llamar. Pero encendió la lamparilla de aceite y se acostó de nuevo.

«Nosotros los chinos...», había dicho el posadero.

Pasó, por fin, la noche. Nuevamente estaban en el aire y el acusado perfil de MacGurk se dirigía al noroeste. Volaban sobre montañas peladas y arcillosas. Los caminos parecían surcos abiertos en la tierra. Al fondo un espejismo. I-wan no se dio cuenta de que los árboles y el agua que veía era un espejismo hasta que transcurrieron horas y horas y no llegaron a ningún bosque ni a ningún lago. La comida de aquel día consistió en unos rollos de pan tostado rellenos de ajo, que compraron en la posada y se metieron en los bolsillos: buena diferencia del pan blanco envuelto en papel limpio que les dio la señora de Chang... Este otro pan era grisáceo y sólido y el ajo fortísimo. Pero, de todos modos, engañaba el hambre.

A media tarde, MacGurk paró el motor y el avión comenzó el descenso.

—Ya estamos —exclamó.

Mirando hacia abajo, vio I-wan un pueblo rodeado de una muralla rectangular que parecía un bloque colocado en la llanura. Por fuera veíanse campos y en el interior de las casas crecían árboles bajos y gruesos. El aeroplano aterrizó, siendo saludado con gritos de alegría por una porción de figuras vestidas de azul que corrieron a su encuentro.

—Está usted en el corazón de los rojos —díjole MacGurk con uno de sus gestos característicos—. Como verá, son iguales a todos los demás hombres. —El avión se

deslizaba lentamente ya, por encima del suelo—. La verdad es que yo les tengo afición. El que va usted a ver es un tipo magnífico. La señora me dijo que debía llevarle a usted directamente a su presencia.

Saltaron a tierra y nuevamente siguió I-wan detrás de MacGurk.

Tenía el convencimiento de que En-lan había muerto. ¿Cómo iba a creer, pues, lo que vio? Habían llegado a las puertas del pueblo y desde una de ellas una senda conducía a un patio lleno de gente que reía. Lo atravesaron y penetraron en una estancia de paredes de barro y suelo de tierra. Ante una mesa sin pintar había un hombre: era En-lan. Los dos amigos se quedaron mirándose. Habían transcurrido diez años... diez años con todas sus consecuencias. Pero era En-lan. I-wan le reconoció instantáneamente.

—El compañero Wu trae una carta de mi jefe —dijo MacGurk—. Tengo que decirle, ahora que hemos llegado, que me alegro mucho. No le dije nada, Wu, pero llevaba estas dos pistolas y orden de disparar si alguien nos molestaba. Pero me aseguré anoche. Conozco bien a aquel camastrón.

I-wan y En-lan no le escuchaban. No hacían más que mirarse.

—¿Eres tú, I-wan? —dijo En-lan lentamente.

—Yo mismo —repuso I-wan—. No puedo creer que seas tú...

Acercáronse una a otro. Estaban juntos, se estrechaban la mano... La mano de En-lan más gruesa, más fuerte que antes.

—¿Adónde te fuiste? —inquirió En-lan—. No he sabido una palabra de ti. Peonía llegó corriendo al lugar donde debíamos reunimos, pero no supo darnos noticias tuyas. Esperamos hasta el último momento pensando que llegarías.

—Por lo visto se conocen ustedes —dijo MacGurk—. Entonces me voy a trabajar en el aeroplano, porque si hemos de salir mañana tengo que limpiarlo.

No le vieron ni le oyeron.

—¡Peonía!... —repitió I-wan absorto—. ¿Fue a tu encuentro?

En-lan dio una palmada y en la puerta apareció un chico vestido de uniforme caqui.

—Di adentro que salgan.

—Es Peonía... ¿estáis?... —tartamudeó I-wan.

—¿Casados?... Sí, hace diez años.

—Diez años lleváis juntos los dos... ¿Por qué no me habéis escrito?

—Te hemos escrito firmando con nombres supuestos, suponiendo que sabrías de quien se trataba.

—No he recibido ninguna carta.

—Las enviábamos a tu casa.

—Seguramente mi padre tendría miedo de enviármelas —dijo I-wan pensando que, en efecto, su padre era lo suficientemente cauto para comprender que eran cartas

peligrosas.

—¿Y tú por qué no nos has escrito? —preguntóle En-lan.

—Te creía muerto. Y tampoco podía averiguar dónde estaba Peonía.

Volvieron a mirarse, midiéndose, examinándose, tratando de descubrir en los hombres que eran lo que habían sido antes. I-wan pensaba: «¿Le hablaré de Tama?».

—Cuéntame ahora lo que ha sido de tu vida. ¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

—Sí —respondió I-wan deseando darle a En-lan detalles de todo lo suyo, de contarle lo listos que eran Jiro y Ganjiro... Pero no, sería mejor no hablar de Tama, mantener su existencia secreta y a salvo.

—Sí, tengo dos hijos —dijo sencillamente.

Oyó unos pasitos apresurados que conocía muy bien, y apareció Peonía. ¿Era realmente Peonía? Aquella mujer esbelta, con uniforme y gorra de soldado sobre el pelo recortado, sin carmín en los labios, sin polvos en su piel morena, sin olor a jazmín y con una mano fuerte y firme que estrechaba la suya y que no era el pajarillo asustado de antes...

—¡I-wan!... ¡I-wan!... ¡I-wan!... —exclamó llorando de alegría. Echose la gorra hacia atrás y, al quedar descubierta, volvió a ser la Peonía que él conoció. Pero no la muchacha bonita y melancólica de otros tiempos. Ésta Peonía era la esposa de En-lan.

Sentose I-wan confesando:

—Me tiemblan las piernas. Es demasiado para poderlo comprender de una vez.

Tenía la impresión de que todo había sido un sueño. Mientras él formó su hogar con Tama, aquella vida que creía finalizada para siempre, había continuado su marcha natural.

—No me doy cuenta exacta de cómo han podido suceder todas estas cosas. Y tú, Peonía, fingías despreciar a los revolucionarios...

—Pero no le despreciaba a él —repuso Peonía señalando a En-lan. Sus grandes ojos de almendra adquirieron una expresión de timidez. Al fijarse en ellos, observó I-wan que no habían cambiado nada.

—Pero si no le conocías... —exclamó—. No le habías visto más que una vez.

En-lan soltó una carcajada ruidosa y Peonía se puso roja.

—Ya le conocía un poco... cuando le vi —confesó.

—Continúa —ordenó En-lan—. Cuéntale todas tus picardías.

—Muy sencillo. Un día, limpiando la mesa, encontré en uno de los cajones...

—¡Ah! —exclamó I-wan echándose también a reír—. El otro día eché de menos unos papeles que estaban en un cajón de la mesa.

—Se encontró con las cuartillas que escribí para ti, ¿te acuerdas, I-wan? Las escamoteó y las leyó. Y como en ellas estaba toda mi historia, formó su opinión.

Peonía, sentada en el borde de una silla, se mordía los labios...

—Mi obligación era tener limpios los cajones de la mesa... —Sus ojos chispeaban de risa contenida.

—Sí, sí, ya lo sé —convino I-wan.

Todos se echaron a reír con risa que a I-wan le pareció la más franca de su vida. De repente, recordó el motivo de su presencia en aquel lugar, y le dijo a En-lan:

—Chang-Kai-Chek, que nos separó, nos vuelve a unir ahora. Me envía con estos documentos para que tú los hagas llegar a los que están contigo.

Y sacando el sobre lacrado que llevaba en el bolsillo, se lo entregó a En-lan.

—Esperaba los documentos... pero no a ti. Tengo que entregarlos inmediatamente porque los están esperando. Aguárdame aquí.

Cogiendo el sobre, salió de la estancia.

Una vez solos, I-wan y Peonía se miraron en silencio y en seguida ella le preguntó por sus padres y sus abuelos, y él le dijo, como si se tratara de una simple novedad de la familia, que I-ko estaba casado, pero se calló que su mujer era blanca. ¿Para qué se lo iba a decir? Y, por instinto, tampoco le habló de Tama.

Peonía le escuchaba atenta y poco a poco iba recobrando su antiguo ser, aun cuando en ella aquellos diez años habían dejado más huellas que en En-lan.

A poco retornó En-lan. Traía aspecto solemne al tiempo que animado, y con voz grave le dijo a su mujer:

—Lo que dije que ocurriría ha ocurrido. Chang desea la unión.

Lanzó Peonía una exclamación gozosa e I-wan vio que entre aquellos dos seres había algo más que simple amor.

—Ya te he dicho muchas veces, Peonía, que Chang es un gran hombre. Ahora tengo que convencer de ello a mis soldados... porque de primera intención no lo creerán. Cada uno de nosotros tiene que dirigirse a su división. Nos reuniremos y yo pondré las cosas en su punto.

Miraba En-lan a Peonía como esperando su asentimiento. Ella aprobó con la cabeza.

—¿Quieres que mande tocar el gong para la reunión? —le preguntó Peonía.

—Sí. O si no, espera... Diles que nos reuniremos dentro de media hora. I-wan tiene que descansar y a mí me conviene estar solo un rato.

—Continúa escribiendo lo que ha de decir —explicó Peonía.

Sentose en el calcinado suelo del campo de instrucción. Junto a él tomó asiento Peonía. Sin orden ninguno, a su gusto cada cual, hombres y mujeres, todos jóvenes, tomaron asiento en derredor de ellos.

El sol fuerte y brillante del norte caía a plomo sobre sus tostados rostros. Resultaba difícil distinguir a los hombres de las mujeres. Todos tenían los ojos fijos en En-lan, que estaba tan cerca que hubieran podido tocarle alargando la mano. I-wan se sintió retrotraído a su primera juventud. Pero en aquellos días En-lan dirigía la palabra a veinte personas lo más, ahora le escuchaban centenares. ¿Cómo había llegado a aquello? Mientras él le suponía muerto, En-lan había creado un país... A pesar de todas sus luchas sin fin estaba allí, vivo, fuerte y con todo su ejército. Oyose

la voz clara de En-lan, que decía:

—Ya sabéis lo que hemos hecho. Hace seis años declaramos la guerra al Japón. Se rieron de nosotros. Luego, a los tres años, hicimos la gran marcha. Nos destrozamos los pies, pasamos hambre y muchos murieron. Pero ya entonces sabíamos cuál era nuestro verdadero enemigo. Aunque Chang-Kai-Chek nos empujó y nos hizo alejarnos miles de kilómetros, teníamos la certidumbre de que existía un enemigo más grande que él. —Levantó la voz—: Nuestro enemigo era el Japón, que aun en aquel momento atacaba a nuestro pueblo.

Hizo una pausa. Un murmullo de aprobación se escuchó entre los asistentes. En-lan levantó la mano con ademán que I-wan reconoció en seguida.

—Todos sabéis lo que ahora voy a deciros: Hace pocos meses Chang-Kai-Chek fue secuestrado en Sian. Lo teníamos en nuestras manos.

En-lan cerró el puño en ademán gráfico.

—Podíamos haberle aplastado así... Entonces Chang-Kai-Chek se habría terminado. El que durante tantos años nos había perseguido estaba en nuestro poder. —Abrió el puño otra vez y quedose mirándolo. No se oía el menor rumor. Todos observaban a En-lan en el más absoluto silencio. Él continuó—. Había algunos de entre vosotros que gritaban: «Matadle... Matadle...». Si vuestros jefes hubieran escuchado estas palabras, hubiera desaparecido inmediatamente. Nos criticasteis mucho porque no lo hicimos. Nos censurasteis porque le dejamos marchar a su casa sin hacerle daño. Hay quienes todavía hoy no se han conformado con que viva.

Bajó la mano, que conservó medio cerrado. La fuerza de En-lan residía en el hecho de que, sin hacer movimiento alguno, sólo por las palabras y el tono dominaba a la gente. I-wan sintió aquella fuerza como en los días de sus reuniones, pero más honda y completa.

—Ahora debemos recordar quién es nuestro enemigo. No es Chang-Kai-Chek. En aquel entonces os dije: «Si nos persigue con tanto encarnizamiento y durante años y años, también podrá perseguir a nuestro enemigo». Y le preguntamos: «¿Quiere combatir al Japón?». Y él nos respondió: «Hasta la muerte...». Por eso le dejamos en libertad.

Todos comprendieron que la fuerza de En-lan iba a exigirles un sacrificio. Le brillaban los ojos, la voz era más y más profunda; su actitud más y más seria.

Todas las miradas se fijaron en él.

—Hoy es él el único que puede llevarnos a la guerra. No hay otro.

Un grito salió de la multitud: «¡Tú, tú, tú!». En-lan lo rechazó.

—Yo no. Yo soy comunista. La nación no seguirá a un comunista. Y el Japón nos utilizaría como pretexto para la guerra... China es comunista, diría: ya lo dice. No. Debemos servir a nuestro país y no al enemigo.

Todos quedaron en silencio. Lo que decía En-lan era la verdad. Continuó en seguida:

—No hay más que una persona que pueda salvarnos. Si nos ponemos a las

órdenes del que ha sido nuestro perseguidor encarnizado ¿qué dirán nuestros enemigos? Ante todo el mundo seremos un pueblo unido que lucha por su país.

I-wan contemplaba a En-lan y sollozaba en su interior. Aquel hombre magnífico pedía a su gente el supremo sacrificio, el más alto renunciamiento. Le aconsejaba que se sometiera al que los había perseguido... ¿Quién si no él podía pretender tal cosa?

—Olvidaos de vosotros mismos. Recordad únicamente que sois chinos.

Ni una voz, ni un ruido. Peonía arañaba el suelo y escribía un nombre: China.

—Los que estén conformes que levanten la mano derecha —ordenó En-lan.

Alzáronse las manos... cientos de manos derechas.

—Los que no estén conformes... —dijo En-lan posando sobre los remisos su mirada de fuego.

No se alzó ni una mano. En-lan bajó la cabeza y se retiró lentamente y la multitud, como si saliera de un sueño, comenzó a ponerse en movimiento marchándose unos y quedándose otros para comentar el discurso.

Había terminado la ceremonia consiguiendo lo que se había propuesto. I-wan vio a su amigo atravesar el patio y dirigirse a su morada. Peonía se levantó presurosa y fue tras él, diciendo al tiempo que corría:

—Después de uno de estos actos suele estar muy cansado. Parece como si se desprendiera algo de dentro de sí.

Transcurridos unos momentos, I-wan salió al campo donde MacGurk engrasaba el aeroplano. El encanto de la hora pasada continuaba pesando sobre él. Cuando se viera nuevamente en presencia de Chang, le diría: «Permítame que vuelva». Sí, no tenía otro remedio. En-lan era el autor de su país, como lo fue en los lejanos días de su juventud.

—¿Cuándo salimos? —le preguntó a MacGurk.

—A las cuatro de la mañana. —Y señalando a la multitud que se dispersaba preguntó a su vez—: ¿Ha conseguido lo que se proponía?

—Sí —respondió I-wan.

—¡Qué gran tipo! —observó MacGurk—. Casi tan grande como el jefe supremo... Pero como todavía le falta algo para llegar a él yo me quedo con el más grande.

—Estaré aquí a las cuatro —dijo I-wan sin que se le ocurriera otra respuesta a la observación del piloto. Pensaba decirle a Chang: «Allí es donde puedo serle más útil». Y, por lo tanto, no había motivo para retrasar la marcha. Dentro de cinco días podía estar de vuelta si Chang accedía a sus deseos.

—Muy bien —dijo MacGurk silbando mientras limpiaba las alas del aparato.

Muchas veces, todo lo que había pasado durante el tiempo que vivió alejado de China le parecía un sueño. Únicamente era real la vida del presente. Durante días y hasta semanas no pensó ni una vez en Tama ni en los niños; en ellos tenía la

sensación de que había trabajado siempre con En-lan, como si fueran dos cuerpos movidos por un solo cerebro. Día tras días hablaban solamente de los planes de guerra que seguían concienzudamente. Aquel ejército era una máquina flexible e incansable. Lo conducían con la mayor facilidad En-lan y dos tipos más cuya historia I-wan no conocía del todo, pero cuyos cerebros llegaron serle tan familiares como el propio.

Tenían que hacer la guerra sin recursos. Chang-Kai-Chek les había dicho que no disponían de nada. Cuando pudiera darles dinero se lo daría. Pero su ejército estaba equipado a medias y necesitaba dinero para comprar la lealtad de los señores de la guerra y de las armas. Muy pocos eran los que le servirían sin costarle nada.

—Debo estar siempre en condiciones de pagar más que los japoneses —le había dicho a I-wan, cuyo corazón enfermó de rabia.

—¿Son verdaderos chinos los que se venden? —había preguntado sin llegar a creerlo del todo.

Y Chang-Kai-Chek le había respondido:

—Los conozco. No pueden cambiar. No tengo más remedio que utilizarlos como son.

I-wan pensaba que tal vez tuviera razón MacGurk. En-lan no era tan grande como Chang-Kai-Chek. Pero él estaba conforme con En-lan y con él debía trabajar.

—No necesitamos dinero —dijo En-lan, corrigiéndose en seguida—: Es decir, si lo necesitamos, pero nos pasaremos sin él. Sin dinero hemos sostenido una gran guerra durante años: continuaremos así.

Pronto descubrió I-wan que su sistema era el de las guerrillas. No había uno solo de los soldados de En-lan que no supiera sacar partido de lo que tenía a mano. Si no disponían más que de veinte ametralladoras, parecía que tenían ciento. Si les faltaban fusiles, luchaban con lanzas antiguas y con cuchillos, o lanzaban jabalinas, o piedras desde las emboscadas. No escarnecían la muerte de uno de los enemigos, aunque pudieran matar a cientos sin darle importancia. Y no hacían nada de esto en masa, en regimientos organizados como los del enemigo, sino que se repartían en grupos pequeños, escondidos detrás de los árboles, emboscados en cuevas, mezclándose con los campesinos, llevando azadas, en la mano y pistolas y cuchillos escondidos entre las camisas azules.

Lo primero que dispuso En-lan fue abandonar el pueblo donde vivían y acercarse a las líneas enemigas. Pero habían de hacerlo como labradores, unos cuantos hoy, otros mañana, fingiendo volver a las tierras que les habían robado.

—Esas tierras —decíale En-lan a I-wan una noche, inspeccionando el mapa—, las conozco muy bien. ¿Te acuerdas lo que yo te decía de mi pueblo?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Aquí está. Todavía figura su nombre. Pero el pueblo ha desaparecido. No queda en el alma viviente. Las casas son un montón de ruinas y las calles tierra reseca. Todo fue arrasado por un destacamento japonés en venganza de lo de Tungcheu.

Quedó en silencio unos instantes. I-wan tampoco dijo nada, porque no sabía qué decir. Luego En-lan continuó con calma:

—Yo pensaba siempre que podría volver algún día y poner una escuela. Nunca les pude pagar mientras vivieron lo que hicieron por mí. Pero se lo pagaré ahora que están muertos.

Peonía estaba sentada en un banco, remendando un uniforme viejo de En-lan. Se levantó dejando la costura, y se acercó a su marido arrancándole el mapa de las manos:

—Ya es hora de que te acuestes. Sabes que te debes dormir pronto porque te despierta la luz del amanecer.

Cambió él de actitud inmediatamente y le dijo a I-wan:

—Siempre seré un labrador. Me despiertan los gallos.

Viendo el cariño de aquellos dos seres, I-wan añoró su hogar, y el recuerdo de los suyos prodújole agudo dolor. Durante muchas semanas parecióle que la vida que llevaba era la verdadera, la única, pero de repente, como si le llamara su voz, echó de menos a Tama. Y como le sucedía siempre que pensaba en ella tuvo intención de hablarle a En-lan y a Peonía de sus amores y de su casa. Pero no se atrevió. No estaba seguro de que le comprendieran. En-lan era igual de implacable que siempre. La antigua calma con que le dijo un día que no debería preocuparse de su padre, existía en él. En su sencillez era un tipo cruel. Seguramente le diría: «¿Puedes querer a una japonesa?». Y, sin embargo, I-wan quería a Tama y la querría toda su vida, y para él no pertenecía a ningún país sino a él solo.

Una vez creyó poderse confiar a Peonía. Había recibido carta de Tama que le envió, igual que todas, por correo oficial de su padre. La carta era larga y contaba muchas cosas de los niños. Jiro comenzada a ir a la escuela. Le había comprado una mochila de tela para los libros, un uniforme y una gorra, igual todo a lo que usaban los demás chicos. «Y en casa, añadía, yo le doy lección. Todos los días ponemos flores frescas delante de tu retrato y todos los días les explico lo valiente que eres, lo bonito que es China y que todos pertenecemos a China... ¿no soy yo tuya y ellos nuestros?».

Desde que estaba fuera, Tama le había escrito muchas veces la misma frase: Pertenecemos a China...

El día que recibió aquella carta había sentido con más fuerza la ausencia. Fue un día de tranquilidad poco corriente. En-lan había ordenado que todo el mundo descansara porque el enemigo trasladaba sus posiciones a un sector que quería atacar. I-wan encontró a Peonía, con su eterna costura, sentada al sol en el patio de la granja donde estaban acuartelados. De pronto sintió deseos de hablar de Tama. Pero todavía le contuvo cierto recelo y se limitó de momento a preguntarle:

—¿No has tenido algún hijo, Peonía?

Peonía levantó la cabeza y se le quedó mirando. Con la luz violenta del sol I-wan observó que la delicada piel de Peonía comenzaba a resquebrajarse y el pelo, que

antes solía tener brillante y aceitado, ahora lo tenía seco y pardo. Pero todavía estaba guapa y joven. Según sus cálculos tendría unos treinta años.

—He tenido dos hijos —dijo bajando los ojos sobre la costura—. Estuve muy mala al tener el último... y por lo visto no tendré más. —Continuó cosiendo. Luego le dijo—: ¿Por qué no te lo he de decir? Tú eres como mi hermano. El primero de mis hijos murió de disentería. Nuestra vida no era a propósito para un niño. Íbamos constantemente de un lado para otro, cambiando de alimentos y de agua. Y, sin embargo, llegó hasta los cinco años, pero un día se murió de pronto. Le enterramos al pie de una colina en Kangsi, tan lejos que nunca volveré a ver su sepultura... —Movi6 tristemente la cabeza, pero no derram6 una lágrima. Después sigui6—: El segundo fue niña. Tard6 tanto en venir que ya creía que no tendría más. Como En-lan no cree en los dioses, no podía pedirle a nadie que me diera otro hijo. En la Gran Marcha me quedé encinta.

Hizo una pausa, mordió el hilo y continuó.

—Yo esperaba que la marcha terminara antes de nacer el niño. Pero no fue así... trepamos por altas montañas, bajamos por caminos pedregosos, atravesamos desiertos. Yo estaba bien, pero tenía que andar o ir a caballo: esto era lo peor. Los caminos eran malos... a veces no había camino... ¡Cómo me alegré entonces de que tu padre no permitiera que me vendaran los pies!... Nació la niña pequeña y delgadita... ¡y niña!... Continuaba la marcha y no sabíamos qué hacer con ella. Se la dejé a unos campesinos dándoles un poco de dinero para que la cuidaran y diciéndoles que volvería por ella.

Peonía bajó la cabeza hasta tocar la labor.

—De eso hace tres años... A veces no estoy segura de recordar el sitio ni a la mujer... Y no sé más que se llamaba Wang...

—¿Y En-lan permitió todo eso?

—Ya lo conoces —respondió Peonía con sencillez.

Efectivamente: conocía de sobra a En-lan. Exigiría de su mujer toda clase de sacrificios. Se le ocurrió entonces pensar que tal vez a Peonía le hubiera gustado tener un hogar, una casita parecida a la de Tama, en un monte, con un jardín...

—¿Estás arrepentida de haberle seguido aquel día? —le preguntó.

—¿Qué hubiera sido de mí sin él? —Y mirando al sol cambió de tema—. Es tarde —dijo. Prendió la aguja en un trocito de paño y, doblándolo cuidadosamente, se lo guardó en el bolsillo del uniforme—: Las agujas ahora son una joya. ¡Cuántas he desperdiciado en este mundo! —Levantose contenta y le dijo a I-wan—: Voy adentro a preparar la cena para En-lan.

I-wan la siguió con la vista. Continuaba esbelta y graciosa, pero demasiado delgada. Con aquella vida no llegaría a vieja. Pero lo que a ella le importaba, sobre todo, era la vida de En-lan. Decididamente, no le hablaría de Tama. No podía confiar en ella. Si creía que podía interesarle algo, se lo contaría a En-lan. Sólo se preocupaba de él.

Todo el que podía tomaba parte en la guerra. Por todo el país había grupo armados, uniformados e instruidos por oficiales extranjeros. En el que eligió I-wan ocurría eso. Aquellos hombres no lo habrían tolerado. Estaban tan cerca del enemigo que en un día de marcha podían entrar en país conquistado ya. En apariencia no tenían cuartel general ni jefe. En-lan vivía en un pueblo igual que un labrador. Le rodeaban otros labradores, comerciantes, leñadores, carboneros y gentes que se alquilaban al servicio de cualquier señor, aparte de esa multitud de personas insignificantes que no quieren nada con la guerra y que sólo aspiran a que les dejen en paz comiendo y bebiendo con sus hijos. Una noche, una banda de forajidos irrumpía salvaje en un pueblo que estaba en poder del enemigo, mataba a la guarnición sin dejar un solo hombre y, al día siguiente, los japoneses recorrían toda la región para averiguar y vengarse. Pero las pobres gentes aquellas no habían visto nada ni sabían nada. Con la mirada inocente de niños eternos se fijaban riendo en sus enemigos.

—¿Por qué íbamos a matarlos? —exclamaban—. A nosotros nos importa poco quien mande, con tal de que se nos permita cultivar el campo y hacer nuestros negocios. Odiamos a los gobernantes. Todos son malos y nos devoran a fuerza de impuestos. No hay ninguna razón para que expongamos la vida por ellos. Si vosotros nos gobernáis mejor, bienvenidos seáis.

Los japoneses se miraban unos a otros y se alejaban convencidos. Luego, enviaban informes a sus oficiales superiores en los que decían que el pueblo los recibía con los brazos abiertos y que estaba deseando que gobernasen. En las cartas que recibía I-wan, Tama le decía que los periódicos daban estas noticias y que ella se alegraba mucho porque así la guerra se acabaría pronto y ella podría ir con los niños a reunirse con él.

I-wan no podía decirle la verdad: que aquella gente inocente era el ejército de En-lan y el suyo; los soldados que él había instruido, y que a él también le habían enseñado otras cosas. Porque en aquel ejército *sui generis* no existían categorías. Si un individuo sabía hacer algo que los demás ignoraban, se lo enseñaban. Comían lo que necesitaban, pero todos la misma comida; se vestían con ropas iguales y ninguno tenía más dinero que el otro. Llevaban la vida que su padre no hubiera podido hacer nunca. Esto no quiere decir, sin embargo, que estuviera en contra de su padre. I-wan no era ya el chiquillo que se atormentaba ante la idea de si tendría o no que sacrificar a su padre. Era un hombre y estaba convencido de que no todos los hombres pueden vivir del mismo modo. Para unos, la pobreza es agradable por llevar aparejada la libertad. Pero hay personas que aborrecen la libertad, y su padre era una de ellas.

El mismo I-wan no creía que la manera de vivir de En-lan fuese la única posible. En-lan la seguiría hasta la muerte. Nunca tendría un hogar, ni bienes, ni hijos que los heredasen. Era capaz de inventar una guerra si no la tenía a mano. Siempre existiría algún entuerto que se propusiera enderezar. I-wan descubrió que él no era de este

tipo. Cuando chiquillo, en casa de sus padres, la idea de tal libertad le pareció lo más apetecible. Pero aun cuando no se hubiera dado por satisfecho si no la hubiera llegado a vivir, comprendía, conforme transcurría el tiempo, que no bastaba para construir la nación. Aquellos hombres hacían la vida para la que estaban destinados. Pero ¿qué harían cuando terminara la guerra? Odiarían al gobierno que fuese, lo mismo que odian ahora a sus enemigos.

Sobre esto discutía frecuentemente con En-lan.

—¿Qué serán cuando termine la guerra? —repetía En-lan—. Lo mismo que son ahora: individuos honrados y valientes, y yo preferiría que fuesen ellos los que me gobernasen antes que someterme a las leyes dictadas por otros...

—Es natural, porque eres de ellos.

—¿No lo eres tú también?

—Sí, desde luego, ahora lo soy —argüía I-wan un poco impaciente, porque consideraba muy lento a En-lan—. Pero tú y yo no somos la nación. Una nación hoy en día no es una simple reunión de hombres sencillos. Es una gran máquina y hay que saber manejarla para que rinda la utilidad que el pueblo necesita.

—¿No crees que lo hacemos bastante bien? Comemos, nos vestimos, se hace justicia... Y somos libres.

Esto es lo que el hombre necesita.

«No todos los hombres...», estuvo a punto de decir I-wan, pero no lo dijo. En-lan era como era y no veía más allá de sus propias creencias. En su juventud había adquirido el convencimiento de que tales creencias eran los sueños e ilusiones por él acariciados y no cambió. Dedicó toda su vida a realizarlos, creándose un mundo especial, una especie de nación de acuerdo con lo que consideraba justo. Y hasta la muerte, continuaría luchando por perfeccionar el sueño.

Los sueños de I-wan habían cambiado mucho. Cuanto más vivía entre los hombres, cuanto más vivía con En-lan, tanto más advertía que lo que había cambiado en él era el sueño, la idea de lo que deseaba para su nación. Y sabía que no aspiraba a que la gobernaran aquellos hombres, por muy honrados que fuesen. La honradez, la sencillez, no eran suficientes para gobernar. Había que contar con otros elementos también.

Constantemente pensaba en el problema de quién, después de la guerra, sería el constructor de la nación, cuáles serían las leyes por las que se rigieran y quién las dictaría. En-lan no podría nunca gobernar a los que no comprendía. La clarividencia, la ciencia, el orden, la indulgencia eran elementos esenciales para la vida... En-lan no se convencería de ello en su vida. I-wan pensó que Tama le había cambiado enseñándole a apreciar el orden, la rectitud y la indulgencia en las cosas menudas de todos los días. Los diez años pasados junto a aquella mujer se habían infiltrado en su ser. Y asimismo los diez años de vivir en el Japón. Aunque le doliese confesárselo, era demasiado honrado consigo mismo para no reconocer que el pueblo japonés tenía cualidades superiores al suyo, por el hecho de vivir dentro del orden. No se atrevía a

decírselo a En-lan, porque si éste descubría que I-wan concedía algo bueno al enemigo, creería que no podía ser leal a los suyos. Pero I-wan se conocía bien y sabía que no sentiría menos afecto por su país por reconocer que la gente era demasiado pobre y que la libertad, tan ansiada, dejaba de ser libertad para ellos puesto que estaban sometidos al hambre, a las inundaciones, al miedo a los ladrones y a las guerras entre malhechores fuera de la ley. Y ansiaba que llegara el momento en que la libertad y seguridad pudiesen ir juntas.

Pensando en estas cosas descubría lo que en realidad era. Nunca podría seguir a En-lan como lo hubiera hecho antes. Le acompañaría hasta el fin de la guerra, pero después necesitaba otro mundo. No hubiera podido decir qué clase de mundo deseaba y, por lo tanto, dejó de pensar en ello hasta el instante en que pudiera llevar a su patria a su esposa y sus hijos.

Durante los días de aquel largo invierno, esperando que llegase la primavera y crecieran los maizales para poder esconderse durante el día, soñaría en que al terminar la guerra llevaría a Tama y los niños para vivir a su lado. ¿Dónde se instalarían? El sol del norte, los veranos frescos y los fríos inviernos... eran verdaderamente sanos. La belleza fértil del centro, las flores y las frutas del mediodía... A Tama le gustaban mucho las flores. No era fácil, en un país tan vasto, decidirse por el lugar en que habían de hacerse hombres sus hijos. Pasó revista a todas las hermosas ciudades en que podían vivir: Hangcheu, Soocheu, Nankín, Han-kao...

El enemigo se había ido apoderando de estas ciudades una tras otra. El otoño anterior se había rendido Shanghai. Su padre le escribió contándole la lucha desesperada e inútil que se sostuvo, el número enorme de heridos a los cuales apenas si se pudo atender. Soocheu cayó a principios de invierno, Hangcheu tampoco estaba en su poder... la celestial ciudad de Hangcheu, donde fue con sus padres siendo niño a pasar las vacaciones en primavera y en otoño.

Mientras el enemigo iba ganando terreno en el interior, no creyó que pudiera caer Nankín por el hecho de estar allí Chang-Kai-Chek. Sonrió ante su superstición con referencia a aquel hombre. Le sucedía lo que a su padre, que no creía en los dioses y tenía fe en Chang como si fuera un dios. Por fin supo que también se había perdido Nankín. Un día entero se pasaron los hombres sin hacer nada más que lamentar el suceso y pensar si deberían retirarse de la lucha... Únicamente reuniéndolos y arengándolos consiguió En-lan que se decidiesen a enfrentarse nuevamente con el enemigo.

—¿Qué nos importan las ciudades? —les gritó después de atracarles de carne y de vino—. ¿Qué nos importa Nankín? No hemos recibido nada de Nankín... no sufriremos, pues, por su pérdida. Si nos separamos y el enemigo triunfa, tendremos luego que sostener la lucha aislados. Pero si nos mantenemos firmes y triunfamos, como triunfaremos, entonces el país será nuestro.

Con el brillo mágico de sus ojos, la voz cálida y la dicción sencilla al alcance de

todos, En-lan consiguió animarlos y que continuaran luchando. I-wan reconocía aquella magia, pero sabía que, una vez terminada la guerra, cuando la gente necesitara más que arengas que la condujesen a la batalla, construir una gran nación, se disiparía el encanto. Entonces, quizás. En-lan, cansado de trabajar y de sufrir, volvería a ser el que fue y marcharía a iniciar otra revolución. Pero de momento era utilísimo.

Bajo la magia, cada vez que caía una ciudad en manos del enemigo y con ella toda la región en que estaba enclavada, aquellos hombres se aferraban más y más a la lucha. No daban grandes batallas, no había victorias, pero el enemigo iba desangrándose poco a poco, como si tuviera una herida oculta. No se decía nada, nadie sabía nada, los periódicos no publicaban noticias, pero una noche cien hombres desaparecían de un puesto enemigo en un pueblo, otra se hundía un puente arrastrando al río a medio regimiento, un tren descarrilaba, se ocultaban minas en las carreteras polvorientas y estallaban bajo las ruedas de los carros militares; surgía un violento incendio en un campamento enemigo, se capturaba un envío de armas después de matar a los japoneses que las custodiaban, se rompía un dique inundando las posiciones situadas cerca del río...

Éste era el género de guerra que sabían hacer los hombres de En-lan. Y seguramente era el más conveniente, porque cuando se enteraba, por las cartas de su padre, de la forma en que caían los ejércitos chinos en el sur, se ponía enfermo. Obedecían las órdenes que les daban, se portaban como verdaderos valientes, según le comunicaba su padre. Si les ordenaban marchar en columna contra el enemigo, marchaban sin vacilar, sabiendo que habían de ser barridos por las ametralladoras japonesas. Cuanto más pensaba en ello tanto más se horrorizaba, deseando que Chang renunciase a pelear como los extranjeros y volviese al sistema viejo, que tan bien utilizaba En-lan.

Un día recibió una carta de su padre en la que parecía mostrarse dudoso del final: «Nuestros hombres no tienen más que valor. Entran en batalla casi sin nada, con fusiles sencillos para enfrentarse con ametralladoras. Hemos perdido ya lo mejor de nuestra juventud. No podemos instruirlos lo de prisa que sería necesario».

Enseñó a En-lan la carta de su padre diciéndole:

—¿Por qué no vas a ver a Chang y le explicas nuestro modo de guerrear a ver si se convence y lo emplea también él?

Discutieron mucho rato. En-lan se mostraba reacio al principio, porque temía que hubiese cerca del general alguien que tuviese interés en hacerle desaparecer.

—¿Por qué no vas tú en mi nombre, I-wan? Tú no corres riesgo ninguno por ser hijo de quien eres.

—Chang no me escucharía —respondió I-wan sin querer enterarse de la malévola alusión a su padre—, pero sabe que eres un enemigo terrible.

En-lan sonrió, cediendo por fin. I-wan telegrafió a su padre para que arreglase que MacGurk le fuese a buscar. Bromearon un poco los dos porque En-lan, que no sabía

lo que era miedo, sintió cierto recelo de volar, pero se decidió por fin ante las burlas de su amigo. I-wan vio elevarse el avión y perderse en el espacio, pensando: «Me gustaría presenciar la entrevista de los dos».

I-wan tenía razón. Cuando volvió En-lan a los pocos días —no se detuvo más que lo indispensable, porque decía que no podía soportar la atmósfera de la ciudad— Chang anunció que en adelante los chinos no pelearían al estilo occidental, que no conocían bien, sino que emplearían los métodos antiguos. Cuando el enemigo avanzase, se retirarían. Cuando el enemigo se retirase, atacarían. No volvería a ponerse frente a los ejércitos enemigos en masa, como los europeos.

Ante esta decisión, todos los chinos recobraron el ánimo. Si la guerra se llevaba en la forma que ellos conocían, era segura la victoria. I-wan sintió un gran alivio pensando que no habría muertes inútiles. En lo futuro, deberían crear un ejército, una marina y miles de aviones de todas clases. Pero, por lo pronto, debían ahorrar todas las pérdidas que pudieran.

Por el procedimiento de lucha que empleaba En-lan y los suyos, apenas había bajas. Se consideraba una falta el que un hombre se dejase matar a consecuencia de alguna imprevisión imperdonable. En cambio, constantemente contaban los muertos que hacían al enemigo.

Las desavenencias entre I-wan y En-lan comenzaron a ser frecuentes conforme transcurría el tiempo, especialmente cuando crecieron los maizales lo suficiente para ocultar a los hombres que salían de emboscada todos los días. Cuando mataban a los enemigos I-wan no decía nada, pero solían hacer prisioneros y en este punto I-wan y En-lan no podían estar conformes. Sentíase I-wan muy por encima de En-lan, el cual no podía menos de recordar su infancia y su juventud llenas de hambre y de injusticias, haciendo responsable a la humanidad de todo lo que había sufrido y aunque quería lealmente a los suyos, aborrecía a todo el que no fuese como él. Si no se trataba de un pobre, estaba siempre dispuesto a matarle. Y para él, el japonés era menos que un hombre.

I-wan había sido educado de otro modo y en sus recuerdos no entraba para nada la amargura. Todo lo que un día había considerado injusto parecía ahora sin importancia. En su niñez aborrecía a su abuela. El segundo mes de aquel año murió la pobre señora y al ver su cuerpo en el féretro conducido al templo en espera de la paz, pues no era el momento de funerales y entierros pomposos, I-wan se arrepintió de haber renegado tanto del olor del opio que fumaba la señora y de no pensar en que ella le tenía mucho cariño y procuraba consolarle cuando lo veía triste. Otro motivo de discusión entre los dos amigos, que vivían en estrecha intimidad, era el trato a los prisioneros. A veces llegaban a disputar violentamente, al punto que Peonía tenía que intervenir para aclarar los puntos de vista.

—Eres terco como un buey, En-lan. Y tú también lo eres, I-wan. Pero como un caballo bien alimentado que no tiene costumbre de que le pongan un bocado duro. A ver si el buey no se empeña en que el caballo se vuelva buey y el caballo no olvida

que el otro es buey. —Ni Peonía lograba ponerlos de acuerdo en este punto concreto.

Los hombres de En-lan tenían por costumbre matar a todos los hombres prisioneros, menos a algunos que consideraban extraños o que eran jóvenes turbulentos y no se dejaban dominar fácilmente, o a otros que por una razón o por otra creían que merecían más castigo que una muerte rápida. Con frecuencia se llevaban a éstos para atormentarlos y hacerlos morir poco a poco. Los encerraban en jaulas o los ataban a un árbol consintiendo que fueran a verlos y les escupieran o les pincharan, o bien les acercaban a los pies y a las manos antorchas encendidas y otros tormentos de los que agradaban a la gente ordinaria que tiene al enemigo a su merced.

Un día I-wan, furioso, se dirigió a En-lan.

—¿Cómo permites eso? —le preguntó.

—¿El qué? —repuso En-lan, que estaba sentado ante un plano, estudiando el sitio en que atacarían aquella noche.

—Mira —exclamó I-wan señalando a la puerta. En-lan se levantó y miró.

—¿Qué es ello?

—¿No lo ves?

—No veo nada. A menos que te refieras a la diversión de la gente.

—¿Llamas a eso diversión?

En aquel instante un gracioso se había adelantado metiendo el pulgar en el ojo de uno de los prisioneros, encadenados y saltándoselo. El individuo lanzó un grito. Luego, mordiéndose los labios, quedó en silencio, corriéndole el sudor por la frente.

—Comprenderás que no puedo negarles nada a mis gentes —dijo En-lan con frialdad—. Piensa en lo que tienen los demás soldados si vencen: comidas, extraordinarias, dinero, vino, botín... Nuestros hombres se exponen a diario y comen lo mismo siempre y no tenemos dinero que darles ni botín que entre garles. Como son hombres..., es natural que deseen algo.

—Pero no un juego degradante como ése. Es cosa propia de salvajes.

—Es que son salvajes —repuso En-lan en tono razonable. Y endureciéndose su mirada continuó—: Siempre serás el soñador. ¿Sigues creyendo que el pobre será mejor que el rico? Odio a los ricos, pero reconozco que los pobres no son mejores que ellos. Son niños y lo que hacen lo hacen al aire libre.

I-wan murmuró algo ininteligible y, penetrando en la estancia, se apoyó en la pared. Sentíase enfermo.

—Eres demasiado delicado —díjole En-lan en tono amistoso—. Hubieras debido endurecerte como yo. De pequeño mataba cerdos, y en una época de hambre ayudé a mi padre a matar la vaca para comer, y vi a mi madre que mató a una niña que tuvo. Crecí oyendo historias y hazañas de bandidos. He visto partir las narices a algunos individuos, vaciarles los ojos, cortarles las orejas y arrancarles el pellejo de la espalda. Recuerdo que la vida de un hombre no significa nada. ¿Cómo voy a interesarme por los japoneses?

I-wan se irguió, limpióse el sudor y se sentó:

—No es que sean japoneses, es que son hombres y me avergüenza ver a los chinos empleados en tal faena.

—¿No te acuerdas de lo que los japoneses hicieron en Nankín? Por mucho que hagamos nunca nos vengaremos bastante.

—Ya lo sé. Y no los disculpo. Pero yo me digo: Si los japoneses son así, no es cuenta mía... pero sí lo es que mi pueblo lo sea...

—¡Vaya un patriota! Eres un majadero, I-wan. Te lo digo sin ambages. Cuando hayas pasado por todo lo que yo...

—Cuantas más barbaridades veo, más los odio —replicó I-wan violento.

—Entonces más vale que te vayas a otra parte, donde no las veas. Es posible que te guste sumarte a la obra caritativa de los japoneses y ser uno de los gobernantes ridículos...

Al oír a En-lan pronunciar estas palabras, la ira le hizo levantarse de un salto. Echase sobre En-lan, al que pilló desprevenido, y luchando los dos cayeron al suelo sacudiéndose con violencia. Así los encontró Peonía a quien despertaron las voces y acudió presurosa, riñéndoles y tratando de separarlos.

—¡Qué vergüenza...! ¡I-wan...! ¡En-lan...! ¡Locos!

Y abriendo la boca les mordió hasta que se soltaron. Los dos se levantaron apretándose las manos.

—Me has hecho sangre —se lamentó En-lan.

—Conviene que sangres —respondió Peonía.

I-wan sacó el pañuelo y se ató la mano sin decir nada.

—¿Por qué habéis reñido?

En-lan se echó a reír.

—Le he llamado patriota y se me ha echado encima.

—No lo creo, En-lan —exclamó Peonía—. I-wan no es tan tonto.

—Di que ha sido a propósito de los prisioneros —dijo I-wan.

—¿Qué prisioneros?

Miraron hacia fuera, pero durante la riña se llevaron al individuo.

—Lo han matado —exclamó I-wan.

—Entonces no hay por qué reñir —dijo Peonía.

—Es que mañana habrá otros —comentó I-wan.

—I-wan pretende que se los mate suavemente. Y yo le digo que estos hombres tienen derecho a alguna diversión que distraiga la dureza de su vida.

—Y yo digo —repuso I-wan— que les debemos enseñar algo menos cruel.

Miró a Peonía y continuó:

—En-lan dice que yo soy muy blando. Tú también has estado de niña en casa de mi padre. ¿Tengo razón o no?

Poco le importaba lo que respondiera, porque estaba seguro de tener razón.

—Pero Peonía era esclava —dijo En-lan agrio—. Una esclava en casa de un rico

tiene que aguantarse.

—Sí, pero I-wan tiene razón —afirmó Peonía—. No es un buen sistema para nuestros hombres. Yo sé perfectamente lo que I-wan quiere decir. Algunas veces, cuando su abuela me quemaba con la pipa —dirigió una mirada a I-wan ruborizándose—, recuerdo que decía para mis adentros: «Usted es la cruel y la desgraciada, no yo. A mí me duele un poquito el brazo, pero usted es la mala».

—¿Hacía eso mi abuela? —inquirió I-wan mohíno.

Levantose Peonía la manga y enseñó a I-wan una cicatriz grande que tenía en el brazo, compuesta de varias cicatrices pequeñas.

—Nunca me lo dijiste.

—No se lo dije a nadie. Yo no sé por qué... Probablemente porque, como era una demostración de mi esclavitud, deseaba ocultarlo.

—Debiste decírmelo —dijo I-wan, sintiendo deseos echarse a llorar—. Odio la tortura.

—Yo también —confirmó Peonía. Y bajándose la manga se volvió a En-lan—. I-wan tiene razón.

—Es posible —convino En-lan.

En su rostro no podía leerse su claudicación interior.

Desde aquel día, I-wan, por lo menos, no vio torturas.

Poco después de esto I-wan empezó a madurar un plan que tenía hacía tiempo en la cabeza. Se le ocurrió meses antes, pensando si algún día en que condujera a aquellos hombres a un ataque secreto, entre los que matasen se encontraría Bunji. Apenas le vino la idea, la rechazó. Había pocas probabilidades de que sucediera tal cosa.

Pero, de todos modos, no hubiera sido imposible, y siempre que se echaban encima de los japoneses en una emboscada, o se metían de repente en una casa, lo primero que hacía era asegurarse de que no estaba Bunji. Nunca mataba a ningún japonés por la espalda temeroso de que fuese su cuñado; y si alguno trataba de escaparse y él no le había visto la cara, le dejaba escapar... No tenía noticia alguna de Bunji. Tama no le decía nunca dónde estaba, si lo sabía. Únicamente le comunicó alguna vez que estaba bueno, que su hijito ya andaba y que Setsu tenía muchas ganas de otro hijo. ¿Cuándo podría ser? La guerra parecía interminable, a pesar de todas las suposiciones... Sabiendo que su cuñado vivía, I-wan siempre tenía miedo.

Desde luego sabía lo que haría si Bunji caía en su poder: le ayudaría a escapar. Esto lo decidió desde el primer momento en que se le ocurrió la idea, así es que si algún día se lo encontraba estaría preparado. Pero antes hablaría con él y le explicaría todo el mal que su pueblo le había hecho al suyo con la guerra. I-wan había hablado con muchos prisioneros y se enteró de que nadie les había explicado a los japoneses el motivo por el que debían abandonar sus hogares para ir a morir a cientos de cientos. En las cartas que hallaban en los bolsillos de los muertos, y que leían para enterarse de los puntos de vista del pueblo, siempre encontraban las mismas palabras:

esto es, que la guerra era necesaria para salvar sus hogares y su patria. I-wan sentía ganas de decirles: «Nosotros no necesitamos vuestro país y vosotros no tenéis que salvar nada de nosotros. ¿Por qué, pues, vais a la muerte?». Pero como estaban muertos, no podía decírselo.

Después, pensaba en cómo los individuos se apoderaban de los prisioneros hasta que En-lan puso fin después de ver las quemaduras de Peonía, y se decía: «¿Por qué no decir a estos prisioneros la verdad y tratarlos bien, y enviarlos a su ejército para que repitan lo que les hemos dicho?».

Presentole el plan a su amigo sin seguridad ninguna de lo que En-lan pensaría ni de si no le repetiría que era demasiado blando. Pero En-lan lo aceptó sin vacilar.

—El brazo de un hombre tiembla si no tiene fe en lo que va a hacer. Si logramos sembrar la duda entre los enemigos y que desconfíen de sus directores, será una gran cosa.

Cuanto más pensaba en ello, más le agradaba a En-lan. Estrechó la mano de I-wan y le dijo riendo.

—Vale más que apoderarse de un tren de armamento... Indudablemente, I-wan, tienes algo en el cerebro.

De todos modos, I-wan tenía el convencimiento que En-lan no veía el asunto lo mismo que él. Pero no importaba. Si se realizaba, ya sería algo. Una vez que En-lan les explicó a sus hombres la idea, aceptaron encantados, pues supusieron que era un añagaza. Desde aquel momento dejase vivir a los prisioneros, se los alimentó y se les trató con cierta benevolencia, «educándolos» como decía En-lan, durante una semana o dos, para luego libertarlos y asombrarlos de tal modo que no sabían lo que les pasaba.

No le había de servir la idea para beneficiar a Bunji. En el otoño recibió I-wan una carta de Tama, toda llena de tristeza y dolor: habían matado a Bunji en la batalla de Taieehchvang. Después de leerla y quemarla, como hacía con todas las cartas de su mujer, I-wan se quedó muy pensativo recordando a Bunji como lo conoció al llegar al Japón. ¡Qué buen corazón y qué alegre! De no haber guerra, habría llevado una vida completamente feliz. La guerra lo estropeó. Era demasiado sencillo para habituarse a la crueldad y el esfuerzo de la guerra y se destrozó... Los temores de I-wan no tenían ya razón de ser. Todas las esperanzas de Setsu, inútiles también. Ya no tendría otro hijo.

Un día, en el otoño, I-wan recibió un telegrama de Chang-Kai-Chek en el que decía que MacGurk iría a buscarle al día siguiente si la tormenta amainaba. I-wan le llevó el telegrama a En-lan y ninguno de los dos pudo adivinar cuál sería el motivo de aquella llamada. Terminaron pensando que tal vez no tuviera relación ninguna con el Estado, pues de haber sido así, el mensaje se lo habrían enviado al jefe.

—A menos —dijo En-lan— que esté descontento por algo y quiera que sirvas tú

de mensajero.

No era verosímil, sin embargo, porque hacía pocos días habían tenido todos la alegría de recibir, sin esperarlo, un regalo en dinero que les sirvió para comprar ropa de invierno a los individuos que más la necesitaban. I-wan pensó si se trataría de algo personal. Y su imaginación voló hacia Tama. Pudiera ser que Chang quisiera probarle con algo concerniente a su esposa, japonesa. Un momento se le ocurrió: «¿Y si me propusiera que la abandonase?».

No lo haría de ninguna manera. Pero en fin, ya vería de lo que se trataba, y haría lo que las circunstancias exigieran. Él había ido a su país para la guerra y su comportamiento era elocuente. Sus relaciones con Tama pertenecían al pasado y al futuro. El presente era de su patria. Pero no prometería a nadie el porvenir, que nadie conocía.

Metió en un trozo de tela, al estilo de los labriegos, unas cuantas prendas de ropa y se fue a esperar a MacGurk.

—¿Está ya preparado? —le gritó el aviador desde el aparato.

—Sí —contestole I-wan.

—Entonces, saldremos dentro de veinte minutos —dijo MacGurk saltando a tierra. Quitose la gorra y la sacudió—: Es una guasa este vuelo... Antes, cuando el jefe estaba en Nankín, era facilísimo. Pero la ruta desde Hankeu está llena de baches y yo no la eludo nunca. —Dirigíanse hacia las granjas, donde tenía En-lan el campamento—. Voy a tomar un sorbo de té y a fumarme un cigarrillo y en seguida nos vemos. Ahora hay mucha luz.

Sentáronse ante una mesita de una de las casas té del pueblo, y la mujer del encargado salió a limpiarla con un trapo negro, soplando luego en las tazas para quitarles el polvo y preparándose para pasar también el trapo. MacGurk la contuvo con un gruñido:

—Deje ya la limpieza. —Y volviéndose hacia I-wan—: Dígale que las quiero sucias. Vuelo entre balas sin importarme nada, pero los microbios me molestan.

Quedose mirando a la mujer con expresión de burla mientras I-wan le decía que no tocarse las tazas, al verla acobardarse le hizo un gesto, diciéndole:

—No se preocupe, señora. Yo las limpiaré. —Y vertiendo un poco de té caliente en su taza y en la de I-wan las enjuagó perfectamente; luego las llenó de té y, soplando, comenzó a beberlo.

—¿Cuándo aprenderá algo de nuestro idioma para poder quejarse si quiere? —preguntole I-wan en tono jocoso.

—No lo necesito para nada. Si grito bastante y digo las cosas un par de veces y me quedo mirando a la gente con fijeza y mala cara, me entienden seguida. Además, no tengo tiempo.

A los pocos minutos estaban en el aeroplano. En aquel viaje I-wan vio mucho más del país que nunca. Las montañas ondulaban bajo el aparato cubiertas de nubes unas veces y otras peladas. I-wan no estaba en situación de apreciar la belleza del paisaje.

Le preocupaba la idea de la razón de aquella llamada.

Nunca había estado en Hankeu. Muchas veces siendo niño, había oído decir a su padre que tenía que ir a Hunan para visitar las fincas de la familia, desde donde les enviaban puntualmente las rentas. I-wan sabía que la ciudad de Hankeu, situada a una orilla del río Yangtse y la de Wuchang en la otra, era como los pilares de la puerta que abría a los vastos territorios de las provincias del interior. En ellas estaban las tierras heredadas de sus parientes que ni su abuelo vio nunca, cultivadas por generaciones de labradores que disfrutaban el privilegio de explotarlas de padres a hijos, y que enviaban las rentas como hubieran enviado el tributo a un emperador desconocido. I-wan no tenía idea de quiénes pudieran ser. Y verdaderamente no pensaba en ellos más que cuando le oía decir a su padre:

—Este año las rentas son buenas. —O bien—: Hace años que las tierras no nos producen nada: el pasado, a causa de la inundación; éste, por los bandidos. —A pesar de estas alternativas, en casa de su padre no se notaba nada.

Conforme se dejaba llevar por las calles de Hankeu a la casa en que vivía Chang-Kai-Chek, I-wan se fijaba en la gente y escuchaba su lenguaje. Los entendía perfectamente, pero observaba una cadencia distinta del de En-lan y que no se parecía en nada al de Shanghai, y, sin embargo, todos pertenecían a la misma nación. Aquella diferencia entre los individuos de su país, dábale motivo para reflexionar. Los compatriotas de Tama todos eran iguales; los suyos no. Una vez que se terminara la guerra, que los unía en un ideal común ¿cómo se podrían unir? Frecuentemente se dirigía esta pregunta pensando en sus relaciones con En-lan. Las guerras los mantenían identificados, pero cuando acabaran sólo les uniría el recuerdo. Y el recuerdo no es un lazo bastante fuerte. Se necesitaba algo más sólido, tan indispensable como la defensa contra el enemigo.

Perdido en sus pensamientos acerca del futuro, sorprendióle una violenta sacudida del coche y se vio ante un edificio vulgar, de ladrillos, indicándole el chófer que había llegado. Bajó I-wan solo: MacGurk se quedó arreglando el motor. Tocó un timbre. Abrió la puerta una sirvienta con bata blanca, quien debía de esperarle, pues le hizo una reverencia y le pasó a saloncito, rogándole que aguardara un momento, aquella habitación no había nada interesante: los muebles eran sencillos y vulgares. I-wan se disponía a entregarse nuevamente a sus pensamientos cuando abrió la puerta y apareció su padre. I-wan se puso pie asombrado.

—Siéntate —le dijo el padre.

Sentáronse los dos. El señor Wu tenía un aspecto muy cansado y estaba mucho más flaco que la última vez que le vio.

—¿No te encuentras bien, padre? —inquirió I-wan preocupado más y más ante la abatida actitud del señor Wu. Nunca había visto a su padre en aquel estado. Había perdido toda la energía y la firmeza. No parecía sino que no podría levantarse de la silla que se había dejado caer.

—Estoy todo lo bien que se puede estar ahora respondió tranquilo, añadiendo en

seguida. —Esta guerra nos está matando a todos de un modo u otro. Dentro de mis posibilidades había ayudado a construir la ciudad de Nankín prestando dinero para ello. Hoy recibo carta de allí: todo está en ruinas...

—¿Completamente destruido todo...? —preguntó I-wan consternado. Recordaba que antes de ir a ver a Chang su padre le encargó que se fijara en los edificios nuevos y en las hermosas calles trazadas donde estuvieron los tortuosos callejones de la ciudad vieja. Eran magníficas y todo el mundo se sentía orgulloso de ellas.

—Lo que no está en ruinas está en poder del enemigo —respondió el padre. Y luego, inclinándose un poco y poniendo las manos sobre las rodillas, murmuró—: Pero lo que me pone malo y me aterra no es precisamente los muertos ni las casas destruidas, sino que... por todas partes se vende el opio sin recato... Se han propuesto destrozarse a los que quedan vivos...

Horrorizado, I-wan vio correr las lágrimas por las mejillas de su padre, sin preocuparse de limpiarlas. No podía resistir el espectáculo y no supo qué decir. Bajó los ojos en silencio... Ya había oído hablar de lo del opio. Una de las cosas que más enfurecía a En-lan, cuando se apoderaban de alguna ciudad, era encontrarse con grandes cantidades de opio dispuestas para la venta.

—Tengo tantos motivos para llorar... —dijo por fin el padre limpiándose los ojos con las amplias mangas. Un momento después le preguntó a su hijo en tono de ruego—. ¿No podrías dedicarme unos días y venir conmigo a visitar las tierras?... Algún día serán tuyas y de tus hijos, y tal vez te decidas a vivir en ellas. Yo, no he de vivir siempre.

Más tarde recordó I-wan que le pareció extraño que su padre no nombrase a I-ko y que dijera solamente: «las tierras serán tuyas».

—Con mucho gusto iré contigo —respondió I-wan.

—Es muy posible que lo único que quede de China sea lo que está en las provincias interiores. ¿Quién sabe? Indudablemente ha de salir algo de lo que ahora está ocurriendo... la gente se ha internado desde la costa... las escuelas se han trasladado... La semana pasada firmé un empréstito de varios miles de dólares para una fábrica que se trasladaba de Hankeu al interior.

—¿Es que no va Chang a defender Hankeu?

El señor Wu movió negativamente la cabeza.

—Cantón se abandonó ayer. Dentro de pocos días caerá también Hankeu. Yo creo que Chang está en lo cierto... Pero si no lo estuviera, nuestra pérdida sería irremediable.

Quedó el buen señor en silencio unos minutos. I-wan pensó si había perdido algo de su fe inquebrantable en Chang. Perdido Cantón... perdido Hankeu... En aquel instante, abrióse la puerta, dando paso a la esposa de Chang-Kai-Chek. Levantáronse padre e hijo, saludándola con una reverencia. Ella hizo una leve inclinación de cabeza y dijo con voz suave: «El Generalísimo está libre» y los condujo a la estancia donde se hallaba Chang.

Al verles entrar, se puso de pie. I-wan no le había visto nunca más que sentado. Parecía más alto de lo que en realidad era, porque estaba muy derecho y era delgado. No dijo nada. Padre e hijo se sentaron y la señora de Chang les sirvió el té. Todo lo que hacía lo hacía con suavidad y gracia; no se podía menos que seguirla con la vista fijándose en la curva de su nuca y la inclinación de su cabeza, y los ágiles movimientos de sus manos. Miró a su marido; éste la miró a ella haciendo un ligero gesto y la mujer salió del despacho cerrando la puerta tras sí.

Una vez solos con el Generalísimo, I-wan le dirigió una mirada, como inquiriendo qué era lo que deseaba.

—Lo he llamado por dos razones —dijo Chang-Kai-Chek sin preámbulo alguno—. La primera, para comunicarle la muerte de su hermano mayor.

Pronunció estas palabras con voz muy firme y luego se quedó parado, como esperando a que I-wan comprendiera el sentido de sus palabras... Pero no lo comprendió. I-ko muerto... Sintió que toda la sangre afluyó al corazón, subiéndole luego a la cabeza. Miró a padre. Continuaba sentado y con los ojos bajos.

—¿Lo sabías ya, padre? —preguntó con voz pastosa.

—Sí, ayer lo supe —musitó el padre.

—Querrá saber cómo murió, ¿verdad? —dijo Chang-Kai-Chek. Sacó una carta de un cajón y se la entregó a I-wan. Era un papel sucio, mal escrito en inglés, a lápiz. Su sentido era clarísimo. Daba una lista de nombres, cinco, que habían estado en relaciones secretas con el enemigo. El nombre de I-ko ocupaba el tercer lugar.

I-wan volvió a levantar la vista, quedándose fija en Chang.

—¿Por qué mi hermano...? —balbució sin poder decir otra cosa.

—Se trata de un complot —repuso Chang secamente, aunque en realidad no más secamente que decía otras cosas—, y el enemigo le prometió a su hermano un puesto de importancia en el gobierno que habían de instaurar. —Señaló la carta que I-wan había vuelto a dejar sobre la mesa—. La recibí hace quince días. No era la primera noticia que tenía sobre el asunto. Envié a buscar al individuo que no firmó el papel, pero que, de palabra, le dio su nombre al emisario, el cual, andando y como pudo, me lo trajo. Le mandé venir. Me dijo que se llamaba Lim y que los conocía a usted y a su hermano. Odiaba a su hermano no sé por qué. Y yo, como otras veces, aproveché el odio. —Hizo una pausa y luego continuó—: Esto me proporcionó la prueba de que su hermano era un traidor. Lo mandé fusilar con los demás.

I-wan esperaba y temía el final. Siguió sentado mirando a Chang.

—¿Cómo es posible que... que ese hombre...? —balbuceó con voz entrecortada. Parecía horrible que Jackie Lim, con el que tan bien se había portado, hubiera podido denunciar a I-ko.

Chang le salió al paso.

—No lo censure. Es un hombre honrado. Irritábase oír los comentarios que corrían entre los soldados, referentes a que algunos oficiales se dejaban sobornar, y como es sencillo, al oírlo se enteró bien y me lo comunicó directamente. Ha vivido en

América donde, según dice, la gente no teme a los que gobiernan.

—¿Dónde está ahora? —preguntó I-wan.

—Le envié de nuevo al frente —repuso Chang—. No sé qué habrá sido de él.

No había nada que decir. El padre continuaba sin moverse. I-wan dio un suspiro y se irguió. Procuró no ver los retratos de I-ko, que su imaginación veía como en una cinta cinematográfica... I-ko jugando con él en el jardín cuando eran pequeños y cuando se consideraba a su hermano mayor guapo y fuerte... I-ko voluntarioso cuando le negaban algo y tirándose al suelo para llorar y patalear... I-ko joven y guapo... ¿Cómo habría ido a la muerte?... ¿Valiente y en silencio, o como el niño mimado que fue siempre?... Imposible saberlo... Tampoco quería averiguarlo.

—Su mujer, extranjera —dijo el padre con calma—, estaba siempre procurando hacerle despreciar a sus compatriotas... La enviaré a su país. Desde el momento en que llegó nada le pareció bueno. No le gustaba la comida de casa ni nuestro modo de vivir. Todo lo que le dábamos le parecía inferior a lo que tenía en su país. Se reía de nuestros soldados y siempre le estaba diciendo a I-ko que los japoneses valían mucho más. Por fin él llegó a creer que no valía la pena de pelear con ellos. Y yo supongo que —añadió el padre faltándole la voz—, cuando vio que Cantón estaba a punto de caer... —murmuró en un suspiro.

Chang le había dejado hablar pintándose en sus rasgos una piedad severa. Cuando terminó el anciano, le dijo:

—Nos hemos entendido siempre.

I-wan vio que su padre asentía con un gesto. Y en aquel instante comprendió que quería a su padre más que le había querido nunca...

—Váyase —le aconsejó Chang—. Descanse un poco. Yo quiero hablar con su hijo.

El señor Wu se levantó y, haciendo una reverencia, salió del despacho. Una vez que estuvieron solos, Chang cambió de expresión. Desapareció de su rostro toda la dulzura. Miró a I-wan con mirada dura.

—Le he utilizado a usted y quiero utilizarle de nuevo —le dijo—. Pero está usted casado con una japonesa —añadió con dureza.

I-wan dio un salto a pesar suyo. Aquel hombre lo sabía todo. Sin embargo, estaba preparado.

—Sí, es cierto —respondió.

—Si bien es usted hijo de su padre, también es hermano de un traidor —le dijo Chang con voz agria y sin el menor rastro de dulzura en sus facciones—. ¿Cómo podré saber lo que es usted?

—No tengo manera de decírselo tampoco —repuso I-wan pensando que no se dejaría intimidar por aquel hombre.

—¿Está dispuesto a abandonar a su esposa japonesa? —preguntóle Chang.

—¿Por orden suya? —repuso I-wan.

Chang no contestó, pero no apartó la mirada de los ojos de I-wan.

—No —respondió éste tranquilo. Y tras una corta pausa añadió—: Deje a mi esposa y a mis hijos para venir aquí a luchar por mi patria. Y luchando continuo. El día que se haga la paz traeré aquí a mi familia. Mis hijos son chinos. Y ella... la madre... es leal para mí.

—Pasaré mucho tiempo, varios años quizás, antes de que haya paz.

—Ya lo sé.

—Esta ciudad también será destruida —siguió diciendo Chang. Miró en derredor suyo y luego por la ventana, desde la cual se veían los tejados muy juntos—. Esta ciudad y muchas otras, quizá. Cuando llegue la paz, tal vez no quede ninguna ciudad.

—Pero quedará el campo —repuso I-wan... Comprendía por qué su padre le había dicho: «Las tierras serán tuyas y de tus hijos».

—Sí, quedará el campo —repitió Chang. Y en seguida, con uno de esos cambios que ya conocía I-wan, le preguntó—: ¿Qué clase de mujer es su esposa?

Por toda respuesta I-wan sacó del bolsillo las dos últimas cartas de Tama, que no había roto porque llegaron en el momento de ponerse en camino y quería volverlas a leer. Las abrió y se las puso delante a Chang.

Eran cartas sencillas, escritas con la letra fina y clara de Tama. No se había marchado a vivir con sus padres porque, una vez que no estuvo I-wan a su lado, comprendió que no le sería posible vivir allí. Las cartas estaban llenas de pequeñeces: que un árbol había crecido mucho; que los crisantemos que plantaron juntos estaban en flor; que una tormenta con viento del mar había roto las persianas que daban a occidente y que Jiro y ella las habían arreglado: que los niños estaban muy crecidos; que ella les decía que su padre era un héroe que estaba luchando por defender su país; que pensara en ellos y en el porvenir cuando volvieran a estar juntos... Eran las cartas que cualquier esposa escribiría al marido adorado que estaba en el frente de cualquier guerra.

Observaba la cara de Chang mientras las leía. No logró, sin embargo, averiguar cuáles serían sus pensamientos. Chang dobló las cartas, las metió en los sobres y se las devolvió a I-wan dando la impresión de que pensaba en algo.

—¿Quiere usted algo ahora? —preguntó por fin.

—Desearía que me permitiera pasar unos días con mi padre —repuso I-wan—. Pensamos visitar las tierras heredadas de nuestros antepasados y que no hemos visto nunca.

—¿Y después?

—Volver a mi puesto en el ejército.

—Concedido —exclamó Chang. Tocó la campanilla; apareció la esposa; I-wan comprendió que estaba terminada la audiencia. Levantose, hizo una profunda reverencia, pero Chang no le miraba.

—¿Dónde está el mapa en que figura la nueva carretera a Burma? —preguntó a su esposa, como si continuara un trabajo y ella no hubiera estado fuera del despacho—. Hace un momento que lo tenía en la mano.

—Aquí está —contestó ella sonriéndole—. Aquí mismo, al alcance de tu mano.

I-wan salió oyendo estas palabras. La nueva carretera a Burma... ¿Se había terminado ya? Había oído decir que se estaba haciendo... que trabajaban en ella millares de hombres y mujeres. Extraña manera de llevar la guerra era la de construir un camino hacia el oeste mientras el enemigo bombardeaba el este. Era su sistema. ¿Sería la verdadera China, el país que conocerían sus hijos, y que había de extenderse hacia el interior, a través de los montes de la India y no hacia el mar...? ¿Quién podía saberlo?... ¿Quién podía nada?

Se encaminó adonde estaba su padre.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.